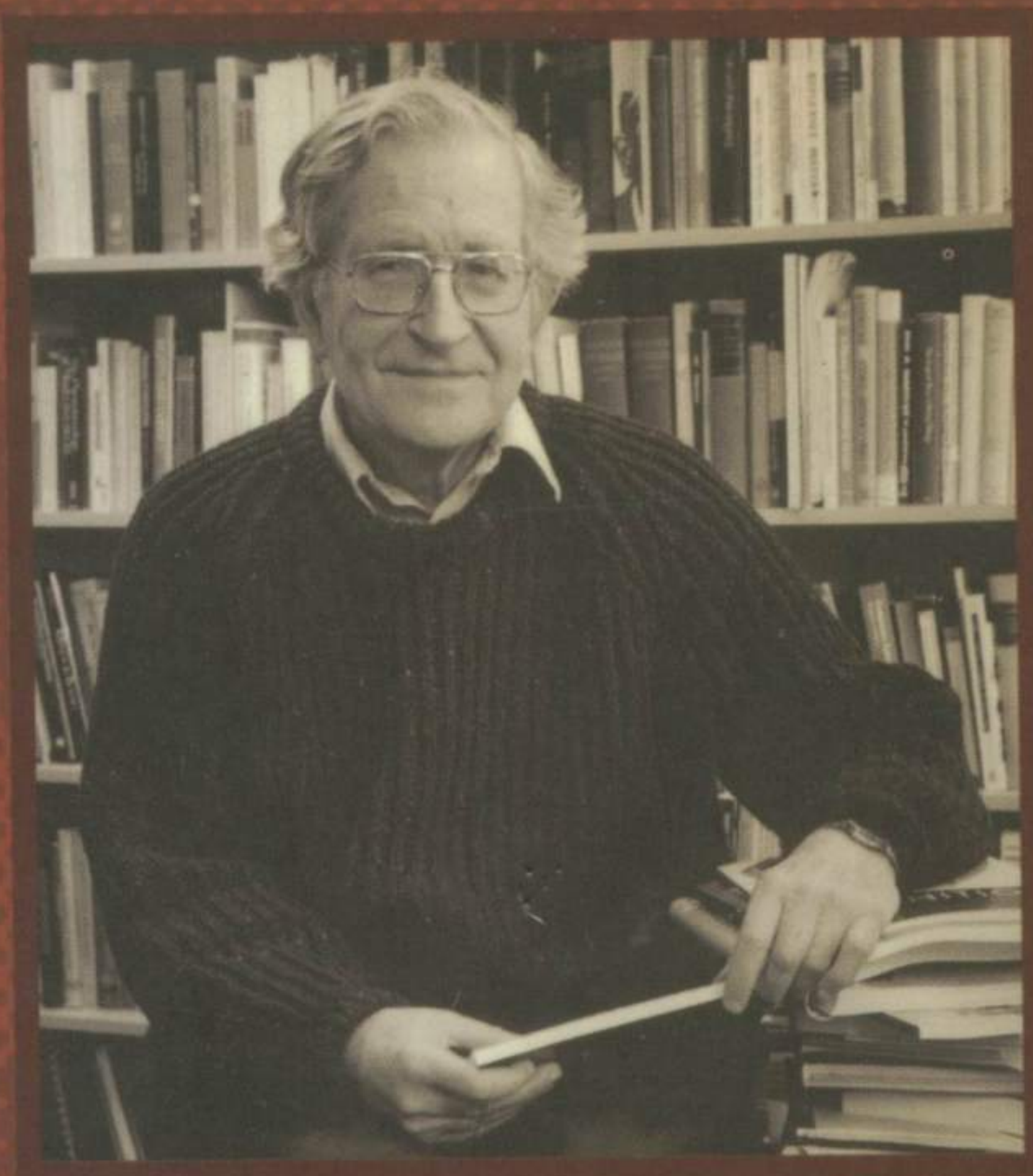


NOAM CHOMSKY



PIRATAS y EMPERADORES

TERRORISMO
INTERNACIONAL
EN EL MUNDO DE HOY

NOAM CHOMSKY



PIRATAS y EMPERADORES

TERRORISMO
INTERNACIONAL
EN EL MUNDO DE HOY

NOAM CHOMSKY



PIRATAS y EMPERADORES

TERRORISMO
INTERNACIONAL
EN EL MUNDO DE HOY

NOAM CHOMSKY



PIRATAS y EMPERADORES

TERRORISMO
INTERNACIONAL
EN EL MUNDO DE HOY

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

Noam Chomsky es uno de los escritores y pensadores más conocidos internacionalmente.

Nacido en Filadelfia en 1928, es profesor del Departamento de Lingüística y Filosofía en el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Su obra sobre las estructuras de la sintaxis publicada en 1957 revolucionó el campo de la lingüística moderna. Entre sus libros destacan *Lingüística cartesiana*, *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, *Conocimiento y libertad*, *El lenguaje y el entendimiento*, *El conocimiento del lenguaje*, *La quinta libertad*, *La cultura del terrorismo*, *Los guardianes de la libertad*, *Política y cultura a finales del siglo XX*, *El programa minimalista*, *Actos de agresión*, *Estados canallas* y *11/09/2001*.

Piratas y emperadores

Terrorismo internacional
en el mundo de hoy

NOAM CHOMSKY



Piratas y emperadores

*Terrorismo internacional
en el mundo de hoy*

NOAM CHOMSKY



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

Piratas y emperadores

*Terrorismo internacional
en el mundo de hoy*

NOAM CHOMSKY

Traducción de Jordi Vidal

Título original: *Pirates and Emperors, Old and New*

Traducción: Jordi Vidal

1.ª edición: junio 2003

© Noam Chomsky, 1986, 1990, 1991, 2001, 2002

© Ediciones B, S.A., 2003

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

La presente edición de *Pirates and Emperors, Old and New* fue publicada originalmente por Pluto Press, 2002.

Publicado por acuerdo con Pluto Press Ltd, London .

Impreso en Argentina - Printed in Argentine

ISBN: 84-666-1002-2

Depósito legal: B. 14.287-2003

Supervisión de Producción: Carolina Di Bella

Impreso por Printing Books, Mario Bravo 837,
Avellaneda, Buenos Aires, en el mes de julio de 2004.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Prefacio a la primera edición (1986)

San Agustín cuenta la historia de un pirata capturado por Alejandro Magno, quien le preguntó: «¿Cómo osas molestar al mar?» «¿Cómo osas tú molestar al mundo entero? —replicó el pirata—. Yo tengo un pequeño barco, por eso me llaman ladrón. Tú tienes toda una flota, por eso te llaman emperador.»

La respuesta del pirata fue «elegante y excelente», dice san Agustín. Sin duda, refleja con bastante precisión las relaciones actuales entre Estados Unidos y varios actores secundarios de la escena del terrorismo internacional: Libia, facciones de la OLP y otros. En líneas más generales, el relato de san Agustín aclara el significado del concepto de terrorismo internacional en el uso occidental contemporáneo, y llega hasta el fondo de la exaltación de incidentes escogidos de terrorismo que se utilizan en la actualidad, con supremo cinismo, como un pretexto para la violencia occidental.

El término «terrorismo» empezó a emplearse a finales del siglo XVIII, básicamente para referirse a los actos violentos de los gobiernos orientados a garantizar la sumisión del pueblo. Este concepto resulta poco útil para los que practican el terrorismo de Estado, quienes, al estar en posesión del poder, se hallan en situación de controlar el sistema de pensamiento y expresión. En consecuencia se ha abandonado el sentido original, y el término «terrorismo» ha venido a aplicarse fundamentalmente al «terrorismo al por menor» por parte de individuos o grupos.¹ Si bien antiguamente esta palabra aludía a los emperadores que molestaban a sus propios súbditos y al mundo, ahora se limita a los ladrones que molestan a los

poderosos, aunque no está restringido del todo: el término sigue aplicándose a los emperadores enemigos, una categoría que cambia según las necesidades del poder y la ideología.

Excluyéndonos de tales prácticas, empleamos la palabra «terrorismo» para referirnos a la amenaza o el uso de la violencia para intimidar o coaccionar (generalmente con fines políticos, religiosos o de otra índole), tanto si lo hace el emperador como el ladrón.

La máxima del pirata justifica el concepto recientemente evolucionado de «terrorismo internacional», pero sólo en parte. Es necesario añadir una segunda característica: una acción terrorista sólo puede considerarse tal si la perpetra el «otro bando», no el nuestro. Ésa fue la directriz de la campaña de relaciones públicas sobre «terrorismo internacional» emprendida por la Administración Reagan cuando éste llegó al poder. Se basaba en una argumentación erudita para afirmar que esa plaga es un instrumento «de inspiración soviética, dirigido a la desestabilización de la sociedad democrática occidental», como demuestra el supuesto hecho de que el terrorismo nunca «se dirige contra la Unión Soviética ni ninguno de sus Estados satélites o clientes», sino que incide «casi exclusivamente en países democráticos o relativamente democráticos».²

La tesis es cierta, de hecho por definición, dado el modo en que el término «terrorismo» es utilizado por el emperador y su leal camarilla. Puesto que sólo las acciones perpetradas por «el otro bando» cuentan como terrorismo, se deduce que la tesis es necesariamente correcta, sean cuales fueren los hechos. En el mundo real, la historia es muy distinta. Las principales víctimas del terrorismo internacional³ en las últimas décadas han sido los cubanos, centroamericanos y habitantes del Líbano, pero por definición nada de eso importa. Cuando Israel bombardea campos de refugiados palestinos, matando a numerosos civiles —a menudo sin siquiera el pretexto de «represalia»— o envía sus tropas en operaciones «antiterroristas» contra pueblos libaneses, donde sus soldados asesinan y destruyen, o secuestra buques y manda cientos de rehenes a campos de concentración en condiciones horripilantes, eso no es «terrorismo»; de hecho, las pocas voces de protesta son tajantemente silenciadas por su «antisemitismo» y «doble rasero», una acusación que se demuestra por el hecho de que no se suman al coro de elogios a «un país que se preocupa por la vida humana» (*Washington Post*), cuyo «elevado

propósito moral» (*Time*) es objeto de incesante admiración y aclamación, un país que, según sus acólitos, «se atiene a una ley superior, tal como interpretan los periodistas» (Walter Goodman).⁴

Tampoco es terrorismo cuando fuerzas paramilitares que actúan desde bases estadounidenses y son entrenadas por la CIA atentan contra hoteles cubanos, hunden pesqueros y atacan buques rusos en los puertos de Cuba, envenenan cultivos y ganado, intentan asesinar a Castro, etcétera, en misiones de carácter casi semanal en su momento de mayor intensidad.⁵ Estas y muchas otras acciones similares por parte del emperador y sus clientes no son el tema de conferencias y volúmenes eruditos, ni de comentarios angustiadados y diatribas en los medios de comunicación y artículos de opinión.

Las normas para el emperador y su corte son únicas en dos aspectos estrechamente relacionados. Primero, sus actos terroristas quedan excluidos del canon; segundo, mientras que los ataques terroristas contra ellos son juzgados con sumo rigor, hasta el punto de requerir medidas de violencia de «autodefensa ante agresiones futuras», como veremos, otras acciones terroristas comparables o incluso más graves contra los demás no merecen represalias ni medidas preventivas que, de tomarse, provocarían una temible y furiosa respuesta. La importancia de esos ataques terroristas es tan leve que apenas merecen ser mencionados, y mucho menos recordados. Supongamos, por ejemplo, que una fuerza naval libia hubiese atacado tres buques americanos en el puerto israelí de Haifa, hundiendo uno de ellos y dañando los demás, con el uso de misiles fabricados en Alemania del Este. No hace falta especular con la reacción. Volviendo al mundo real, el 5 de junio de 1986 «una fuerza naval surafricana atacó tres buques rusos en el puerto de Namibe, en el sur de Angola, hundiendo uno de ellos», con el uso de «misiles Scorpion [Gabriel] de fabricación israelí».⁶

Si la Unión Soviética hubiese respondido a este ataque terrorista contra su flota mercante, como Estados Unidos habría hecho en circunstancias similares —quizá mediante un bombardeo que habría destruido Johannesburgo, a juzgar por la escala de acción-respuesta americana y de «represalia» israelí—, Estados Unidos bien habría podido plantearse un ataque nuclear como «represalia» legítima contra el demonio comunista. En el mundo real, la Unión So-

viética no respondió, y los sucesos fueron considerados tan insignificantes que apenas se mencionaron en la prensa norteamericana.⁷

Supongamos ahora que Cuba hubiese invadido Venezuela a finales de 1976 como autodefensa contra un ataque terrorista, con el fin de instaurar allí un «Nuevo Orden» organizado por elementos bajo su control, matando a doscientos americanos que sirvieran en un sistema de defensa antiaérea, bombardeando la embajada de Estados Unidos y finalmente ocupándola varios días durante la conquista de Caracas que se habría llevado a cabo violando un alto el fuego.⁸ Volviendo de nuevo al mundo real, en 1982 Israel invadió el Líbano con el pretexto de proteger Galilea de ataques terroristas (un pretexto urdido para el público estadounidense, como se admitió tácitamente a nivel interno), con el fin de instaurar allí un «Nuevo Orden» organizado por elementos bajo su control, matando a doscientos rusos que servían en un sistema de defensa antiaérea, bombardeando la embajada rusa y finalmente ocupándola dos días durante la conquista de Beirut Oeste que se llevó a cabo violando un alto el fuego. Los hechos fueron mencionados de pasada en Estados Unidos, dejando de lado o negando el contexto y unos antecedentes cruciales. Por suerte, no hubo respuesta soviética, de lo contrario no estaríamos aquí para comentar el asunto.

En el mundo real damos por sentado que la Unión Soviética y otros enemigos oficiales, la mayoría de ellos indefensos, soportarán provocaciones y violencia que suscitarían una reacción furiosa, tanto verbal como militar, si las víctimas fuesen el emperador y su corte.

La asombrosa hipocresía ilustrada por estos y otros muchos casos, algunos de ellos comentados más adelante, no se limita a la cuestión del terrorismo internacional. Para mencionar un caso distinto, pensemos en los pactos de la Segunda Guerra Mundial que asignaron el control sobre regiones de Europa y Asia a las distintas potencias aliadas y exigieron la retirada en momentos concretos. Se armó un gran escándalo respecto a las acciones soviéticas en Europa oriental (sin duda atroces), claramente inspiradas en la actividad estadounidense en las regiones asignadas al control occidental por los pactos en tiempo de guerra (Italia, Grecia, Corea del Sur, etc.), y se recriminó la tardía retirada soviética del norte de Irán, mientras que Estados Unidos infringía los acuerdos firmados en tiempo de

guerra para retirarse de Portugal, Islandia, Groenlandia y otros lugares, debido a que las «consideraciones militares» no aconsejaban dicha retirada, según manifestó la Junta de Jefes de Estado Mayor con el beneplácito del Departamento de Estado. No hubo escándalo —ni lo ha habido hasta la fecha— por el hecho de que las operaciones de espionaje de Alemania Occidental dirigidas contra la Unión Soviética dependieran de Reinhard Gehlen, quien había dirigido operaciones similares para los nazis en Europa oriental; ni tampoco por el hecho de que la CIA mandara agentes y suministros para ayudar a los ejércitos fomentados por Hitler que luchaban en Europa oriental y Ucrania aún a finales de la década de 1950 como parte de la «estrategia de recuperación» confirmada oficialmente por el Consejo de Seguridad Nacional en NSC-68 (abril de 1950).⁹ El apoyo soviético a ejércitos fomentados por Hitler que en 1952 hubieran luchado en las montañas Rocosas habría provocado una reacción muy distinta.¹⁰

Los ejemplos son innumerables. Uno de los más notorios es el que se aduce a menudo como la prueba definitiva de que no se puede confiar en que los comunistas cumplan los pactos: el tratado de paz de París de 1973, con relación a Vietnam y sus consecuencias. Lo cierto es que Estados Unidos anunció inmediatamente que rechazaría todas las cláusulas del documento que se le había obligado a firmar y actuó en consecuencia. Los medios de comunicación, en un alarde de servilismo sorprendente, aceptaron la versión estadounidense del tratado (que infringía todos sus puntos fundamentales) como el texto real, de modo que las infracciones americanas no violaban el tratado mientras que la reacción comunista a esas violaciones demostraba su inveterada traición. Este ejemplo suele presentarse ahora como justificación de la negativa de Estados Unidos a negociar un acuerdo político en Centroamérica, lo cual viene a demostrar la utilidad de un buen sistema de propaganda.¹¹

Como se ha dicho, el «terrorismo internacional» (en el sentido específico occidental) fue colocado en el centro de atención por la Administración Reagan cuando éste asumió el poder en 1981.¹² Los motivos no eran difíciles de discernir, aunque eran —y siguen siendo— inexpresables dentro del sistema doctrinal.

El Gobierno se comprometió con tres políticas relacionadas, todas ellas puestas en práctica con notable éxito: 1) el traspaso de

recursos de los pobres a los ricos; 2) un crecimiento a gran escala del sector estatal de la economía al modo tradicional, mediante el sistema Pentágono, un mecanismo para obligar a los ciudadanos a financiar industria de alta tecnología por medio del mercado garantizado por el Estado para la producción de excedentes de alta tecnología y contribuir así al programa de subvención pública, beneficio privado, llamado «libre empresa», y 3) un incremento sustancial de la intervención, subversión y terrorismo en el ámbito internacional (en el sentido literal) por parte de Estados Unidos. Tales políticas no pueden presentarse al público en estos términos. Sólo pueden llevarse a cabo si la población general está adecuadamente asustada por monstruos contra los que debe defenderse.

El mecanismo estándar es un llamamiento a la amenaza de lo que el presidente denominó «la conspiración monolítica e implacable» resuelta a conquistar el mundo (según el presidente Kennedy, cuando emprendió un programa bastante parecido):¹³ el «Imperio del Mal» de Reagan. Pero la confrontación con el propio imperio sería una temeridad. Es mucho más fácil combatir con enemigos indefensos designados como los apoderados del Imperio del Mal, una opción que se adapta bien al tercer punto del programa de Reagan, emprendido por motivos completamente independientes: garantizar la «estabilidad» y el «orden» en los dominios mundiales de Washington. El «terrorismo» de piratas escogidos con esmero, o de enemigos como los campesinos de Nicaragua y El Salvador, que osan defenderse contra los ataques del terrorismo internacional, es un blanco más fácil y mediante un sistema de propaganda eficaz resulta factible explotar esto para inducir una adecuada sensación de temor y movilización entre la población nacional.

En este contexto, el «terrorismo internacional» sustituyó a los derechos humanos como «el alma de nuestra política exterior» en la década de 1980; los derechos humanos habían adquirido este estatus como parte de la campaña para invertir la notable mejoría en el clima moral e intelectual durante la década de 1960 —el denominado «síndrome de Vietnam»— y para superar la espantosa «crisis de la democracia», que surgió en el mismo contexto cuando amplios sectores de la población se organizaron para la acción política, amenazando el sistema de decisión de la elite y ratificación pública, conocido como «democracia» en el lenguaje occidental.¹⁴

A continuación me ocuparé del terrorismo internacional en el mundo real, centrando la atención principalmente en la cuenca mediterránea. El «terrorismo de Oriente Próximo y del Mediterráneo» fue elegido como el tema estelar de 1985 por los representantes de la prensa —básicamente norteamericanos— encuestados por Associated Press; la encuesta se realizó antes de los atentados terroristas en los aeropuertos de Roma y Viena de diciembre, que probablemente habrían eliminado las dudas subsistentes.¹⁵ En los primeros meses de 1986, la preocupación por el terrorismo de Oriente Próximo y el Mediterráneo alcanzó un paroxismo que culminaría en el bombardeo de Libia por parte de Estados Unidos en abril. La versión oficial es que esta valiente acción dirigida contra el principal practicante del terrorismo internacional logró su objetivo. Gaddafi y otros criminales importantes se refugian ahora en sus búnkeres, domados por el bravo defensor de la dignidad y los derechos humanos. Pero, a pesar de este gran triunfo sobre las fuerzas del mal, la cuestión del terrorismo que emana del mundo islámico y la respuesta adecuada para las democracias que defienden valores civilizados sigue siendo un tema prioritario de preocupación y debate, como ilustran los numerosos libros, conferencias, artículos y editoriales, comentarios de televisión, etcétera. En la medida en que pueda llegar a un público amplio o exclusivo, la discusión observa estrictamente los principios que se acaban de enunciar: la atención se limita al terrorismo del ladrón, no del emperador y sus clientes; a sus crímenes y no a los nuestros. Yo, sin embargo, no observaré estas buenas costumbres.

Introducción (2002)

El impacto de las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001 fue tan abrumador que la identificación que acaba de darse es redundante; basta con decir «11-S». Está generalmente admitido que el mundo ha entrado en una nueva era en la que todo será distinto: «la era del terror». Sin lugar a dudas, el 11-S ocupará un lugar preeminente en los anales del terrorismo, aunque deberíamos pensar detenidamente por qué es así. Cualquier persona familiarizada con la historia y la actualidad sabe que la razón no reside, lamentablemente, en la dimensión de los crímenes, sino más bien en la elección de víctimas inocentes. Cuáles serán las consecuencias es algo que depende sustancialmente de cómo interpreten los ricos y poderosos esta demostración dramática de que ya no son inmunes a las atrocidades como las que ellos infligen a los demás, y de cómo decidan reaccionar.

En este sentido, merece la pena considerar varios factores: 1) la «era del terror» no era inesperada; 2) la «guerra contra el terror» declarada el 11 de septiembre no es ninguna novedad, y el modo en que se llevó a cabo en un pasado muy reciente no deja de ser instructivo en nuestros días.

En lo que respecta al punto 1, aunque nadie pudo haber previsto las atrocidades específicas del 11-S, hacía ya algún tiempo que se entendía que, con la tecnología contemporánea, era probable que el mundo industrializado perdiera su monopolio de la violencia. Mucho antes del 11-S se reconoció que «una operación bien planificada para introducir ilegalmente [armas de destrucción masiva] en Estados Unidos tendría por lo menos un 90 % de probabilidades

de éxito».¹ Entre las amenazas contempladas figuran «pequeñas bombas atómicas», «bombas sucias» y distintas armas biológicas. La ejecución no requeriría necesariamente una habilidad técnica o una organización fuera de lo común. Además, la procedencia del terror podía ser difícil de identificar, y por lo tanto de afrontar. Nueve meses después del 11-S y del pánico del ántrax que muchos analistas consideraron aún más aterrador,² el FBI comunicó que seguía teniendo sólo sospechas sobre los orígenes y la planificación de los atentados del 11-S: básicamente las supuestas de inmediato, antes de las que habrán sido las investigaciones internacionales más extraordinarias de la historia, que, según admitieron, arrojaron escasos resultados; y el FBI no presentó avances en la identificación de los responsables del terror del ántrax, si bien el origen se localizó en laboratorios federales de Estados Unidos y se dedicaron ingentes recursos a la investigación.

En cuanto al punto 2, es importante recordar que la «guerra contra el terror» no fue declarada por George W. Bush el 11-S, sino que más bien se trató de una redeclaración. Había sido declarada veinte años antes por la Administración Reagan-Bush (número 1) con una retórica parecida y con buena parte del mismo personal en los cargos principales. Prometieron extirpar los «cánceres» que estaban propiciando «un retorno a la barbarie en la era moderna». Identificaron dos centros principales del «azote del terrorismo»: Centroamérica y la región de Oriente Próximo y el Mediterráneo. Sus campañas para erradicar la plaga en esas dos regiones ocuparon posiciones privilegiadas entre las cuestiones de política exterior de la década. En el caso de Centroamérica, esas campañas no tardaron en desencadenar una movilización popular sin precedentes. Ésta tenía profundas raíces en la sociedad americana dominante y fue innovadora en las acciones que se emprendieron; durante las guerras de Estados Unidos en Indochina, como en anteriores desmanes occidentales en la mayor parte del mundo, muy pocos llegaron a plantearse la posibilidad de ir a vivir en una aldea para ayudar a las víctimas y, con su presencia, ofrecer una mínima protección contra los invasores extranjeros y sus satélites locales. Circuló también una extensa literatura sobre la «guerra contra el terror» de la Administración Reagan y encontró eco en los movimientos populares que pretendían combatir el terrorismo internacional apoyado por el Estado,

aunque la corriente principal apenas la mencionó, pues se partía del supuesto de que sólo los crímenes ajenos merecen atención y provocar una denuncia vehemente. La mayor parte de lo que sigue ha sido extraído de escritos de la década de 1980 sobre este tema,³ que tiene mucha relevancia, creo, con lo que todavía está por llegar.

La base de Washington en Centroamérica para combatir la plaga fue Honduras. El funcionario al cargo durante los años más violentos fue el embajador John Negroponte, quien fue designado por George Bush (número 2) en 2001 para dirigir la faceta diplomática de la redeclarada «guerra contra el terror» en las Naciones Unidas. El enviado especial de Reagan a Oriente Próximo durante el periodo de las peores atrocidades cometidas allí fue el hoy secretario de Defensa Donald Rumsfeld, quien dirige el componente militar de la nueva fase de la campaña. Otros planificadores principales en Washington aportan también a la nueva «guerra contra el terror» la experiencia que adquirieron en la primera fase.

En ambas regiones, la Administración Reagan llevó a cabo atrocidades terroristas a gran escala, superando infinitamente aquello que afirmaban combatir. En Oriente Próximo, las peores atrocidades se deben por un amplio margen a Estados Unidos y sus satélites locales, quienes dejaron un reguero de sangre y destrucción, sobre todo en las destrozadas sociedades del Líbano y en los territorios bajo la ocupación militar de Israel. Centroamérica sufrió desastres aún peores a manos de los comandantes terroristas en Washington y sus secuaces. Uno de los objetivos era un Estado, Nicaragua, que en consecuencia podía seguir el rumbo marcado por la ley y los solemnes tratados cuando un país es atacado: apelar a las autoridades internacionales. El Tribunal Internacional de Justicia falló a favor de Nicaragua: determinó que Estados Unidos era culpable de «uso ilegítimo de la fuerza» y violación de tratados, y ordenó que Washington pusiera fin a sus crímenes terroristas internacionales y pagara sustanciosas indemnizaciones. Estados Unidos rechazó el fallo del Tribunal con desprecio, alegando oficialmente que si otras naciones no están de acuerdo con nosotros, entonces debemos decidir por nosotros mismos lo que afecta a nuestra «jurisdicción nacional»; en este caso, una guerra terrorista contra Nicaragua. Con el apoyo de los dos partidos, el gobierno intensificó inmediatamente los crímenes. Nicaragua apeló al Conse-

jo de Seguridad, donde Estados Unidos vetó una resolución que apoyaba la decisión del Tribunal y llamaba a todos los Estados a cumplir la legislación internacional, y votó en solitario (con uno o dos Estados satélites) contra resoluciones similares de la Asamblea General. Estados Unidos recrudeció los ataques al tiempo que minaba los esfuerzos de los presidentes centroamericanos por llegar a un acuerdo negociado. Cuando la población sucumbió por fin, la prensa estadounidense, si bien admitía los métodos terroristas empleados, no trató de ocultar su euforia, informando al mundo de que los americanos están «unidos en el júbilo» por ese «triunfo del juego limpio estadounidense» (*New York Times*).

En todo el resto de Centroamérica, la población no tenía un ejército que la protegiera. Las atrocidades cometidas por fuerzas armadas y entrenadas por Estados Unidos y los Estados que se unieron a su red de terrorismo internacional fueron, por lo tanto, mucho más extremas que en Nicaragua, donde ya fueron suficientemente horripilantes. Dirigidas con una barbarie y brutalidad indescriptibles, las guerras de Estados Unidos dejaron unos doscientos mil muertos, así como millones de refugiados y huérfanos en los países devastados. Uno de los principales objetivos de la «guerra contra el terror» fue la Iglesia católica, que había cometido un pecado mortal. Abandonando su función tradicional de servicio a los ricos y poderosos, importantes sectores de la Iglesia adoptaron «la opción preferente a favor de los pobres». Sacerdotes, monjas y seculares trataron de organizar a sectores de la población que vivían en la miseria para que ejercieran cierto control sobre sus vidas, con lo cual se convirtieron en «comunistas» que debían ser exterminados. Fue más que simbólico que esa década atroz comenzara con el asesinato de un arzobispo que se había erigido en «una voz para los que no tienen voz» y terminara con la brutal matanza de seis destacados intelectuales jesuitas, en ambos casos a manos de satélites de Washington. Los sucesos suscitaron escaso interés entre los responsables. Muy pocos conocen siquiera los nombres de los intelectuales asesinados, en marcado contraste con los disidentes en Estados enemigos. No resulta difícil imaginar la reacción si hubiesen sido no sólo encarcelados y exiliados, sino además asesinados por fuerzas de elite entrenadas y armadas por el Kremlin, culminando un historial de atrocidades horrendas.

Los hechos básicos son bien sabidos. La School of the Americas proclama con orgullo que «la teología de la liberación [...] fue derrotada con la ayuda del ejército de Estados Unidos», gracias en buena medida a la instrucción que proporcionó a oficiales militares de los Estados satélites.

El «triunfo del juego limpio estadounidense» dejó algo más que un rastro de cuerpos mutilados y vidas destrozadas, en medio de un desastre ecológico. Después de que Estados Unidos volviera a ocuparla en 1990, Nicaragua descendió hasta el puesto del país occidental más pobre detrás de Haití —que, casualmente, ha sido el blanco preferente de la intervención y la violencia estadounidenses durante un siglo—, y ahora comparte con Cuba el honor de sufrir un demoledor embargo por parte de Estados Unidos. En el resto de la región,

las políticas económicas neoliberales, como acabar con los precios subsidiados y aumentar los impuestos sobre las ventas, han empeorado la situación de los pobres, a juicio de la ONU. El gasto social anual en los cuatro países centroamericanos azotados por la sequía es de 100 dólares per cápita, la sexta parte de la media latinoamericana [lo que ya es bastante vergonzoso]. Los datos compilados para la reunión anual de la Organización para la Alimentación y la Agricultura de la ONU, celebrada en Roma esta semana [11 de junio de 2002], demuestran que la cifra de personas que padecen hambre crónica en Centroamérica ha aumentado casi un tercio en la última década, pasando de 5 millones a 6,4 millones, en una población de 28 millones.⁴

Las agencias de la ONU buscan soluciones, «pero sin una reforma agraria eficaz esas medidas sólo pueden tener una repercusión limitada». Las organizaciones populares que habrían podido mostrar el camino de la reforma agraria y proponer otras medidas que beneficiaran a la mayoría pobre fueron eficazmente destruidas por la «guerra contra el terror» de Washington. Se instauró una democracia formal que en general sólo convence a los ideólogos. Las elecciones celebradas en la zona revelan que la fe en la democracia ha disminuido paulatinamente, en parte debido a la destrucción de la base social necesaria para una democracia eficaz, y en parte, muy

probablemente, porque la instauración de la democracia formal estuvo acompañada por políticas neoliberales que reducen el espacio para la participación democrática.

Analizando el programa de «llevar la democracia a Latinoamérica», Thomas Carothers, quien trabajó en los proyectos de «incremento de la democracia» de la Administración Reagan, concluye que tales políticas fueron «sinceras», pero que «fracasaron» de forma sistemática. Allí donde la influencia de Washington era menor —en el cono sur—, los éxitos fueron mayores, pese a los esfuerzos del gobierno de Reagan por impedirlo; allí donde la influencia de Washington era mayor, los éxitos fueron menores. El motivo, concluye Carothers, es que Washington pretendía mantener «el orden básico de [...] sociedades absolutamente antidemocráticas» y evitar el «cambio de base populista [...], [buscando] inevitablemente sólo formas aparentes de cambio democrático que no amenazaran las estructuras tradicionales de poder con las que Estados Unidos mantiene una alianza desde hace mucho tiempo». Carothers rechaza la «crítica liberal» de este enfoque debido a su «eterno punto débil»: no ofrece alternativa alguna. La opción de conceder a la población una voz significativa en la gestión de sus propios asuntos no figura en la agenda.⁵

En la cultura de terrorismo predominante, los crímenes de la «guerra contra el terror» y sus consecuencias suscitaron escasa inquietud, aparte de las consideraciones tácticas. Los hechos fueron ampliamente denunciados por las organizaciones de defensa de los derechos humanos, grupos eclesiásticos y otros, a veces incluso por la prensa, pero fueron generalmente rechazados con disculpas vergonzosas. No van a enseñarnos nada sobre la «guerra contra el terror». La mayor parte de los sucesos fueron extirpados de la historia, e incluso se habló de «una inspiración para el triunfo de la democracia en nuestro tiempo» (*New Republic*). Ahogada en sangre la amenaza de una democracia coherente y la reforma que tanto necesitaba, la región volvió a sumirse en la oscuridad de años anteriores, cuando la inmensa mayoría sufría amargamente pero en silencio, mientras que los inversores extranjeros y «las estructuras tradicionales de poder con las que Estados Unidos mantiene una alianza desde hace mucho tiempo» se enriquecían.

La reacción durante todo el proceso concuerda con el supues-

to imperante de que las víctimas son «simples cosas» cuyas vidas no tienen «ningún valor», tomando prestada la elegante expresión de Hegel para referirse a las clases inferiores. Si intentan «levantar la cabeza», deben ser aplastadas por el terrorismo internacional, que será elogiado como una causa noble. Si resisten en silencio, su desgracia puede ser ignorada. La historia imparte pocas lecciones tan prístinamente.

Si bien Centroamérica se perdió de vista en la década de 1990, el terror en otros lugares siguió ocupando un lugar destacado en el programa político y, después de derrotar la teoría de la liberación, el ejército de Estados Unidos recibió la asignación de nuevas tareas. Haití y Colombia se erigieron en los nuevos focos de inquietud en Occidente. En Haití, Estados Unidos había prestado un amplio apoyo a la violencia estatal durante la década de 1980 (como también anteriormente), pero en 1990 surgieron problemas nuevos cuando, para sorpresa de todo el mundo, un sacerdote populista se alzó con una abrumadora victoria en los primeros comicios democráticos celebrados en Haití, merced a una movilización a gran escala en los suburbios y las zonas rurales que habían sido olvidadas. El gobierno democrático fue pronto derrocado por un golpe militar. La junta recurrió inmediatamente a un terrorismo atroz para destruir las organizaciones populares, con el apoyo tácito de Bush (número 1) y Clinton. Finalmente se restituyó al presidente electo, pero con la condición de que cumpliera las rigurosas políticas neoliberales del candidato respaldado por Estados Unidos, que había obtenido el 14 % de los votos en los comicios de 1990. Haití se sumió en la miseria, mientras que Washington recibió nuevas alabanzas por su magnífica dedicación a la libertad, la justicia y la democracia.

Mucho más importante para la política de Estados Unidos es Colombia, donde los terribles crímenes de años precedentes aumentaron bruscamente en la década de 1990, y el país se convirtió en el principal receptor de armas e instrucción estadounidenses de Occidente, de acuerdo con un patrón coherente. A finales de la década, se producían unos diez asesinatos políticos al día (desde entonces puede que se hayan duplicado, según las organizaciones humanitarias colombianas), y la cifra de personas desplazadas había alcanzado los dos millones, con aproximadamente 300.000 más

cada año, en constante aumento. El Departamento de Estado norteamericano y Rand Corporation están de acuerdo con las organizaciones humanitarias en que entre un 75 y un 80 % de las atrocidades son atribuibles al ejército y los paramilitares. Estos últimos están tan estrechamente vinculados al primero que Human Rights Watch se refiere a ellos como la «sexta división» del ejército, al lado de las cinco divisiones oficiales. La proporción de atrocidades atribuidas a las seis divisiones se ha mantenido bastante constante a lo largo de la década, pero con un desplazamiento de los militares a los paramilitares a medida que el terror se ha privatizado, un recurso conocido que ha sido utilizado en los últimos años por parte de Serbia, Indonesia y otros Estados terroristas que buscan la «denegación plausible» para sus crímenes. Estados Unidos está empleando una táctica parecida, privatizando la instrucción y dirección de atrocidades, al igual que su ejecución, como en las operaciones de guerra química («fumigación») que han tenido consecuencias devastadoras en la mayor parte de la población campesina bajo ridículos pretextos de lucha contra el narcotráfico.⁶ Tales operaciones se están transfiriendo cada vez más a empresas privadas (MPRI, Dynacorps), que son financiadas por Washington y emplean oficiales estadounidenses en una estratagema eficaz para escapar del limitado examen del Congreso en busca de una implicación directa en el terrorismo de Estado.

En 1999, en plena escalada de las atrocidades, Colombia se convirtió en el principal receptor de ayuda militar estadounidense en todo el mundo (detrás de los inamovibles Israel y Egipto), desbancando a Turquía. Ésta, un aliado situado en una posición estratégica, había recibido una importante ayuda e instrucción militar de Estados Unidos desde la década de 1940, pero hubo un brusco incremento a mediados de los ochenta, cuando Turquía puso en marcha una campaña contrainsurgente contra su terriblemente reprimida población kurda. Las operaciones de terrorismo de Estado aumentaron en la década de 1990, erigiéndose en algunos de los peores crímenes de ese sangriento periodo. Las operaciones, llevadas a cabo con torturas y una barbarie indescriptible, desalojaron a millones de personas de los territorios devastados y mataron a decenas de miles. La población restante vive confinada en una verdadera mazmorra, privada de los derechos más básicos.⁷ A medida que

el terrorismo de Estado iba en aumento, también lo hacía el apoyo estadounidense a los crímenes. Clinton suministró a Turquía un 80 % de su armamento; sólo en 1997 el flujo de armas superó el de todo el periodo de la guerra fría combinado con el inicio de la campaña contrainsurgente.⁸

No deja de ser instructivo que en la avalancha de comentarios sobre la segunda fase de la «guerra contra el terror», la historia más reciente y sumamente relevante no merezca atención alguna. Tampoco existe una preocupación perceptible por el hecho de que la segunda fase esté dirigida por el único Estado que ha sido condenado por terrorismo internacional por parte de las más altas autoridades internacionales, y que la coalición de los justos reúna una serie singular de Estados terroristas: Rusia, China y otros, que guardan turno con el fin de obtener autorización para sus atrocidades terroristas por parte del líder mundial, que promete erradicar el mal del planeta. Nadie se sorprende cuando la defensa de Kabul contra el terror pasa de las manos de un Estado terrorista (Gran Bretaña) a otro, Turquía, que obtuvo el privilegio merced a sus «experiencias positivas» en la lucha contra el terror, según el Departamento de Estado estadounidense y la prensa americana. Un estudio de la Brookings Institution afirma que Turquía se ha convertido en un «aliado fundamental en la nueva guerra de Washington contra el terrorismo». Ha «combatido la violencia terrorista» durante los últimos años y por lo tanto «se sitúa en una posición privilegiada que le permite contribuir al nuevo esfuerzo mundial por acabar con esta amenaza».⁹

Como ilustran los pocos ejemplos citados —hay muchos más—, el papel de Washington en el terrorismo internacional orquestado por el Estado persistió sin cambios notables en el ínterin entre las dos fases de la «guerra contra el terror», junto con la reacción al mismo.

Tal como había ocurrido durante la primera fase de la «guerra contra el terror», se ha obtenido amplia información sobre los casos más recientes de terrorismo internacional apoyado por el Estado por parte de las principales organizaciones de defensa de los derechos humanos, cuya intervención se solicita con avidez cuando tienen algo que contar que es ideológicamente práctico. Evidentemente, ése no es el caso que nos ocupa. En consecuencia, se

omiten los hechos, o, cuando eso resulta imposible, se desechan como un mal menor o una desviación involuntaria del recto camino. La actuación fue especialmente impresionante en la década de 1990, cuando fue preciso suprimir el papel de Estados Unidos y sus aliados en Turquía, Colombia, Timor Oriental, Oriente Próximo y muchos otros lugares, al tiempo que se elogiaba la actitud de Washington por acceder a una «fase noble» en su política exterior con un «aura beatífica» cuando los líderes del «Nuevo Mundo idealista inclinados a poner fin a la crueldad» se consagraron, por primera vez en la historia, a «principios y valores» en su celo por defender los derechos y la libertad. Es extraordinario que el torrente fluyera sin estorbos; el hecho de que no fuese obstaculizado por la participación de esos mismos personajes santos en algunos de los peores crímenes de la década habría silenciado incluso a Jonathan Swift.¹⁰

Los éxitos de la primera fase de la «guerra contra el terror» en Centroamérica se repitieron en la segunda área principal de preocupación: la región de Oriente Próximo y el Mediterráneo. En el Líbano, los refugiados palestinos fueron aplastados por operaciones terroristas respaldadas por Estados Unidos, y la sociedad libanesa sufrió un trauma aún mayor. Unas veinte mil personas murieron durante la invasión israelí de 1982, y durante los años sucesivos muchas más perecieron víctimas de las atrocidades del ejército israelí (FDI, Fuerzas de Defensa de Israel) y sus mercenarios en el Líbano ocupado. Esto prosiguió a lo largo de la década de 1990 con invasiones israelíes periódicas que dejaron sin hogar a cientos de miles de personas y acabaron con la vida de centenares. El gobierno libanés denuncia veinticinco mil muertos tras la invasión de 1982. Rara vez hubo un pretexto creíble de defensa propia, como las autoridades de Israel reconocieron (salvo en la propaganda dirigida a Estados Unidos). El apoyo norteamericano fue constante y decisivo durante todo el proceso.

En los territorios ocupados por Israel, el terror y la represión se intensificaron durante la década de 1980. Israel prohibió el desarrollo en los territorios ocupados, apropiándose de tierras valiosas y de la mayor parte de los recursos, al mismo tiempo que organizaba proyectos de asentamiento de tal manera que dejaran a la población autóctona aislada e indefensa. Los planes y programas

dependían fundamentalmente del apoyo militar, económico, diplomático e ideológico de Estados Unidos.

En los primeros días de los 35 años de ocupación militar, Moshé Dayán —uno de los líderes israelíes más compasivos con la situación de los palestinos— aconsejó a sus colegas del gobierno que Israel advirtiera a los palestinos que «vivirán como perros, y que quien lo desee puede marcharse». ¹¹ Como muchas de esas maniobras, el sello de la ocupación ha sido la humillación y degradación de los *arabushim* (término despectivo para designar a los árabes), a quienes hay que enseñar a no «levantar la cabeza», utilizando el lenguaje estándar. Hace veinte años, analizando uno de los primeros brotes de violencia de los colonos y las FDI, el analista político Yoram Peri observó con tristeza que setecientos cincuenta mil jóvenes israelíes han aprendido del servicio militar «que la misión del ejército no es sólo defender el Estado en el campo de batalla contra un ejército extranjero, sino también aplastar los derechos de gente inocente sólo porque son *arabushim* que viven en territorios que Dios nos prometió a nosotros». Entonces las «bestias con dos patas» (según el primer ministro Menájem Beguin) sólo podrán «corretear como cucarachas drogadas dentro de un frasco» (según el jefe del Estado Mayor Rafael Eitán). El jefe de Eitán, Ariel Sharón, poco después de su invasión del Líbano y la matanza de Sabra y Shatila, aconsejó que la forma de tratar a los manifestantes era «cortarles los testículos». La prensa hebrea de la corriente dominante publicó «relatos detallados de actos terroristas [por parte de las FDI y los colonos] en los territorios conquistados», que fueron presentados al primer ministro Beguin por prominentes figuras políticas, entre ellas destacados halcones. Entre las vejaciones reiteradas estaba la de obligar a los *arabushim* a orinar y defecar unos sobre otros y arrastrarse por el suelo mientras gritaban «Larga vida al Estado de Israel» o lamían la tierra; o también, el día del Holocausto, a escribirse cifras en las manos «en recuerdo de los judíos de los campos de exterminio». Desde entonces tales acciones han escandalizado a la mayoría de la población israelí, también cuando se repitieron durante la invasión de Sharón en abril de 2002.

El respetado activista por los derechos humanos y especialista jurídico Raja Shehadá escribió hace veinte años que para los palestinos sometidos a la ocupación hay pocas opciones: «Viviendo así,

hay que resistir constantemente las tentaciones gemelas de conformarse con el plan del carcelero, o bien enloquecer por un odio dominante hacia el carcelero y hacia uno mismo, el prisionero.» La única alternativa es ser uno de los *samidín*, los que resisten en silencio, conteniendo la ira.

Uno de los escritores más eminentes de Israel, Boaz Evron, describió sucintamente la técnica de la ocupación: «atarlos corto», para cerciorarse de que saben «que el látigo pende sobre sus cabezas». Esto tiene más sentido que las matanzas, porque entonces las personas civilizadas pueden «aceptarlo todo tranquilamente», preguntando: «¿Qué es tan terrible? ¿Acaso matan a alguien?»

La ácida crítica de Evron da en el clavo. Su exactitud se ha demostrado reiteradamente, de forma muy acusada en abril de 2002, cuando el último de los crímenes de guerra de Sharón fue hábilmente convertido por el *lobby* proisraelí en una demostración de que, excepción hecha de Estados Unidos, el mundo está dominado por un antisemitismo imposible de erradicar. La prueba es que los primeros temores de una gigantesca matanza resultaron infundados, y lo único que ocurrió fue la destrucción del campo de refugiados de Yenín, la ciudad vieja de Nablús y el centro cultural y otras instituciones civiles de Ramala, junto con la habitual y obscena humillación, el brutal castigo colectivo de cientos de miles de personas inocentes y otras nimiedades semejantes que los americanos educados y muchos israelíes pueden «aceptar tranquilamente». Sin duda nadie, exceptuando algún racista antiiraquí histérico, se opondría a que las fuerzas de Saddam Hussein llevaran a cabo acciones parecidas en Israel o Estados Unidos.

Los casos individuales suelen revelar las actitudes predominantes hacia el terror más gráficamente que el panorama general. No existe un símbolo más vivo y duradero del «malévolo azote del terrorismo» que el brutal asesinato de un minusválido estadounidense, Leon Klinghoffer, durante el secuestro del *Achille Lauro* en octubre de 1985. Esta atrocidad no queda mitigada en modo alguno por la pretensión, por parte de los terroristas, de que el secuestro era una represalia por el bombardeo israelí, con respaldo estadounidense, de Túnez una semana antes, que había matado 75 tunecinos y palestinos sin un pretexto creíble. Las reacciones fueron muy distintas cuando unos reporteros británicos encontraron «los res-

tos aplastados de una silla de ruedas» en el campo de refugiados de Yenín tras el ataque de Sharón. «Había quedado completamente destrozada, aplastada como en los dibujos animados —informaron—. Entre los restos había una bandera blanca rota.» Un minusválido palestino, Kemal Zughayer, «murió a balazos cuando intentaba huir impulsando su silla de ruedas. Los tanques israelíes debieron de pasar por encima del cadáver, porque cuando [un amigo] lo encontró, le faltaban una pierna y ambos brazos, y la cara, dijo, había quedado partida en dos».¹² Aparentemente, el suceso ni siquiera mereció ser difundido en Estados Unidos y, de haberse publicado, habría sido negado y habría conllevado un alud de acusaciones de antisemitismo que probablemente habría conducido a una disculpa y retractación. En caso de reconocerse, el crimen se habría despachado como un error involuntario en el transcurso de una represalia justificada, a diferencia de la atrocidad del *Achille Lauro*. Kemal Zughayer no entrará en los anales del terrorismo al lado de Leon Klinghoffer.

Resulta demasiado fácil multiplicar tales ejemplos. Los aliados de Estados Unidos deben distinguirse de los *arabushim* que aplastan bajo sus botas, así como a lo largo de los siglos los seres humanos no deben confundirse con «simples cosas».

El antiguo jefe de los servicios secretos israelíes, Shlomo Gazit, un alto oficial de la administración militar en sus primeros tiempos, describió la ocupación de 1985 como un «éxito». La población no causaba problemas. Había *samidín* que no levantaban la cabeza. El objetivo principal se había conseguido: «impedir que los habitantes de los territorios participaran en la configuración del futuro político de la región» o «que fueran considerados socios para las relaciones con Israel». Eso implicaba «la prohibición absoluta de toda organización política, por cuanto todo el mundo entendía claramente que si se permitía el activismo y la organización políticos, sus líderes podrían participar en los asuntos políticos». Las mismas consideraciones exigen «la destrucción de toda iniciativa y todo esfuerzo por parte de los habitantes de los territorios que sirva como conducto para negociaciones, que sea un canal para el liderazgo árabe palestino fuera de la región». El principio rector había sido enunciado en 1972 por el eminente diplomático israelí Jaím Herzog, más tarde presidente: «No niego a los palestinos una posición,

una actitud o una opinión en todas las cuestiones [...]. Pero ciertamente no estoy dispuesto a considerarlos como socios en ningún aspecto en una tierra que ha estado consagrada a nuestra nación durante miles de años. Para los judíos de esa tierra no puede haber ningún socio.»¹³

Para los socios, los problemas sólo aparecen si las cucarachas drogadas acaban tan «enloquecidas por el odio dominante» que se atreven a levantar la cabeza e incluso se revuelven contra sus carceleros. En ese caso el castigo es severo, alcanzando niveles extremos de brutalidad, siempre con impunidad mientras el mecenas esté de acuerdo. Hasta diciembre de 1987, cuando estalló la primera Intifada, los palestinos que residían en los territorios estuvieron extraordinariamente sometidos. Cuando finalmente levantaron la cabeza en los territorios ocupados, las FDI, la patrulla de fronteras (de estilo paramilitar) y los colonos estallaron en un paroxismo de terror y brutalidad.¹⁴

La repercusión en Estados Unidos fue escasa. La prensa y los comentaristas se mantuvieron generalmente fieles, mientras que Washington fingía valientemente «no ver» las propuestas de la OLP y otros organismos para una solución política. Por último, cuando se estaba convirtiendo en objeto de ridículo internacional, Washington accedió a hablar con la OLP, con la pretensión pueril, aceptada sin escrúpulos por la comunidad intelectual y los medios de comunicación, de que la OLP había sucumbido y había accedido mansamente a aceptar la firme postura estadounidense. En la primera reunión (notificada en Israel y Egipto, pero no en Estados Unidos, dentro de la corriente principal), Washington exigió a la OLP que cesaran los «disturbios» en los territorios bajo ocupación militar, «que consideramos como actos terroristas contra Israel», encaminados a «minar la seguridad y estabilidad [de Israel]». El «terrorismo» no es el del ejército de ocupación; su violencia es legítima, dadas las prioridades del gobierno estadounidense, como lo fue en el Líbano. Los culpables son los que osan levantar la cabeza. El primer ministro Rabin aseguró a los líderes de Shalom Ashjav (Paz Ahora) que el objetivo de las negociaciones «de bajo nivel» entre Estados Unidos y la OLP era conceder a Israel el tiempo suficiente para aplastar la Intifada mediante una «fuerte presión militar y económica», que «rompería» a los palestinos.

Como suele ocurrir, la violencia dio resultado. Cuando quedaron rotos y regresaron a la condición de *samidín*, las inquietudes en Estados Unidos disminuyeron, demostrando una vez más la precisión del análisis de Evron, anteriormente citado.

Así siguieron las cosas durante la década de 1990, esta vez dentro del marco del «proceso de paz de Oslo». En la Franja de Gaza, unos pocos miles de colonos judíos viven lujosamente, con piscinas, viveros de peces y una agricultura muy productiva gracias a la apropiación de la mayor parte de los escasos recursos hidráulicos de la región. Un millón de palestinos sobreviven precariamente en la miseria, encarcelados detrás de un muro sin acceso al mar ni a Egipto, a menudo obligados a salvar a pie o a nado las barreras de las FDI que, en lugar de cumplir una función de seguridad, imponen un castigo duro y degradante. Con frecuencia se exponen a los disparos si pretenden desplazarse dentro de la mazmorra. Gaza se ha convertido en la «colonia penal» de Israel, su «isla de los demonios, Alcatraz», como escribe el destacado columnista Nahum Barnea.

Al igual que en Centroamérica, la situación se deterioró gradualmente durante la década de 1990.¹⁵ Las propuestas de Clinton y Barak del verano de 2000 en Camp David fueron profusamente elogiadas como «magnánimas» y «generosas», y es justo afirmar que ofrecían una mejora. Por entonces los palestinos estaban confinados en unos doscientos enclaves de Cisjordania, la mayoría de ellos diminutos. Clinton y Barak propusieron magnánimamente reducir la cifra a tres cantones, eficazmente separados unos de otros y del centro de la vida, la cultura y las comunicaciones palestinas en Jerusalén Este. Entonces la entidad palestina pasaría a ser una «dependencia neocolonial permanente», como el ministro de Asuntos Exteriores de Barak definió el objetivo del proceso de Oslo, reiterando la observación que Moshé Dayán hiciera treinta años antes acerca de que la ocupación es «permanente». Siguiendo el modelo de Gaza, en el verano de 2002 se estaba construyendo un muro para recluir a la población, con barreras internas que sólo serán franqueables, a lo sumo, después de un largo periodo de hostigamiento y premeditada humillación de la gente que desee llegar a los hospitales, visitar a sus parientes, ir a la escuela, encontrar trabajo, transportar productos agrícolas, en otras palabras, sobrevivir

en la mazmorra. Si tales medidas restablecen el monopolio de violencia y terror del que antaño gozó el régimen satélite de Washington, la política en Cisjordania también será calificada de éxito.

A mediados de 2002, el Programa de las Naciones Unidas para la Alimentación Mundial solicitó apoyo en una campaña para alimentar a medio millón de palestinos que padecen hambre y desnutrición, por cuanto «un número creciente de familias en los territorios ocupados por Israel se ven obligadas a saltarse comidas o reducir su alimentación», según advertía el programa, calculando que la situación se agravará todavía más si Israel sigue impidiendo la libre circulación de productos entre los ocho cantones que está estableciendo en la «colonia penal».¹⁶

Como su modelo de Gaza, el muro de Cisjordania será «semi-permeable». Las FDI, los colonos judíos y los turistas extranjeros pueden circular libremente en ambas direcciones, pero no las «simples cosas» cuyas vidas no tienen «ningún valor» para los gobernantes.

Mientras la gente cuyas vidas tienen valor sea inmune, el destino de sus víctimas podrá ser ignorado. Si levantan la cabeza, habrá que darles lecciones de obediencia. En general la violencia es la primera opción, lo cual explica por qué el terrorismo internacional dirigido por el Estado es una plaga tan extendida. Si fracasa, hay que plantearse otros medios. Durante la primera Intifada, incluso los partidarios extremos del terror israelí empezaron a pedir una retirada parcial debido a los costes para Israel. En los primeros días de la segunda Intifada, ni siquiera la matanza de cientos de palestinos y el castigo colectivo a gran escala impidieron nuevos envíos de helicópteros y otras armas para difundir el terror, pero cuando la Intifada se descontroló, llegando a la propia Israel, hubo que tomar otras medidas. El presidente Bush incluso proclamó entre grandes aplausos su «visión» de un posible Estado de Palestina, aproximándose (desde abajo) a la postura de los racistas surafricanos de cuarenta años antes, quienes no sólo tuvieron una «visión» de Estados gobernados por negros, sino que además la pusieron en práctica.

No se llegó a determinar cómo debería ser y dónde debería estar el Estado final. El líder de la mayoría del Congreso, Dick Arme, observó que «hay muchas naciones árabes» que poseen suficientes «tierras, bienes y oportunidades para fundar un Estado

palestino», de modo que Israel debería «apoderarse de toda Cisjordania» y «los palestinos deberían marcharse». Sus homólogos señalan que hay muchos judíos en Nueva York y Los Ángeles, y que el país más rico del mundo no tendría ninguna dificultad para absorber a unos millones más, lo cual resolvería el problema. En el extremo opuesto del espectro, Anthony Lewis elogió al «viejo soldado nada sentimental» Yitsjak Rabin, un hombre de «absoluta honradez intelectual» que estaba dispuesto a firmar los acuerdos de Oslo. Pero el ala derecha israelí, a diferencia de Rabin, «se opone a cualquier solución que conceda a los palestinos un Estado viable: minúsculo, desarmado, pobre y dominado por Israel, pero propio». Ése es «el quid de la cuestión», y si la noble visión de Rabin fracasa, el proceso de paz se extinguirá.¹⁷

Mientras, el terror de Estado sigue siendo el medio de control autorizado. En los primeros días de la Intifada, Israel utilizó helicópteros estadounidenses para atacar objetivos civiles, matando e hiriendo a decenas de personas. Clinton respondió con el mayor envío de helicópteros militares en una década, y los envíos no cesaron cuando Israel empezó a utilizarlos para perpetrar asesinatos políticos y otros actos terroristas. Estados Unidos se negó sistemáticamente a autorizar observadores internacionales, cuya presencia probablemente habría reducido la violencia. En diciembre de 2001, además de vetar otra resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, que exigía el envío de observadores, la Administración Bush dio un paso más para «aumentar el terror» (el crimen de Arafat, según el presidente) minando el empeño internacional por poner fin a las «graves violaciones» de la Cuarta Convención de Ginebra por parte de Israel. En su principal declaración política sobre el conflicto árabe-israelí (24 de junio de 2002), el presidente expresó con acierto la actitud general: la directriz es que sólo «aquellos líderes no comprometidos por el terror» serán admitidos en el proceso diplomático conducido por Estados Unidos. Ariel Sharón cumple por definición esta condición, un hecho que no parece haber suscitado comentario alguno, aun cuando algunos se estremecieron cuando el presidente lo calificó de «hombre de paz»; algo que su historial de cincuenta años de atrocidades demuestra perfectamente. Ningún líder estadounidense puede estar tan comprometido, por definición. Sólo los líderes palestinos deben satisfacer la exi-

gencia de que su violencia y represión se dirijan únicamente contra otras bestias con dos patas, como en el pasado, cuando tales prácticas merecieron el apoyo y el aplauso de la alianza Estados Unidos-Israel durante los años de Oslo. Si se alejan de esa misión o pierden el control, deben ser eliminados y sustituidos por títeres más fiables, preferiblemente mediante unas elecciones que serán declaradas «libres» si la persona adecuada obtiene la victoria.

Los principios básicos con respecto al terror han sido trazados con cierta franqueza por estadistas honestos: por ejemplo, Winston Churchill. Él advirtió al Parlamento antes de la Primera Guerra Mundial que

no somos un pueblo joven con un historial inocente y un legado insuficiente. Nos hemos apoderado [...] de una parte absolutamente desproporcionada de la riqueza y el comercio del mundo. Hemos obtenido todos los territorios que hemos querido, y nuestra pretensión de disfrutar sin más de ingentes y espléndidas posesiones, fundamentalmente adquiridas por la violencia y mayormente conservadas por la fuerza, suele antojarse menos razonable para los demás que para nosotros.

Cuando Estados Unidos y Gran Bretaña resultaron victoriosos en 1945, Churchill sacó las conclusiones adecuadas de sus realistas observaciones:

El gobierno del mundo debería confiarse a naciones satisfechas que no aspiren a más de lo que tienen. Si el gobierno mundial estuviera en manos de naciones hambrientas, siempre habría peligro. Pero ninguno de nosotros tendría razón alguna para desear nada más. La paz sería mantenida por pueblos que vivirían a su manera y no serían ambiciosos. Nuestro poder nos puso por encima del resto. Éramos como los ricos que viven en paz en sus aposentos.¹⁸

Otros que han conquistado «ingentes y espléndidas posesiones», también de un modo poco cortés, comprenden bien los principios de Churchill. Se considera que los gobiernos de Kennedy y Reagan ocupan polos opuestos en el espectro político estadouni-

dense, pero en este sentido eran parecidos. Ambos reconocieron la necesidad de recurrir al terror para garantizar la subordinación a los ricos que deseaban disfrutar de sus posesiones sin más. Al cabo de sólo unos meses en el cargo, Kennedy ordenó que se infligieran los «terrores de la tierra» a Cuba hasta eliminar a Fidel Castro. El terror a gran escala continuó durante los años del mandato de Kennedy, que aprobó nuevas operaciones terroristas diez días antes de su asesinato. Los motivos eran claros y explícitos. Los cubanos habían levantado la cabeza; y aún peor, daban un «ejemplo y estímulo general» que podía «fomentar la agitación y el cambio radical» en otras partes de Latinoamérica, donde «las condiciones sociales y económicas [...] invitan a la oposición a la autoridad gobernante». Lo que importa no es lo que hace Castro; más bien los intelectuales de Kennedy reconocían que «la mera existencia de su régimen [...] supone un claro desafío a Estados Unidos, una negación de toda nuestra política occidental de casi medio siglo», basada en el principio de subordinación a la voluntad del coloso del norte. Los consejeros de Kennedy advirtieron al presidente entrante que la amenaza planteada por Castro era «la difusión de la idea castrista de controlar los asuntos propios», un grave peligro cuando «la distribución de tierras y otras formas de riqueza nacional favorecen en gran medida a los terratenientes [y] los pobres y desfavorecidos, estimulados por el ejemplo de la revolución cubana, exigen ahora oportunidades para una vida decente».¹⁹

Aun sin la amenaza de un buen ejemplo, el «exitoso desafío a Estados Unidos» no puede tolerarse. Por lo general, «conservar la credibilidad» es un principio fundamental del arte de gobernar y la justificación oficial más habitual en política. Si el mundo está lo bastante asustado, el beneficio es seguro. Los planificadores de Reagan advirtieron a Europa que si no se unía a la «guerra contra el terror» de Washington con el entusiasmo suficiente, «los locos americanos» podrían «tomar los asuntos en sus propias manos». La prensa elogió el éxito de esta valiente actitud que puso de acuerdo a los «peleles» europeos. El Mando Estratégico (STRATCOM) de Clinton aconsejó que «una parte de la imagen nacional que proyectamos» fuera la de una potencia «irracional y vengativa», con algunos elementos «potencialmente “descontrolados”».

Destacados especialistas en asuntos internacionales han adver-

tido desde la década de 1980 que muchos ven a Estados Unidos como una «superpotencia sin escrúpulos» y como una grave amenaza para su existencia. Pero todo eso es para bien, si produce miedo y subordinación.

Los políticos actuales, muchos de ellos remanentes de la época Reagan, son muy francos a la hora de adoptar esta postura. Cuando el príncipe saudí Abdulá visitó Estados Unidos en abril de 2002 para instar a Washington a que prestara cierta atención a las dificultades causadas a sus aliados en el mundo árabe por el apoyo estadounidense al terror y la represión israelíes, se le informó sin ambages de que sus inquietudes carecían de importancia: «La idea era que, si creía que éramos fuertes en la operación Tormenta del Desierto, hoy somos diez veces más fuertes —declaró un oficial—. Fue para darle una idea de lo que Afganistán demostró sobre nuestras posibilidades.»

La filosofía de los altos mandos del Departamento de Defensa fue esbozada por Jay Farrar, un ex funcionario del Departamento que dirige proyectos especiales en el Centro para Estudios Estratégicos e Internacionales, un gabinete centrista de Washington: si Estados Unidos «se muestra firme, duro y actúa con decisión, sobre todo en esa parte del planeta, el resto del mundo nos acompañará y respetará, y no se meterá con nosotros».²⁰

En resumen, vete al cuerno. O estás con nosotros o contra nosotros, como dijo el presidente, y si no estás con nosotros te haremos puré. Es por este motivo que bombardeamos países como Afganistán: para dar a los recalcitrantes una idea de lo que somos capaces de hacer si alguien se interpone en nuestro camino. Las consecuencias en lo que a terrorismo se refiere tienen sólo una importancia secundaria; de hecho, el servicio secreto admite que el bombardeo de Afganistán probablemente acrecentó la amenaza extendiendo la red de al-Qaeda y engendrando otras por el estilo. Además, como se ha dicho anteriormente, nueve meses después de los ataques del 11-S los servicios secretos sabían poco sobre su origen, y sólo «creían» que la idea pudo haberse tramado en Afganistán, aunque no su ejecución y planificación.²¹ Según las normas establecidas por los ricos y poderosos, eso basta para justificar los bombardeos contra gente inocente y para suscitar declaraciones elocuentes sobre el respeto de nuestros líderes por los más altos principios de moralidad y derecho internacional.

Todo hace suponer que la nueva «guerra contra el terror» se parecerá a su predecesora y a otros muchos episodios de terrorismo de Estado que no recibieron la designación oficial orweliana. No obstante, existen diferencias cruciales. En el caso del 11-S, la guerra fue redeclarada como respuesta a una atrocidad terrorista real y muy grave, no con pretextos inventados. Pero las instituciones se mantienen estables, y las políticas que emanan de ellas tienden a adoptar formas parecidas, adaptadas a las nuevas circunstancias. Un elemento estable es la doctrina de Churchill: los ricos y poderosos tienen derecho a exigir que los dejen en paz para disfrutar de lo que han conseguido, a menudo mediante la violencia y el terror; los demás pueden ser ignorados mientras sufran en silencio, pero si se entrometen en las vidas de quienes gobiernan el mundo por derecho, los «terrores de la tierra» se cernirán sobre ellos con justa ira, a menos que el poder sea incomodado desde dentro.

Los cinco primeros capítulos que siguen se refieren a la primera fase de la «guerra contra el terror», durante los gobiernos de Reagan y Bush (número 1). El prefacio y los tres primeros capítulos constituyen la publicación original: *Pirates and Emperors* (Claremont, 1986). El capítulo 1 está dedicado al marco conceptual en el que esta y otras cuestiones relacionadas se presentan en el sistema doctrinal dominante. El capítulo 2 aporta una muestra —sólo una muestra— del terrorismo de Oriente Próximo en el mundo real, junto con algunos comentarios sobre el estilo disculpatorio empleado para garantizar que éste transcurra sin estorbos. El capítulo 3 se centra en el papel desempeñado por Libia en el sistema doctrinal durante aquellos años. El capítulo 4 figura en la edición de 1987 de *Pirates and Emperors* (Black Rose, Montreal); es la transcripción de un discurso de apertura en la Asociación Árabe de la Convención de Licenciados Universitarios del 15 de noviembre de 1986. El capítulo 5 (julio de 1989) aparece en *Western State Terrorism* (1991), editado por Alexander George.

El capítulo 6 se ocupa de la segunda fase de la «guerra contra el terror», redeclarada tras el 11-S. Se basa en una charla en el congreso del American Friends Service Committee y el Peace and Justice Studies Program and Peace Coalition de la Universidad de Tufts: «After September 11: Paths to Peace, Justice and Security», Universidad de Tufts, 8 de diciembre de 2001. El capítulo 7, al igual que

el 4, se refiere a las políticas estadounidenses en Oriente Próximo. Es la introducción a la obra de Roane Carey, *The New Intifada* (2001).

Algunas partes del capítulo 1 aparecieron en *Utne Reader* (febrero-marzo de 1986), *Index on Censorship* (Londres) (julio de 1986) y en *Il Manifesto* (Roma) (30-1-1986). Ciertos fragmentos del capítulo 2 figuran en *Race & Class* (Londres) (verano de 1986), y otra versión en Michael Sprinker (ed): *Negations: Spurious Scholarship and the Palestinian Question*, Verso, 1987. El capítulo aparece también en Edward Said y Christopher Hitchens.: *Blaming the Victims*, Verso, 1988. El capítulo 3 es una versión modificada y ampliada de un artículo publicado en el *Covert Action Information Bulletin* (verano de 1986). Versiones anteriores de esos artículos aparecen en el *New Statesman* (Londres), *ENDpapers* (Nottingham), *El País* (Madrid) y en Italia, México, Uruguay y otros lugares. Partes de los capítulos 2 y 3 se incluyen también en mi ponencia «International Terrorism: Image and Reality», presentada en la Conferencia de Frankfurt sobre Terrorismo Internacional (abril de 1986), y publicada en *Crime and Social Justice*, 27-28 (1987), un número de la revista que analiza estos temas en líneas generales.

Los capítulos han sido adaptados para suprimir cuestiones que ya no son pertinentes, redundancias, etcétera. En ellos, los términos «en la actualidad», «recientemente» y similares se refieren al tiempo de la publicación. No he actualizado las notas para incluir la gran cantidad de material sumamente pertinente después de la publicación.

Control de pensamiento: el caso de Oriente Próximo (1986)

Comparativamente, el caso de Estados Unidos es insólito, si no único, por su falta de restricciones a la libertad de expresión. Es también insólito por el alcance y la eficacia de los métodos utilizados para reprimir la libertad de pensamiento. Ambos fenómenos están relacionados. Los teóricos democráticos liberales han observado desde hace tiempo que en una sociedad en la que se escucha la voz del pueblo, los grupos de elite deben cerciorarse de que esa voz sólo dirá las cosas adecuadas. Cuanta menos capacidad tiene el Estado de emplear la violencia en defensa de los intereses de los grupos de elite que lo dominan eficazmente, más necesario resulta concebir técnicas de «producción de consenso», en palabras de Walter Lippmann hace más de sesenta años, o de «ingeniería del consenso», la expresión preferida por Edward Bernays, uno de los padres fundadores de la industria americana de relaciones públicas.

En el artículo «propaganda» la *Encyclopaedia of the Social Sciences* de 1933, Harold Lasswell explicaba que no debemos sucumbir a «los dogmatismos democráticos de que cada hombre es el que mejor conoce sus propios intereses». Debemos encontrar métodos para asegurar que la población respaldará las decisiones tomadas por sus clarividentes líderes: una lección que las elites dominantes aprendieron mucho antes, y de la cual la industria de relaciones públicas es un ejemplo notable. Allí donde se garantiza la obediencia por medio de la violencia, los gobernantes pueden tender a una visión «conductista»: basta con que el pueblo obedezca; lo que piense no importa demasiado. Cuando el Estado carece

de los medios de coacción adecuados, es importante controlar también lo que el pueblo piensa.¹

Esta actitud es común entre los intelectuales de todo el espectro político, y generalmente se mantiene cuando se mueven por este espectro según las circunstancias. Una versión fue expresada por el reputadísimo moralista y comentarista político Reinhold Niebuhr cuando escribió en 1932 —a la sazón desde una perspectiva cristiana de izquierdas— que, dada «la estupidez del hombre medio», es responsabilidad de «observadores fríos» aportar la «ilusión necesaria» que proporciona la fe que se debe inspirar en las mentes de los menos dotados.² La doctrina es también conocida en su versión leninista, así como en la ciencia social americana y en el comentario liberal en general. Pensemos en el bombardeo de Libia en abril de 1986. Leímos sin sorprendernos que fue un éxito de relaciones públicas en Estados Unidos. «Está teniendo aceptación» y su «positiva repercusión política» debería «reforzar la influencia del presidente Reagan a la hora de tratar con el Congreso sobre temas como el presupuesto militar y la ayuda a la Contra nicaragüense». «Este tipo de campaña de educación pública es la esencia del arte de gobernar», según el doctor Everett Ladd, un eminente especialista en opinión pública, quien agregó que un presidente «debe intervenir en la ingeniería del consenso democrático», la genial expresión orwelliana habitual en las relaciones públicas y en los círculos académicos para referirse a los métodos para minar la participación democrática significativa en la configuración de la política pública.³

El problema de «organizar el consentimiento político» surge de forma especialmente brusca cuando la política del Estado es indefendible, y se agrava en la medida en que aumenta la gravedad de las cuestiones. No cabe duda sobre la gravedad de las cuestiones que surgen en Oriente Próximo, especialmente el conflicto árabe-israelí, que se considera comúnmente —y de forma plausible— como el «polvorín» más propicio para desencadenar una guerra nuclear irreversible cuando el conflicto regional involucre a las superpotencias, como ha estado a punto de ocurrir en el pasado. Además, la política de Estados Unidos ha contribuido materialmente a mantener el estado de confrontación militar y se basa en supuestos racistas implícitos que no serían tolerados si se manifestaran abierta-

mente. Existe también una marcada divergencia entre las actitudes populares, que en general se muestran a favor de un Estado palestino cuando se plantea la cuestión en las encuestas, y la política de Estado, que excluye explícitamente esta opción,⁴ si bien la divergencia es de poca importancia mientras los elementos políticamente activos y articulados de la población mantengan la disciplina adecuada. Para garantizar este resultado, es necesario realizar lo que los historiadores americanos llamaron «ingeniería histórica» cuando prestaron su talento a la Administración Wilson durante la Primera Guerra Mundial en uno de los primeros ejercicios de «producción de consentimiento» organizado. Existen varias maneras de conseguir este resultado.

Un método es concebir una forma apropiada de neolengua en la que una serie de términos cruciales adquieran un sentido técnico, diferente de sus significados corrientes. Tomemos como ejemplo la expresión «proceso de paz». En su sentido técnico, como suele emplearse en los medios de comunicación y entre los intelectuales de Estados Unidos, se refiere a las propuestas de paz presentadas por el gobierno estadounidense. La gente consciente espera que Jordania se sume al proceso de paz, es decir, que acepte los dictados de Estados Unidos. La gran incógnita es si la OLP accederá a entrar en el proceso de paz, o si se le puede permitir el ingreso en esta ceremonia. El titular de una crítica del «proceso de paz» de Bernard Gwertzman en el *New York Times* dice: «¿Están los palestinos dispuestos a buscar la paz?»⁵ En el sentido normal de la palabra «paz», la respuesta es, naturalmente, «sí». Todo el mundo busca la paz, a su manera; Hitler, por ejemplo, buscó sin duda la paz en 1939, aunque según sus condiciones. Pero en el sistema del control de pensamiento, la pregunta significa otra cosa: «¿Están los palestinos dispuestos a aceptar las condiciones de paz de Estados Unidos?» Resulta que esas condiciones les niegan el derecho a la autodeterminación nacional, y la renuencia a aceptar esta condición demuestra que los palestinos no buscan la paz, en el sentido técnico.

Obsérvese que para Gwertzman no es necesario preguntar si Estados Unidos o Israel están «dispuestos a buscar la paz». En el caso de Estados Unidos, esta característica se cumple por definición, y las convenciones del periodismo responsable implican que pueda decirse lo mismo de un Estado satélite obediente.

Gwertzman afirma además que la OLP siempre ha rechazado «toda conversación sobre una paz negociada con Israel». Eso es falso, pero es verdad en el mundo de la «ilusión necesaria» construido por el «Boletín Oficial», que, junto con otros periódicos responsables, ha suprimido los datos pertinentes o los ha relegado al práctico «agujero de memoria» de Orwell.

Desde luego que hay propuestas de paz árabes, entre ellas las de la OLP, pero no forman parte del «proceso de paz». Así, en un análisis de «Dos décadas buscando la paz en Oriente Próximo», el corresponsal del *Times* en Jerusalén, Thomas Friedman, excluye las principales propuestas de paz árabes (entre ellas las de la OLP); tampoco se enumeran propuestas israelíes, porque no se ha presentado ninguna seria, un hecho que nadie discute.⁶

¿Cuál es la naturaleza del «proceso de paz» oficial y de las propuestas árabes que se excluyen del mismo? Antes de contestar a esta pregunta, debemos aclarar otra palabra técnica: «rechacismo». En su uso orwelliano, este término se refiere exclusivamente a la postura de los árabes que niegan a los judíos israelíes el derecho a la autodeterminación nacional, o que se niegan a aceptar el «derecho a existir» de Israel, un concepto nuevo e ingenioso concebido para excluir a los palestinos del «proceso de paz», demostrando el «extremismo» de quienes se niegan a reconocer la justicia de algo que para ellos es el robo de su patria, y que insisten en la visión tradicional —la adoptada por el sistema ideológico imperante en Estados Unidos así como la práctica internacional predominante con respecto a todos los Estados aparte de Israel— de que, si bien los Estados están reconocidos en el orden internacional, no ocurre lo mismo con su «derecho a existir» abstracto.

Hay elementos en el mundo árabe a los que se atribuye el término «rechacismo»: Libia, el minoritario Frente de Rechazo de la OLP y otros. Pero no se debería pasar por alto el hecho de que, en la neolengua oficial, la palabra se usa en un sentido estrictamente racista. Abandonando tales supuestos, observamos que hay dos grupos que reivindican el derecho a la autodeterminación nacional en la antigua Palestina: la población autóctona y los colonos judíos que la desplazaron en gran parte, a veces con considerable violencia. Presumiblemente, la población autóctona posee derechos comparables a los de los inmigrantes judíos (algunos podrían aducir

que incluso más, pero dejo esta cuestión a un lado). En ese caso, el término «rechacismo» debería emplearse para referirse a la negación del derecho a la autodeterminación nacional a cualquiera de los grupos nacionales rivales. Sin embargo, no es posible utilizar el término en su sentido no racista en el sistema doctrinal estadounidense, porque en ese caso se vería enseguida que Estados Unidos e Israel encabezan el bando rechacista.

Una vez hechas estas puntualizaciones, podemos volver a la pregunta: ¿qué es el «proceso de paz»?

El «proceso de paz» oficial es explícitamente rechacista, así como Estados Unidos y los dos principales grupos políticos de Israel. De hecho, su rechacismo es tan extremo que los palestinos ni siquiera pueden elegir a sus propios representantes en las negociaciones finales sobre su destino, al igual que se les niega las elecciones municipales u otros sistemas democráticos bajo la ocupación militar israelí. ¿Hay una propuesta de paz no rechacista en la orden del día? En el sistema doctrinal estadounidense, la respuesta es naturalmente «no», por definición. En el mundo real, las cosas son distintas. Las condiciones básicas de esta propuesta son conocidas y reflejan un amplio consenso internacional: incluyen un Estado palestino en Cisjordania y la Franja de Gaza al lado de Israel y el principio de que «es fundamental garantizar la seguridad y la soberanía de todos los estados de la región, incluidas las de Israel».

Las palabras citadas son de una alocución Leonid Brézhnev durante el Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética de febrero de 1981, en la que expresaba la coherente postura soviética. El discurso de Brézhnev fue reproducido en el *New York Times* omitiendo este fragmento crucial; el hecho de que se suprimieran en el *Pravda* fragmentos de una declaración de Reagan posterior a una cumbre suscitó una indignación muy justificada. En abril de 1981, la OLP se adhirió unánimemente a la declaración de Brézhnev, pero en el *Times* no se informó de ello. La doctrina oficial sostiene que la Unión Soviética, como siempre, sólo pretende causar problemas y obstaculizar la paz, y en consecuencia apoya el rechacismo y el extremismo. Los medios de comunicación cumplen debidamente la función que tienen asignada.

Podríamos citar más ejemplos. En octubre de 1977, una declaración conjunta de Carter y Brézhnev reclamó el «fin del estado de

guerra y el establecimiento de relaciones pacíficas normales» entre Israel y sus vecinos. Estas palabras recibieron la aprobación de la OLP, aunque Carter las retiró tras una furiosa reacción por parte de Israel y su *lobby* americano. En enero de 1976, Jordania, Siria y Egipto apoyaron una propuesta en favor del establecimiento de dos estados debatida por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La resolución incorporó el redactado esencial de la resolución 242 de la ONU, el documento nuclear de la diplomacia pertinente, donde se garantizaba el derecho de todos los estados de la región a «vivir en paz dentro de unas fronteras seguras y reconocidas». La propuesta fue aprobada por la OLP; según el presidente de Israel, Jaím Herzog (a la sazón embajador de la ONU), fue «redactada» por la OLP. Recibió el respaldo de casi todo el mundo y fue vetada por Estados Unidos.⁷

La mayor parte de esto se ha eliminado de la historia, tanto en el ámbito periodístico como en el intelectual. La iniciativa internacional de 1976 ni siquiera aparece mencionada en el extraordinariamente meticuloso análisis de Seth Tillman en su libro *The United States and the Middle East* (Indiana, 1982). Sí es citada por Steven Spiegel en *The Other Arab-Israeli Conflict* (Chicago, 1985, p. 306), una obra de erudición muy respetada, junto con algunos comentarios interesantes. Spiegel escribe que Estados Unidos «vetó la resolución a favor de Palestina» para «demostrar que estaba dispuesto a escuchar las aspiraciones palestinas, pero que no accedería a exigencias que amenazaran a Israel». El compromiso con el rechacismo estadounidense e israelí no podía ser más evidente, y es aceptado en Estados Unidos, junto con el principio de que las exigencias que amenazan a los palestinos son absolutamente legítimas e incluso loables: las condiciones del «proceso de paz» oficial, por ejemplo. La afirmación de que los estados árabes y la OLP nunca han abandonado su negativa a entenderse con Israel, aparte de Sadat con su viaje a Jerusalén en 1977, es una cuestión de doctrina en el debate público. Los hechos no deben ser ningún estorbo, ni siquiera una leve molestia, para un sistema eficaz de «ingeniería histórica».

La reacción de Israel a la propuesta de paz de 1976 respaldada por la OLP y los «estados de confrontación» árabes fue bombardear el Líbano (sin el pretexto de la «represalia», salvo contra el

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas), matando a más de cincuenta personas, y anunciar que no establecería negociaciones con los palestinos sobre ninguna cuestión política. Fue el gobierno laborista de las palomas dirigido por Yitsjak Rabin, quien, en sus memorias, identifica dos formas de «extremismo»: el del gobierno de Beguin, y la propuesta de «los extremistas palestinos (básicamente la OLP)», es decir, «fundar un estado palestino soberano en Cisjordania y la Franja de Gaza». Sólo el estilo de rechacismo del partido laborista se aparta del «extremismo», un punto de vista compartido por los comentaristas americanos.⁸

Anotamos otros dos conceptos de neolengua: «extremista» y «moderado». El segundo se refiere a los que aceptan la postura de Estados Unidos, y el primero, a los que no la aceptan. Así pues, la postura americana es por definición moderada, así como la de la coalición laborista israelí (generalmente), puesto que su retórica tiende a acercarse a la de Estados Unidos. Así, Rabin se ajusta a la práctica aceptada en su uso de los términos «moderado» y «extremista». De modo similar, en un angustiado análisis del «extremismo» y su influencia, el corresponsal del *New York Times* en Israel, Thomas Friedman, incluye bajo este término a los que defienden una solución no racista de acuerdo con el consenso internacional, mientras que los líderes occidentales del bando rechacista, que también toman la iniciativa en operaciones terroristas, son los «moderados»; por definición, se podría añadir. Friedman escribe que «los extremistas siempre han sabido explotar los medios de comunicación mucho mejor». Tiene razón: Israel y Estados Unidos han demostrado un dominio incomparable de este arte, como queda patente en sus propios artículos y reportajes.⁹ Su conveniente versión de la historia y el marco conceptual de sus reportajes, como se acaba de ilustrar, aportan unos pocos de los muchos ejemplos de la eficacia de los extremistas al «explotar los medios de comunicación», empleando la expresión en su sentido literal.

Adoptando un marco conceptual diseñado para excluir la comprensión de los hechos y situaciones, el *Times* sigue la práctica de modelos israelíes como Rabin, que adquieren la condición de «moderados» en virtud de su conformidad general con las exigencias del gobierno estadounidense. Es, por lo tanto, perfectamente normal que cuando Friedman analiza «Dos décadas buscando la paz

en Oriente Próximo», las principales propuestas rechazadas por Estados Unidos e Israel sean omitidas por inapropiadas para los anales de la historia. Entretanto, los editores del *Times* elogian a los líderes israelíes por su «pragmatismo saludable», mientras la OLP es denunciada por interponerse en el camino de la paz.¹⁰

Por cierto, ingrediente esencial del sistema ideológico es afirmar que los medios de comunicación se muestran sumamente críticos con Israel y Estados Unidos, y mucho más benevolentes con los extremistas árabes. El hecho de que tal afirmación pueda hacerse sin siquiera provocar el ridículo es otra muestra de los extraordinarios logros del sistema de adoctrinamiento.

Volviendo a los «extremistas» oficiales, en abril-mayo de 1984 Yassir Arafat hizo una serie de declaraciones pidiendo unas negociaciones que llevaran al reconocimiento mutuo. La prensa estadounidense se negó a publicar los hechos; el *Times* incluso omitió las cartas que se referían a ellos, mientras seguía denunciando al «extremista» Arafat por obstaculizar un acuerdo pacífico.¹¹

Estos y otros muchos ejemplos demuestran que hay propuestas no rechacistas que cuentan con un amplio respaldo; con algunos matices por parte de la mayor parte de Europa, la Unión Soviética, los estados no alineados, los principales estados árabes y la corriente principal de la OLP, y la mayoría de la opinión pública americana (a juzgar por las pocas encuestas existentes). Sin embargo, estas propuestas no forman parte del proceso de paz porque el gobierno de Estados Unidos se opone a ellas. Así pues, los ejemplos citados se han excluido del análisis del *Times* de «Dos décadas buscando la paz en Oriente Próximo», y también de la bibliografía periodística y académica.

Hay otros incidentes que no son declarados como parte del proceso de paz. Así, el análisis del *Times* no menciona la oferta por parte de Anwar el-Sadat de un tratado de paz íntegro sobre las fronteras internacionalmente reconocidas —de acuerdo con la política oficial estadounidense de la época— en febrero de 1971, rechazado por Israel con el apoyo de Estados Unidos. Cabe destacar que esta propuesta era rechacista por cuanto no ofrecía nada a los palestinos. En sus memorias, Henry Kissinger describe su pensamiento en aquella época: «Hasta que algún estado árabe mostrara la voluntad de separarse de los soviéticos, o éstos estuvieran dispuestos a

desligarse del máximo programa árabe, no teníamos motivos para modificar nuestra política» de «punto muerto.» La Unión Soviética era extremista, en el sentido técnico, al apoyar lo que resultaba ser la política estadounidense oficial (aunque no operativa), que estaba alejada del «máximo programa árabe». Kissinger tenía razón al afirmar que los estados árabes como Arabia Saudí se negaban a «separarse de los soviéticos», aunque no observó, y según parece ignoraba, que eso habría sido una imposibilidad lógica: Arabia Saudí ni siquiera mantenía relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y nunca las había tenido. La impresionante disciplina de los medios de comunicación y los intelectuales se manifiesta en el hecho de que esas asombrosas declaraciones escapan a todo comentario, por cuanto ningún comentarista responsable señaló que la dichosa ignorancia e insistencia de Kissinger en la confrontación militar fueron factores primordiales que condujeron a la guerra de 1973.¹²

La oferta de paz de Sadat ha sido suprimida del registro histórico.¹³ La versión estándar dice que Sadat era el típico matón árabe, interesado sólo en matar judíos, aunque se dio cuenta de su error tras su intento frustrado de destruir Israel en 1973 y, bajo la bondadosa tutela de Kissinger y Carter, se convirtió en un hombre de paz. Así, en su necrología de dos páginas tras el asesinato de Sadat, el *Times* no sólo omite los hechos reales, sino que los niega explícitamente, afirmando que hasta su viaje a Jerusalén en 1977 Sadat no estuvo dispuesto a «aceptar la existencia de Israel como Estado soberano».¹⁴ *Newsweek* se negó incluso a publicar una carta que corregía las obvias falsedades sobre esta cuestión de su columnista George Will, aunque el departamento de investigación admitió los hechos en privado. Esta práctica es habitual.

Los términos «terrorismo» y «represalia» poseen también un sentido especial en el sistema doctrinal. «Terrorismo» se refiere a los actos terroristas perpetrados por distintos piratas, en especial los árabes. Las acciones terroristas llevadas a cabo por el emperador y sus partidarios se denominan «represalias» o tal vez «ataques preventivos legítimos para evitar el terrorismo», al margen de los hechos, como se verá en los siguientes capítulos.

La palabra «rehén» —como «terrorismo», «moderado», «democrático» y otros términos del discurso político— adquiere tam-

bién un sentido orwelliano técnico en el sistema doctrinal imperante. Según la acepción del diccionario, el pueblo de Nicaragua está siendo tomado como rehén en una importante operación terrorista dirigida desde los centros del terrorismo internacional en Washington y Miami. La finalidad de esta campaña de terrorismo internacional es inducir cambios en el comportamiento del gobierno nicaragüense: fundamentalmente, poner fin a los programas que destinan los recursos a la mayoría pobre y el regreso a políticas «moderadas» y «democráticas» que favorezcan los intereses comerciales de Estados Unidos y sus socios locales. Hay poderosas razones para afirmar que éste es el motivo principal de la guerra terrorista orquestada por Estados Unidos contra Nicaragua, un argumento que no se niega, sino que ni siquiera se puede plantear.¹⁵ Se trata de un empleo del terrorismo especialmente sádico, no sólo debido a su alcance y objetivo, sino también por los medios utilizados, que superan con creces la práctica habitual de los terroristas «al por menor», cuyas hazañas suscitan tanto horror en los ámbitos civilizados: Leon Klinghoffer y Natasha Simpson murieron asesinados a manos de terroristas, pero no fueron sometidos antes a torturas brutales, mutilación, violación y otras prácticas habituales en los terroristas entrenados y apoyados por Estados Unidos y sus satélites, tal como la crónica histórica, generalmente omitida, deja meridianamente claro. La política estadounidense consiste en garantizar que los ataques terroristas continúen hasta que el gobierno ceda o sea derrocado, al tiempo que los secuaces del emperador pronuncian palabras tranquilizadoras sobre «democracia» y «derechos humanos».

En el uso técnico preferido, los términos «terrorismo» y «rehén» se limitan a una determinada clase de actos terroristas: el terrorismo del pirata, dirigido contra aquellos que consideran el terrorismo y la toma de rehenes a gran escala como su prerrogativa. En Oriente Próximo los bombardeos mortíferos, la piratería, la toma de rehenes, los ataques contra aldeas indefensas, etcétera, no entran en el concepto de terrorismo, como se ha interpretado adecuadamente dentro del sistema doctrinal, cuando son perpetrados por Washington o su satélite israelí.

Los antecedentes del engaño con relación al terrorismo, a los que me referiré en los capítulos siguientes, son sumamente instruc-

tivos con respecto a la naturaleza de la cultura occidental. La cuestión relevante en el contexto actual es que se ha inventado una historia adecuada y una forma de discurso apropiada en las que el terrorismo es competencia de los palestinos, mientras que los israelíes llevan a cabo «represalias», o a veces «prevención» legítima, reaccionando de vez en cuando con lamentable dureza, como haría cualquier Estado en tan difíciles circunstancias. El sistema doctrinal está concebido para garantizar que estas conclusiones sean ciertas por definición, sean cuales fueren los hechos, que o bien no se divulgan, o se transmiten de modo que se amolden a las necesidades doctrinales, o —de tarde en tarde— se difunden honestamente pero después se envían al agujero de la memoria. Puesto que Israel es un estado satélite leal y muy útil, que sirve de «baza estratégica» en Oriente Próximo y está dispuesto a emprender tareas como el apoyo al cuasigienocidio en Guatemala cuando el Congreso de Estados Unidos impide a la Administración participar en este ejercicio necesario, resulta incuestionable, al margen de los hechos, que Israel está totalmente entregado a los más altos valores morales y la «pureza de armas», mientras que los palestinos son el paradigma del extremismo, el terrorismo y la barbarie. La sugerencia de que podría haber cierta simetría en derechos y en la práctica terrorista es rechazada estruendosamente en la corriente principal —o lo sería, si se pudiera oír tal sugerencia— como un antisemitismo apenas disimulado. Una valoración racional, que proporcionara una descripción y un análisis detallados del alcance y los objetivos del terrorismo del emperador y del pirata, es excluida a priori, y de hecho sería difícilmente comprensible por su alejamiento de las ortodoxias recibidas.

Los favores de Israel a Estados Unidos como «baza estratégica» en Oriente Próximo y en otros lugares ayudan a explicar la dedicación de Washington, desde que Kissinger asumió la política en Oriente Próximo a principios de la década de 1970, a mantener la confrontación militar y el «punto muerto» kissingeriano.¹⁶ Si Estados Unidos llegara a permitir una solución pacífica de acuerdo con el consenso internacional, Israel se incluiría gradualmente en la región y Estados Unidos perdería los favores de un valioso Estado mercenario, militarmente competente y tecnológicamente avanzado, un Estado paria, absolutamente dependiente de Estados Uni-

dos para su supervivencia económica y militar —y por lo tanto fiable—, dispuesto a prestar servicio cuando sea necesario.

Elementos del llamado «*lobby* israelí» también tienen interés en mantener la confrontación militar, como el eminente periodista israelí Danny Rubinstein comprobó durante una visita a Estados Unidos en 1983.¹⁷ Durante las entrevistas con representantes de las principales organizaciones judías (la Liga Antidifamación de B'nai Brit, World Jewish Congress, ha-Dassá, rabinos de todas las denominaciones, etcétera), Rubinstein descubrió que sus exposiciones sobre la situación actual en Israel suscitaban una considerable hostilidad porque en ellas subrayaba el hecho de que Israel no afrontaba tanto peligros militares como la «destrucción política, social y moral» resultante de la toma de los territorios ocupados. «No me interesa —le dijo un funcionario—; no puedo hacer nada con semejante argumento.» Rubinstein constató en muchos de esos intercambios de impresiones que

según gran parte de la sociedad judía, lo importante es enfatizar una y otra vez los peligros externos que afronta Israel [...] La sociedad judía en América necesita a Israel sólo como víctima de un cruel ataque árabe. Para ese Israel se puede conseguir apoyo, ayudas y dinero. ¿Cómo se puede conseguir dinero para combatir un peligro demográfico? ¿Quién donará un solo dólar para luchar contra lo que yo llamo «el peligro de la anexión»? [...] Todo el mundo conoce la suma oficial de las contribuciones recaudadas por United Jewish Appeal en América, donde se utiliza el nombre de Israel, aunque aproximadamente la mitad de lo recaudado no se destina a Israel, sino a las instituciones judías en América. ¿Cabe mayor cinismo?

Rubinstein agrega que Appeal,

que se gestiona como un negocio sólido y eficiente, posee un lenguaje común con las posturas de los halcones en Israel. Por otro lado, el intento de comunicarse con los árabes, los esfuerzos por el reconocimiento mutuo con los palestinos y las posturas moderadas, de las palomas, son desfavorables al negocio de recaudar contribuciones. No sólo reducen la cantidad de di-

nero que se envía a Israel. Más concretamente, reducen la cantidad de dinero disponible para financiar las actividades de las comunidades judías.

Los observadores de las actividades habituales de la policía del pensamiento del *lobby* israelí, interesada en detectar el menor indicio de sugerencia a favor de la reconciliación y un acuerdo político significativo, y en echar por tierra esta herejía con furiosos artículos y cartas a la prensa, circulación de información difamatoria inventada sobre los herejes, etcétera, sabrán perfectamente con qué se tropezó Rubinstein.

Los comentarios de Rubinstein nos llaman la atención sobre otro orwellismo: la expresión «partidarios de Israel», empleada convencionalmente para aludir a quienes no están preocupados por «la destrucción política, social y moral» de Israel (y, a más largo plazo, muy posiblemente también su destrucción física) y contribuyen de hecho a estas consecuencias mediante el apoyo «ciegamente chovinista y cerrado» que brindan a la «postura de intransigencia recalcitrante» de Israel, como han advertido a menudo las palomas israelíes.¹⁸

Un punto de vista semejante fue reiterado por el coronel (retirado) Meir Pail, un historiador militar israelí que condena la «veneración idólatra de una fortaleza-Estado judía» por parte de la comunidad judía americana, advirtiéndole que con su rechacismo «han transformado el Estado de Israel en un dios de la guerra parecido a Marte», un Estado que «combinará la estructura estatal racista de Suráfrica con el tejido social violento y dominado por el terror de Irlanda del Norte», «una contribución original a los anales de la ciencia política del siglo XXI: una clase única de Estado judío que será motivo de vergüenza para todos los judíos dondequiera que estén, no sólo en el presente, sino también en el futuro».¹⁹

En la misma línea, podemos observar la interesante forma en que el término «sionismo» es definido tácitamente por quienes asumen el papel de guardianes de la pureza doctrinal. Mis propias ideas, por ejemplo, son habitualmente tachadas de «antisionismo militante» por personas que son bien conscientes de esas ideas, expresadas repetida y claramente: que Israel, dentro de sus fronteras reconocidas internacionalmente, debería recibir los derechos de

cualquier estado del sistema internacional, ni más ni menos, y que en todos los estados, incluido Israel, las estructuras discriminatorias que por ley y en la práctica otorgan un rango especial a una categoría de ciudadanos (judíos, blancos, cristianos, etcétera), garantizándoles unos derechos negados a los demás, deberían dismantelarse. No entraré aquí en la cuestión de qué debería llamarse propiamente «sionismo», pero me gustaría señalar lo que resulta de tachar esas ideas de «antisionismo militante»: así, el sionismo es concebido como la doctrina de que Israel debe recibir más derechos que cualquier otro estado; debe mantener el control de los territorios ocupados, impidiendo así cualquier forma significativa de autodeterminación para los palestinos, y debe seguir siendo un estado basado en el principio de discriminación contra los ciudadanos no judíos. Quizá resulte de cierto interés que quienes se declaran «partidarios de Israel» insisten en la validez de la celeberrima resolución de la ONU declarando que el sionismo es racista.

Estas cuestiones no son meramente abstractas y teóricas. El problema de la discriminación es grave en Israel, donde, por ejemplo, más del 90 % de las tierras son asignadas, mediante una compleja práctica legislativa y administrativa, al control de una organización dedicada a los intereses de «personas de religión, raza u origen judíos», por lo que los ciudadanos no judíos quedan excluidos de hecho. El compromiso con las prácticas discriminatorias es tan profundo, que ni siquiera se puede debatir el tema en el Parlamento, donde las nuevas leyes prohíben la presentación de cualquier proyecto de ley que «niegue la existencia del estado de Israel como el estado del pueblo judío». De este modo, la legislación elimina cualquier desafío parlamentario al carácter discriminatorio del estado y prohíbe de hecho los partidos políticos comprometidos con el principio democrático de que un estado es el estado de sus ciudadanos.²⁰

Es sorprendente que la prensa israelí y la mayor parte de la opinión culta parezca no haber advertido nada extraño en el hecho de que esta nueva legislación se asociara con un proyecto de ley «antirracismo» (de hecho, los cuatro votos contrarios se opusieron a este aspecto de la medida). El titular del *Jerusalem Post* reza: «La Knésset prohíbe los proyectos de ley racistas y antisionistas», sin ironía, interpretando el término «sionista» como en la nueva legis-

lación. Por lo visto, los lectores del *Jerusalem Post* en Estados Unidos tampoco advirtieron nada de particular en esta combinación, como no han encontrado ninguna dificultad en reconciliar el carácter profundamente antidemocrático de su versión de sionismo con la aclamación entusiasta del carácter democrático del estado en el que se manifiesta.

No menos sorprendentes son los ingeniosos usos del concepto «antisemitismo», por ejemplo para referirse a quienes exhiben «el antiimperialismo de los necios» (una variedad de antisemitismo) al oponerse al papel de Israel en el tercer mundo al servicio del poder estadounidense, por ejemplo en Guatemala; o a los palestinos que se niegan a entender que el problema puede solucionarse mediante «repoblación y repatriación». Si los supervivientes del poblado de Dueimá, donde quizá cientos de personas fueron asesinadas por el ejército israelí durante una operación de desmonte del terreno en 1948, o los residentes de la Franja de Gaza, parecida a Soweto, se oponen a la repoblación y «repatriación», eso demuestra que están inspirados por el antisemitismo.²¹ Habría que remontarse a los anales del estalinismo para encontrar algo semejante, pero no faltan ejemplos comparables en el discurso culto en Estados Unidos con respecto a Israel, que pasan desapercibidos en América, a pesar de que las palomas israelíes no han dejado de señalar, y condenar, las actuaciones vergonzosas.

El mecanismo principal del sistema de «lavado de cerebro con libertad», desarrollado de un modo tan impresionante en el país que es quizá el más libre, consiste en fomentar el debate sobre cuestiones políticas, pero dentro de un marco de presuposiciones que incluyen las doctrinas básicas de la línea del partido. Cuanto más enérgico sea el debate, más efectivamente se inculcan esas presuposiciones, al tiempo que participantes y espectadores son dominados por el asombro y la autoadulación por su valentía. Así, en el caso de la guerra de Vietnam, las instituciones ideológicas permitieron un debate entre halcones y palomas; de hecho, el debate no sólo fue permitido, sino incluso fomentado en 1968, cuando sectores importantes del empresariado americano se volvieron contra la guerra por resultar demasiado costosa y perjudicial para sus intereses. Los halcones sostuvieron que, con firmeza y dedicación, Estados Unidos podría triunfar en su «defensa de Vietnam del Sur contra la

agresión comunista». Las palomas respondieron poniendo en duda la viabilidad de este noble esfuerzo, o deploraron el uso excesivo de la fuerza y la violencia para llevarlo a cabo. O bien lamentaron los «errores» y «malentendidos» que desencaminaron a los americanos en «nuestro exceso de rectitud y benevolencia desinteresada» (según el historiador de Harvard John King Fairbank, decano de estudios asiáticos en Estados Unidos y una destacada paloma académica) y los «torpes esfuerzos por hacer el bien» (Anthony Lewis, probablemente la principal paloma de los medios de comunicación). O a veces, en los límites exteriores del sistema doctrinal, preguntaban si realmente Vietnam del Norte y el Vietcong eran culpables de agresión, y sugerían que tal vez la acusación era exagerada.

La cuestión principal de la guerra, sencillamente, es que Estados Unidos no defendía el país que «era fundamentalmente una invención de Estados Unidos». ²² Más bien atacaba el país, sobre todo desde 1962, cuando la aviación estadounidense empezó a participar en bombardeos en Vietnam del Sur y se emprendió la guerra química (defoliación y destrucción de cultivos) como parte del intento de mandar a millones de personas a campamentos donde podrían estar «protegidos» de las guerrillas survietnamitas a las que apoyaban por voluntad propia (como el gobierno de Estados Unidos admitió en privado), después de que Estados Unidos hubiese minado toda posibilidad de acuerdo político e instalado un régimen satélite que ya había matado a decenas de miles de survietnamitas. En el transcurso de la guerra, la principal ofensiva norteamericana fue contra Vietnam del Sur, y consiguió, a finales de la década de 1960, destruir la resistencia survietnamita al mismo tiempo que extendía la guerra al resto de Indochina. Cuando la Unión Soviética ataca Afganistán, podemos entenderlo como una agresión; cuando Estados Unidos ataca Vietnam del Sur, es en «defensa»: defensa contra la «agresión interna», como Adlai Stevenson proclamó en las Naciones Unidas en 1964; contra el «ataque desde dentro», en palabras del presidente Kennedy.

Nadie niega que Estados Unidos estuvo ocupado en un ataque contra Vietnam del Sur; sin embargo, es una idea que no se puede expresar, ni imaginar siquiera. No se encuentra insinuación alguna de un hecho como «el ataque estadounidense contra Vietnam del

Sur» en los medios de comunicación o los intelectuales de la corriente principal, ni siquiera en la mayoría de las publicaciones del movimiento pacifista. ²³

Existen pocos ejemplos más contundentes del poder del sistema de control de pensamiento en libertad que el debate acerca de la agresión norvietnamita y si Estados Unidos tenía derecho, bajo la legislación internacional, a combatirla en «autodefensa colectiva contra un ataque armado». Se escribieron obras eruditas que abogaban por las posturas contrarias y, en términos menos exaltados, el debate se trasladó al ruedo público abierto por el movimiento pacifista. El logro es impresionante: mientras el debate se centre en la cuestión de si los vietnamitas son culpables de agresión en Vietnam, no puede haber discusión sobre si la agresión norteamericana contra Vietnam del Sur fue en realidad lo que evidentemente fue. Por mi experiencia personal en este debate, con plena conciencia de lo que acontecía, sólo puedo decir que los adversarios de la violencia de Estado están atrapados, enredados en un sistema de propaganda de enorme eficacia. Fue preciso que los críticos de la guerra de Estados Unidos en Vietnam se hicieran expertos en los entresijos de los asuntos de Indochina; en gran parte algo irrelevante, puesto que la cuestión, siempre eludida, era los asuntos de Estados Unidos, como no necesitamos hacernos especialistas en Afganistán para oponernos a la agresión soviética contra ese país. Fue necesario, de principio a fin, entrar en el ruedo del debate en las condiciones establecidas por el Estado y la opinión de elite que le sirve, por más que uno pudiera entender que, al hacerlo, contribuía todavía más al sistema de adoctrinamiento. La alternativa es contar la pura verdad, lo que sería equivalente a hablar en una lengua extranjera.

Lo mismo puede decirse del debate actual sobre Centroamérica. La guerra terrorista de Estados Unidos en El Salvador no es un tema de discusión entre la gente respetable; no existe. El intento norteamericano de «contener» a Nicaragua es un tema permisible de debate, pero dentro de unos límites restringidos. Podemos preguntar si es lícito emplear la fuerza para «extirpar el cáncer» (según George Shultz, secretario de Estado) e impedir que los sandinistas exporten su «revolución sin fronteras», una descabellada construcción del sistema de propaganda del Estado, invención de los periodistas y otros comentaristas que adoptan esta retórica. Pero no po-

demos comentar la idea de que «el cáncer» que se debe extirpar es «la amenaza de un buen ejemplo» que podría extender el «contagio» por toda la región y fuera de ella, un hecho a veces admitido indirectamente, como cuando los funcionarios del gobierno explican que el ejército apoderado de Estados Unidos ha logrado «obligar [a los sandinistas] a destinar sus escasos recursos a la guerra alejándolos de los programas sociales».²⁴

Durante los tres primeros meses de 1986, cuando se intensificó el debate sobre la inminente votación del Congreso sobre la ayuda al ejército apoderado de Estados Unidos que atacaba Nicaragua desde sus bases en Honduras y Costa Rica, la prensa nacional (*New York Times* y *Washington Post*) publicó 85 artículos de opinión de columnistas y colaboradores especiales sobre la política estadounidense con respecto a Nicaragua. Todos ellos censuraban a los sandinistas en posturas que iban desde la crítica más dura (la inmensa mayoría) hasta la moderada. Eso es lo que se llama «debate público». El hecho incontestable de que el gobierno sandinista había llevado a cabo reformas sociales eficaces durante los primeros años, antes de que la guerra de Estados Unidos dismantelara tales esfuerzos, apenas se podía mencionar; en 85 columnas, había dos frases que aludían a la existencia de esas reformas sociales, y la idea de que ésa es la razón fundamental para el ataque estadounidense —lo que no constituye un secreto para nadie— no se podía mencionar.

Los supuestos «apólogos» de los sandinistas fueron denunciados con dureza (anónimamente, para asegurarse de que no tuvieran oportunidad de responder, por insignificante que fuera esa posibilidad en todos los casos), pero no se permitió que ninguno de estos criminales expresara su punto de vista. No hubo referencia alguna a la conclusión de Oxfam de que Nicaragua era «excepcional» entre los 76 países en vías de desarrollo en los que esta organización trabajaba en el compromiso de los líderes políticos «de mejorar la situación de las personas y fomentar su participación activa en el proceso de desarrollo», y que de los cuatro países centroamericanos donde Oxfam trabajaba, «sólo en Nicaragua se ha hecho un esfuerzo considerable por resolver las injusticias en la posesión de tierras y por hacer llegar servicios sanitarios, educativos y agrícolas a las familias campesinas pobres», pese a que la guerra de la Contra puso fin a esas amenazas e hizo que Oxfam desviara sus esfuerzos de los

proyectos de desarrollo a ayuda para aliviar los efectos de la guerra. No es concebible que la prensa americana permitiera un debate sobre la posibilidad de que el denodado esfuerzo de Estados Unidos por extirpar este «cáncer» incurriera estrictamente en su vocación histórica. Se puede abrir un debate sobre el método apropiado para combatir este enclave despiadado del imperio del mal, pero no puede sobrepasar estos límites autorizados en un foro nacional.²⁵

En una dictadura o una «democracia» gobernada por militares, la línea del partido es clara, manifiesta y explícita, anunciada por el Ministerio de la Verdad o evidenciada por otros sistemas. Y debe ser obedecida públicamente; el precio de la desobediencia puede ir desde la prisión y el exilio en condiciones terribles, como en la Unión Soviética y sus satélites de Europa del Este, hasta espantosas torturas, violaciones, mutilaciones y genocidios, como en un dominio típico de Estados Unidos como es el caso de El Salvador. En una sociedad libre no se dispone de estos mecanismos y se utilizan medios más sutiles. La línea del partido no queda enunciada, sino que más bien se presupone. Aquellos que no la aceptan no son encarcelados ni enterrados en fosas tras ser sometidos a tortura y mutilación, pero la población es protegida de sus herejías. Dentro de la corriente principal, apenas es posible siquiera entender sus palabras en las pocas ocasiones en que se puede oír un discurso tan poco frecuente. En la época medieval, se consideraba necesario tomarse la herejía en serio, comprenderla y combatirla mediante una discusión racional. Hoy en día, basta con señalarla. Se ha inventado toda una serie de conceptos —«equivalencia moral», «marxista», «radical»...— para identificar la herejía y rechazarla sin mayores discusiones ni comentarios. Estas doctrinas peligrosas y prácticamente inexpresables se convierten incluso en «ortodoxias nuevas»²⁶ que deben ser combatidas (más específicamente, identificadas y desechadas con horror) por la minoría en orden de batalla que domina la expresión pública en casi su totalidad. Pero las más de las veces simplemente se hace caso omiso de la herejía, mientras prosigue el debate acerca de cuestiones limitadas y generalmente marginales entre quienes aceptan las doctrinas de la fe.

Lo mismo puede decirse cuando volvemos a nuestro tema actual, el de Oriente Próximo. Podemos debatir si se debería permitir a los palestinos entrar en el «proceso de paz», pero no se nos con-

sentirá que entendamos que Estados Unidos e Israel encabezan el bando rechacista y que han bloqueado sistemáticamente cualquier «proceso de paz» auténtico, a menudo con una violencia considerable. Con respecto al terrorismo, un erudito crítico advierte que deberíamos abstenernos de la «simplificación excesiva» y «examinar los orígenes sociales e ideológicos del actual radicalismo islámico y de Oriente Próximo», que da lugar a «problemas irresolubles y sin embargo reales»; deberíamos tratar de entender qué induce a los terroristas a proseguir con sus malvados procedimientos.²⁷ Así pues, el debate sobre el terrorismo queda bien delimitado: en un extremo están los que lo ven simplemente como una conspiración del imperio del mal y sus agentes, y en el otro extremo hallamos pensadores más equilibrados que evitan esta «simplificación excesiva» y siguen investigando los orígenes internos del terror árabe e islámico. La idea de que puede haber otras fuentes de terrorismo en Oriente Próximo —que el emperador y sus clientes intervienen también en el drama— está excluida a priori; no se niega, pero es impensable: un logro considerable.

Durante todo el proceso, los moderados, las palomas liberales, desempeñan un destacado papel en la garantía del correcto funcionamiento del sistema de adoctrinamiento, al establecer firmemente los límites del pensamiento concebible.

En su *Journal*, Henry David Thoreau, quien en otra parte explicó que no pierde el tiempo leyendo periódicos, escribió:

No hay necesidad de una ley para controlar la libertad de prensa. Ya es ley suficiente, y más que suficiente, para sí misma. Prácticamente, la comunidad se ha reunido y ha acordado qué cosas se dirán, ha concertado una plataforma y la excomunión de quien se aleje de ella, y ni uno entre mil se atreve a decir nada más.

Su afirmación no es muy exacta. El filósofo John Dolan observa: «La gente no carecerá del valor para expresar pensamientos fuera del alcance permitido, sino que se verá privada de la capacidad de pensar tales cosas.»²⁸ Ésa es la cuestión esencial, la fuerza impulsora de los «ingenieros del consenso democrático».

En el *New York Times*, Walter Reich, del Woodrow Wilson In-

ternational Center, refiriéndose al secuestro del *Achille Lauro*, exige que se apliquen normas de justicia estrictas a las personas que han «perpetrado asesinatos terroristas», tanto a los agentes como a los planificadores de esos actos:

Imponer un castigo menor por motivo de que un terrorista se cree un guerrero de la libertad marginado y agraviado mina la base en la que se asienta la justicia, al aceptar el argumento de los terroristas de que sólo sus conceptos de justicia y derecho, así como sus sufrimientos, son válidos. [...] Los palestinos —y cualquiera de los numerosos grupos que utilizan el terrorismo para satisfacer agravios— deberían abandonar el terror y encontrar otros medios, que impliquen inevitablemente un término medio, para obtener sus fines. Y las democracias occidentales deben rechazar el argumento de que cualquier excusa —incluso una que incluya un trasfondo de marginación— puede «atenuar» la responsabilidad del terrorismo contra inocentes.

Nobles palabras, que podrían tomarse en serio si el severo mandamiento judicial de llevar a cabo acciones punitivas rigurosas se aplicara también al emperador y sus clientes; de lo contrario, estas censuras tienen tanto mérito como las frases magnánimas generadas por el World Peace Council y otras organizaciones del frente comunista con respecto a las atrocidades de la resistencia afgana.

Mark Heller, director adjunto del Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad de Tel-Aviv, explica que «el terrorismo patrocinado por el Estado es una guerra de baja intensidad, y por consiguiente sus víctimas, incluido Estados Unidos, tienen derecho a responder con todos los medios a su alcance». Se deduce entonces que otras víctimas de la «guerra de baja intensidad» y del «terrorismo patrocinado por el Estado» «tienen derecho a responder con todos los medios a su alcance»: salvadoreños, nicaragüenses, palestinos, libaneses y muchas otras víctimas del emperador y sus adláteres en buena parte del mundo.²⁹

Es cierto que estas consecuencias resultan sólo si aceptamos un principio moral básico: que nos apliquemos a nosotros mismos las mismas normas que aplicamos a los demás (y, si somos rigurosos, incluso más estrictas). Pero ese principio, y lo que resulta de adop-

tarlo, es poco comprensible en la cultura intelectual dominante, y apenas podría expresarse en los periódicos que exigen un castigo severo para los demás por sus crímenes. De hecho, si alguien sacara las consecuencias lógicas de estas sentencias y las expresara claramente, sería perseguido por incitar a la violencia terrorista contra los líderes políticos de Estados Unidos y sus aliados.

Las voces más escépticas en Estados Unidos están de acuerdo en que «el apoyo abierto del coronel Gaddafi al terrorismo es un mal flagrante» y «no hay ningún motivo para dejar que los asesinos salgan impunes si se conoce su autor [sic]. Ni puede ser un factor decisivo que en la represalia mueran algunos civiles inocentes, o que los Estados sanguinarios no teman jamás el justo castigo» (Anthony Lewis).³⁰ Este principio da derecho a un gran número de personas en todo el mundo a asesinar al presidente Reagan y bombardear Washington aun cuando «en esta represalia mueran algunos civiles inocentes». Mientras estas verdades sencillas sean inexpressables e incomprensibles, en los casos aquí ilustrados y en otros muchos, nos estaremos engañando si creemos que participamos en una forma de gobierno democrática.

Existe un encendido debate en los medios de comunicación sobre si es lícito permitir a los piratas y a los ladrones expresar sus exigencias y puntos de vista. La NBC, por ejemplo, fue duramente condenada por realizar una entrevista al hombre acusado de planificar el secuestro del *Achille Lauro*, sirviendo así los intereses de los terroristas al concederles la libre expresión sin refutación, una vergonzosa desviación de la uniformidad exigida en una sociedad libre que funciona correctamente. ¿Deberían permitir los medios de comunicación a Ronald Reagan, George Shultz, Menájem Beguin, Shimón Peres y otras voces del emperador y su corte hablar sin refutación, defendiendo la «guerra de baja intensidad» y la «represalia» o la «acción preventiva»? ¿Están concediendo por tanto a los dirigentes terroristas la libre expresión, sirviendo así como agentes del terrorismo en masa? La pregunta no puede contestarse y, en caso de formularse, sólo sería rechazada con repugnancia u horror.

La censura literal apenas existe en Estados Unidos, pero el control de pensamiento es una industria próspera, ciertamente indispensable en una sociedad libre basada en el principio de decisión de la elite y en el respaldo o pasividad del público.

El terrorismo de Oriente Próximo y el sistema ideológico americano (1986)

El 17 de octubre de 1985, el presidente Reagan se reunió en Washington con el primer ministro israelí, Shimón Peres, quien le dijo que Israel estaba dispuesto a dar «pasos enérgicos» en Oriente Próximo y extender «la influencia de la paz» hasta Jordania. «La visita del señor Peres llega en un momento de excepcional armonía entre América e Israel», comentó David Shipler en el *Times*, citando a un funcionario del Departamento de Estado que definió las relaciones de Estados Unidos con Israel como «extraordinariamente estrechas y sólidas». Peres fue calurosamente recibido como un hombre de paz, y elogiado por su compromiso directo de «cargar con el precio de la paz antes que con el precio de la guerra», según sus propias palabras. El presidente Reagan dijo que él y el señor Peres habían comentado «el azote malévol del terrorismo, que se ha cobrado tantas víctimas israelíes, americanas y árabes y ha causado la desgracia de otros muchos» y añadió: «Hemos acordado que el terrorismo no debe debilitar nuestros esfuerzos por alcanzar la paz en Oriente Próximo.»¹

Se necesitaría el talento de un Jonathan Swift para hacer justicia a este intercambio de impresiones entre dos de los principales dirigentes terroristas del mundo, cuya concepción compartida de «paz», además, excluye por completo uno de los dos grupos que reivindican el derecho de autodeterminación nacional en la antigua Palestina: la población nativa. El valle del Jordán es «una parte inseparable del Estado de Israel», declaró Peres mientras visitaba los asentamientos israelíes en aquella zona en 1985, consecuente con su

postura inquebrantable de que «el pasado es inmutable y la Biblia es el documento definitivo que determina el destino de nuestro país» y que un Estado palestino «amenazaría la propia existencia de Israel».² Su concepción de un Estado judío, muy alabado en Estados Unidos por su moderación, no «amenaza» sino que más bien «elimina» la existencia del pueblo palestino. Pero esta consecuencia se considera de poca importancia, o como mucho un defecto insignificante en un mundo imperfecto.

Ni Peres ni ningún otro líder israelí se ha apartado todavía ni un milímetro de la postura expresada en 1972 por el actual presidente, Jaím Herzog, de que los palestinos no pueden ser nunca «socios en ningún sentido en un territorio que ha sido sagrado para nuestro pueblo durante miles de años», aunque las palomas prefieren excluir del Estado judío las zonas de Cisjordania, con una gran población árabe, para evitar lo que denominan eufemísticamente «el problema demográfico». Todos siguen aceptando el criterio de Shlomo Gazit (véase p. 27) de que las políticas de «destrucción de toda iniciativa» —para la acción política, democracia o negociaciones— han sido un éxito y deben continuarse. La postura de Israel, con el apoyo de Estados Unidos, sigue siendo la del primer ministro (ahora ministro de Defensa) Yitsjak Rabin, cuando la OLP y los estados árabes apoyaron una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que reclamaba un acuerdo pacífico entre ambos estados en enero de 1976: Israel rechazará toda negociación con la OLP aunque ésta reconozca a Israel y renuncie al terrorismo, y no entrará en «negociaciones políticas con palestinos», ya sean la OLP o no. Ni Peres ni Reagan han estado dispuestos siquiera a considerar las propuestas explícitas de la OLP —que, como ambos saben, cuenta con un apoyo abrumador entre los palestinos y posee tanta legitimidad como la organización sionista en 1947— de unas negociaciones que lleven al reconocimiento mutuo en un pacto entre ambos países, de acuerdo con el amplio consenso internacional, que ha sido bloqueado a cada paso por Estados Unidos e Israel durante muchos años.³

Estas realidades políticas cruciales aportan el marco necesario para cualquier debate sobre «el azote malévol del terrorismo», que, en los términos racistas del discurso americano, se refiere a los actos terroristas de los árabes, pero no de los judíos, al igual que

«paz» significa un acuerdo que respete el derecho a la autodeterminación nacional de los judíos, pero no de los palestinos.

Peres llegó a Washington para conversar sobre paz y terrorismo con su cómplice en el crimen justo después de haber mandado sus bombarderos a atacar Túnez, donde mataron a 20 tunecinos y 55 palestinos, como informó el periodista israelí Amnon Kapeliuk desde el lugar de los hechos. El objetivo estaba indefenso, «un complejo vacacional con varias decenas de viviendas, segundas residencias y oficinas de la OLP unas al lado de otras y entremezcladas de tal modo que incluso desde cerca resulta difícil distinguirlas». Las armas eran más sofisticadas que las utilizadas en Beirut, al parecer «bombas inteligentes», que dejaron sus objetivos reducidos a polvo.

Las personas que ocupaban los edificios bombardeados quedaron destrozadas, irreconocibles. Me mostraron una serie de fotografías de los muertos. «Puedes llevártelas», me dijeron. Dejé las fotos en la oficina. Ningún periódico en todo el mundo habría publicado unas fotos tan aterradoras como esas. Me contaron que un muchacho tunecino que vendía bocadillos junto a la sede quedó destrozado. Su padre identificó el cuerpo por una cicatriz que tenía en el tobillo. «Algunos de los heridos fueron sacados de debajo de los escombros, aparentemente ilesos —me dijo el guía—. Media hora después cayeron entre convulsiones y murieron. Al parecer, sus órganos internos habían quedado destruidos por la potencia de la explosión.»⁴

Túnez había aceptado a los palestinos a petición de Reagan tras haber sido expulsados de Beirut durante una invasión apoyada por Estados Unidos que dejó unos 20.000 muertos y la mayor parte del país devastada. «Utilizasteis un martillo contra una mosca», fue informado el corresponsal militar israelí Ze'ev Schiff por parte de un «personaje destacado del Pentágono, un general que conoce el ejército israelí (FDI) y varias otras fuerzas de la región». «Atacasteis a muchos civiles sin necesidad. Nos quedamos estupefactos por vuestra actitud hacia los civiles libaneses», un sentimiento compartido por soldados y altos mandos israelíes, quienes se horrorizaron

ante la brutalidad del ataque y el trato dispensado a civiles y prisioneros⁵, pese a que el apoyo en Israel a la agresión y al equipo Begin-Sharon aumentó al mismo ritmo que las atrocidades, alcanzando su punto culminante después del bombardeo de Beirut en agosto.⁶ Shimón Peres, el hombre de paz y figura respetada en la Internacional Socialista, mantuvo su silencio hasta que el precio para Israel empezó a subir debido a las matanzas de posguerra en Sabra y Shatila; y más tarde, el número de víctimas sufrido por la resistencia libanesa, que minó el plan israelí de instaurar un «Nuevo Orden» en el Líbano, donde Israel controlaría extensas zonas del sur y el resto sería gobernado por los aliados falangistas de Israel y elites musulmanas escogidas (véase la nota 55).

No puede haber ninguna duda, concluye Kapeliuk, de que Arafat era el objetivo del ataque a Túnez. En la oficina de la OLP a la que fue llevado, hay una fotografía de Arafat entre las ruinas con la siguiente leyenda: «Quisieron matarme en vez de negociar conmigo.» «La OLP quiere entablar negociaciones —explicaron a Kapeliuk—, pero Israel rechaza toda conversación», una simple declaración de hechos, omitida eficazmente en Estados Unidos o, peor aún, desechada como irrelevante dadas las directrices racistas.

Tampoco puede haber dudas razonables sobre la complicidad estadounidense en el ataque a Túnez. Estados Unidos ni siquiera advirtió a las víctimas —aliados de América— de que los asesinos estaban en camino. Cualquiera que crea el pretexto de que la VI Flota y el gigantesco sistema de vigilancia en la zona fueron incapaces de detectar los aviones repostados en ruta sobre el Mediterráneo debería pedir una investigación del Congreso sobre la total incompetencia del ejército americano, que sin duda deja a Estados Unidos y a sus aliados expuestos a un ataque enemigo. «Los noticiarios citan ahora fuentes gubernamentales afirmando que la VI Flota de Estados Unidos estaba indudablemente enterada del inminente ataque, pero decidió no informar a las autoridades tunequinas», explicó el *Los Angeles Times*. Pero «esta declaración tan importante no fue divulgada en los dos periódicos principales de la Costa Este, el *New York Times* y el *Washington Post*, ni en los demás rotativos estadounidenses, ni fue utilizada en el servicio internacional» de Associated Press y UPI, comentó el corresponsal del *Economist* de Londres en Oriente Próximo, Godfrey Jansen, añadién-

do que «la connivencia pasiva de Estados Unidos fue absolutamente cierta».⁷

Una de las víctimas del bombardeo de Túnez fue Mahmud el-Mugrabi, nacido en Jerusalén en 1960, detenido en doce ocasiones a los 16 años de edad, uno de los informadores para la investigación del *Sunday Times* de Londres sobre la tortura en Israel (19 de junio de 1977), quien «consiguió huir a Jordania al cabo de años de una existencia cada vez más marginal bajo las condiciones cada vez más severas de la ocupación militar», según una nota necrológica de unos amigos judíos israelíes, cuya publicación en los periódicos árabes de Jerusalén Este fue negada reiteradamente por la censura militar israelí.⁸ Naturalmente estos hechos carecerían de sentido en Estados Unidos, aunque sólo fuera porque la extraordinariamente esmerada investigación del *Sunday Times* fue excluida en gran parte de la prensa, si bien fue mencionada en el *New Republic*, junto con una defensa explícita de la tortura a los árabes que no suscitó ninguna reacción pública.⁹

Estados Unidos aprobó el bombardeo israelí a Túnez como una «respuesta legítima» a «ataques terroristas». El secretario de Estado, George Shultz, confirmó este criterio en una llamada telefónica al ministro israelí de Asuntos Exteriores, Yitsjak Shamir, informándole de que el presidente americano y otros «apoyaban en líneas generales la acción israelí».¹⁰ Washington se retractó de este apoyo tan explícito después de una reacción mundial contraria, pero no se adhirió a la condena por parte del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de este «acto de agresión armada» en «flagrante violación de la Carta de las Naciones Unidas, el derecho y las normas de conducta internacionales», en solitario como siempre. El clima intelectual y cultural estadounidenses se refleja en el hecho de que la abstención fue duramente censurada como otro ejemplo más de una postura «favorable a la OLP» y «contraria a Israel» y se consideró una negativa a atacar con contundencia a unos terroristas cuidadosamente escogidos.

Se podría sostener que el bombardeo israelí no incurre en la categoría de terrorismo internacional, sino más bien en el delito mucho más grave de agresión, como sostuvo el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. También cabe argumentar que es injusto aplicar a Israel la definición de «terrorismo internacional» hecha

por otros. Para responder a esta última queja, podemos considerar su propia doctrina, formulada por el embajador Benyamín Netanyahu en una conferencia internacional sobre terrorismo. El factor distintivo del terrorismo, explicó, es «el asesinato y la mutilación [de civiles], deliberada y sistemáticamente, con la finalidad de inspirar miedo».¹¹ Es evidente que el ataque de Túnez y otras atrocidades israelíes durante años concuerdan con esta definición, aunque no la mayoría de acciones de terrorismo internacional, entre ellas los atentados terroristas más monstruosos contra israelíes (Ma'alot, la matanza de Múnich, la atrocidad de la carretera litoral en 1978 que dio el pretexto para invadir el Líbano, etc.), o incluso los secuestros aéreos o la toma de rehenes.

Supuestamente el ataque a las oficinas de la OLP de Arafat fue en represalia por el asesinato de tres israelíes en Larnaca (Chipre) a manos de unos asaltantes que fueron capturados y aguardan juicio por su crimen. «Algunos diplomáticos occidentales expertos en la OLP» dudan de que Arafat estuviese enterado de la misión. «Los israelíes, además, han abandonado su opinión inicial de que el señor Arafat había estado implicado.»¹² Los apologistas estadounidenses del terrorismo israelí, quienes aseguran que «el objetivo del ataque de Israel contra Túnez eran precisamente las personas responsables de actividades terroristas», no se dejan convencer, argumentando que, sean cuales fueren los hechos, «la principal responsabilidad moral de las atrocidades [...] es toda de Yassir Arafat» porque «fue, y sigue siendo, el padre fundador de la violencia palestina contemporánea». En un discurso al *lobby* israelí AIPAC, el secretario de Justicia, Edwin Meese, declaró que Estados Unidos considerará a Arafat «responsable de actos de terrorismo internacional» en general, siendo los hechos aparentemente irrelevantes.¹³ En consecuencia, toda acción «contra la OLP» —una categoría muy amplia, como demuestran los registros históricos— es legítima.

El ataque de Túnez fue coherente con la costumbre de Israel desde los primeros tiempos del Estado: la represalia se dirige contra los vulnerables, no contra los autores de atrocidades. Una censura habitual a la OLP es que «en vez de atacar directamente a enemigos conscientes de la necesidad de seguridad, como Israel, los palestinos han atacado objetivos israelíes más débiles en Italia,

Austria y otros lugares»,¹⁴ otro signo de su carácter infame y cobarde. La práctica similar israelí, iniciada mucho antes e inmensamente superior en alcance, pasa desapercibida en medio del elogio general al heroísmo, la eficacia militar y la «pureza de armas» de un estimado aliado de Estados Unidos. También el concepto de «represalia» suscita algo más que unas pocas preguntas, una cuestión que abordaremos directamente.

Cuando 1985 tocó a su fin, la prensa hizo balance de «un año de sangriento terrorismo internacional», que incluyó los asesinatos en Larnaca del 25 de septiembre además del secuestro del *Achille Lauro* y el brutal asesinato de un turista americano minusválido, Leon Klinghoffer, el 7 de octubre. El ataque de Israel contra Túnez del 1 de octubre no se incluyó en la lista. En su extenso análisis del terrorismo de finales de año, el *Times* menciona brevemente el bombardeo de Túnez, pero como un ejemplo de represalia y no de terrorismo, definiéndolo como «una acción desesperada que tuvo escasa repercusión en la violencia palestina y suscitó la protesta de otras naciones». Alan Dershowitz, catedrático de Derecho en Harvard, al censurar la complicidad de Italia con el terrorismo internacional por dejar en libertad al hombre «que presuntamente planificó el secuestro [del *Achille Lauro*]», observó que Estados Unidos «extraditaría sin duda alguna a cualquier terrorista israelí que hubiese empleado la violencia contra ciudadanos de otro país»; Ariel Sharón, Yitsjak Shamir o Menájem Beguin, por ejemplo. Esta declaración apareció el mismo día que Peres estaba siendo recibido en Washington poco después del bombardeo de Túnez y elogiado por su compromiso con la paz, y es considerada absolutamente normal en el clima cultural predominante.¹⁵

Las declaraciones de Reagan sobre el terrorismo son divulgadas y comentadas con aparente seriedad en la corriente dominante, pero algunos críticos aislados han señalado la hipocresía de quienes claman contra el terrorismo internacional al mismo tiempo que mandan sus ejércitos satélites a asesinar, mutilar, torturar y destruir en Nicaragua y —mencionado con menor frecuencia, puesto que tales acciones son consideradas como un gran éxito— a aniquilar a decenas de miles de personas en El Salvador en un claro esfuerzo por evitar la espantosa amenaza de una democracia significativa en aquel país. Poco después de la conversación entre Reagan y Peres

sobre la paz y el terror, un grupo de 120 médicos, enfermeras y otros profesionales sanitarios regresaron de una investigación en Nicaragua respaldada por la Asociación Americana de Salud Pública y la Organización Mundial de la Salud, y denunciaron la destrucción de clínicas y hospitales, el asesinato de profesionales sanitarios, así como el saqueo de farmacias rurales, lo cual ocasionaba una apremiante escasez de medicinas y la efectiva interrupción de un programa de vacunación contra la polio. Se trataba de una pequeña parte de una campaña de violencia organizada en los centros del terrorismo internacional de Washington y Miami.¹⁶ Los reporteros del *Times* en Nicaragua suelen igualar a sus colegas del *Pravda* en Afganistán en su empeño por desenterrar o verificar las ingentes pruebas de atrocidades cometidas por la Contra, y el informe citado, como muchos otros, fue omitido por el «Boletín Oficial».

El ataque contra Túnez da una medida de la hipocresía, que no siempre resulta fácil de comprender. Supongamos que Nicaragua lanzara bombas en Washington contra Reagan, Shultz y otros terroristas internacionales, matando a unas 100.000 personas «por accidente». Aplicando los criterios americanos, eso sería una represalia totalmente justificada, si es que una proporción de 25 a 1 resulta aceptable, como en el intercambio de Larnaca y Túnez, aunque podríamos precisar que por lo menos en este caso se atacaría a los culpables y no cabría duda sobre quién inició el terror, y tal vez la cifra correspondiente de muertos debería multiplicarse por algún factor, teniendo en cuenta la diferencia de población. «Hay que pedir cuentas a los terroristas y a quienes los apoyan, y lo haremos», declaró el presidente Reagan,¹⁷ sentando así la base moral para cualquier acción de represalia, con sus críticos más duros de la prensa mayoritaria plenamente de acuerdo, como hemos visto.

Peres ya se había distinguido como un hombre de paz en el Líbano.¹⁸ Tras llegar a primer ministro, los programas «antiterroristas» de Israel contra civiles en el sur del Líbano ocupado se intensificaron, alcanzando el punto culminante de brutalidad con las operaciones Puño de Hierro de principios de 1985, que llevaban «el sello de los escuadrones de la muerte de Latinoamérica», tal como comentó Curtis Wilkie, apoyando las crónicas de otros periodistas destacados en el lugar de los hechos. En la localidad de Zrariya, por

ejemplo, las FDI llevaron a cabo una operación mucho más al norte de su primera línea. Tras varias horas de intenso bombardeo de Zrariya y tres pueblos vecinos, las FDI se llevaron a toda la población masculina, matando de 35 a 40 aldeanos, algunos en vehículos aplastados por los tanques israelíes; otros habitantes fueron apaleados o asesinados, se disparó un obús contra trabajadores de la Cruz Roja a los que se advirtió que se mantuviesen alejados, y las tropas israelíes escaparon milagrosamente sin bajas de lo que se describió oficialmente como un tiroteo contra guerrilleros fuertemente armados. La víspera, doce soldados israelíes habían resultado muertos en un atentado suicida cerca de la frontera, pero Israel negó que el ataque contra Zrariya fuese una represalia. La negación israelí se acepta obedientemente como un hecho por los comentaristas de Estados Unidos, quienes explican que «el servicio secreto había comprobado que la ciudad se había convertido en una base para terroristas. [...] Al menos 34 guerrilleros chiíes perecieron en el combate y más de cien hombres fueron sacados de una pequeña localidad para ser interrogados» (Eric Breindel), lo cual indica la extensión de la red terrorista chií. Ignorando la línea oficial, los soldados israelíes pintaron el eslogan «Venganza de las Fuerzas de Defensa Israelíes» en árabe en las paredes del pueblo, como observaron los reporteros presentes en el lugar.¹⁹

En otras partes, artilleros israelíes dispararon contra hospitales y escuelas y se llevaron «sospechosos», entre ellos pacientes que estaban en camas de hospital y quirófanos, para «interrogarlos», o los trasladaron a campos de concentración israelíes, entre muchas otras atrocidades que un diplomático occidental que viaja a menudo por la región describió como una nueva dimensión de «brutalidad calculada y asesinato arbitrario».²⁰

El jefe de la unidad de enlace de las FDI en el Líbano, el general Shlomo Ilya, «dijo que la única arma contra el terrorismo es el terrorismo y que Israel tiene otras opciones además de las ya utilizadas para “hablar en el lenguaje que entienden los terroristas”». Este concepto no es nuevo. Las operaciones de la Gestapo en la Europa ocupada también «se justificaban como procedimiento para combatir el “terrorismo”», y una de las víctimas de Klaus Barbie fue hallada muerta con una nota clavada en el pecho que rezaba: «Terror contra Terror», que casualmente coincidía con el nombre

adoptado por un grupo terrorista israelí y con el titular de la noticia de portada en *Der Spiegel* sobre el bombardeo terrorista de Estados Unidos contra Libia en abril de 1986. Una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que exigía la condena de «las prácticas y medidas israelíes contra la población civil en el sur del Líbano» fue vetada por Estados Unidos alegando que «aplica un doble rasero». «No creemos que una resolución no conciliada ponga fin a la angustia del Líbano», explicó Jeane Kirkpatrick.²¹

Las operaciones terroristas de Israel prosiguieron a medida que sus fuerzas eran obligadas por la resistencia a retirarse. Las tropas israelíes y sus mercenarios del Ejército del Sur del Líbano (ESL) pusieron fin a un «año de sangriento terrorismo internacional» el 31 de diciembre de 1985 cuando «tomaron por asalto una población musulmana chií [Kunín] en el Líbano meridional y obligaron a toda su población, unos dos mil habitantes, a irse», volando e incendiando casas y apresando a 32 jóvenes; se dijo que los viejos, las mujeres y los niños del pueblo huyeron en tropel a una ciudad situada fuera de la «zona de seguridad» israelí, donde las fuerzas de la ONU tenían un puesto de mando.²²

Esta información, basada en testigos citados por la policía libanesa, un reportero del periódico conservador de Beirut *an-Nahar* y el movimiento chií Amal, es emitida desde Beirut. Desde Jerusalén, Joel Greenberg aporta una versión distinta, no basada en ninguna fuente identificada, sino difundida como un hecho real: «Los lugareños, temerosos de una represalia del ESL, huyeron de la localidad chií de Kunín después de que dos soldados del ESL fuesen asesinados en el pueblo.»²³

La comparación, un procedimiento habitual, resulta instructiva. La propaganda israelí se beneficia en gran medida del hecho de que los medios de comunicación dependen abrumadoramente de corresponsales establecidos en Israel. Esto proporciona dos ventajas fundamentales: primera, que las «noticias» se presentan al público americano a través de los ojos oficiales israelíes; segunda, en las pocas ocasiones en que los corresponsales estadounidenses llevan a cabo indagaciones independientes en vez de limitarse a confiar en sus serviciales anfitriones, el sistema de propaganda israelí y sus numerosos afiliados americanos pueden quejarse amargamente de que los crímenes árabes son pasados por alto, mientras que Is-

rael está sometido a un detallado examen en busca del más mínimo defecto, dada la densidad de las informaciones.

A veces, la incapacidad para tratar las noticias de la manera acostumbrada plantea problemas, por ejemplo durante la guerra del Líbano de 1982, cuando Israel no tenía modo de controlar los testimonios presenciales de los periodistas establecidos en el Líbano. Esto suscitó una estruendosa protesta por la invención y difusión de atrocidades en una «guerra psicológica de gran escala» dirigida contra el pobrecito Israel, otro síntoma del inveterado antisemitismo de la opinión mundial: Israel era la víctima, no el agresor. Resulta fácil demostrar que estas acusaciones son falsas, a menudo simplemente cómicas, y que los medios de comunicación hacen previsiblemente todo lo posible por ver las cosas desde el punto de vista israelí, algo nada fácil para los periodistas que tratan de sobrevivir a los bombardeos terroristas de Israel. Los testimonios de fuentes israelíes eran a menudo mucho más duros que lo que se divulgaba en la prensa de Estados Unidos, y lo que aparecía en los periódicos estadounidenses era a menudo una versión considerablemente suavizada de lo que los periodistas percibían en la realidad.²⁴ Pero las acusaciones se toman muy en serio pese a ser manifiestamente absurdas, al mismo tiempo que se prescinde de la crítica acertada a los medios de comunicación por su subordinación al punto de vista de Estados Unidos e Israel por la supresión de hechos inaceptables. Por lo general, un estudio de «Análisis publicados de la cobertura mediática de la guerra del Líbano de 1982» incluye numerosas denuncias de la prensa por una presunta postura antiisraelí y unas pocas defensas de los medios de comunicación contra tales acusaciones, pero ni siquiera una referencia al hecho de que hubo análisis críticos extensos y muy precisos del fenómeno exactamente opuesto.²⁵ Dentro de las estrechas limitaciones del clima intelectual sumamente ideológico en Estados Unidos, sólo se puede prestar oído a la primera categoría de críticas. Se trata de un fenómeno típico, fácilmente demostrado en relación con las guerras de Indochina, los conflictos de Centroamérica, etcétera, y que actúa como otro mecanismo de control de pensamiento.

Las operaciones Puño de Hierro, que el mando israelí tiene mucho gusto en calificar de «terrorismo» (véanse los comentarios del general Ilya, citados anteriormente), tenían dos objetivos prin-

cipales. El primero, como observa John Kifner (desde el Líbano), era «volver a la población contra los guerrilleros haciendo que el precio por apoyarlos sea demasiado alto»; en resumen, someter a la población a ataques terroristas, a menos que acepte las disposiciones que Israel trata de imponer por la fuerza. El segundo objetivo era enardecer los conflictos internos en el Líbano y llevar a cabo un intercambio general de población tras un conflicto entre comunidades, la mayor parte de lo cual parece haber sido incitado por el invasor desde 1982, a la manera clásica. «Existen numerosas pruebas —observa Jim Muir, un corresponsal establecido en el Líbano— de que los israelíes contribuyeron a alimentar y fomentar el conflicto cristiano-druso» en la región del Chouf. En el sur, un alto funcionario de ayuda internacional dijo: «Su departamento de juego sucio hizo todo cuanto pudo por fomentar problemas, pero no dio resultado.» «Su comportamiento era perverso», una opinión «compartida por toda la comunidad de ayuda internacional». «Testigos locales declararon que los soldados israelíes disparaban con frecuencia contra los campamentos palestinos desde zonas cristianas próximas, intentando instigar a los palestinos contra los cristianos», y residentes en las poblaciones cristianas declararon que las patrullas israelíes obligaban a cristianos y musulmanes a punta de pistola a darse puñetazos, entre otras formas de «extraña humillación». Finalmente estas técnicas dieron resultado. Los aliados cristianos de Israel atacaron a musulmanes cerca de Sidón de una manera que garantizaba una respuesta de fuerzas mucho más poderosas, dando origen a una espiral de violencia que finalmente propició la huida de miles de cristianos, muchos de ellos a las regiones de dominio israelí en el sur, mientras que decenas de miles de chiíes fueron empujados hacia el norte por las operaciones Puño de Hierro de Peres.²⁶

La excusa en Estados Unidos fue que Israel tenía desde el principio la intención de retirarse, pero que los terroristas chiíes sencillamente se dejaban llevar por el habitual deleite árabe de la violencia por la violencia, retrasando la retirada prevista. Pero, como Jim Muir observa correctamente, «es una verdad histórica indudable que los israelíes no se retirarían ahora si no fuese por los ataques y las bajas que han causado», y el alcance de la retirada sería determinado por la intensidad de la resistencia.²⁷

El alto mando israelí explicó que las víctimas de las operaciones Puño de Hierro eran «lugareños terroristas»; así, era comprensible que 13 aldeanos fuesen asesinados por milicianos del ESL en el incidente que suscitó esta observación. Yossi Olmert, del Shiloah Institute, el Instituto de Estudios Estratégicos de Israel, señaló que «estos terroristas actúan con el apoyo de la mayoría de la población local». Un comandante israelí lamentó que «el terrorista [...] tiene muchos ojos aquí, porque vive aquí», mientras que el corresponsal militar del *Jerusalem Post* describió los problemas a los que se enfrentaba en la lucha contra el «mercenario terrorista»: «fanáticos, todos ellos entregados a sus causas hasta el punto de correr el riesgo de morir durante sus acciones contra las FDI», que deben «mantener el orden y la seguridad» en el sur del Líbano ocupado pese al «precio que los habitantes tendrán que pagar». Expresó su «admiración por el modo en que estaban haciendo su trabajo».

Leon Wieseltier explicó la diferencia entre el «terrorismo chií» contra el ejército de ocupación y el terrorismo palestino, cada uno de ellos una manifestación del perverso carácter árabe: «Los palestinos tenían asesinos que deseaban matar. Los chiíes tienen asesinos que desean morir», ejecutando acciones «inspiradas por una reivindicación mesiánica del mundo para la que no puede haber simplemente una satisfacción política o diplomática», nada tan sencillo como expulsar el ejército de ocupación de su tierra. Su «ejército secreto» Amal se ha «consagrado» más bien a «la destrucción de Israel» desde su fundación en 1975, un descubrimiento que va mucho más lejos que los cuentos inventados en el sistema de la Hasbará, de Israel.²⁸

El mismo concepto de terrorismo es ampliamente utilizado por funcionarios y comentaristas estadounidenses. Así la prensa comunica, sin comentarios, que la preocupación del secretario de Estado, Shultz, por el «terrorismo internacional» se convirtió en «su pasión» tras el atentado suicida contra marines estadounidenses en el Líbano en octubre de 1983, unas tropas que la mayor parte de la población veía, de forma poco sorprendente, como una fuerza militar extranjera enviada para imponer el «Nuevo Orden» iniciado por la agresión israelí. Barry Rubin escribe que «El uso más importante del terrorismo patrocinado por Siria en el interior del Líbano consistió en forzar la retirada de tropas israelíes y marines

estadounidenses», mientras que tanto Irán como Siria han apoyado la «actividad terrorista» por parte de «grupos extremistas chiíes» en el sur del Líbano, como los ataques contra «el Ejército del Sur del Líbano respaldado por Israel». Para el defensor del terrorismo de Estado, la resistencia a un ejército de ocupación o a sus mercenarios locales es terrorismo, por lo que merece una severa represalia. El corresponsal del *Times* en Israel, Thomas Friedman, define rutinariamente los ataques en el sur del Líbano dirigidos contra fuerzas israelíes como «atentados terroristas» o «terrorismo suicida», que, asegura, es consecuencia de «deficiencias psicológicas o fervor religioso». Friedman también explica que a los residentes de la «zona de seguridad» de Israel que infringen las normas establecidas por los ocupantes «primero se les dispara y luego se les pregunta. Algunas de las víctimas eran transeúntes inocentes». Pero esta práctica no es terrorismo de Estado. Señala también que Israel «se ha tomado muchas molestias para limitar la circulación de noticias fuera de la región»: «No se ha permitido que ningún reportero cubra las consecuencias de los atentados suicidas, y prácticamente no se ha difundido información sobre los actos.» Este hecho no le impide informar con gran seguridad sobre el contexto, las condiciones y los trastornos psicológicos de los llamados «terroristas» por los invasores.²⁹

Mientras Reagan y Peres se felicitaban mutuamente ante sus admiradores por su postura basada en sólidos principios contra «el azote malévolo del terrorismo», la prensa difundía otro acto terrorista en el Líbano meridional: «Los terroristas matan a 6 personas y derriban la emisora de radio cristiana, propiedad de Estados Unidos, en el sur del Líbano», rezaban los titulares de ese mismo día.³⁰ ¿Por qué los terroristas libaneses quisieron destruir La Voz de la Esperanza, dirigida por misioneros cristianos americanos? Esta pregunta apenas fue planteada, pero permitámonos considerarla con la finalidad de aclarar los conceptos de terrorismo y represalia.

Un motivo es que la emisora «habla para el Ejército del Sur del Líbano»,³¹ la fuerza mercenaria establecida por Israel en la región para aterrorizar a la población en su «zona de seguridad». La ubicación de la emisora, próxima a la localidad de Jiam, es también digna de reseñar. Jiam tiene su historia, bien conocida en el Líbano e Israel, si no en Estados Unidos. Ze'ev Schiff aludió a esta historia

durante las operaciones Puño de Hierro de Peres. Señaló que cuando Israel invadió el Líbano en 1982, la localidad de Jiam estaba «deshabitada», aunque ahora cuenta con diez mil habitantes, y que la ciudad libanesa de Nabatiyya tenía sólo cinco mil, en la actualidad cincuenta mil. «Estos residentes y otros serán obligados de nuevo a abandonar sus hogares si permiten que los extremistas de su comunidad o los palestinos ataquen asentamientos israelíes», explicó Schiff.³² Ése será su destino si imitan a las FDI, que por entonces atacaba pueblos libaneses, asesinando a civiles al azar y destruyendo como defensa contra el «terrorismo [que] no ha desaparecido», por cuanto «los soldados israelíes son hostigados a diario en el sur del Líbano».³³

Para los libaneses a los que se dirigía la advertencia, y para los elementos por lo menos mejor informados de su público israelí, Schiff no tuvo necesidad de explicar por qué la población de Nabatiyya había quedado reducida a cinco mil personas y Jiam estaba deshabitada en 1982. La población de Jiam había sido expulsada, con centenares de muertos, por el bombardeo terrorista israelí desde principios de la década de 1970, y los pocos que permanecieron allí fueron exterminados brutalmente durante la invasión del Líbano en 1978, ante los ojos de la brigada de elite Golani, por la milicia israelí de Haddad, que «consiguió instaurar una paz relativa en la región y evitar el regreso de los terroristas de la OLP», según explicó el hombre de paz.³⁴

Jiam es también la sede de una «cárcel secreta» mantenida por «Israel y sus aliados de la milicia local en el sur del Líbano [...], donde los detenidos son encarcelados en unas condiciones espeluznantes y sometidos a palizas y torturas con descargas eléctricas, según ex presidiarios y funcionarios de ayuda internacional en la región». La Cruz Roja informó de que «el centro es dirigido por israelíes» y de que las FDI prohibieron la entrada a la organización humanitaria.³⁵ Confirmando estos datos, Horowitz añade que Israel ha aprendido «la lección de Ansar», el campo de concentración dirigido por las FDI. Así pues, han dispuesto que sus mercenarios del ESL controlen la cámara de tortura de Jiam para desviar las críticas. Las extensas denuncias de torturas por parte de ex presidiarios han sido desoídas en Estados Unidos, pero no en otros lugares. Citando estos testimonios, Paul Kessler (del Collège de France, co-

fundador del Comité de Médicos Franceses sobre los Judíos Soviéticos) observa que la mayoría de los reos «fueron señalados como sospechosos durante operaciones de búsqueda o eran aldeanos arrestados por negarse a cooperar con la potencia invasora y, en particular, por negarse a alistarse en la “milicia del Ejército del Sur del Líbano” dirigida por Israel»; ninguno ha sido condenado o juzgado, aunque algunos de ellos llevaban más de un año detenidos. El de Jiam es el centro principal, pero no el único. Kessler denuncia la tortura sistemática por parte de los guardias del ESL, que regentan las prisiones «bajo la dirección de oficiales israelíes».³⁶

Así pues, se habría podido decir más sobre el atentado terrorista de unos «fanáticos» en Jiam el 17 de octubre de 1985 si se hubiese considerado que cuestiones como éstas eran dignas de formar parte de la memoria histórica junto a otros actos de terror bastante más útiles desde el punto de vista ideológico.

También Nabatiyya tiene más historias que contar. La huida de cincuenta mil habitantes, de un total de sesenta mil, «sobre todo por miedo a los bombardeos [israelíes]», fue divulgada por dos corresponsales del *Jerusalem Post* que recorrían el sur del Líbano buscando pruebas del terror y las atrocidades de la OLP, de las que hallaron pocas, aunque sí numerosas pruebas del terror israelí y sus consecuencias.³⁷ Uno de esos bombardeos se produjo el 4 de noviembre de 1977, cuando Nabatiyya «fue sometida a un intenso fuego de artillería desde posiciones de maronitas libaneses [apoyados por Israel] y también desde baterías israelíes en ambos lados de la frontera, incluidos algunos de los seis bastiones israelíes en territorio del Líbano». Los ataques prosiguieron al día siguiente y ocasionaron la muerte de tres mujeres, entre otras víctimas. El 6 de noviembre, dos misiles disparados por guerrilleros de al-Fatá mataron a dos israelíes en Nahariyya, lo que dio origen a un combate de artillería y a un segundo ataque con misiles en el que murió un israelí. «Entonces llegaron los ataques aéreos israelíes, en los que murieron unas setenta personas, casi todas libanesas.»³⁸

Esta batalla iniciada por los israelíes, que amenazó con desembocar en una verdadera guerra, fue mencionada por el presidente egipcio Sadat como un motivo para su propuesta de visitar Jerusalén al cabo de unos días.³⁹

Sin embargo, estos acontecimientos han entrado en la memoria

histórica de manera distinta, no sólo en el ámbito periodístico, sino también en el intelectual: «En un intento por frenar los avances hacia una conferencia de paz —escribe Edward Haley (sin citar pruebas)—, la OLP disparó misiles Katiusha contra la localidad de Nahariyya, en el norte de Israel, el 6 y el 8 de noviembre, causando tres muertos», lo cual suscitó «la inevitable represalia israelí» del 9 de noviembre, con más de un centenar de muertos en los ataques «en Tiro y sus alrededores y dos pequeñas localidades al sur».⁴⁰ Como es habitual, en la historia expurgada los palestinos recurren al terrorismo y entonces los israelíes toman represalias, quizá con excesiva dureza. En el mundo real, la verdad suele ser bastante distinta, una cuestión de no poca importancia en el estudio del terrorismo en Oriente Próximo.

El suplicio de Nabatiyya tuvo escasa repercusión en la prensa occidental, aunque con algunas excepciones. Una de las ofensivas israelíes se produjo el 2 de diciembre de 1975, cuando la aviación de Israel atacó la ciudad y acabó con la vida de decenas de civiles libaneses y palestinos, usando armas antipersonas, bombas y misiles.⁴¹ Este ataque, insólito por el hecho de que fue difundido, no suscitó ningún interés ni inquietud, tal vez porque era aparentemente una «represalia»: concretamente, una represalia contra el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que acababa de acordar que dedicaría una sesión a las propuestas de paz respaldadas por Siria, Jordania, Egipto y la Organización para la Liberación de Palestina, como se ha comentado en el capítulo 1.

La historia prosigue con pocos cambios. A principios de 1986, mientras los ojos de todo el planeta se fijaban horrorizados en los dementes terroristas del mundo árabe, la prensa informó de que los cañones de los tanques israelíes abrieron fuego contra la localidad de Sreifa, en el sur del Líbano, apuntando a treinta casas desde las que las fuerzas del ejército afirmaban haber sido tiroteadas por «terroristas armados» que se resistían a sus acciones militares, en el transcurso de lo que describieron como la búsqueda de dos soldados israelíes que habían sido «secuestrados» en la «zona de seguridad» de Israel en el Líbano. No llegó a la prensa americana el informe de las fuerzas de pacificación de la ONU, donde se registraba que las tropas israelíes «se volvieron locas» en estas operaciones, encarcelando a pueblos enteros, impidiendo que los soldados de la

ONU proporcionaran agua, leche y naranjas a los lugareños sometidos a «interrogatorio», es decir, la brutal tortura de hombres y mujeres a manos de fuerzas israelíes y sus mercenarios locales en presencia de las FDI. Después, éstas se marcharon llevándose a muchos aldeanos, entre ellos mujeres embarazadas, algunos a Israel en flagrante violación de la legislación internacional, tras lo cual destruyeron casas y saquearon y arrasaron otras, mientras Shimón Peres afirmaba que la búsqueda de sus soldados secuestrados «expresa nuestra actitud respecto al valor de la vida y la dignidad humanas». ⁴²

Un mes después, el 24 de marzo, la radio libanesa informó de que fuerzas israelíes, las FDI o mercenarios del ESL, bombardearon Nabatiyya, matando a tres civiles e hiriendo a 22 más, por cuanto «los proyectiles cayeron en el mercado, en el centro de la ciudad, al amanecer, cuando la gente se congregaba para comerciar». El ataque fue presuntamente en represalia por una agresión contra fuerzas mercenarias de Israel en el sur del Líbano. Un líder del movimiento chií Amal juró que «los asentamientos e instalaciones israelíes no escaparán a los golpes de la resistencia». El 27 de marzo, un misil Katiusha impactó en el patio de una escuela en el norte de Israel, hiriendo a cinco personas y provocando un ataque israelí contra campamentos de refugiados palestinos cerca de Sidón, con el resultado de diez muertos y 22 heridos, mientras el comandante de las tropas del norte de Israel declaraba a la radio del ejército que las FDI no habían determinado si el misil había sido disparado por guerrilleros chiíes o palestinos. El 7 de abril, aviones israelíes bombardearon los mismos campamentos y una localidad vecina, ocasionando dos muertos y veinte heridos, con el pretexto de que unos terroristas habían salido de allí con la intención de matar a ciudadanos israelíes. ⁴³

De todos estos sucesos, sólo el ataque con misiles contra el norte de Israel mereció una angustiada difusión en televisión y la indignación general ante «el azote malévol del terrorismo», aunque la noticia quedó un tanto silenciada porque por entonces la histeria colectiva se centraba en una «invasión» nicaragüense de Honduras, cuando el ejército de Nicaragua ejerció su derecho legítimo de persecución echando de su territorio a bandas terroristas enviadas por sus rectores estadounidenses en una demostración de fuer-

za justo antes de la votación en el Senado de la concesión de ayudas a la Contra. La única cuestión sometida a debate en el Estado terrorista es si el ejército apoderado puede cumplir los objetivos que le han sido asignados por su jefe. ⁴⁴ Israel, en cambio, no ejercía ningún derecho legítimo de persecución al lanzar bombas y proyectiles contra ciudades y campamentos de refugiados, ni sus actos de terrorismo sistemático y agresión directa en el Líbano han entrado nunca en este concepto. Pero, como Estado satélite, Israel hereda del emperador el derecho al terrorismo, a la tortura y a la agresión. Y Nicaragua, como enemigo, carece por definición del derecho a defender su territorio del terrorismo internacional estadounidense. En consecuencia, es natural que las acciones de Israel se pasaran por alto, o se consideraran una represalia legítima, mientras el Congreso, en todo el espectro de la nación americana, denunciaba a los «marxistas-leninistas nicaragüenses» por su renovada demostración de la amenaza que suponían para la paz y estabilidad en la región.

Además, la invasión israelí del Líbano en junio de 1982 se presenta de una forma apropiadamente expurgada. Shimón Peres escribe que la operación Paz en Galilea se llevó a efecto «con el fin de garantizar que Galilea dejara de ser atacada por misiles Katiusha». Eric Breindel explica que «naturalmente, el principal objetivo de la invasión israelí en 1982» fue «proteger la región de Galilea [...] de los ataques con misiles Katiusha y otros proyectiles desde el Líbano». Las páginas de noticias del *Times* nos informan de que la invasión comenzó «tras los ataques de guerrilleros de la Organización para la Liberación de Palestina contra asentamientos del norte de Israel», y (sin comentarios) que los líderes israelíes «declararon que querían poner fin a los ataques con misiles y proyectiles contra la frontera septentrional de Israel», lo cual «se ha cumplido durante los tres años que el ejército israelí ha estado en el Líbano». Henry Kamm añade que «durante casi tres años, la población de Qiryat Shemona no ha dormido en sus refugios antiaéreos, y los padres no se han preocupado cuando sus hijos iban a la escuela o salían a jugar. Los misiles Katiusha de fabricación soviética, que durante muchos años hostigaron esta ciudad próxima a la frontera libanesa a intervalos aleatorios, no han caído desde que Israel invadió el Líbano en junio de 1982». Y Thomas Friedman observa que

«si vuelven a llover misiles sobre la frontera septentrional de Israel después de todo lo que se ha gastado, la ciudadanía israelí se sentirá ultrajada»; «[...] ahora mismo no caen misiles en el norte de Israel [...] y si vuelven a empezar los ataques a gran escala contra la frontera septentrional de Israel, esa minoría [que está a favor de mantener el ejército en el Líbano] podría convertirse de nuevo en mayoría». «La operación Paz en Galilea —la invasión israelí del Líbano— se emprendió inicialmente» para proteger a la población civil de los artilleros palestinos, informa Friedman en una de las numerosas historias de interés humano sobre las penalidades de los sufridos israelíes. Los personajes políticos exponen regularmente la misma doctrina. Zbigniew Brzezinski escribe que «la mayor presencia militar siria y el uso del Líbano por parte de la Organización para la Liberación de Palestina para sus incursiones contra Israel precipitaron la invasión israelí [de 1982]», y Ronald Reagan, en una nueva muestra de cobardía moral, nos pide que recordemos «que cuando empezó todo [la invasión], Israel, debido a las violaciones de su frontera septentrional por parte de los palestinos, la OLP, había llegado a Beirut», donde había «diez mil palestinos [!] que habían estado destruyendo Beirut», aunque no menciona los bombardeos a los que apoyaba.⁴⁵

Estos y tantos otros relatos, muchos de ellos con gráficas descripciones del tormento de la población de Galilea sometida a bombardeos indiscriminados con misiles Katiusha, contribuyeron a crear la imagen aceptada de fanáticos palestinos armados por los soviéticos, un componente fundamental de la red de terrorismo internacional con base en Rusia, que obligan a Israel a invadir y atacar campamentos de refugiados palestinos, así como otros objetivos, como haría cualquier Estado, para defender a su pueblo de la despiadada agresión terrorista.

El mundo real, una vez más, es bastante distinto. David Shipler escribe: «En los cuatro años transcurridos entre la anterior invasión israelí del sur del Líbano en 1978 y la del 6 de junio de 1982, un total de 29 personas perecieron en el norte de Israel en todo tipo de ataques desde el Líbano, entre ellos bombardeos y cruce de fronteras a cargo de terroristas», pero también añade que durante un año antes de la invasión de 1982 «la frontera había permanecido tranquila».⁴⁶ Este informe es insólito por el hecho de que al menos se

aproxima a una verdad a medias. Si bien la OLP se abstuvo de realizar acciones transfronterizas durante un año antes de la invasión israelí, la frontera distó mucho de permanecer tranquila, por cuanto el terror israelí continuó, asesinando a muchos civiles; la frontera estuvo «tranquila» sólo en los términos racistas del discurso estadounidense. Además, ni David Shipler ni sus colegas parecen recordar que, mientras que 29 personas perecieron en el norte de Israel desde 1978, varios miles murieron a consecuencia de los bombardeos israelíes en el Líbano, un hecho prácticamente desconocido en Estados Unidos y que difícilmente puede calificarse de «represalia».

Los bombardeos desde 1978 fueron un factor fundamental del «proceso de paz» de Camp David, que, como era de prever, concedió libertad a Israel para ampliar su dominio y represión sobre los territorios ocupados mientras atacaba a su vecino del norte, con el principal elemento disuasivo árabe (Egipto) apartado del conflicto y el apoyo militar de Estados Unidos en rápido aumento. William Quandt observa además que «la planificación operativa israelí de la invasión del Líbano contra la OLP [en 1981 y 1982] parece coincidir con la consolidación del tratado de paz entre Egipto e Israel». Cabe señalar que la evidente significación de los acuerdos de Camp David, aunque prácticamente inexpresable en Estados Unidos en aquella época y desde entonces, es comprendida por periodistas americanos competentes. Así, en una entrevista realizada en Israel, David Shipler dice: «Desde el bando israelí, me parece que el tratado de paz sentó las bases para la guerra en el Líbano. Cuando Egipto dejó de ser un estado enfrentado, Israel se sintió libre para iniciar una guerra en el Líbano, algo que probablemente no se habría atrevido a hacer antes del tratado de paz. [...] Resulta irónico que la guerra en el Líbano no hubiese podido llegar a producirse sin el tratado de paz»; más que una ironía, fue una parte intrínseca del proceso.⁴⁷ Que yo sepa, no escribió eso en el *Times* durante los cinco años que fue su corresponsal en Israel, hasta junio de 1984, ni posteriormente.

Shipler añade: «Creo que entre los israelíes no se habría producido una oposición tan tremenda a la guerra sin este mismo tratado de paz.» De haber estado en Israel por entonces, habría sabido que la «tremenda oposición a la guerra» era una invención propagan-

dística post hoc concebida para restablecer la imagen del «Israel amable». En realidad la oposición fue mínima hasta las matanzas de posguerra en Sabra y Shatila (cuando los partidarios de la guerra en Estados Unidos también abandonaron la nave que se hundía, construyendo una historia fraudulenta de «oposición previa», como en el caso de la guerra en Indochina) y hasta que, más adelante, se fueron conociendo los costes cada vez más altos que ocasionaba la ocupación.⁴⁸

Volviendo al mundo real, cabe considerar el contexto inmediato de la operación Paz en Galilea. La OLP observó el alto el fuego decretado por Estados Unidos en julio de 1981 pese a los reiterados esfuerzos de Israel por provocar alguna acción que pudiera utilizar como pretexto para la invasión planificada, incluido un bombardeo a finales de abril de 1982 que mató a dos docenas de personas, hundió barcos de pesca, etcétera. Las únicas excepciones fueron una pequeña represalia en mayo después de la agresión israelí, y una respuesta al intenso bombardeo y los ataques terrestres israelíes en el Líbano en junio que habían causado muchas víctimas civiles. Estos ataques de Israel fueron en «represalia» por la tentativa de asesinato del embajador israelí en Londres por parte de Abú Nidal, enemigo declarado de la OLP, quien ni siquiera tenía oficina en el Líbano: una vez más, la vieja excusa de la «represalia». Este intento de asesinato fue pretexto para la invasión, planeada desde hacía tiempo.

El *New Republic* publicó que los logros del negociador de la ONU Brian Urquhart «han sido menores, hasta cierto punto poco memorables: su negociación de un alto el fuego de la OLP [sic] en el sur del Líbano en 1981, por ejemplo».⁴⁹ Esta estricta línea del partido en el sentido de que los periódicos deberían optar por «olvidar» los hechos no es sorprendente, pero el predominio de esos lapsus de memoria tan convenientes es digno de mención.

Los acontecimientos de julio de 1981 siguen más o menos la misma pauta. El 28 de mayo, según escriben Ze'ev Schiff y Ehud Yaari, el primer ministro Menájem Beguin y el jefe del Estado Mayor Rafael Eitán «dieron otro paso que llevaría a su país sensiblemente más cerca de una guerra en el Líbano con una acción que fue fundamentalmente calculada hacia ese fin»; en concreto, violaron el alto el fuego con el bombardeo de «núcleos de la OLP» (una ex-

presión comúnmente empleada para designar objetivos de los israelíes, de la naturaleza que sean) en el sur del Líbano. Los ataques se sucedieron desde aire y mar hasta el 3 de junio, prosiguen Schiff y Yaari, mientras «los palestinos respondían con cautela por miedo a que una reacción enérgica no hiciera más que provocar una demolidora operación terrestre por parte de Israel». Volvió a establecerse un alto el fuego, violado otra vez por Israel el 10 de julio con más bombardeos. En esta ocasión hubo una reacción palestina, que consistió en ataques con misiles que causaron el pánico en el norte de Galilea, seguidos del intenso bombardeo israelí de Beirut y otros objetivos civiles. Para cuando se declaró un cese de las hostilidades el 24 de julio, unos cuatrocientos cincuenta árabes —casi todos civiles libaneses— y seis israelíes habían perecido.⁵⁰

De esta historia, sólo se recuerda el sufrimiento del norte de Galilea, sometido a ataques indiscriminados con misiles Katiusha por parte de terroristas de la OLP, que finalmente provocaron la represalia de Israel en su invasión del Líbano en junio de 1982. A veces esto ocurre incluso en el caso de periodistas serios que no se limitan a ofrecer un canal para la propaganda oficial. Edward Walsh escribe que «en el año 1981 los reiterados ataques con misiles habían vuelto a asediar [Qiryat Shemona]», describiendo a los «padres afligidos» y el terror causado por «el fuego de la artillería y la lluvia de misiles desde las bases palestinas próximas», sin más comentarios sobre lo que sucedía. Curtis Wilkie, uno de los periodistas americanos en Oriente Próximo más escépticos y perspicaces, escribe que Qiryat Shemona «fue sometida al fuego abrasador de las fuerzas de la Organización para la Liberación de Palestina en 1981; la lluvia de misiles Katiusha de fabricación soviética fue tan intensa en un punto, que aquellos residentes que no habían huido se vieron obligados a permanecer durante ocho días y ocho noches consecutivos en refugios antiaéreos»; también esta vez sin una sola palabra sobre los motivos de ese «fuego abrasador» ni acerca del estado de ánimo en Beirut y otras zonas civiles donde centenares de personas perecían víctimas de los mortíferos bombardeos israelíes.⁵¹

Este ejemplo permite comprender mejor los conceptos de «terrorismo» y «represalia», tal como se interpretan en el sistema ideológico estadounidense, y las suposiciones que, automáticamente,

silencian el sufrimiento de las principales víctimas, por las razones habituales.

La versión oficial de que «los ataques con misiles y proyectiles contra la frontera septentrional de Israel» terminaron gracias a la operación Paz en Galilea (*New York Times*, véase antes) es doblemente falsa. En primer lugar, la frontera estuvo «tranquila» durante un año antes de la invasión, excepto por los ataques terroristas y provocaciones de Israel; y los principales ataques con misiles, en julio de 1981, fueron una respuesta al terror israelí, que sólo en este incidente causó una mortandad cien veces mayor que la respuesta de la OLP. En segundo lugar, en marcado contraste con el periodo precedente, los ataques con misiles contra Israel se iniciaron poco después de que la invasión concluyera, a principios de 1983, y continuaron. Un grupo de periodistas disidentes israelíes informa de que en dos semanas de septiembre de 1985 se dispararon 14 misiles Katiusha contra Galilea. Además, los «ataques terroristas» se incrementaron en un 50 % en Cisjordania durante los meses que siguieron a la guerra, y a finales de 1983 habían aumentado un 70 % desde la guerra en el Líbano, convirtiéndose en una seria amenaza en 1985, una consecuencia en absoluto sorprendente de las brutales atrocidades y la destrucción de la sociedad civil y el sistema político de los palestinos.⁵²

El verdadero motivo de la invasión de 1982 no fue la amenaza para el norte de Galilea, como la historia expurgada quiere hacernos creer, sino más bien lo contrario, tal como explicó de forma plausible poco después de comenzar la invasión el especialista más destacado de Israel en temas palestinos, el profesor de la Universidad Hebrea Yehoshua Porath (en el lenguaje israelí, un «moderado» que apoya la «solución jordana» del partido laborista para los palestinos). Señala que la decisión de invadir «surgió del propio hecho de que se había respetado el alto el fuego». Esto era una «verdadera catástrofe» para el gobierno israelí, por cuanto amenazaba la política de evitar un acuerdo político. «La esperanza del gobierno —siguió diciendo— es que la dañada OLP, al carecer de una base logística y territorial, vuelva a su terrorismo de antaño, cometa atentados indiscriminados, secuestre aviones y asesine a muchos israelíes», y de este modo «perderá parte de la legitimidad política que ha obtenido» y «abortará el peligro» de unas negociaciones

con palestinos representativos, que amenazaría la política —compartida por los dos principales grupos políticos— de mantener un control efectivo sobre los territorios ocupados.⁵³

La suposición plausible de los líderes israelíes era que podrían contar con quienes forjan la opinión pública en Estados Unidos —el único país que importa, ahora que Israel ha optado por ser un Estado mercenario que sirve a los intereses de su proveedor— para ocultar la historia real y presentar las acciones terroristas derivadas de la agresión y las atrocidades israelíes como actos aleatorios de violencia atribuibles a defectos del carácter y la cultura árabes, cuando no a deficiencias raciales. El subsiguiente comentario estadounidense sobre el terrorismo cumple estas expectativas con cierta precisión, lo cual constituye un gran éxito propagandístico para los terroristas de Estado de Jerusalén y Washington.

Israel comprende bien las bases de este mecanismo. El primer ministro Yitsjak Shamir declaró en la televisión del país que Israel iba a la guerra porque existía «un terrible peligro. [...] No tanto militar como un peligro político», lo que indujo al excelente autor satírico B. Michael a escribir que «la pobre excusa de un peligro militar o un peligro para Galilea ha quedado obsoleta», toda vez que «hemos eliminado el peligro político» golpeando primero; ahora, «gracias a Dios, ya no hay nadie con quien hablar». El columnista Aarón Bajar comenta que «es fácil comprender el estado de ánimo de los líderes israelíes. Arafat ha sido acusado de perseguir sin descanso algún tipo de acuerdo político con Israel» y «a los ojos de la Administración israelí, ésa es la peor amenaza posible», tanto para el partido laborista como para el Likud. El periodista e historiador Benny Morris señala que «la OLP no efectuó disparo alguno en la frontera septentrional durante todo un año, en varias ocasiones renunciando por completo a responder a las acciones israelíes (concebidas específicamente para atraer el fuego de la OLP hacia el norte)». Para los altos mandos de las FDI, prosigue, «la inevitabilidad de la guerra dependía de la OLP como amenaza política para Israel y para el dominio de Israel de los territorios ocupados», puesto que «las esperanzas palestinas dentro y fuera de los territorios ocupados para que las aspiraciones nacionalistas dieran su fruto dependían de la OLP y giraban en torno a ella». Como todo comentarista cuerdo, ridiculiza el discurso histérico sobre armas capturadas y

sobre la amenaza militar de la OLP, y pronostica que «los chiíes de Beirut Oeste, muchos de ellos refugiados de anteriores bombardeos israelíes en el sur del Líbano en la década de 1970, probablemente recordarán el sitio de las FDI de junio-agosto [de 1982] durante mucho tiempo», con repercusiones a largo plazo en «el terrorismo chií contra objetivos israelíes». ⁵⁴

En el ala derecha, el miembro del Likud en la Knésset, Ehud Olmert, comentó que «el peligro que la OLP entrañaba para Israel no residía en su extremismo, sino en la moderación ficticia que Arafat consiguió exhibir sin perder de vista su principal objetivo, que es la destrucción de Israel» (presumiblemente cierto, en el sentido en que David Ben Gurión, mientras ocupó el poder, nunca perdió de vista su principal objetivo de expandirse hasta «los límites de las aspiraciones sionistas», incluyendo la mayor parte de los países limítrofes y, en algunas ocasiones, las «fronteras bíblicas» desde el Nilo hasta Irak, al tiempo que la población autóctona sería trasladada mediante algún sistema). Menájem Milson, ex administrador civil de Cisjordania, afirma que «es un error creer que la amenaza de la OLP para Israel es esencialmente militar; más bien es política e ideológica». El ministro de Defensa Ariel Sharón explicó justo antes de la invasión que «la calma en Cisjordania» exige «la destrucción de la OLP en el Líbano», y su cohorte ultraderechista, el jefe del Estado Mayor Rafael Eitán, comentó posteriormente que la guerra fue un éxito, porque debilitó seriamente «el estatus político» de la OLP y «la lucha de la OLP por un Estado palestino», al tiempo que impuso la capacidad de Israel «para impedir ese objetivo». Hablando de tales declaraciones, el historiador militar israelí Uri Milshstein (partidario de la «solución jordana» del partido laborista) señala que entre los objetivos de la invasión, según el concepto de Sharón y Eitán, figuraban: «instaurar un Nuevo Orden ⁵⁵ en el Líbano y Oriente Próximo», «fomentar el proceso de sadatización en varios Estados árabes», «garantizar la anexión de Judea y Samaria [Cisjordania] al Estado de Israel» y «tal vez, una solución del problema palestino».

El miembro de la Knésset Amnon Rubinstein, muy admirado en Estados Unidos por su postura de paloma liberal, escribe que aunque «más o menos» se había cumplido el alto el fuego (léase: cumplido por parte de la OLP, pero no por la de Israel), la invasión

del Líbano estuvo «justificada» debido a una amenaza militar posible, no real: las armas y municiones en el sur del Líbano estaban destinadas a su utilización final contra Israel. Consideremos las implicaciones de este argumento en otros contextos, aunque nos tomásemos en serio las afirmaciones sobre una posible amenaza militar de la OLP para Israel. ⁵⁶

Rubinstein adelantó la interesante doctrina enunciada por la Administración Reagan al justificar su bombardeo de Libia en abril de 1986 en «defensa propia contra un futuro ataque», a lo que volveremos en el siguiente capítulo.

Los partidarios estadounidenses de las atrocidades israelíes reconocen de vez en cuando estas mismas verdades. Justo antes de que se produjera la invasión, el director del *New Republic*, Martin Peretz, imitando a Sharón y Eitán, recomendó que Israel infligiera a la Organización para la Liberación de Palestina «una derrota militar duradera» en el Líbano que «dejará claro a los palestinos de Cisjordania que su lucha por un estado independiente ha sufrido un revés de muchos años», con el propósito de que «los palestinos se conviertan en otra nación aplastada, como los kurdos o los afganos». Y el socialdemócrata Michael Walzer, que ve la solución para los árabes palestinos —también dentro de Israel— en el traslado de los «marginales para la nación» (fundamentalmente, la postura del rabino racista Kahane; véase el capítulo 1, nota 7), explicó en el *New Republic* después de la guerra que «me alegraré sin duda de la derrota política de la OLP, y creo que es posible defender la limitada operación militar necesaria para infligir esa derrota bajo la teoría de la guerra justa». ⁵⁷

Resulta de cierto interés observar que, en estas cuestiones, la ultraderecha israelí y el liberalismo de izquierdas americano convergen.

En resumen, los fines de la guerra fueron políticos, siendo los territorios ocupados un objetivo principal y el «Nuevo Orden» en el Líbano, otro. ~~El cuento sobre proteger la frontera del terrorismo es propaganda política.~~ Si el terrorismo palestino se puede reactivar, tanto mejor. Y si no podemos echar la culpa a Arafat, por lo menos se le puede calificar de «padre fundador de la violencia palestina contemporánea» (*New Republic*) para poder eludir sus esfuerzos por llegar a un acuerdo político.

Sin embargo, el problema de evitar un acuerdo político no terminó con la destrucción de la sede política de la OLP, como era de esperar, de modo que siguió siendo necesario mantenerse en alerta para combatir la amenaza y defender la verdad doctrinal de que Estados Unidos e Israel buscan la paz, pero que se enfrentan a la oposición del rechacismo árabe. Así, entre abril y mayo de 1984, Arafat hizo una serie de declaraciones en Europa y Asia reclamando negociaciones con Israel que desembocaran en el reconocimiento mutuo. La propuesta fue rechazada inmediatamente por Israel y desoída por Estados Unidos. En un artículo de primera plana en el *San Francisco Examiner* se publicó una crónica de la UPI sobre las propuestas de Arafat y la prensa seria local divulgó los hechos sin concederles mayor importancia. La prensa nacional suprimió directamente la noticia, excepto por una escueta mención en el *Washington Post* unas semanas más tarde. El *New York Times* incluso excluyó las cartas alusivas a los hechos, al tiempo que seguía (junto con los otros periódicos) denunciando a Arafat por su renuencia a seguir la vía diplomática. En general, cuanto más influyente era el periódico, más decidido estaba a suprimir los hechos, una actitud absolutamente normal dada la postura del gobierno estadounidense sobre esas cuestiones.⁵⁸

Por supuesto, los israelíes bien informados están al corriente de la postura de Arafat. El antiguo jefe de la inteligencia militar israelí, el general Yehoshafat Harkabi, arabista y reconocido halcón durante muchos años, señala que «la OLP desea un acuerdo político porque sabe que la alternativa es terrible y conducirá a la destrucción total». «Arafat, como Hussein y los árabes de Cisjordania, teme que si no se llega a un acuerdo estalle Israel, y con él todos sus vecinos, incluidos los palestinos.» En consecuencia, «Arafat adopta posturas relativamente moderadas con respecto a Israel».⁵⁹

Estas observaciones subrayan varios puntos: 1) existe un contexto político crucial en el que debe ser entendido el terrorismo, si queremos analizarlo con rigor; 2) son los crímenes de los demás, no los nuestros, comparables o peores, los que constituyen el «terrorismo»; en este caso, los crímenes palestinos pero no los israelíes ni americanos; 3) los conceptos de «terrorismo» y «represalia» se emplean como términos de propaganda, no descriptivos. Fundamentalmente, la histeria avivada en torno a unos actos terroristas

cuidadosamente seleccionados —los de los árabes, ya sean palestinos, libaneses, chiíes, libios, sirios o incluso iraníes, que pueden considerarse árabes a este efecto desde 1979— está concebida para alcanzar determinados objetivos políticos concretos. Una nueva investigación refuerza estas conclusiones.

Consideremos de nuevo la cuestión de la represalia. El primer ataque con misiles posterior a 1981 por parte de los chiíes contra Qiryat Shemona se produjo en diciembre de 1985, al cabo de más de tres años de una ocupación militar de una brutalidad extrema, que alcanzó su máxima intensidad a principios de 1985, durante las operaciones Puño de Hierro ordenadas por Shimon Peres. Pero la barbarie de los ocupantes, pocas veces divulgada, no llega a transmitir la verdadera historia, puesto que omite la realidad cotidiana; lo mismo puede decirse de la difusión esporádica de las atrocidades israelíes en los territorios ocupados, que no llega a describir el panorama real de brutal degradación, represión, explotación de mano de obra barata (niños incluidos), control riguroso de la vida política y cultural, y limitación del desarrollo económico. Un panorama más instructivo es el que describe Julie Flint al relatar «la historia de la vida, y la muerte, en una población del sur del Líbano» habitada por chiíes un mes antes del ataque con misiles. Kfar Rumán había sido «un próspero centro agrícola de ocho mil habitantes» próximo a Nabatiyya en la época en que el sur del Líbano sólo estaba sometido al terror de la OLP, según describía la versión oficial (véase la nota 37). Después de lo que el *New York Times* denominó su «liberación» del yugo de la OLP, la población quedó rodeada por «dos enormes fortificaciones construidas por los israelíes y su apoderado libanés, el Ejército del Sur del Líbano», desde donde se suceden constantemente los tiroteos y bombardeos, «unas veces desde el amanecer hasta el anochecer, y otras durante sólo unas horas», con muchas víctimas, lo que provocó la huida de seis mil personas y dejó tres cuartas partes de la localidad inhabitable en este «pueblo moribundo» en el que no hay rastro de resistencia, una actividad muy poco probable entre los granjeros apolíticos que habitan en esas áridas tierras.⁶⁰

¿Fue el ataque contra Qiryat Shemona «terrorismo no provocado» o fue una «represalia», aun prescindiendo de las mortíferas atrocidades de las operaciones Puño de Hierro de Peres y Rabin?

También resulta instructivo echar una ojeada a la vida de los terroristas. Uno de ellos fue entrevistado por el *Washington Post* en una serie que constaba de cinco partes. Mientras cumplía una sentencia de 18 años en una prisión israelí, fue elegido como uno de los «terroristas típicos en muchos aspectos que se encuentran ahora encarcelados desde Londres hasta Kuwait». «En su vida, una tragedia personal (la muerte de su padre por la explosión de una bomba en Jerusalén en 1946) se combinó con un sistema de creencias (el marxismo) para sumirlo en un mundo de asesinatos políticos despiadados.» «La bomba que mató a su padre y a otras 90 personas fue colocada por el grupo sionista clandestino Irgún, liderado por Menájem Beguin, en el cuartel militar británico, en lo que es ahora el Hotel Rey David», como era entonces.⁶¹ «Fue introducido en el marxismo, dijo, por la “realidad” de la situación en los campamentos palestinos» de la Cisjordania ocupada. La «realidad» de los territorios ocupados, no sólo en los campamentos, es muy grave, y es amarga y cruel fuera de los editoriales de la prensa de la nación, donde podemos averiguar que la ocupación fue «un modelo de cooperación futura» y un «experimento de coexistencia árabe-israelí».⁶² Explicar no es justificar, pero es evidente que surgen algunos interrogantes acerca del uso natural de términos tales como «represalia».

Pensemos en Suleimán Jater, el soldado egipcio que mató a siete turistas israelíes en una playa de Sinaí el 5 de octubre de 1985. La prensa egipcia reveló que su madre se alegró «de que esos judíos hayan muerto», y un médico de su localidad, Baher al-Bakr, describió los disparos como una advertencia contra la «paz ilusoria» entre Egipto e Israel. ¿Por qué esta espeluznante reacción ante un crimen incalificable? El bombardeo de Túnez, acaecido pocos días antes, podría sugerir un motivo, pero es posible que haya otros. En 1970, aviones de combate israelíes bombardearon Baher al-Bakr, matando a 47 escolares, durante la «guerra de desgaste», en la que extensos bombardeos israelíes, algunos de ellos bien adentrados en Egipto, hicieron salir a un millón y medio de civiles de la región del canal de Suez, amenazando con un conflicto general cuando varios MiG pilotados por soviéticos fueron abatidos por reactores Phantom israelíes, recién adquiridos, sobre territorio egipcio.⁶³

✓ Así pues, cuando el corresponsal del *Times* en Israel informa de forma insulsa de que Jater «actuó por motivos que eran nacionalistas y contrarios a Israel»⁶⁴, tal vez omite algo que sin lugar a dudas no se habría obviado si la situación hubiese sido a la inversa.

David Hirst observa que «el centro principal o verdaderamente importante del terrorismo internacional [en el sentido occidental de la expresión] es el Líbano. O bien crea sus propios terroristas, o sirve de refugio confortable para otros importados», ya sean palestinos, que «han conocido poco más que bombardeos, asesinatos, matanzas y mutilaciones que envuelven el odio, el miedo y la inseguridad», o libaneses cuya sociedad recibió el golpe definitivo con la agresión israelí respaldada por Estados Unidos y sus consecuencias; «[...] una convicción está arraigada en la mente de la juventud actual» entre estos grupos: «que bajo el mandato del presidente Reagan, quien ha llevado la tradicional asociación de su país con Israel hasta extremos insospechados, Estados Unidos es el defensor incorregible de todo un orden existente tan intolerable, que ahora cualquier medio justifica su destrucción. Quizá el impulso terrorista sea más intenso entre los palestinos, pero puede ser también libaneses, árabe o —en su manifestación más espectacular— chií».

La cuestión esencial fue expresada por Yehoshafat Harkabi: «Ofrecer una solución honorable a los palestinos respetando su derecho a la autodeterminación: ésa es la solución al problema del terrorismo. Desaparecido el pantano, ya no habrá más mosquitos.»⁶⁵

La agresión y el terrorismo sistemáticos de Estados Unidos e Israel han contribuido sin duda a la situación que Hirst describe, previsible y quizá conscientemente (véase más arriba), y ambos Estados terroristas están presumiblemente satisfechos con el resultado, que les proporciona una justificación para perseverar en su camino de rechacismo y violencia. Además, el terrorismo «al por menor» al que han contribuido se puede aprovechar para producir una sensación adecuada de miedo y movilización entre la población, necesaria para fines más generales. Lo único que se requiere es un sistema doctrinal que grite a coro cuando sea necesario y suprima toda comprensión de las iniciativas estadounidenses, su esquema, sus orígenes y sus motivos. En este sentido, la historia demuestra que los planificadores de políticas no deben preocuparse demasiado.

Los actos terroristas son característicamente calificados por sus autores como «de represalia» (o, en el caso del terrorismo de Estados Unidos e Israel, también como «preventivos»). Así, el bombardeo de Túnez fue una presunta represalia por los asesinatos en Larnaca, como se ha visto, aunque apenas existió la pretensión de que las víctimas del ataque en Túnez estuvieran de algún modo relacionadas con la atrocidad de Larnaca. Esta última fue justificada también como «represalia», una respuesta al secuestro israelí de buques que se desplazaban de Chipre al Líbano.⁶⁶ El primer pretexto fue aceptado en Estados Unidos como legítimo, y el segundo omitido o ridiculizado, una diferencia basada en el compromiso ideológico, como es normal.

Dejando de lado las justificaciones aportadas a la violencia terrorista y ciñéndonos a los hechos, no cabe duda de que las operaciones de piratería y secuestro marítimo que Israel ha estado llevando a cabo durante muchos años han generado escasa atención y ninguna preocupación en Estados Unidos respecto a este delito, que en cambio suscita una enorme pasión e ira cuando los autores son árabes. Ni siquiera se consideró necesario divulgar el hecho de que el Tribunal Supremo israelí aprobó este procedimiento. En el caso de un árabe que apeló contra su encarcelamiento basándose en que fue capturado fuera de las aguas jurisdiccionales de Israel, el Tribunal Supremo decretó que «la legalidad de la sentencia y el encarcelamiento no se ve afectada por los medios por los cuales el sospechoso fue traído a territorio israelí», y sostuvo (una vez más) que un tribunal israelí puede sentenciar a una persona por acciones que considere delictivas, aunque se hayan cometido fuera de Israel. En este caso, el Tribunal argumentó que «motivos de seguridad» exigían mantener al apelante en prisión.⁶⁷

Volviendo al registro histórico, en 1976, según el general Matityahu Peled, miembro de la Knésset, la marina israelí empezó a capturar embarcaciones propiedad de musulmanes libaneses —y a éstos los entregó a los aliados cristianos libaneses, quienes los mataron— en un intento de evitar la conciliación que se había acordado entre la OLP e Israel. El primer ministro Rabin admitió los hechos, pero arguyó que los barcos fueron capturados antes de estos acuerdos, mientras que el ministro de Defensa Shimón Peres se negó a hacer comentarios. Tras un intercambio de prisioneros en

noviembre de 1983, un artículo de primera página en el *Times* mencionó en el párrafo dieciocho que 37 de los prisioneros árabes, que habían estado retenidos en el campo de prisioneros de Ansar, tristemente conocido por su mala reputación, «habían sido capturados recientemente por la marina israelí cuando intentaban trasladarse de Chipre a Trípoli», al norte de Beirut, una observación que no mereció comentario alguno allí ni en ninguna parte.⁶⁸ Aplicando la misma lógica, las fuerzas británicas habrían podido enviar agentes a secuestrar sionistas en Estados Unidos o en alta mar en 1947, encerrarlos sin cargos en campos de prisioneros o condenarlos por apoyo al terrorismo.

En junio de 1984, Israel secuestró un transbordador que cubría el trayecto entre Chipre y el Líbano a cinco millas de la costa libanesa con una ráfaga de ametralladora y le obligó a desviarse hasta Haifa, donde nueve personas fueron detenidas: ocho libaneses y un sirio. Cinco fueron liberadas tras ser interrogadas y cuatro quedaron retenidas, entre ellas una mujer y un escolar que regresaba de Inglaterra para pasar las vacaciones en Beirut; dos fueron soltadas al cabo de dos semanas, mientras que el destino de las demás no se ha desvelado. Se dio tan poca importancia al asunto, que es preciso buscar artículos minúsculos en las últimas páginas para recabar incluso esta escasa información sobre el destino de los pasajeros secuestrados. El *Observer* de Londres insinuó un «móvil político»: obligar a los pasajeros a utilizar el transbordador que opera desde el puerto maronita de Jounié en lugar del Beirut Oeste musulmán o indicar a los libaneses que «no pueden hacer nada» y deben entenderse con Israel. El Líbano denunció este «acto de piratería», que Godfred Jansen definió como «un caso más» en la «larga lista de brutalidad internacional» por parte de Israel. «Para perpetuar la ficción terrorista marítima —agrega— los israelíes atacaron y bombardearon posteriormente una pequeña isla frente a la costa de Trípoli de la que se decía que era una base de operaciones marítimas de la OLP», una pretensión que Jansen tacha de «absurda». La policía libanesa notificó que 15 personas resultaron muertas, 20 heridas y 20 más desaparecidas, todas ellas libanesas, pescadores y niños de un campamento de *boy scouts* sunní que fue el objetivo «más afectado».⁶⁹

En su artículo sobre la «intercepción» (más exactamente se-

cuestro) israelí del transbordador, el *Times* señala que antes de la guerra de 1982, la «marina de Israel interceptaba regularmente buques cuyo destino o procedencia eran los puertos de Tiro y Sidón, en el sur, y los registraba en busca de guerrilleros», como siempre aceptando las pretensiones israelíes en sentido literal; la «intercepción» de barcos civiles israelíes con un pretexto similar podría ser considerada de un modo algo distinto. De manera parecida, el secuestro israelí de un reactor civil sirio el 4 de febrero de 1986 fue aceptado con ecuanimidad, criticado, si acaso, como un error basado en un servicio de inteligencia ineficaz.⁷⁰ El 25 de abril de 1985, varios palestinos fueron secuestrados en diversas embarcaciones civiles que operaban entre Chipre y el Líbano y enviadas a destinos secretos en Israel, un hecho que llegó a conocimiento del público (en Israel) cuando uno de los palestinos fue entrevistado por la televisión israelí, lo que suscitó una apelación al Tribunal Supremo recabando información; presumiblemente existen otros que resultan desconocidos.⁷¹

Ninguno de estos casos, la mayoría de ellos conocidos tan sólo a través de comentarios fortuitos, suscita preocupación o interés alguno, no más que cuando se menciona de paso que «presos de seguridad» árabes liberados en un intercambio con Siria eran en realidad «residentes drusos en pueblos situados en el sector anexionado a Israel de los estratégicos Altos del Golán».⁷² Se considera una prerrogativa de Israel llevar a cabo secuestros de buques y personas a voluntad, así como bombardeos de lo que se llamará «objetivos terroristas», con la aprobación de la opinión articulada en Estados Unidos, sean cuales fueren los hechos reales.

Podríamos detenernos un momento en el ataque israelí a la isla situada frente a la costa de Trípoli, al norte de Beirut, en el que perecieron pescadores y *boy scouts* libaneses en un campamento. La noticia mereció escasa atención, pero es lo normal en el caso de tales atrocidades terroristas perpetradas regularmente por Israel, de las que ésta dista mucho de ser la más grave. Los ataques palestinos reciben un trato distinto. Ninguno se recuerda con mayor horror que la atrocidad de Ma'alot en 1974, donde 22 miembros de un grupo de jóvenes paramilitares murieron en un tiroteo después de que Moshé Dayán se negara, en contraposición con las objeciones del general Mordejái Gur, a considerar negociaciones sobre las exigen-

cias de los terroristas para la liberación de prisioneros palestinos.⁷³ Uno podría preguntarse por qué el asesinato de unos *boy scouts* libaneses es una atrocidad menor, en realidad ni siquiera eso, puesto que fue perpetrado por «un país que vela por la vida humana» (*Washington Post*) con un «elevado propósito moral» (*Time*) quizá único en la historia.⁷⁴

Dos días antes del ataque de Ma'alot, reactores israelíes habían bombardeado la localidad libanesa de el-Kfeir, matando a cuatro civiles. Según Edward Said, el ataque de Ma'alot estuvo «precedido por varias semanas de constante bombardeo israelí con napalm de campamentos de refugiados palestinos en el sur del Líbano», que se saldó con más de doscientas víctimas. Por entonces, Israel participaba en operaciones de tierra quemada a gran escala en el sur del Líbano, con ataques aéreos, de artillería y de lanchas cañoneras, así como operaciones de comandos que utilizaban proyectiles, bombas, armas antipersonas y napalm, lo cual causó probablemente miles de muertos (no se podía turbar a Occidente, de modo que no se dispone de cifras exactas) y cientos de miles de personas se vieron forzadas a huir hacia el norte e instalarse en los suburbios de Beirut.⁷⁵ El interés fue escaso y la información, insuficiente. Nada de esto figura en los anales del terrorismo; ni siquiera sucedió, por lo menos en lo que concierne a la historia expurgada, si bien los mortíferos atentados terroristas palestinos de principios de la década de 1970 fueron (por supuesto con razón) duramente condenados, y todavía se utilizan como prueba de que los palestinos no pueden tomar parte en las negociaciones sobre su destino. Entretanto, los medios de comunicación son habitualmente censurados por mostrarse demasiado críticos con Israel y hasta «favorables a la OLP», un éxito propagandístico de proporciones monumentales.

Podríamos tomar nota de la interpretación de estos sucesos ofrecida por líderes israelíes honrados por su moderación, por ejemplo Yitsjak Rabin, quien fue embajador en Washington y más tarde primer ministro durante el periodo de las peores atrocidades en el Líbano, antes de la cumbre de Camp David en 1978: «No podíamos ignorar la grave situación de la población civil en el sur del Líbano. [...] Era nuestro deber humanitario ayudar a los habitantes de la región e impedir que fuese aniquilada por los terroristas hostiles.»⁷⁶ Los críticos de las memorias de Rabin no hallaron nada ex-

traño en estas palabras, tan eficazmente se ha construido una historia ideológicamente práctica y tan profundo es el racismo antiárabe en Occidente.

Debería señalarse también que Israel no está solo en su disfrute del derecho de piratería y secuestro. Una información de Tass que condenaba el secuestro del *Achille Lauro* en octubre de 1985 acusaba a Estados Unidos de hipocresía porque dos hombres que secuestraron un avión de pasajeros soviético, matando a una azafata e hiriendo a otros miembros de la tripulación, recibieron refugio en Estados Unidos, que denegó su extradición.⁷⁷

El caso no es precisamente muy conocido, y la acusación de hipocresía podría parecer tener cierto mérito. Tampoco es un caso único. Abraham Sofaer, asesor jurídico del Departamento de Estado, observa que «durante la década de 1950, pese a la firme oposición de América a los secuestros aéreos, Estados Unidos y sus aliados occidentales rechazaron las peticiones de Checoslovaquia, la Unión Soviética, Polonia, Yugoslavia y otros regímenes comunistas para la devolución de personas que secuestraron aviones, trenes y barcos para escapar». Sofaer afirma que Estados Unidos «revisó su política» a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, «cuando la piratería aérea alcanzó proporciones epidémicas» y pasó a plantear «un problema demasiado grave y una amenaza demasiado grande para la seguridad de pasajeros inocentes como para tolerarla».⁷⁸ Rellenando los espacios vacíos, la piratería empezó a dirigirse contra Estados Unidos y sus aliados, de manera que incurrió en la categoría de terrorismo en lugar de resistencia heroica a la opresión.

Cabría mencionar también el primer secuestro aéreo en Oriente Próximo, que tampoco es muy conocido. Fue llevado a cabo por Israel en diciembre de 1954, cuando un reactor civil de las líneas aéreas sirias fue interceptado por cazas israelíes y obligado a aterrizar en el aeropuerto de Lod. La intención del jefe del Estado Mayor, Moshé Dayán, era «tomar rehenes para conseguir la liberación de nuestros prisioneros en Damasco», escribió el primer ministro Moshé Sharett en su diario personal. Los prisioneros eran soldados israelíes que habían sido capturados en el transcurso de una misión de espionaje en territorio sirio; recordemos que fue Dayán quien, veinte años después, ordenó el intento de rescate que propició la

muerte en Ma'alot de unos adolescentes israelíes que habían sido tomados como rehenes con la finalidad de conseguir la liberación de prisioneros palestinos en Israel. Sharett escribió en privado que «no teníamos ninguna justificación para secuestrar el avión» y que no conocía motivo alguno «para dudar de la veracidad de la afirmación objetiva del Departamento de Estado de Estados Unidos de que nuestra acción no tenía precedentes en la historia de la práctica internacional». Pero este incidente ha desaparecido de la historia, hasta el punto de que el embajador israelí en la ONU, Benyamín Netanyahu, ahora un admirado comentarista sobre terrorismo internacional, puede aparecer en la televisión nacional y acusar a la OLP de «inventarse» el secuestro de aviones e incluso el asesinato de diplomáticos, sin temor a la contradicción.⁷⁹

En cuanto al asesinato de diplomáticos, podríamos recordar tan sólo el del mediador de las Naciones Unidas Folke Bernadotte en 1948 a manos de un grupo terrorista dirigido por el superior inmediato de Netanyahu, el ministro de Asuntos Exteriores Yitsjak Shamir, uno de los tres comandantes que dieron las instrucciones para el asesinato (el segundo, muerto en la actualidad, fue un respetado comentarista en la prensa israelí durante muchos años, como lo es también el tercero). Un amigo íntimo de David Ben Gurión confesó en privado que fue uno de los asesinos, pero Ben Gurión lo mantuvo en secreto y el gobierno israelí dispuso la fuga de la cárcel y la salida del país de los responsables. En su relato como testigo presencial, el historiador sionista Jon Kimche escribe que «no hubo ningún clamor nacional ni la determinación de capturar a los autores», ni tampoco «demasiada indignación moral». «La actitud de la mayoría era que había caído otro enemigo de los judíos.» El crimen «fue condenado, reprochado y lamentado porque traería el descrédito a Israel y dificultaría la labor de sus diplomáticos, no porque se considerase reprochable en sí mismo».⁸⁰

Por supuesto, honrar a los terroristas que tomaron parte en luchas nacionales es también habitual en Estados Unidos. Pero en la artificial memoria selectiva, sólo las acciones de los enemigos encuentran su sitio como «el azote malévol del terrorismo».

Tras el secuestro del *Achille Lauro* en represalia por el bombardeo de Túnez, la cuestión de la piratería marítima pasó a ser objeto de honda preocupación en Occidente. Un estudio de la agencia de

noticias Reuters concluía que «ha habido cierto número de secuestros de buques desde 1961», facilitando algunos ejemplos perpetrados por musulmanes; los secuestros israelíes no figuraban en la lista.⁸¹

La piratería no es la única forma de terrorismo que rehúye esta categoría cuando es utilizada por nuestros amigos. La embajadora en la ONU Jeane Kirkpatrick explicó que el ataque contra el barco de protesta antinuclear de Greenpeace *Rainbow Warrior* por parte de agentes franceses, con una víctima mortal, no fue terrorismo: «Quisiera decir que evidentemente los franceses no tenían intención de atacar civiles y transeúntes, ni de mutilar, torturar o matar», una demanda que otros terroristas también podrían atribuirse fácilmente. En su editorial, encabezado por el título «El mejor momento de Mitterrand», el *Asian Wall St. Journal* escribió: «La campaña de Greenpeace es fundamentalmente violenta y peligrosa. [...] El hecho de que el gobierno francés estuviera dispuesto a usar la fuerza contra el *Rainbow Warrior* [...] sugiere que el gobierno tenía claras sus prioridades.» En el *New York Times*, David Housego reseña un libro sobre el asunto que critica a los franceses por sus «incorrecciones» y «un grave error»; «no había necesidad» de volar el barco y los franceses habrían «logrado el mismo objetivo sin una publicidad tan desfavorable». Nada insinúa la conveniencia de aplicar una crítica más dura. Dadas esas «incorrecciones», Housego concluye que «resultaba difícil justificar la no incriminación del señor Hernu [primer ministro] y acusar a los neozelandeses por encarcelar a los oficiales franceses».⁸² Housego habla de la comparación con el Watergate, omitiendo la analogía principal: también en ese caso hubo un gran revuelo acerca de «incorrecciones» y delitos menores, y mucho autobombo por parte de los medios de comunicación, mientras que tanto éstos como el Congreso americano desechaban por irrelevantes los crímenes mucho más graves de la Administración Nixon y sus predecesores revelados al mismo tiempo.⁸³ El emperador queda exento del cargo de terrorismo u otros delitos, y sus aliados suelen compartir el mismo privilegio. En el peor de los casos, son culpables de cometer «incorrecciones».

George Shultz sería merecedor de un premio a la hipocresía en este sentido. Al mismo tiempo que instaba a una ofensiva «activa» contra el terrorismo, definía como «insidiosa» la afirmación de que

«quien para un hombre es terrorista es guerrillero por la libertad para otro»:

Los guerrilleros o revolucionarios no atacan autobuses repletos de civiles. Los asesinos terroristas sí lo hacen. Los guerrilleros no asesinan hombres de negocios inocentes ni secuestran a hombres, mujeres y niños inocentes. Los asesinos terroristas sí lo hacen [...]. Los guerrilleros de Afganistán no destruyen pueblos ni matan a los indefensos. Los contras de Nicaragua no vuelan autobuses escolares ni perpetran ejecuciones en masa de civiles.

En realidad, los terroristas que Shultz dirige en Nicaragua, como él bien sabe, están especializados precisamente en ataques mortíferos contra civiles, con torturas, violaciones y mutilaciones; su odioso historial de terror está bien documentado, si bien es pasado por alto y pronto olvidado, incluso negado por los apólogos de los terroristas (véase la nota 16). Los guerrilleros de Afganistán han cometido también atrocidades brutales de tal naturaleza, que suscitarían denuncias febriles en Occidente si las fuerzas atacantes (que entonces pasarían a llamarse «liberadores» que actúan en «defensa propia») fuesen americanas o israelíes. Sólo unos meses antes de las declaraciones de Shultz, sus amigos de UNITA en Angola se jactaban de haber abatido aviones civiles con el resultado de 266 pasajeros muertos y liberado a 26 rehenes que habían retenido durante nueve meses, entre ellos 21 misioneros portugueses, españoles y latinoamericanos; también habían anunciado «una nueva campaña de terror urbano», según informó Associated Press, mencionando un atentado en Luanda en el que 30 personas murieron y más de 70 resultaron heridas cuando un *jeep* cargado de dinamita hizo explosión en esta ciudad. También habían capturado a maestros, médicos y otros profesionales europeos; la prensa habló de 140 extranjeros, entre ellos 16 técnicos británicos «tomados como rehenes», según dijo Jonas Savimbi, que no serían «liberados hasta que la primera ministra Thatcher otorgó a su organización cierto reconocimiento». Acciones similares siguen produciéndose regularmente, por ejemplo el atentado con bomba en un hotel en abril de 1986 que causó la muerte de 17 civiles extranjeros y en el que

numerosas personas resultaron heridas. Savimbi «es uno de los pocos héroes auténticos de nuestro tiempo», proclamó Jeane Kirkpatrick en una convención de Conservative Political Action en la que Savimbi «recibió un aplauso entusiasta después de jurar que atacaría instalaciones petrolíferas americanas en su país», un plan para matar americanos que no hizo que Estados Unidos invocara la doctrina de «defensa propia contra futuros ataques» empleada para justificar el bombardeo contra el «perro rabioso» Gaddafi, al igual que no se bombardeó Johannesburgo cuando mercenarios surafricanos fueron capturados en mayo de 1985 en el norte de Angola en una misión encaminada a destruir esas instalaciones y matar americanos. Un Estado terrorista debe emitir juicios sutiles.⁸⁴ Savimbi cuenta como guerrillero para Shultz, Kirkpatrick y otros destacados comandantes y defensores del terrorismo básicamente porque «UNITA es el más respaldado de los grupos clientes de Suráfrica utilizados para desestabilizar a los estados vecinos».⁸⁵

En cuanto a los ejércitos de la Contra de Shultz, su tarea principal, como se ha mencionado anteriormente, es mantener a toda la población civil de Nicaragua como rehén bajo la amenaza de un terror sádico para forzar al gobierno a abandonar cualquier compromiso con las necesidades de la mayoría pobre, dando prioridad a la política «moderada» y «democrática» de satisfacer las necesidades trascendentales de los negocios estadounidenses y sus socios locales como en los estados que se portan mejor bajo la tutela de Estados Unidos. Pero en el clima cultural en el que prosperan los comandantes y apólogos del terrorismo, las declaraciones de Shultz y otras parecidas pasan prácticamente desapercibidas.

La toma de rehenes incurre claramente en la categoría de terrorismo. Por consiguiente, no cabe duda de que Israel fue culpable de una grave acción de terrorismo internacional cuando trasladó a unos mil doscientos prisioneros, principalmente chiíes libaneses, a Israel violando la legislación internacional en el transcurso de su retirada del Líbano, aclarando que serían liberados «según un calendario no especificado que vendrá determinado por la situación de la seguridad en el sur del Líbano», es decir, dejando claro que serían retenidos como rehenes, pendientes de una demostración de «buen comportamiento» por parte de la población local sometida a vigilancia por fuerzas israelíes y sus mercenarios en la «zona de seguridad» del sur

del Líbano y las regiones limítrofes. Como Mary McGrory señaló en una rara desviación del consenso general, los prisioneros eran «rehenes en cárceles israelíes»; «No son criminales; fueron capturados como garantía contra un ataque cuando finalmente los israelíes abandonaron el Líbano.» En realidad, no tenían intención alguna de abandonar el sur del Líbano, donde Israel mantenía su «zona de seguridad», e incluso la retirada parcial fue un logro de la resistencia libanesa. Ciento cuarenta prisioneros habían sido trasladados en secreto a Israel en 1983, violando un acuerdo con la Cruz Roja para liberarlos en un intercambio de prisioneros, después del cierre (que resultó ser temporal) de la prisión de Ansar, escenario de brutales atrocidades, descrito frecuentemente como un «campo de concentración» por los israelíes que trabajaban allí o visitaban el lugar y sentían náuseas ante el bárbaro comportamiento de los carceleros. A los prisioneros se les negó incluso las visitas de la Cruz Roja hasta julio de 1984. El portavoz del ministerio de Defensa israelí, Najmán Shai, declaró que 400 de los 766 presos todavía bajo custodia en junio de 1985 habían sido arrestados por «actividades terroristas» —lo que significa resistencia a la ocupación militar israelí— mientras que «los restantes fueron detenidos por formas menos violentas de activismo político o por organizar actividades encaminadas a minar la presencia del ejército israelí en el Líbano, indicó el señor Shai».⁸⁶

Israel había prometido liberar a 340 de los rehenes el 10 de junio, «pero suspendió la liberación en el último momento por motivos de seguridad que nunca llegaron a aclararse del todo».⁸⁷ Cuatro días más tarde un grupo de chiíes libaneses, supuestamente amigos y familiares de los rehenes en poder de los israelíes,⁸⁸ secuestraron el vuelo 847 de la TWA y tomaron rehenes en un intento por liberar a los prisioneros retenidos por Israel. Ello provocó otro ataque de histeria bien orquestada en Estados Unidos, con matices marcadamente racistas y numerosas censuras a los medios de comunicación por haber concedido a los secuestradores la oportunidad de exponer su postura, transgrediendo así la disciplina considerada apropiada en una sociedad libre. Los secuestradores israelíes no necesitaban ningún acceso especial a los medios de comunicación estadounidenses, que estaban encantados de transmitir sus mensajes, a menudo en forma de «noticias».

Los medios de comunicación son frecuentemente censurados

por «apoyar el terrorismo» al permitir a los terroristas expresar su postura; no se hace referencia a la asidua aparición de Ronald Reagan, George Shultz, Elliott Abrams y otros destacados comandantes o defensores del terrorismo, que exponen sus mensajes sin refutación ni comentario alguno, proporcionando el marco de conceptos y supuestos para la divulgación y el comentario de noticias.

La prensa ridiculizó las declaraciones de los secuestradores del vuelo 847 de la TWA en el sentido de que pretendían conseguir la liberación de los rehenes retenidos por Israel, que según la terminología estadounidense no eran rehenes, puesto que eran retenidos por «los nuestros». Lo absurdo de la pretensión chií se expuso con toda claridad. La distinguida comentarista Flora Lewis explicó que «no es propio de los chiíes militantes, quienes ensalzan a sus mártires y demuestran pocos escrúpulos a la hora de arrebatarse vidas ajenas, estar tan preocupados por el momento del regreso de los prisioneros», otra versión del práctico concepto de que los órdenes inferiores no sienten dolor. Sin citar pruebas, los editores del *Times* afirmaron que «Israel tenía previsto apaciguar a los resentidos chiíes la semana pasada [esto es, pocos días antes del secuestro aéreo], pero se retrasó debido al secuestro de unos soldados finlandeses de la ONU en el Líbano»; en un artículo de 90 palabras, el *Times* había mencionado la acusación por parte de Finlandia de que durante este episodio absolutamente inconexo «oficiales israelíes habían visto que milicianos libaneses golpeaban a soldados finlandeses secuestrados que servían a las Naciones Unidas en el Líbano, pero no habían hecho nada por ayudarlos» mientras «eran agredidos con barras de hierro, mangueras y rifles por miembros del Ejército del Sur del Líbano». «Aquí se han cometido abundantes delitos», tronó el *Times*, denunciando a los piratas aéreos, a las autoridades griegas (por su falta de rigor) e incluso a Estados Unidos por «no haber castigado a Irán por dar asilo a los asesinos de dos americanos en un secuestro acaecido el año pasado» (véase la nota 77). Pero la toma de rehenes por parte de Israel no era uno de esos delitos.⁸⁹

El historiador de Oriente Próximo Bernard Lewis, de Princeton, asumiendo que su reputación como erudito le permite prescindir de las pruebas, aseveró categóricamente que «los secuestradores o quienes los enviaron sin duda sabían perfectamente que los israelíes ya planeaban liberar a los cautivos chiíes y libaneses, y que

un desafío público de esta naturaleza sólo podría retrasar, en lugar de acelerar, su liberación». Podían proceder a «desafiar a América y humillar a los americanos» porque sabían que los abúlicos medios de comunicación «les suministrarían una publicidad ilimitada y quizá incluso alguna forma de apoyo». Recuerde que ésta es la voz de un respetado historiador en un periódico de prestigio, una circunstancia que una vez más nos proporciona cierta idea de la cultura intelectual imperante. Los editores del *New Republic* calificaron la petición chií de liberación de los rehenes retenidos por Israel de «auténtico disparate»: «La actividad política de los chiíes y otras facciones del Líbano consiste en piratear, secuestrar, asesinar y masacrar», y «Todo el mundo sabía» que los prisioneros en poder israelí iban a ser liberados... cuando Israel estuviese dispuesto a ello, si llegaba el caso. El presidente Reagan elevó la histeria un punto más al explicar que el «verdadero objetivo» de los terroristas es «expulsar Estados Unidos del mundo», nada menos. Norman Podhoretz, observando que el uso de la fuerza probablemente habría propiciado la muerte de rehenes americanos, censuró a Reagan por «no arriesgar la propia vida [a saber, vidas ajenas] en defensa del honor nacional»; el alcalde de Nueva York Edward Koch exigió el bombardeo del Líbano e Irán, y otros adoptaron igualmente posturas heroicas convenientes.⁹⁰

Entretanto, el lector atento podía descubrir oculto entre las noticias sobre la crisis de los rehenes que dos mil chiíes libaneses, incluidos setecientos niños, huyeron de sus hogares bajo el bombardeo del Ejército del Sur del Líbano israelí, que disparó también a los vehículos de las fuerzas de pacificación de la ONU, mientras «una fuerza combinada de tropas israelíes y milicianos encabezados por cristianos irrumpió hoy en un poblado del sur del Líbano y capturó 19 hombres chiíes, según anunció un portavoz de las Naciones Unidas».⁹¹

Después del secuestro, Israel empezó a liberar a sus rehenes según su propio calendario, tal vez porque el incidente del avión de la TWA había captado la atención internacional en sus operaciones de secuestro, inmensamente más significativas. Cuando fueron soltadas 300 personas el 3 de julio, Associated Press difundió su testimonio de que fueron torturadas y privadas de comida, mientras que Thomas Friedman, del *Times*, sólo oyó que «fueron bien trata-

das por los israelíes [...]. Reagan escribió una carta a Shimón Peres «diciendo que la crisis de los rehenes de Beirut ha reforzado las relaciones entre sus países»; nada se dijo de la otra «crisis de los rehenes», que ha sido eliminada de la crónica oficial.⁹²

Las acciones israelíes serían calificadas de toma de rehenes de no ser porque, como cliente del emperador que molesta al mundo, Israel queda exento de esta acusación. Pero es importante recalcar, reiteradamente, la naturaleza de los conceptos orwellianos del discurso político contemporáneo, en el que términos como «terrorismo» y «rehén» son interpretados de un modo que excluye algunos de los ejemplos más extremos, como en Nicaragua o en el sur del Líbano, donde poblaciones enteras son retenidas como rehenes para garantizar su sumisión al amo extranjero.

Ciñéndonos a Oriente Próximo, deberíamos reconocer que en cierta manera los organizadores del terrorismo internacional comprenden bien el asunto. El motivo del salvaje ataque contra el sur del Líbano durante la década de 1970 fue aclarado por el diplomático israelí Abba Eban, considerado una destacada paloma: «Cabía una posibilidad razonable, finalmente cumplida, de que las poblaciones afectadas ejercieran presión para el cese de las hostilidades.» Traducido a un lenguaje sencillo: la población del sur del Líbano estaba siendo retenida como rehén para forzar a los palestinos a aceptar la situación que les asignaba el gobierno laborista representado por Eban, quien había declarado que los palestinos «no tienen ningún papel que desempeñar» en ningún acuerdo de paz.⁹³ El jefe del Estado Mayor Mordejái Gur explicó en 1978 que «durante treinta años [...] hemos estado luchando contra una población que vive en pueblos y ciudades». Señaló incidentes como el bombardeo de la ciudad jordana de Irbid y la expulsión mediante los bombardeos de decenas de miles de habitantes del valle del Jordán y un millón y medio de civiles del canal de Suez, entre otros ejemplos, todo ello parte del programa de retener poblaciones civiles como rehenes en un intento de impedir la resistencia a la colonización política que Israel impuso por la fuerza y luego procedió a mantener, al mismo tiempo que rechazaba la posibilidad de un acuerdo político, por ejemplo la propuesta de Sadat de un tratado de paz sobre la base de la frontera egipcio-israelí reconocida internacionalmente en 1971. La práctica habitual de «represalia» por parte de Israel

contra objetivos civiles indefensos sin ninguna relación con el origen de actos terroristas (que, a su vez, suelen ser represalias por actos terroristas israelíes previos, y así sucesivamente en el consabido círculo vicioso) refleja también el mismo concepto, una desviación, a principios de la década de 1950, del viejo aforismo de Ben Gurión que afirma que «la reacción es ineficaz» a menos que sea dirigida con precisión: «Si conocemos la familia... [debemos] atacar sin piedad, mujeres y niños incluidos.»⁹⁴

La percepción que tiene Gur de las guerras de Israel es ampliamente compartida por los mandos militares. Durante las operaciones Puño de Hierro de principios de 1985, el ministro de Defensa Yitsjak Rabin advirtió que, en caso necesario, Israel ejecutaría «una política de tierra quemada, como ocurrió en el valle del Jordán durante la guerra de desgaste» con Egipto. «El Líbano es un foco de terror peor que en 1982», agregó, pues los terroristas chiíes sumen ahora a Europa occidental en el miedo (cosa que no hicieron antes de la invasión israelí de 1982, por razones inexplicadas), de suerte que Israel debe mantener una zona en el sur en la que «podamos intervenir». El veterano comandante de paracaidistas Dubik Tamari, quien dio la orden de arrasar el campamento palestino de Ain el-Hilwé mediante bombardeos aéreos y artilleros «para salvar vidas» de los soldados a su mando (otro ejercicio de la legendaria «pureza de armas»), justificó la acción con el comentario de que «el Estado de Israel ha estado matando civiles desde 1947», «matando civiles intencionadamente» como «uno de tantos objetivos».⁹⁵

Tamari citó como ejemplo el ataque contra Qibya de 1953, cuando la Unidad 101 de Ariel Sharón mató unos setenta aldeanos árabes en sus casas en presunta represalia por un atentado terrorista con el que no tenían vinculación alguna; Ben Gurión hizo creer a través de la radio israelí que los aldeanos habían muerto a manos de civiles israelíes enfurecidos por el terror árabe, «básicamente refugiados, gente de países árabes y supervivientes de los campos de concentración nazis», desmintiendo el «alegato fantástico» de que en el hecho habían participado fuerzas militares de Israel: una mentira descarada que, además, puso a los asentamientos israelíes en peligro de posibles represalias por aquella matanza despiadada. Menos conocido es el hecho de que un mes antes de la masacre de Qibya, Moshé Dayán había enviado a la Unidad 101 para que ex-

pulsara a cuatro mil beduinos de las tribus azazma y tarbin al otro lado de la frontera egipcia, otro paso en el proceso de expulsiones que se había estado produciendo desde 1950, poco después del alto el fuego. En marzo de 1954, once israelíes fueron asesinados en una emboscada tendida a un autobús en el este de Néguev por miembros de la tribu azazma («terrorismo no provocado»), lo que dio lugar a un ataque israelí contra la localidad jordana de Najalín, completamente inconexa, que mató a nueve habitantes («represalia»). En agosto de 1953, la Unidad 101 de Sharón había dado muerte a veinte personas, dos tercios de las cuales eran mujeres y niños, en el campamento de refugiados de al-Bureig, en la Franja de Gaza, en «represalia» por infiltración.⁹⁶

Es posible seguir las huellas del ciclo de «represalia» (por parte de Israel) y «terror» (por parte de los palestinos) paso a paso durante muchos años, un ejercicio que demostrará rápidamente que la terminología pertenece a la esfera de la propaganda, no de la descripción objetiva.

También aquí podríamos señalar con cuánta efectividad se ha reestructurado la historia de una manera más práctica. Así, al analizar la estrategia de «contraterrorismo de Israel», Thomas Friedman escribe que «el primer periodo, de 1948 a 1956, podría definirse mejor como la época del contraterrorismo por medio de la represalia, o reacción negativa», aunque «al menos una de estas represalias resultó sumamente controvertida, al ocasionar víctimas civiles», refiriéndose presumiblemente a Qibya. La versión de los especialistas no suele diferir apenas.⁹⁷

Las operaciones Puño de Hierro del ejército israelí en el sur del Líbano a principios de 1985 fueron guiadas también por la lógica esbozada por Eban. La población civil era retenida como rehén bajo la amenaza del terror para garantizar que aceptara las disposiciones políticas dictadas por Israel en el sur del Líbano y los territorios ocupados. Las advertencias siguen en vigor; la población continúa siendo rehén, sin preocupación alguna por parte de la superpotencia que financia tales operaciones e impide todo acuerdo político significativo.

Mientras el terrorismo sistemático, incluida la retención de rehenes, esté exento de censura cuando es dirigido por una fuente aprobada, lo mismo podrá decirse de las operaciones a menor esca-

la, como ya ha quedado demostrado. Para mencionar algunos otros casos, entre noviembre y diciembre de 1983 Israel «dejó claro que no permitiría que las fuerzas de Arafat evacuaran la ciudad [Trípoli, en el norte del Líbano, donde eran objeto de ataque por fuerzas respaldadas por Siria] mientras el destino de los prisioneros israelíes fuese dudoso». En consecuencia, Israel atacó lo que se denominaron «posiciones guerrilleras», impidiendo la salida de barcos griegos que iban a evacuar a partidarios de Arafat. Portavoces drusos informaron que un hospital fue alcanzado durante el bombardeo y ametrallamiento de «lo que se definió como bases palestinas» al este de Beirut, mientras que en Trípoli «un buque de carga ya deteriorado recibió un impacto directo y se hundió» y «un navío mercante se incendió cuando fue alcanzado».⁹⁸

También en este caso la población, al igual que los barcos extranjeros, fue retenida para garantizar la liberación de prisioneros israelíes capturados en el transcurso de la agresión de Israel en el Líbano. No hubo comentarios en Estados Unidos sobre esta nueva atrocidad.

En el Líbano y el Mediterráneo, Israel lleva a cabo ataques con impunidad y desenfreno. A mediados de julio de 1985, aviones de combate israelíes bombardearon y ametrallaron campamentos palestinos cerca de Trípoli, matando por lo menos a veinte personas, la mayoría de ellas civiles, incluidos seis niños menores de doce años. «Nubes de humo y polvo cubrieron los campamentos de refugiados de Trípoli, residencia de más de veinticinco mil palestinos, durante varias horas después del ataque de las 14.55 horas», que se entendió como una represalia por dos atentados con coche-bomba cometidos unos días antes en la «zona de seguridad» de Israel en el sur del Líbano por parte de un grupo alineado con Siria. Dos semanas después, cañoneras israelíes atacaron a una milla del puerto de Sidón un buque de carga de bandera hondureña que según su capitán transportaba cemento, prendiéndole fuego con treinta proyectiles e hiriendo a civiles en el posterior bombardeo de la costa cuando los milicianos respondieron a la agresión. La prensa adscrita a la corriente dominante ni siquiera se molestó en informar de que al día siguiente los cañoneros israelíes hundieron un barco de pesca y dañaron otros tres, mientras un parlamentario de Sidón exigía que la ONU pusiera fin a la «piratería» israelí respaldada por

Estados Unidos. La prensa sí difundió lo que Israel describió como una operación «selectiva» contra «instalaciones terroristas» cerca de Baalbek, en el valle de la Bekaa, en enero de 1984, durante la cual murieron cien personas, la mayoría civiles, y cuatrocientas resultaron heridas, entre ellas ciento cincuenta niños de una escuela bombardeada. Entre las «instalaciones terroristas» había también una mezquita, un hotel, un restaurante, tiendas y otros edificios en las tres localidades libanesas y el campo de refugiados palestinos que fueron atacados, mientras que los noticiarios de Beirut comunicaron que un mercado de ganado y un polígono industrial fueron también alcanzados, con montones de casas destruidas. Un reportero de Reuters destacado en las poblaciones atacadas dijo que una segunda descarga de bombas comenzó diez minutos después de la primera, «aumentando la cifra de muertos y heridos», por cuanto hombres y mujeres habían empezado a sacar cadáveres y heridos de los edificios afectados. Vio «muchos niños» en hospitales, mientras que varios testigos presenciaron las carreras desesperadas de hombres y mujeres hacia las escuelas en busca de sus hijos. El líder de los chiíes del Líbano denunció la «barbarie israelí», calificando los ataques contra «civiles inocentes, hospitales y centros de culto» de intento de «aterrorizar al pueblo libanés». Pero este incidente pasó desapercibido, sin afectar en absoluto la condición de Israel como «país que vela por la vida humana» (*Washington Post*), de lo cual podemos concluir una vez más que las víctimas de este bombardeo selectivo no llegaban a ser humanas.⁹⁹

Es fácil imaginar, de nuevo, cuál habría sido la reacción en Occidente, incluidos los medios de comunicación «proárabes», si la OLP o Siria llevase a cabo un «ataque selectivo» contra «instalaciones terroristas» cerca de Tel-Aviv, en el transcurso de la cual matara a cien civiles e hiriera a otros cuatrocientos, entre ellos ciento cincuenta niños de una escuela bombardeada, junto a otras víctimas civiles.

Mientras que la versión habitual en Estados Unidos es que la violencia israelí, quizá excesiva a veces, es una «represalia» por las atrocidades árabes, Israel, al igual que Estados Unidos, reivindica derechos mucho más amplios: el derecho de llevar a cabo ataques terroristas para evitar posibles acciones contra él, como ocurre en la justificación de la guerra del Líbano por parte de la paloma miembro de la Knésset Amnon Rubinstein anteriormente citada.

Las tropas israelíes efectúan lo que denominan «disparos preventivos» cuando patrullan por el Líbano, rociando el terreno de balas de ametralladora y llevando a las fuerzas de pacificación irlandesas a cortar el camino como protesta. Las más de las veces, los ataques israelíes en el Líbano fueron tachados de «preventivos, no punitivos», por ejemplo el bombardeo y ametrallamiento de campos de refugiados palestinos y localidades cercanas por 30 reactores israelíes el 2 de diciembre de 1975, aparentemente en represalia por la decisión del Consejo de Seguridad de la ONU de debatir una propuesta de paz vetada por Estados Unidos y por consiguiente suprimida de la historia.¹⁰⁰ De modo similar, cuando fuerzas israelíes aerotransportadas y anfibias atacaron Trípoli, en el norte del Líbano, en febrero de 1973, matando a 31 personas (principalmente civiles) según las autoridades libanesas y destruyendo escuelas, hospitales y otros edificios, Israel justificó el ataque como «un intento de evitar una serie de atentados terroristas planeados contra israelíes en el extranjero».¹⁰¹

Este sistema es habitual, y las justificaciones consideradas legítimas, lo cual reflejaría de nuevo la condición de Israel como un Estado satélite útil y la condición inhumana de sus víctimas.

El último caso mencionado sucedió el día que Israel abatió un avión civil libio en medio de una tormenta de arena a dos minutos de vuelo de El Cairo, adonde se dirigía, con el resultado de 110 víctimas mortales. Estados Unidos expresó oficialmente su condolencia a las familias de los implicados, pero el portavoz de prensa «declinó comentar con los periodistas los sentimientos del gobierno respecto al incidente». Israel echó la culpa al piloto francés, con la debida connivencia del *New York Times*, al aceptar la pretensión israelí de que el piloto sabía que se le había ordenado aterrizar y sin embargo recurrió a una acción evasiva «sumamente sospechosa» —la misma justificación aducida por la Unión Soviética para abatir el vuelo KAL 007¹⁰²—, de suerte que la acción israelí fue «en el peor de los casos [...] un acto de crueldad que ni siquiera la ferocidad de anteriores acciones árabes puede excusar».

La reacción oficial israelí fue manifestada por la primera ministra Golda Meir: «El gobierno de Israel expresa su hondo pesar por la pérdida de vidas humanas y lamenta que el piloto libio [sic] no respondiera a las advertencias que se le dieron de acuerdo con el

uso internacional», mientras que Shimón Peres añadió que «Israel actuó conforme a la legislación internacional». Israel argumentó falsamente que el piloto no tenía autorización para manejar el reactor. «Se prohibió a la prensa publicar fotos del avión siniestrado, de los muertos y de los heridos», señala Amiram Cohen en un detallado análisis de la reacción israelí (emprendido tras la atrocidad del vuelo KAL 007), y «no se permitió que los periodistas visitaran el hospital de Beer-Sheva ni entrevistaran a los supervivientes», todo ello en una maniobra de «desinformación». La reacción internacional fue menospreciada por la prensa israelí como una prueba más de que «el espíritu del antisemitismo prospera» en Europa, prácticamente una respuesta refleja, también en Estados Unidos, cuando alguien se atreve a mencionar o criticar un crimen israelí. La prensa israelí insistió en que «Israel no es responsable» y que «se debe culpar al piloto [francés]». Era «una prensa movilizada», firme en su apoyo a la justicia de las acciones de Israel, observa Cohen. Tras numerosas invenciones, Israel confirmó que había existido un «error de criterio» y accedió a efectuar pagos ex gratia a las familias de las víctimas «por respeto a consideraciones humanitarias», al tiempo que descartaba toda «culpa» o responsabilidad israelí.¹⁰³

El incidente fue rápidamente silenciado en Estados Unidos, con escasas críticas a los autores del crimen. La primera ministra Golda Meir llegó a Estados Unidos cuatro días después; la prensa apenas la incomodó con preguntas embarazosas y ella regresó a su país con nuevos obsequios de aviación militar. La reacción fue un tanto distinta cuando los rusos derribaron el vuelo KAL 007 en septiembre de 1983,¹⁰⁴ pero bastante similar a cuando los amigos de Washington de UNITA afirmaron haber abatido dos aviones civiles al mismo tiempo. No es difícil discernir los criterios relativos al «terrorismo internacional».

Los antecedentes del terrorismo israelí se remontan a los orígenes del Estado —en realidad mucho antes—, incluyendo la matanza de doscientos cincuenta civiles y la brutal expulsión de setenta mil más de Lod y Ramle en julio de 1948; la masacre de otros cientos en la localidad indefensa de Dueimá, cerca de Hebrón, en octubre de 1948 durante otra de las numerosas «operaciones de desmonte del terreno» realizadas mientras el aparato de propaganda internacional proclamaba, como sigue haciéndolo ahora, que los

árabes acudían a la llamada de sus líderes; el asesinato de varios centenares de palestinos por las FDI tras la conquista de la Franja de Gaza en 1956; las matanzas de Qibya, Kafr Kassem y una serie de otras poblaciones asesinadas; la expulsión de miles de beduinos de las zonas desmilitarizadas después de la guerra de 1948 y miles más del noreste Sinaí a principios de la década de 1970, con sus pueblos destruidos, para abrir la región a la colonización judía, y etcétera, etcétera. Las víctimas, por definición, son «partidarios de la OLP», y por consiguiente terroristas. Así, el respetado director de *ha-Arets*, Gershom Schocken, puede escribir que Ariel Sharón «se hizo un nombre desde principios de la década de 1950 como luchador implacable contra los partidarios de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP)», refiriéndose a la matanza de civiles que dirigió en al-Bureig y Qibya en 1953 (mucho antes de que la OLP existiera). Y las víctimas del Líbano y otros lugares son también «terroristas», como debe ser el caso, de lo contrario no habrían sido aniquiladas por un Estado tan consagrado a la «pureza de armas» y sujeto a una «ley superior» por la prensa americana «proárabe».

Los comandantes terroristas reciben homenajes. Cuando el principal terrorista estadounidense contemporáneo asumió la presidencia en 1981, el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores de Israel eran ambos celeberrimos comandantes terroristas, mientras que el liderazgo de la Agencia Judía recaía en un hombre responsable de la muerte de varias decenas de civiles que mantenía bajo vigilancia en una mezquita de una ciudad libanesa durante otra operación de desmonte del terreno en 1948, antes de ser inmediatamente amnistiado, de que se borrara cualquier rastro del crimen de sus antecedentes y de que se le concediera el título de abogado basándose en que no se podía señalar «tacha alguna» en su acción.¹⁰⁵

Incluso el terrorismo contra americanos es tolerable. Los ataques terroristas israelíes contra instalaciones estadounidenses (y también lugares públicos) en Egipto en 1954, un intento de quebrar las relaciones entre Estados Unidos y Egipto y paralizar unas negociaciones de paz secretas por entonces en curso, fueron omitidos en aquella época y apenas se recuerdan ahora, como el intento de hundir el barco espía americano *Liberty* en aguas internacionales en 1967 por bombarderos y torpederos israelíes, que incluso dispararon contra botes salvavidas para tratar de cerciorarse de que no

escapara nadie, con el resultado de 34 tripulantes muertos y 171 heridos: el peor desastre naval de Estados Unidos en tiempo de paz de todo el siglo, pero desestimado como un «error» —un disparate obvio— y muy poco conocido.¹⁰⁶ De un modo similar, la tortura de americanos a manos del ejército israelí en Cisjordania y el sur del Líbano apenas trasciende en los medios de comunicación, que destacan los desmentidos israelíes y pasan por alto la verificación por parte del embajador de Estados Unidos en Israel.¹⁰⁷ El hecho de que las víctimas fuesen americanos árabes sirve sin duda de justificación, a efectos prácticos.

Lo más desconcertante de este historial, que incluye abundantes casos de terrorismo contra judíos también desde los primeros tiempos, es que no mancilla en modo alguno la reputación de que goza Israel en Estados Unidos por unos valores morales sin parangón en la historia. Cada nuevo acto de terrorismo, si se percibe, es rápidamente silenciado y olvidado, o bien definido como una desviación temporal que se explica por la naturaleza abominable del enemigo que está obligando a Israel a apartarse, aunque sólo por un momento, del camino recto. Entretanto, los medios de comunicación son censurados regularmente por su «doble rasero», por cuanto omiten los crímenes árabes al tiempo que someten a Israel a normas imposibles, y respetados eruditos nos informan sobriamente de que «numerosos personajes públicos de Occidente, incluso varios gobiernos occidentales» (naturalmente todos ellos anónimos) han incitado a la OLP a destruir Israel.¹⁰⁸ En todo el espectro político de Estados Unidos y entre las clases instruidas, con encomiable uniformidad y sólo la más insignificante de las excepciones, la doctrina predominante sostiene que el terrorismo de los palestinos y sus aliados árabes, incitado por el Kremlin, su empeño continuo en matar judíos y destruir Israel y su negativa a aceptar cualquier acuerdo político, es la causa fundamental del interminable conflicto árabe-israelí, del que Israel es la lastimosa víctima. En cuanto a Estados Unidos, está luchando valerosamente contra «el malévol azote del terrorismo», desde Centroamérica hasta el Líbano y aún más allá.

El movimiento nacional judío y el Estado que creció de él no han abierto nuevos caminos en su historial de atrocidades terroristas, aparte de la inmunidad de que gozan en la opinión progresista de Occidente. Para los americanos, basta recordar «que Adolf Hit-

ler optó por elogiar a Estados Unidos [...] por “resolver el problema” de las razas indígenas»,¹⁰⁹ como hacen algunos de los que viven actualmente según el código de Hitler en Centroamérica, con el apoyo estadounidense. Pero los recientes comentarios sobre «terrorismo» en los «países civilizados» rezuman hipocresía y sólo pueden ser objeto de desprecio entre las personas decentes.

Libia en la demonología estadounidense (1986)

En el sistema doctrinal americano, nadie encarna «el azote malévol del terrorismo» como Muammar el-Gaddafi, el «perro rabioso» del mundo árabe; y, bajo su liderazgo, Libia se ha erigido en el modelo de un Estado terrorista.

La definición de la Libia de Gaddafi como Estado terrorista es ciertamente justa. Analizando los principales actos de terrorismo plausiblemente atribuidos a Libia, el último informe de Amnistía Internacional (AI) enumera los asesinatos de 14 ciudadanos libios a manos de este Estado terrorista, cuatro de ellos en el extranjero, durante 1985.¹ En el transcurso de la histeria orquestada para servir a otros fines, se han formulado todo tipo de acusaciones, pero el historial confirma las declaraciones que en abril de 1986 realizó un alto oficial de los servicios secretos de Estados Unidos en el sentido de que «hasta hace pocas semanas, [Gaddafi] había utilizado a su gente principalmente para asesinar a disidentes libios».² «Pocas semanas atrás», prosigue este oficial de la inteligencia, Gaddafi «tomó una decisión obvia de atacar a los americanos». Esta supuesta decisión, que ha adquirido la condición de hecho indudable pese a que no se ha aportado ninguna prueba creíble que lo sustente, siguió al incidente del golfo de Sidra, cuando una flota aérea y naval de Estados Unidos hundió varios buques libios frente a la costa de Libia, causando un gran número de víctimas. Además, la presunta decisión libia sería absolutamente legítima, de hecho loable y tardía, dadas las doctrinas profesadas por el ejecutivo estadounidense y respaldadas por destacados comentaristas, algunos ya citados y otros a los que nos referiremos directamente.

AI denuncia que los asesinatos terroristas de Libia comenzaron a principios de la década de 1980, en la época en que Jimmy Carter supervisaba la intensificación de la guerra terrorista en El Salvador, con José Napoleón Duarte sirviendo de tapadera para garantizar que las armas llegasen a manos de los asesinos. Mientras Libia mataba a catorce de sus ciudadanos, junto con un puñado de extranjeros, el régimen satélite de Estados Unidos en El Salvador mató a unos cincuenta mil de sus ciudadanos en el transcurso de lo que el obispo Rivera y Damas, quien sucedió al asesinado arzobispo Romero, calificó en octubre de 1980, tras siete meses de terror, de «guerra de exterminación y genocidio contra una población civil indefensa».³ Duarte aclamó unas semanas después a las fuerzas de seguridad que realizan tan necesarias tareas por su «valeroso servicio al lado del pueblo contra la subversión», al tiempo que admitía que «las masas estaban con los guerrilleros» cuando empezó esta campaña al amparo de la alianza Carter-Duarte. Este último expresó su elogio a los autores de las matanzas cuando fue nombrado presidente de la Junta en un intento de darle legitimidad tras el asesinato de cuatro monjas americanas, una acción generalmente considerada como impropia, aunque Jeane Kirkpatrick y Alexander Haig encontraron justificaciones incluso para este crimen. Mientras tanto la prensa aseguraba que «no existen verdaderas pruebas de que la mayoría de los diez mil muertos políticos estimados en 1980 fuesen víctimas de las fuerzas gubernamentales o de soldados irregulares asociados con éstas» (*Washington Post*), si bien más tarde se admitió en voz baja que por entonces funcionarios de la Administración Carter informaban a los medios de comunicación de que «las fuerzas de seguridad fueron responsables del 90 % de las atrocidades» y no «bandas “incontrolables” de derechas», como había estado difundiendo la prensa.⁴ Desde los primeros días de las operaciones terroristas de Carter y Reagan en El Salvador, la función principal de Duarte había sido la de garantizar que no hubiese obstáculos a la masacre, al tiempo que desmentía atrocidades bien documentadas o las justificaba alegando que las víctimas eran «comunistas». Desempeñó este papel ante el creciente aplauso de Estados Unidos, por cuanto la brutal agresión contra la población civil logró el objetivo que perseguía: eliminar el peligro de una democracia significativa que había surgido en la década de 1970 con el

ascenso de grupos de apoyo mutuo basados en la Iglesia, asociaciones de campesinos, sindicatos y otras «organizaciones populares». El prudente corresponsal en Centroamérica del *Spectator* londinense señala que los escuadrones de la muerte «hicieron exactamente lo que debían: decapitar los sindicatos y las organizaciones de masas» y hacer que los supervivientes «huyeran del país o se unieran a la guerrilla», momento en el que la guerra de Estados Unidos contra la población rural cobró empuje, extendiendo el terror y la muerte. Es normal, pues, que los editores del *New Republic*, que habían instado a Reagan a proseguir la masacre sin respeto alguno por los derechos humanos («existen prioridades americanas que están por encima») y «sea cual fuere el número de muertos», contemplasen con deleite estos logros en El Salvador, que es «el verdadero modelo para respaldar el impulso hacia la democracia en nuestra esfera». El terror continuado, documentado por Americas Watch, AI y —muy rara vez— por los medios de comunicación, es una cuestión indiferente.⁵

La masacre en El Salvador no es simple terrorismo de Estado a gran escala, sino terrorismo internacional, dada la organización, el suministro, la instrucción y la participación directa por parte del soberano de Occidente. Lo mismo puede decirse de la matanza de unos setenta mil guatemaltecos en los mismos años, cuando las armas estadounidenses llegaban a manos de los asesinos a un nivel casi normal, al contrario de lo que se alega generalmente, aunque fue preciso recurrir a los apoderados de Estados Unidos —generales argentinos neonazis, Taiwan e Israel— para ejecutar la masacre de un modo más efectivo; además, el gobierno estadounidense estableció un conducto de suministro de armas con la participación de Bélgica y otros colaboradores, bajo la dirección ilegal del Pentágono y la CIA, como complemento. Entretanto, a medida que el terror alcanzaba su máximo nivel de brutalidad, Reagan y sus asociados elogiaban a los asesinos y torturadores por su atención a los derechos humanos y «total dedicación a la democracia», calificando el torrente de documentación sobre las atrocidades de «acusación falsa».⁶

El terrorismo internacional de Estados Unidos en El Salvador es alabado como un logro importante porque sentó la base para la versión preferida de «democracia»: el dominio de grupos que cum-

plen las exigencias estadounidenses, con un pueblo que debe limitarse a ratificar ocasionalmente la decisión de la elite ahora que las organizaciones populares, que podrían haber constituido una base para una democracia sólida, han sido «decapitadas» y diezmadas. En 1982 y 1984 Estados Unidos organizó lo que Edward Herman y Frank Brodhead llaman «elecciones de exhibición» para apaciguar al frente interno, celebradas en un clima de «terror y desesperación, rumores macabros y realidad horripilante», según palabras de los observadores del grupo parlamentario británico en defensa de los derechos humanos, mientras que los comentaristas americanos elogiaban esta demostración de compromiso con la democracia.⁷ El caso de Guatemala también se considera un éxito, por razones similares. Mientras la mitad de la población se ve prácticamente obligada a acudir a las urnas después de ser debidamente traumatizada por la violencia que Estados Unidos respalda, los comentaristas progresistas se muestran entusiasmados por esta renovada demostración de nuestro amor a la democracia, sin inquietarse por el aumento de la cifra de asesinatos a manos de los escuadrones de la muerte ni por el reconocimiento público por parte del presidente recientemente elegido de que no puede hacer nada debido al arraigo del poder real en el ejército y la oligarquía y de que el gobierno civil no es más que «el gestor de la ruina y la miseria».⁸

Estos dos ejemplos representan sólo una parte del papel de Estados Unidos en el terrorismo internacional durante la década de 1980, pues su escalofriante historial se remonta a muchos años atrás.

«La característica más llamativa de las atrocidades libias —señalan dos comentaristas al analizar el informe de AI sobre el terrorismo de Estado— es que son las únicas cuyas cifras resultan lo suficientemente limitadas como para poder enumerar los casos concretos», en marcado contraste con Argentina, Indonesia o los estados centroamericanos, donde el emperador «molesta al mundo».⁹

Resumiendo, Libia es en efecto un Estado terrorista, pero en el mundo del terrorismo internacional tiene un papel pequeño.

Quienes crean que es posible encontrar un nivel de grosería y disculpa de las masacres y el terror al que no se llegará en las publicaciones respetables de Occidente pueden desengañarse de tales ilusiones considerando numerosos ejemplos durante los peores años del terrorismo en Centroamérica,¹⁰ o acudiendo al periódico

neoconservador *The National Interest*, donde pueden leer, en una crítica al *Washington Post* por mostrarse indulgente con Libia, que «no cabe duda de que si, por ejemplo, el gobierno de José Napoleón Duarte en El Salvador o cualquier gobierno reciente en Turquía se aproximase al número de ejecuciones que ostenta Gaddafi, el *Post* nos habría ilustrado con todo detalle y habría informado de la existencia de una oposición considerable».¹¹

No es sólo que el «terrorismo» se define para utilidad ideológica, como se ha comentado anteriormente, sino que además se establecen niveles de pruebas que sirvan a los fines del emperador. Para demostrar el papel de Libia como Estado terrorista, bastará con la prueba más inconsistente, o acaso ni siquiera se exija ninguna. El título de un editorial del *New York Times* que justificaba el ataque terrorista que mató a un centenar de personas en Libia (según las crónicas mandadas a la sazón desde el escenario de los hechos) reza: «Para salvar a la próxima Natasha Simpson.» Se refiere a la niña americana de once años que fue una de las víctimas de los atentados terroristas en los aeropuertos de Roma y Viena del 27 de diciembre de 1985; estas víctimas nos dan derecho a bombardear ciudades libias «para desalentar el terrorismo apoyado por el Estado», como declaran solemnemente los editores del *Times*. El hecho de que no se hayan presentado pruebas que impliquen a Libia en estas acciones es sólo un pequeño defecto. Los gobiernos de Italia y Austria manifestaron que los terroristas fueron entrenados en zonas controladas por Siria en el Líbano y que habían llegado vía Damasco, una conclusión reiterada por el ministro de Defensa israelí Yitsjak Rabin. Cuatro meses después, en respuesta a las pretensiones estadounidenses sobre la participación de Libia en el atentado de Viena, el ministro del Interior austríaco declaró que «no existe la menor prueba que implique a Libia», citó nuevamente Siria como la conexión y agregó que Washington no había presentado a las autoridades austríacas la prueba de la complicidad libia que había prometido. Añadió también el comentario certero, pero inexpresable en Estados Unidos, de que el problema del terrorismo con sede en el Líbano procede en buena parte del fracaso de la resolución del conflicto palestino, que ha llevado a gente desesperada a recurrir a la violencia, lo que tal vez sea el resultado que pretende el terrorismo de Estados Unidos e Israel, como se ha visto en el capítulo 2.¹²

Unos meses más tarde, el ministro del Interior italiano, durante la firma de un acuerdo de cooperación con Estados Unidos en «la lucha contra el terrorismo», reiteró la postura expresada por Italia «desde enero» de que sospechaban un origen sirio de los atentados de Roma y Viena. El *Times* reprodujo su declaración, pero sin sentir necesidad alguna de comentar el justo acto de represalia contra Libia que había aplaudido en abril.¹³

Si un individuo implicado en un acto terrorista viajó a Libia en el pasado, o presuntamente recibió entrenamiento o fondos de Libia, eso basta para condenar a Gaddafi como un «perro rabioso» con el que hay que acabar. Los mismos criterios implicarían a la CIA en las proezas sanguinarias de exiliados cubanos, entre muchas otras. Ciñéndonos sólo a 1985, uno de los sospechosos del atentado del reactor de Air India cerca de Irlanda, que fue el peor acto terrorista del año y que acabó con la vida de a 329 personas, aparentemente recibió instrucción en un campo de entrenamiento para mercenarios en Alabama. Nueve meses después, durante una visita a la India, el secretario de Justicia estadounidense Meese, hizo unas declaraciones apenas divulgadas en el sentido de que Estados Unidos estaba dando pasos «para impedir que los terroristas obtengan instrucción o recursos en Estados Unidos», refiriéndose a los campos de entrenamiento militar privados, de los cuales la India ha afirmado que eran utilizados por extremistas sijs; que yo sepa, no se ha aportado ninguna prueba que respalde la promesa de Meese ni se ha emprendido ninguna investigación.¹⁴ La acción terrorista que segó más vidas en Oriente Próximo fue un atentado con coche-bomba en Beirut en marzo que mató a 80 personas e hirió a varios cientos, perpetrado por una unidad de la inteligencia libanesa entrenada y financiada por la CIA, en un esfuerzo por matar a un líder chií del que se creía había participado en «ataques terroristas contra instalaciones estadounidenses» en Beirut;¹⁵ el término «terrorismo» es empleado comúnmente por fuerzas extranjeras en referencia a acciones contra ellas por parte de la población local, que por su parte las ve como fuerzas de ocupación que tratan de imponer una odiosa colonización política iniciada por una invasión extranjera, en este caso el «Nuevo Orden» de Israel. A juzgar por las pruebas utilizadas en el caso de Libia, habría que concluir que Estados Unidos era una vez más la mayor potencia terrorista del

mundo en 1985, aun cuando excluyamos el terrorismo sistemático inelegible por el sistema doctrinal.

Pasando a 1986, entre los actos terroristas más graves en la región de Oriente Próximo y el Mediterráneo hasta la fecha, aparte del terrorismo continuo de Israel en el sur del Líbano, están el bombardeo de Libia por parte de Estados Unidos y los atentados en Siria, en los cuales, según la emisora de radio del partido falangista del presidente libanés Amin Gemayel, perdieron la vida más de 150 personas en abril, que Siria atribuye a agentes israelíes sin aportar pruebas, lo cual no les confiere menos credibilidad que la que merecen las acusaciones norteamericanas contra el villano de turno, y que, por cierto, no se mencionan en «el azote malévol del terrorismo».¹⁶

Estados Unidos, por supuesto, niega la responsabilidad por las acciones de terroristas a los que ha entrenado: cubanos, libaneses, autores de masacres como Ríos Montt en Guatemala y tantos otros en Latinoamérica y otras partes. En el caso del atentado del Líbano, por ejemplo, la CIA negó su implicación, si bien este extremo fue «discutido por algunos funcionarios del gobierno y el Congreso, quienes admitieron que la Agencia estaba trabajando con el grupo en el momento del atentado», una conclusión a la que llegó también el *Washington Post* tras una investigación, que determinaba que Washington había suspendido la operación secreta después del atentado, dirigido sin autorización de la CIA.¹⁷ Aunque aceptemos la pretensión de que la CIA no había autorizado el atentado y ya no estaba implicada con el grupo terrorista que había entrenado, la excusa del gobierno quedaría fácilmente descartada si se aplicaran los mismos criterios que aplican a los enemigos oficiales los apólogos del terrorismo de Estados Unidos e Israel, tanto en el gobierno como en los medios de comunicación. Recordemos que «la mayor responsabilidad moral de las atrocidades [...] es *toda* de Yassir Arafat» porque «él fue, y sigue siendo, el padre fundador de la violencia palestina contemporánea», por lo que Estados Unidos hará generalmente «responsable de los actos de terrorismo internacional» a Arafat, tanto si está implicado como si no.¹⁸ Aplicando la misma lógica, debemos concluir que «la mayor responsabilidad moral» en los casos mencionados y muchos más es «*toda* de Washington», que debe ser considerado responsable sea cual fuere la verdad sobre su implicación directa.

Como se ha dicho en el prefacio, la campaña de Reagan contra el «terrorismo internacional» era una elección obvia para el sistema doctrinal en apoyo de su programa: expansión del sector estatal de la economía, transferencia de recursos de los pobres a los ricos y una política exterior más «activista». Estas políticas se desarrollan con mayor facilidad si el público obedece asustado por algún terrible enemigo que amenaza con destruirnos, aunque es necesario evitar, por ser demasiado peligrosa, la confrontación directa con el Gran Satán. El terrorismo internacional que practican los apoderados del Imperio del Mal es el objetivo más evidente, y los especialistas en relaciones públicas del gobierno americano abordaron de inmediato la tarea de tejer la red apropiada de verdades a medias y engaños, previendo que la farsa sería tomada en serio.

Libia se ajusta perfectamente a las necesidades. Gaddafi es fácil de odiar, sobre todo en el contexto de racismo antiárabe predominante en Estados Unidos y el compromiso de la clase política y los intelectuales de verbo fácil con el rechacismo de Estados Unidos e Israel. Ha gestado una sociedad horrible y represiva, y es sin duda culpable de terrorismo, sobre todo contra libios, por lo que parece. La ejecución de disidentes libios por parte de Gaddafi, sus principales actos terroristas de que se tiene noticia, podrían haberse evitado según los analistas de la inteligencia estadounidense e israelí, pero con la posible consecuencia de revelar que los códigos libios (aparentemente transparentes) se han roto. «Un analista israelí lo expresó más directamente: «¿Por qué exponer nuestras fuentes y nuestros métodos por el bien de algunos libios?»»¹⁹

Además, Libia es débil e indefensa, por lo que los militares prosperan y, en caso necesario, se puede orquestar el asesinato de libios con impunidad. La gloriosa victoria militar en Granada, una culminación de la hostilidad y agresividad de los ejecutivos de Carter y Reagan después de que el gobierno de Bishop amenazara con tener en cuenta las necesidades de la mayoría pobre, cumplió fines similares. El periodista americano Donald Neff, escribiendo en una publicación británica sobre el incidente del golfo de Sidra de marzo de 1986, comenta que

no fue tanto una operación al estilo Rambo como una demostración del matón del barrio que busca pelea. Era típico de Rea-

gan. En los cinco años que lleva en el cargo, ha salido reiteradamente impune de aplastar a los más pequeños. Esta vez también lo hizo.

Resulta interesante observar que esta demostración de cobardía y matonismo de poca monta parece tocar una fibra sensible, a veces también en el extranjero. El comentarista británico Paul Johnson denuncia «el tufillo de pura cobardía» cuando «los débiles» ponen en duda el bombardeo estadounidense de «bases terroristas» (es decir, objetivos civiles) en Libia. Expresa admiración por «la fuerza del *cowboy*», que demuestra su valor mandando sus bombarderos para asesinar a civiles indefensos.²⁰

Los especialistas en relaciones públicas de la Administración Reagan comprendieron la utilidad del enemigo libio y no perdieron el tiempo a la hora de enfrentarse a este oponente amenazador. Libia fue designada de inmediato un agente principal de la «red terrorista» de inspiración soviética, y en julio de 1981 se filtró en la prensa un plan de la CIA para derrocar y posiblemente matar a Gaddafi con una campaña paramilitar de terror en el interior de Libia.²¹

Podemos anotar entre paréntesis que, aplicando los criterios morales de Estados Unidos, este plan autorizaba a Gaddafi a llevar a cabo actos de terrorismo contra objetivos americanos en «defensa propia contra futuros ataques», por repetir las palabras que pronunció el portavoz de la Casa Blanca, Larry Speakes, cuando expuso la justificación oficial para el bombardeo de Trípoli y Bengasi. Vernon Walters y Herbert Okun expusieron el mismo argumento ante las Naciones Unidas. El gobierno estadounidense incluso llegó al extremo de sostener que esta postura —que si fuese adoptada por otros Estados violentos haría trizas lo poco que queda del orden mundial y la legislación internacional— está de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas. No hay sofisma legal que pueda superarlo, pero la Administración norteamericana entendió que «tendría aceptación». En el extremo liberal izquierdista del espectro permisible, Reagan fue debidamente aclamado por el especialista legal del *New York Times* Anthony Lewis por ajustarse al «argumento legal de que la violencia contra los autores de violencia reiterada está justificada como un acto de defensa propia».

El motivo por el que Estados Unidos justificó el bombardeo de Libia «sobre la base de prevenir un ataque, lo cual podría verse como una forma de defensa propia en lugar de como una acción de represalia» fue aclarado por un funcionario del Departamento de Estado, quien señaló que la Carta de las Naciones Unidas prohíbe expresamente el uso de la fuerza salvo en defensa propia; más exactamente, autodefensa hasta que la ONU actúe a instancias de una petición formal al Consejo de Seguridad por parte del país que se considera víctima de una agresión armada repentina y abrumadora. Si bien el «argumento legal» era admirado en Estados Unidos, por lo general era rechazado en el extranjero, donde muy pocos disientían con el ex embajador de Canadá en las Naciones Unidas George Ignatieff, miembro de la primera delegación canadiense a la ONU y actualmente rector honorario de la Universidad de Toronto, quien no aceptó el derecho de autodefensa estipulado en la Carta de las Naciones Unidas por considerarlo no pertinente.²²

En agosto de 1981, el mensaje anti-Gaddafi «fue reforzado por la trampa tendida a Libia en el golfo de Sidra», una trampa «minuciosamente preparada por el lado estadounidense» con el propósito de una confrontación en la que se pudiese abatir reactores libios, como así fue, observa Edward Haley en su estudio implacablemente contrario a Gaddafi sobre las relaciones de Estados Unidos con Libia. Un objetivo específico, sostiene plausiblemente Haley, era «explotar la “amenaza libia” con el fin de ganar apoyo a los pasos que [el gobierno] deseaba emprender en busca del “consenso estratégico” del secretario Haig contra la Unión Soviética, y como elemento de las disposiciones necesarias para la creación de una fuerza de intervención rápida», dirigida fundamentalmente a Oriente Próximo.

En noviembre, el ejecutivo americano inventó un divertido cuento sobre sicarios libios que rondaban por las calles de Washington para asesinar a Nuestro Líder, lo cual suscitó comentarios febriles en los medios de comunicación junto con cierto escepticismo, bastante limitado por entonces. Al preguntarle sobre el complot, Reagan declaró: «Tenemos las pruebas, y [Gaddafi] lo sabe.»²³ La historia fue apagándose una vez cumplido su objetivo, y la prensa fue lo bastante disciplinada como para no publicar el descu-

brimiento de que los «asesinos» de la lista oficial de Estados Unidos, filtrada en Inglaterra, eran miembros destacados del movimiento libanés Amal (fervientemente antilibio), incluido su líder, Nabí Berri, y el anciano líder religioso de la comunidad chií.²⁴

Otros descubrimientos espectaculares fueron el de una amenaza libia de invadir Sudán a través de mil kilómetros de desierto (siendo las fuerzas aéreas de Egipto y Estados Unidos incapaces de impedir esta agresión) y un complot para derrocar el gobierno sudanés en febrero de 1983, descubierto en un momento en que precisamente el electorado reaccionario de la Administración la acusaba de insuficiente combatividad; una conspiración tan sutil, que los servicios secretos sudaneses y egipcios la desconocían por completo, como constataron enseguida unos reporteros estadounidenses que se tomaron la molestia de viajar a Jartum para investigar. Estados Unidos respondió a este impresionante complot con una sofisticada demostración de fuerza, permitiendo al secretario de Estado Shultz, quien había sido tildado de demasiado pusilánime, adoptar actitudes heroicas en televisión mientras anunciaba que Gaddafi «vuelve a estar en la jaula que le corresponde» porque Reagan actuó «con rapidez y decisión» contra esta amenaza al orden mundial, exhibiendo una vez más «la fuerza del *cowboy*». También este episodio fue olvidado una vez cumplidos sus fines. Ha habido varios ejemplos parecidos. Por norma general, los medios de comunicación han desempeñado el papel asignado, con sólo alguna que otra excepción perentoria.²⁵

Los acontecimientos de marzo y abril de 1986 se ajustan al patrón conocido. La operación del golfo de Sidra en marzo fue perfectamente planeada para provocar una histeria patrioterista justo antes de la crucial votación en el Senado sobre la ayuda a la Contra, coincidiendo con una inventada «invasión» nicaragüense de Honduras, una genial estratagema de relaciones públicas que tuvo un brillante éxito, como se encargaron de demostrar la enfurecida reacción de las palomas del Congreso y los medios de comunicación en general, así como la votación del Senado (véase el capítulo 2). La farsa permitió además a la Administración proporcionar ayudas militares por valor de veinte millones de dólares a Honduras, ayudas que este Estado sostiene oficialmente no haber solicitado, y que sin lugar a dudas se «perdieron» convenientemente en los campa-

mentos de la Contra, otro método más por el cual la rebelde banda de Washington elude las tímidas limitaciones del Congreso a su matonismo.²⁶

La provocación del golfo de Sidra fue también un éxito, por lo menos en parte, al permitir a las fuerzas estadounidenses hundir varios barcos libios, en los que murieron más de cincuenta libios, presumiblemente con la esperanza de que este suceso podría incitar a Gaddafi a actos de terrorismo contra americanos, como se afirmó posteriormente. Dicen que el esfuerzo provocó una frustración considerable en Washington al ver que Gaddafi no mordía el anzuelo respondiendo con alguna atrocidad terrorista que se habría podido utilizar como pretexto para la siguiente fase de la campaña terrorista contra Libia.²⁷

Si bien las fuerzas estadounidenses demostraron su efectividad al acabar con la vida de muchos libios, se mostraron singularmente incapaces de rescatar supervivientes. Aparentemente, la tarea no era imposible: dieciséis supervivientes al ataque de Estados Unidos fueron rescatados de un bote salvavidas por un petrolero español.²⁸

El objetivo oficial de la operación militar de Estados Unidos era instaurar el derecho de paso en el golfo de Sidra. No puede decirse que el envío de una flotilla naval fuese el medio necesario o apropiado para lograr este fin: habría bastado con una declaración. Si se hubiera considerado preciso adoptar otras medidas, existían medios legítimos al alcance. Si alguien entra en conflicto con su vecino por el derecho de alguna propiedad, existen dos modos de proceder: uno es presentar el asunto ante los tribunales, y el segundo es coger una escopeta y matar al vecino. Seguramente la primera opción era factible en el caso del golfo de Sidra. Puesto que es evidente que no había urgencia, era posible recurrir a medios legales para instaurar el derecho de paso. Pero, por supuesto, para un Estado sin ley y violento las prioridades serán otras. Al preguntar a Brian Hoyle, director de la Oficina de Legislación y Política Marítima del Departamento de Estado, por qué Estados Unidos no llevó el asunto ante el Tribunal Internacional de Justicia, respondió que el caso «habría llevado años y años. No creo que hubiésemos podido soportarlo»²⁹, dada la evidente necesidad para la flota naval americana de operar inmediatamente en el golfo de Sidra si Estados Unidos desea sobrevivir como nación.

La postura estadounidense es sospechosa en una interpretación más restringida. La prensa habla continuamente de «derecho marítimo», pero Estados Unidos apenas habla con conocimiento de causa al apelar a esta doctrina aunque sólo sea porque la Administración Reagan rechazó el Tratado de la Ley del Mar. Además, Libia disparó contra aviones americanos, no barcos, y «la ley del espacio aéreo» dista mucho de estar consolidada. Los Estados presentan distintas reclamaciones al respecto. Estados Unidos, por ejemplo, reclama una zona de identificación de defensa aérea de doscientas millas en la que tenga el derecho de ejercer la «defensa propia» contra aquellos aviones intrusos que considere hostiles. No cabe duda de que los aviones americanos se encontraban doscientas millas en el interior del territorio libio —cuarenta millas, afirma el Pentágono— y eran hostiles, por lo que, según los criterios de Estados Unidos, Libia estaba en su derecho de interceptarlos. Esta cuestión fue señalada por el experto jurídico conservador Alfred Rubin, de la Fletcher School de la Universidad de Tufts, quien comentó que «al mandar aviones fuimos más allá de lo que estábamos claramente autorizados a hacer bajo la Ley del Mar» en «una provocación innecesaria».³⁰ Pero para un Estado gángster, estos asuntos son irrelevantes, y el ejercicio fue un éxito, por lo menos entre los círculos nacionales deseados.

El alcance y el significado de la provocación en el golfo de Sidra fueron aclarados por el portavoz del Pentágono Robert Sims, quien «dijo que la política estadounidense consiste en disparar a cualquier barco libio que entre en las aguas internacionales del golfo de Sidra mientras continúen los ejercicios de la marina de Estados Unidos en esa región, por lejos que esté el barco de los buques estadounidenses». «Dada la "intención hostil" manifestada por Libia cuando trató de abatir aviones de combate de Estados Unidos», declaró Sims, cualquier buque militar libio constituye «una amenaza para nuestras fuerzas».³¹ En resumen, Estados Unidos se reserva el derecho de disparar en «defensa propia» contra cualquier buque libio que se acerque a su flota naval frente a las costas de Libia, pero ésta no tiene derecho de autodefensa en el espacio aéreo delante de su propia costa, ni siquiera una parte de la que Estados Unidos reclama para sí.

La cuestión no acaba ahí. El corresponsal británico David

Blundy entrevistó a unos ingenieros británicos que estaban reparando el sistema de radar instalado por los rusos en Trípoli. Uno de ellos, que afirma haber estado observando todo el incidente en las pantallas de radar (que, contrariamente a lo expresado por el Pentágono, no habían sido inutilizadas), comenta que vio «aviones de combate americanos no sólo entrando en las doce millas de las aguas territoriales libias, sino también sobrevolando territorio libio». «Vi que los aviones se adentraban aproximadamente ocho millas en el espacio aéreo libio —explicó—. No creo que los libios tuvieran más opción que la de contraatacar. En mi opinión, eran reacios a hacerlo.» El ingeniero agregó: «Los aviones americanos se aproximaron utilizando una ruta del tráfico aéreo civil y siguieron un avión de pasajeros libio, para que la señal de éste los ocultara en la pantalla de radar libia.»³²

En la prensa estadounidense no apareció ni un indicio de esta información, que yo sepa, a excepción de un reportaje de Alexander Cockburn, quien desempeñó su papel habitual de antídoto personal contra el servilismo y la distorsión de los medios de comunicación. El artículo de Blundy no fue misteriosamente omitido por la prensa americana. Fue citado por Joseph Lelyveld, del *Times*, pero sin mencionar su contenido esencial.³³

Una consecuencia probable —y seguramente esperada con impaciencia— de la operación en el golfo de Sidra era provocar actos de terrorismo libio como represalia. Éstos habrían tenido el efecto de inducir un estado de terror en Estados Unidos y, con un poco de suerte, también en Europa, abonando el terreno para la siguiente escalada. El atentado en la discoteca La Belle, de Berlín Oeste, el 5 de abril, que ocasionó la muerte de un soldado americano negro y un turco,³⁴ fue atribuido inmediatamente a Libia y más tarde utilizado como pretexto para el bombardeo de Trípoli y Bengasi el 14 de abril, con muchas víctimas libias, al parecer la mayoría de ellas civiles (un centenar, según la prensa occidental; sesenta según el informe oficial libio). El bombardeo se preparó minuciosamente la víspera de la esperada votación del Congreso sobre la ayuda a la Contra. Por si el público no lo entendía, los redactores de los discursos de Reagan se ocuparon de explicarlo. Dirigiéndose a la American Business Conference el 15 de abril, Reagan dijo: «Y recordaría al Congreso, que esta semana ha de votar, que este consu-

mado terrorista ha mandado 400 millones de dólares y un arsenal de armas y asesores a Nicaragua para traer su guerra a Estados Unidos. Se ha jactado de que ayuda a los nicaragüenses porque combaten a Estados Unidos en su propio terreno.»³⁵

La idea de que el «perro rabioso» trae su guerra a Estados Unidos suministrando armas a un país al que Estados Unidos ataca con su ejército terrorista apoderado fue un bonito detalle que pasó sin grandes comentarios, pero, por una vez, la operación de relaciones públicas no caló en el Congreso, a pesar de que el bombardeo de Libia encendió pasiones chovinistas, una consecuencia en buena parte atribuible al racismo antiárabe predominante y a la relativa ausencia de una reacción sensata en episodios anteriores de histeria fabricada en torno a los crímenes reales o supuestos de Gaddafi.

La ofensiva del 14 de abril fue el primer bombardeo de la historia que se retransmitió por televisión durante las horas de máxima audiencia. Los ataques fueron minuciosamente planeados para que comenzaran exactamente a las 19.00, hora de la Costa Este;³⁶ es decir, precisamente en el momento en que los tres canales nacionales de televisión emitían sus principales noticiarios, cuyos inquietos presentadores conectaron con Trípoli en busca de testigos presenciales en directo de los emocionantes sucesos. No fue una proeza logística insignificante tratándose de un vuelo de siete horas desde Londres. En cuanto los ataques finalizaron, la Casa Blanca hizo comparecer a Larry Speakes en rueda de prensa, seguido por otros dignatarios, asegurando el control total del sistema de información durante las cruciales primeras horas.

Se podría argumentar que el gobierno asumió un riesgo en esta clara operación de relaciones públicas, puesto que los periodistas habrían podido formular algunas preguntas obvias, pero la Casa Blanca confiaba en que no se produciría ningún contratiempo, y su fe en la autodisciplina de los medios de comunicación demostró estar justificada.

Aparte de las cuestiones relativas a programación y aviso previo, habrían podido surgir otras preguntas. Para mencionar sólo una, Speakes declaró que Estados Unidos sabía el 4 de abril que la Oficina del Pueblo libio de Berlín Este había informado a Trípoli que iba a producirse un ataque en Berlín al día siguiente, y más tarde notificó que se había producido el atentado de la discoteca La

Belle, como estaba previsto. Así pues, el 4 o el 5 de abril Estados Unidos sabía —con certeza, según declaró la Casa Blanca— que Libia era directamente responsable del atentado en la discoteca. Se habría podido preguntar, entonces, por qué los informes de las investigaciones de Estados Unidos y Alemania Federal desde el 5 de abril hasta el momento del ataque afirmaban sistemáticamente que a lo sumo había sospechas de implicación libia. De hecho, todos los periodistas que escuchaban la versión del gobierno tenían en sus manos —a menos que asumamos la incompetencia más pasmosa por parte de las salas de redacción— un comunicado de Associated Press que llegó desde Berlín a las 18.28, hora oficial de la Costa Este, media hora antes del bombardeo, afirmando que «el mando militar aliado [en Berlín Oeste] no informó de novedades en la investigación del atentado de la discoteca» y que «funcionarios de Estados Unidos y Alemania Federal han dicho que Libia —posiblemente a través de su embajada en Berlín Este, gobernado por los comunistas— es sospechosa de participar en el atentado del club nocturno La Belle» (el énfasis es mío).³⁷ Así pues, alguien habría podido preguntar cómo es posible que pocos minutos antes del ataque Estados Unidos y Alemania Federal todavía tuvieran a lo sumo sospechas de la implicación libia —como a lo largo del periodo precedente— si el 4 o el 5 de abril, diez días antes, estaban en conocimiento de ello con toda certeza. Pero nadie formuló preguntas embarazosas, y los hechos pertinentes han sido suprimidos en su mayor parte.

Reagan declaró la noche del 14 de abril que «nuestras pruebas son directas, son precisas, son irrefutables»; igual que dijo: «Tenemos las pruebas, y [Gaddafi] lo sabe» en el caso de los sicarios libios que en teoría rondaban por las calles de Washington, por no hablar de la implicación sandinista en el narcotráfico, su anuncio de una «revolución sin fronteras», el apoyo de Helmut Kohl y Bettino Craxi al ataque libio (desmentido airadamente por funcionarios «indignados» de Alemania e Italia),³⁸ y muchas otras invenciones de un gobierno que ha superado con creces los niveles habituales del engaño y sigue «cometiendo cualquier delito, mintiendo, engañando» —en palabras del líder titular, refiriéndose a su enemigo oficial— para alcanzar sus fines, confiado en que la ocasional denuncia en letra menuda, mucho después del hecho, no evitará que

el torrente regular de mentiras establezca las condiciones del debate y deje las impresiones adecuadas firmemente arraigadas.

Sin embargo, fuera de las fronteras no imperó la disciplina. En Alemania, una semana después de que Washington hubiese manifestado su conocimiento a ciencia cierta desde diez días antes (el 4 o el 5 de abril) de la responsabilidad libia del atentado en la discoteca, *Der Spiegel* (el 21 de abril) informó que las célebres intervenciones telefónicas al parecer no existían y que la inteligencia de Berlín Oeste sólo albergaba sospechas de la implicación libia, aunque señalaba también a «bandas de narcotraficantes rivales» como otras posibilidades (incluidos grupos racistas o neonazis, apuntaban algunos; la discoteca era frecuentada por soldados americanos negros e inmigrantes del tercer mundo). La guerra de Washington es «un medio político», proseguía *Der Spiegel*, «mientras el enemigo sea tan pequeño como Granada y Libia... y el adversario sea un sinvergüenza tan idóneo como Gaddafi»; y ningún líder europeo debería hacerse ilusiones de que las inquietudes o los intereses de Europa se tengan en cuenta si Estados Unidos decide intensificar la violencia internacional, incluso hasta el punto de una última guerra mundial, agregaba el director Rudolf Augstein.³⁹

En una entrevista del 28 de abril con un reportero del periódico del ejército estadounidense *Stars And Stripes*, Manfred Ganschow, jefe de la Staatschutz de Berlín (inteligencia nacional) y director de un equipo de cien personas que investigaba el atentado de la discoteca, declaró que «no poseo más pruebas de la participación libia en el atentado de las que tenía cuando usted me llamó por primera vez dos días después del suceso. Es decir, ninguna». Admitió que se trataba de «un caso sumamente político» y dio a entender un escepticismo notable en cuanto a lo que «los políticos» decían y dirían al respecto.⁴⁰

La prensa de Estados Unidos omitió las dudas que expresaron en Alemania los medios de comunicación y el equipo investigador, pero el lector avezado será capaz de detectarlas en los informes de la investigación en curso, por cuanto se hacen indagaciones sobre personas sospechosas de mantener relaciones con Siria y otros países, y las afirmaciones de Washington de tener un «conocimiento seguro» entre el 4 y el 5 de abril se transcribieron con términos como «según se dice» y «supuesto». ⁴¹ La vacilación, las calificacio-

nes, la marcha atrás desde la aseveración hecha con confianza en primera instancia y la cita indirecta de pruebas que minan las pretensiones del gobierno: tales son los mecanismos empleados por los medios de comunicación para indicar que son muy conscientes de la poca entidad que tenía el caso que respaldaron con entusiasmo cuando fueron llamados a reunirse en torno a la bandera.

En el *New York Review of Books*, Shaul Bakhash afirma que los hermanos jordanos Hindaui fueron «responsables del atentado en el club nocturno en Berlín Oeste» y que «existen ahora pruebas convincentes» de que «fueron reclutados por Siria (no por Libia, como se habría podido creer a raíz de algunas declaraciones oficiales de la época)». ⁴² Aparte del hecho de que Bakhash va mucho más allá de las pruebas de que se dispone, se trata de una formulación curiosa. No era cuestión de «algunas declaraciones oficiales» a partir de las cuales «se habría podido creer» que Libia estaba implicada; más bien *todas* las declaraciones oficiales, presentadas con pleno convencimiento y sin reservas, y reiteradas de esta manera por los medios de comunicación hasta que el caso empezó a esclarecerse, afirmaron taxativamente la responsabilidad de Libia y justificaron sobre esta base el bombardeo y la muerte de ciudadanos libios. Además, ni la prensa dio marcha atrás ni esta exposición condujo a la conclusión inmediata: si la Administración Reagan mentía sobre sus pruebas «directas», «precisas» e «irrefutables», entonces el bombardeo no era más que terrorismo de Estado llevado a cabo sin que mediara provocación (en lugar de terrorismo de Estado con un pretexto), ocultado por los medios de comunicación fieles, que evitaron las preguntas obvias en el momento de su entusiasta respaldo al ataque a la vez que ofrecían pretextos absurdos (por ejemplo, el cuento de los editores del *Times* sobre «la próxima Natasha Simpson») para justificar su complicidad en el terrorismo.

La operación de relaciones públicas fue indudablemente un éxito, al menos a corto plazo, en la América profunda, por lo tanto un buen ejemplo de «la ingeniería del consenso democrático» que debería «reforzar la influencia del presidente Reagan al tratar con el Congreso sobre aspectos como el presupuesto militar y la ayuda a la Contra nicaragüense». ⁴³

Para la mayor parte del mundo, Estados Unidos se ha convertido en objeto de considerable miedo, mientras el «singular líder

cowboy» que tanto embelesa a Paul Johnson y otros por el estilo participa en actos de «locura» organizando una «banda de asesinos» para atacar Nicaragua y desempeña el papel de terrorista loco en todas partes, en palabras del principal periódico de Canadá, generalmente bastante comedido y de tendencia bastante proestadounidense. ⁴⁴ La Administración Reagan está cultivando estos temores, explotando la estrategia del «loco» atribuida a Richard Nixon. En la cumbre de Tokio de las democracias industrializadas celebrada en mayo, el gobierno hizo circular un documento en el que afirmaba que una razón por la que Europa haría bien alineándose en la cruzada de Estados Unidos es «la necesidad de hacer algo para que los chiflados americanos no vuelvan a tomar los asuntos en sus manos». La amenaza cristalizó en una declaración contra el terrorismo que mencionaba sólo el nombre de Libia. ⁴⁵ Esta amenaza explícita fue pasada por alto mientras que los comentaristas se regocijaban por el éxito del bombardeo de Libia al conseguir que los «títeres» europeos adoptasen finalmente las medidas necesarias para enfrentarse a la amenaza que supone Libia para la civilización occidental.

La reacción al bombardeo de Libia fue muy dispar en Estados Unidos y en el extranjero. La Comunidad Económica Europea, constituida por doce miembros, apeló a Estados Unidos para que evitara «una escalada de la tensión militar en la región con todos los peligros inherentes a ella». Pocas horas más tarde, aviones de combate estadounidenses atacaban, mientras el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Federal, Hans-Dietrich Genscher, viajaba a Washington para explicar la postura de la CEE. Su portavoz declaró: «Queremos hacer cuanto esté en nuestra mano para evitar una escalada militar.» El bombardeo suscitó amplias protestas en la mayor parte de Europa, incluidas manifestaciones a gran escala, y provocó la censura editorial en buena parte del mundo. El periódico español *El País* condenó el ataque, diciendo que la acción militar de Estados Unidos «no sólo es un delito contra la legislación internacional y una grave amenaza para la paz en el Mediterráneo, sino también una burla a sus aliados europeos, que no hallaron motivos para imponer sanciones económicas a Libia en una reunión celebrada el lunes, pese a haber sido presionados previamente y en vano para que las adoptaran». El *South China Morning Post* de

Hong Kong escribió que «el remedio del presidente Reagan para el “perro rabioso de Oriente Próximo” puede resultar peor que la enfermedad», y su acción «puede haber prendido además la mecha de una conflagración más amplia» en la región. En Ciudad de México, *El Universal* escribió que Estados Unidos «no tiene ningún derecho a erigirse en defensor de la libertad en el mundo», instando a recurrir a medios legales a través de las Naciones Unidas. Hubo muchas reacciones similares.

La prensa estadounidense, en cambio, se mostró abrumadoramente favorable. El *New York Times* escribió que «hasta el ciudadano más escrupuloso no tiene más remedio que aprobar y aplaudir los ataques americanos contra Libia», definiéndolos como un veredicto y una sentencia justos: «Estados Unidos le ha procesado [a Gaddafi] de una manera cuidadosa, ecuánime... y justa.» Las pruebas de la responsabilidad libia en el atentado de la discoteca han sido «ahora claramente expuestas al público», por lo menos satisfactoriamente para los editores, aunque no consideraron oportuno publicarlas. «Luego llegó el jurado, los gobiernos europeos a los que Estados Unidos envió emisarios para compartir pruebas e instar a una acción concertada contra el líder libio.» Al parecer, resulta irrelevante que el jurado no quedara convencido del todo y emitiera un «fallo» exigiendo al verdugo que se abstuviera de cualquier acción; como es también innecesario comentar desde el punto de vista editorial el hecho, más tarde admitido tácitamente, de que las pruebas tenían escasa entidad.

La mayoría de gobiernos condenaron también la acción, aunque no todos. Gran Bretaña y Canadá estuvieron de acuerdo, pese a que la respuesta popular fue marcadamente distinta, y se contó con el apoyo de Francia en su talante actual de entusiasmo por Reagan. La South African Broadcasting Corporation, controlada por el gobierno, dijo que el ataque «subraya el compromiso que el líder del mundo occidental ha suscrito para emprender una intervención positiva contra el terrorismo»; Estados Unidos fue justificado en su ataque a Gaddafi, «cuyo nombre es prácticamente sinónimo de terrorismo internacional». En Israel, el primer ministro Shimón Peres declaró que la acción estadounidense estaba claramente justificada como acto «en defensa propia»: «Si el gobierno libio da órdenes de matar a soldados americanos en Beirut a sangre fría y en plena noche, ¿qué

se espera que haga Estados Unidos? ¿Cantar aleluya? ¿O bien adoptar medidas para defenderse?» La idea de que Estados Unidos actuaba en «defensa propia» contra un ataque a sus fuerzas en Beirut dos años y medio antes constituye una novedad intrigante, aun dejando aparte las circunstancias de esa acción anterior.⁴⁶

En Estados Unidos, el senador Mark Hatfield, una de las pocas figuras políticas del país que merece el honorable calificativo de «conservador», criticó el ataque estadounidense «en un Senado casi desierto» y en una carta al *Times*. Los líderes de varias de las principales confesiones cristianas censuraron el bombardeo, pero los líderes judíos en general lo elogiaron, entre ellos el rabino Alexander Schindler, presidente de la Unión de Congregaciones Hebreas Americanas, quien «dijo que el gobierno de Estados Unidos “respondió adecuada y enérgicamente” al “terrorismo sin sentido” de Gaddafi. El profesor de relaciones internacionales en Harvard Joseph Nye dijo que Reagan tenía que responder «al arma humeante de lo ocurrido en Berlín. ¿Qué más se puede hacer con respecto al terrorismo patrocinado por el Estado?»; como el terrorismo patrocinado por Estados Unidos en Centroamérica y el sur del Líbano, por ejemplo, donde el «arma humeante» se manifiesta con aún mayor claridad. Eugene Rostow consideró el bombardeo «inevitable y con retraso», y parte de una «defensa más activa contra el proceso de expansión soviética». La «eliminación forzosa del régimen de Gaddafi —explicó— estaría absolutamente justificada bajo las leyes vigentes del derecho internacional», por cuanto Gaddafi «ha violado flagrante y continuamente estas leyes». «Siendo éste el caso, todos los Estados perjudicados por las acciones de Libia tienen el derecho, aisladamente o en conjunto, de emplear la fuerza que sea razonablemente necesaria para detener la conducta ilegal de Libia. El territorio libio es la ubicación legal de los piratas de Berbería.»⁴⁷ Rostow instó a la OTAN a «hacer pública una declaración acerca de la responsabilidad de los Estados por los actos ilegales cometidos desde su territorio».⁴⁸

Para el corresponsal de la cadena ABC Charles Glass, quien informó del bombardeo y sus consecuencias desde el lugar de los hechos, el suceso fue simbolizado por la carta manuscrita de una niña de siete años, descubierta entre los escombros de su casa, a cuya familia educada en América visitó el periodista. La carta dice:

Querido Sr. Reagan:

¿Por qué mató a mi única hermana Rafa y a mi amiga Racha, que tiene sólo nueve años, y a mi muñeca Strawberry? Es verdad que usted nos quiere matar a todos porque mi padre es palestino y usted quiere matar a Gaddafi porque él quiere ayudarnos a volver a la casa y al país de mi padre.

Me llamo Kinda

Un facsímil del original fue enviado a la prensa estadounidense como una carta al director, pero su publicación no se consideró oportuna. Alexander Cockburn sí la publicó, junto con la sugerencia al presidente y a la señora Reagan de que, puesto que «les gusta leer mensajes de niños, podrían tomarse la molestia de divulgar éste en la próxima ocasión que consideren apropiada».⁴⁹

Otros vieron el asunto de un modo distinto. Michael Walzer discrepó de los europeos que criticaron el bombardeo de Libia como un caso de «terrorismo de Estado». Declaró que no lo era, «porque fue dirigido contra objetivos militares específicos, y los pilotos corrieron riesgos en su empeño por alcanzar esos objetivos y nada más», como presumiblemente sabe a partir de informes secretos del Pentágono. Si resulta que el bombardeo nocturno de una ciudad alcanza zonas residenciales densamente pobladas de Trípoli, matando a Rafa, Racha y otros muchos civiles, así es la vida.⁵⁰ Quizá es esto lo que deberíamos esperar del respetadísimo moralista y teórico de la guerra justa que nos aseguró que la invasión israelí del Líbano se puede defender siguiendo este concepto, que las operaciones militares de Israel en el sur del Líbano fueron «un buen ejemplo de guerra ecuaníme» y que si hubo civiles «en peligro» durante el bombardeo israelí de Beirut, «la responsabilidad de este riesgo recae en la OLP».⁵¹

La complicidad de los medios de comunicación en este acto de terrorismo internacional no terminó con la conducta patriótica en el momento del bombardeo, una consecuencia natural del respaldo anterior a cualesquiera que fuesen las patrañas inventadas por el gobierno. También fue preciso demostrar que el bombardeo resultó eficaz para poner freno al terrorismo libio, como evidencia la ausencia de actos terroristas atribuidos a Gaddafi después del ataque.

Para consolidar la tesis, es necesario suprimir el hecho de que tampoco hubo atribuciones creíbles antes del bombardeo aparte de las mencionadas anteriormente, que son claramente irrelevantes. Ninguno de estos problemas se entrometieron en la tarea que se tenía entre manos.

Los editores del *Washington Post* elogiaron el bombardeo de Libia debido a que «no se han atribuido nuevos actos de terrorismo» al coronel Gaddafi, que ha quedado reducido ahora a una «política sometida». Más importante aún es la repercusión en los aliados occidentales, la mayoría de los cuales «necesitaban la conmoción» producida por «el ejemplo de firmeza, la innegable precisión de los servicios secretos, la posterior demostración del aislamiento de Libia y, además, el descenso del turismo», por no hablar de la amenaza de que los «chiflados americanos» pudiesen golpear con desenfreno en cualquier otro lugar, una amenaza subrayada por el envío de buques de la armada estadounidense a pocas millas de la costa soviética del mar Negro al mismo tiempo;⁵² observe que los editores todavía consideran posible aludir a «la innegable precisión de los servicios secretos», que el periódico tenía sobrados motivos para poner en duda y que más tarde procedió a rechazar, como se ha visto. David Ignatius escribe que el bombardeo «salió sorprendentemente bien contra Muammar el-Gaddafi de Libia», propiciando «algunos cambios llamativos —y muy beneficiosos— en Libia, Oriente Próximo y Europa». Demostró que Gaddafi era «débil, vulnerable» y estaba «aislado»; «tan vulnerable, de hecho, que los aviones de combate americanos fueron capaces de actuar libremente en su espacio aéreo, fuertemente defendido»: sin duda un triunfo glorioso, y una constatación de lo más sorprendente respecto del coloso libio. Para demostrar «la psicología que había permitido a Gaddafi intimidar a la mayor parte del mundo», Ignatius no cita acciones —porque no existen ejemplos creíbles—, sino que afirma que aunque «los libios puedan recurrir de nuevo al terrorismo, no será en el grado en que parecieron emprenderlo a principios de este año», cuando «la inteligencia de Estados Unidos descubrió que Libia había ordenado a su “Oficina del Pueblo” preparar atentados terroristas en una docena de ciudades». Ignatius, un periodista de extraordinaria competencia, sabe que las afirmaciones del gobierno sobre lo que los servicios secretos habían «descubierto»

carecen de valor; su demostración del «éxito» de la operación en lo que se refiere a frenar supuestos planes es su forma circunspecta de decir que las consecuencias fueron imperceptibles.⁵³

De un modo similar, George Moffett observó que los ataques terroristas libios «casi han cesado» —es decir, se han reducido desde casi cero a casi cero—, uno de los pocos «cambios positivos» que «parecen justificar la política de represalia militar por parte de la Administración Reagan». Su colega John Hughes señaló triunfalmente que «desde los ataques aéreos punitivos contra Libia [...] no se han producido atentados terroristas importantes contra americanos dirigidos por el coronel Muammar el-Gaddafi», aunque antes tampoco los hubo, por lo menos que se sepa.⁵⁴

El mensaje para los terroristas de Estado de Washington es claro: seguiremos vuestros dictados cuando inventéis un registro de terrorismo enemigo que, según vuestras afirmaciones, haya intimidado al mundo, cuando llevéis a cabo un acto terrorista para castigar la ofensa que habéis fabricado, y cuando anunciéis que, como consecuencia de vuestro heroísmo, el temible monstruo ha sido domado. Los meros hechos no nos disuadirán jamás de nuestro obediente servicio.

Para que conste en acta, «se han registrado 18 incidentes terroristas antiamericanos en Europa occidental y Oriente Próximo durante los tres meses siguientes al ataque contra Libia, en comparación con los 15 en los tres meses y medio que lo precedieron», mientras que «en todo el mundo, el índice de terrorismo antiamericano parece diferir poco del año pasado», apuntó *The Economist* (a la vez que elogiaba el valeroso acto de Reagan). Por su parte, el principal especialista sobre terrorismo de la Rand Corporation señaló que los atentados terroristas después del ataque persistieron en aproximadamente la misma proporción que antes.⁵⁵

Completando el registro, el 3 de julio el FBI hizo público un informe de 41 páginas donde se analizaban los incidentes terroristas en Estados Unidos en 1985. Se citaban siete, con dos víctimas mortales. En 1984 se habían producido 13 actos terroristas. La cifra ha disminuido constantemente desde 1982, año en que se registraron 51 incidentes terroristas.⁵⁶

El informe del FBI recibió cierta difusión. El *Toronto Globe & Mail* publicó un artículo de Associated Press bajo el título «Extre-

mistas judíos, acusados de dos muertes». El primer párrafo dice: «Extremistas judíos cometieron cuatro de los siete actos terroristas que acabaron con la vida de dos personas en Estados Unidos en 1985, según informó ayer el Federal Bureau of Investigation.» El informe sigue proporcionando detalles de los «incidentes atribuidos a extremistas judíos» «en los que dos personas murieron y nueve resultaron heridas, decía el informe», junto con los demás incidentes. El *New York Times* no publicó ningún artículo sobre el informe del FBI, si bien existe una referencia al mismo en el undécimo párrafo de una columna aparecida varias semanas después, que dice: «Según el informe anual sobre terrorismo del FBI, cuatro de los siete casos de terrorismo nacional en 1985 fueron imputables a “bandas terroristas judías”. No se han formulado cargos como consecuencia de ninguna de las investigaciones.» El segundo rotativo del país, el *Washington Post*, publicó un artículo sobre el informe del FBI titulado «El informe del FBI demuestra que el terrorismo nacional descendió el año pasado». En su contenido se apunta que «las dos muertes y nueve de los heridos fueron atribuidos a cuatro actos terroristas cometidos por extremistas judíos» (de los siete registrados); esto se repite en un artículo posterior sobre la investigación del asesinato de Alex Odeh realizada por el FBI, señalando que «se sospecha de bandas extremistas judías».⁵⁷

Estas tres frases constituyen toda la divulgación en la prensa estadounidense de las conclusiones del informe del FBI sobre las fuentes del terrorismo nacional en 1985. No encontré editoriales ni otros comentarios donde se exigiera que Estados Unidos bombardeara Tel-Aviv o Jerusalén para extirpar el «cáncer» y «someter» a los «perros locos» que han traído «el azote malévol del terrorismo» hasta nuestras tierras. Cabría preguntarse por qué. Naturalmente, Israel niega la responsabilidad de las acciones cometidas por «extremistas judíos». También condena los actos terroristas, como hace el rabino Kahane, miembro de la Knésset, a cuyos antiguos socios de la Liga de Defensa Judía el FBI considera sospechosos de llevar a cabo esas acciones. Con menos justificación, Washington niega la responsabilidad por los actos terroristas de aquellos a los que ha entrenado y alentado. Pero, como ya he mencionado, estas excusas se reducen a nada según los criterios aplicados a Muammar el-Gaddafi y Yassir Arafat, quienes también condenan las acciones

terroristas y niegan la responsabilidad por ellas. Recuerde otra vez la doctrina de que «la mayor responsabilidad moral de las atrocidades [...] es *toda* de Yassir Arafat» porque «él fue, y sigue siendo, el padre fundador de la violencia palestina contemporánea», por lo que Estados Unidos señalará generalmente a Arafat como «responsable de los actos de terrorismo internacional», esté implicado en ellos o no.⁵⁸ Aplicando la misma lógica, «la mayor responsabilidad moral» de las acciones de los terroristas sionistas es *toda* de Israel.

La prensa ha despreciado regularmente la condena de las acciones terroristas palestinas por parte de Arafat. Para mencionar un caso crítico, el 3 de junio de 1982 la banda terrorista encabezada por Abú Nidal, quien estaba en guerra con la OLP y había sido condenado a muerte por ésta unos años atrás, trató de asesinar al embajador israelí en Londres, Shlomo Argov. El suceso precipitó la invasión israelí del Líbano, una «represalia» considerada legítima por el gobierno, los medios de comunicación y el grueso de la opinión culta en Estados Unidos. El *Washington Post* comentó que la tentativa de asesinato de Argov fue una «vergüenza» para la OLP, que «afirma representar a todos los palestinos pero [...] tiende a ser selectiva cuando se trata de asumir la responsabilidad por los actos de violencia palestina».⁵⁹ Si una acción terrorista perpetrada por una banda palestina en guerra con la OLP es una «vergüenza» para esta última, es evidente que los actos terroristas de los extremistas sionistas en Estados Unidos, con el resultado de dos muertos y nueve heridos, son una «vergüenza» para Israel, que es, por ley, «el Estado del pueblo judío», incluidos los de la Diáspora (no el Estado de sus ciudadanos, la sexta parte de los cuales no son judíos). De ahí que según la lógica del gobierno, destacados comentaristas y los medios de comunicación americanos en general, Estados Unidos está en su perfecto derecho, si no en la obligación, de bombardear Tel-Aviv «en defensa propia contra futuros ataques».

Es de imaginar la reacción si la mayoría de las acciones terroristas en Estados Unidos, incluidas todas sus víctimas, hubiesen sido cometidas por americanos árabes asociados con elementos extremistas de la OLP o sospechosos de formar parte de una banda terrorista fundada por un miembro del gobierno libio.

El bombardeo estadounidense de Libia no tuvo nada que ver con el «terrorismo», ni siquiera en el cínico sentido occidental del

término. De hecho, quedó bastante claro que la operación en el golfo de Sidra y el bombardeo de ciudades libias instigarían si acaso ese terrorismo «al por menor», una razón de peso para que los probables objetivos en Europa suplicaran a Estados Unidos que se abstuviese de tales acciones.

No es la primera vez que se han ejecutado acciones violentas con la esperanza de que instigaran terrorismo de pequeña escala. La invasión israelí del Líbano, respaldada por Estados Unidos, constituye otro caso, como se ha comentado en el capítulo 2. Puede que el ataque contra Libia inspire también tarde o temprano actos terroristas, que servirán para movilizar a la opinión nacional y extranjera en apoyo de los planes estadounidenses dentro y fuera del país. Si los americanos reaccionan con una histeria general, incluido el miedo a viajar a Europa, donde los visitantes estarán mucho más seguros que en cualquier ciudad estadounidense, también esto es un beneficio neto, por los mismos motivos.

Los verdaderos motivos de la ofensiva estadounidense contra Libia no tienen nada que ver con la defensa propia contra «ataques terroristas» a las fuerzas de Estados Unidos en Beirut de octubre de 1983, como insistiría Shimón Peres, ni con ninguna de las demás acciones atribuidas con razón o no a Libia, ni con la «defensa propia contra futuros ataques», siguiendo la doctrina proclamada por la Administración Reagan y acogida con elogios en todo el país. El terrorismo de Libia representa una molestia insignificante, pero Gaddafi se ha entrometido en los planes de Estados Unidos en el norte de África, Oriente Próximo y otras regiones. Ha apoyado al Frente Polisario y a grupos de Sudán a los que Estados Unidos se opone, forjó una unión con Marruecos contraria a los deseos americanos, intervino en el Chad (tras el envío de fuerzas de la Legión Extranjera, asesores y aviones franceses, pero la intervención de Francia es loable porque las fuerzas francesas ayudan a «mantener en el oeste de África la seguridad de los petroleros galos, americanos y de otros países extranjeros», al tiempo que realizan servicios similares en otros lugares),⁶⁰ y en líneas generales entorpeció los esfuerzos de Estados Unidos por establecer un «consenso estratégico» en la región e imponer su voluntad en todas partes. Ésos son delitos de verdad, que deben ser castigados.

Además, el ataque contra Libia tuvo el propósito, y el efecto, de

preparar la opinión nacional y extranjera para nuevos actos de violencia estadounidense. La respuesta inmediata podía ser negativa, pero una vez acallada, el nivel de expectativa ha aumentado y el ejecutivo americano puede proceder a una escalada mayor si surge la necesidad.

El cinismo de la campaña propagandística sobre el «terrorismo internacional» ha quedado al descubierto para la gente a la que puede llegar la opinión disidente en Estados Unidos, pero la campaña en sí ha supuesto un notable logro de relaciones públicas, y las perspectivas de futuros éxitos siguen siendo impresionantes, gracias a la reacción generalmente fiel y carente de sentido crítico de las esferas intelectuales. Este servicio de las clases cultas al terrorismo internacional contribuye a un sufrimiento y una brutalidad enormes y, a largo plazo, conlleva el peligro de una posible confrontación entre superpotencias y de una guerra nuclear irreversible. Pero tales consideraciones carecen de importancia en comparación con la necesidad de garantizar que no surja ninguna amenaza a la «estabilidad» y el «orden», ningún desafío al privilegio y el poder.

De todo ello, muy poco puede sorprender al estudioso honesto de la historia.

El papel de Estados Unidos en Oriente Próximo (15 de noviembre de 1986)

Sería adecuado por mi parte presentar mis credenciales para hablarles sobre este tema, y puesto que sería injusto ofrecer mi versión personal, o incluso recurrir a los comentarios introductorios más considerados, permítaseme leer una carta de recomendación en mi favor que fue remitida a una pequeña revista de Inglaterra, *Index on Censorship*, en la que publiqué un breve artículo sobre algunos aspectos del tema que nos ocupa.¹

Estimado Dan:

Disculpa que te escriba otra vez en tu calidad de director y miembro del consejo editorial de *Index on Censorship*, pero no puedo evitarlo. En el último número que ha llegado a mis manos, el de julio-agosto de 1986, aparece un extenso artículo realmente asombroso, que empieza en la página 2. Este artículo es un ataque contra Estados Unidos, el gobierno de Estados Unidos y la prensa de Estados Unidos, escrito por Noam Chomsky.

Probablemente ya conoces a Chomsky: es un fanático defensor de la OLP que ha establecido nuevos niveles de deshonestidad intelectual y revanchismo personal en sus escritos sobre Oriente Próximo. En realidad no queda nadie en Estados Unidos —sin tener en cuenta a los políticos— que tome en serio a Chomsky a la vista de su asombroso historial. En consecuencia, me resulta inexplicable que se le concedan tres páginas enteras para repetir sus ataques contra una de las prensas más li-

bres del mundo. Es evidente que concederle tanto espacio otorga cierta respetabilidad a sus infames empeños. ¿Es posible que tus editores simplemente ignoren quién es Chomsky y desconozcan su historial? ¿Es posible que, aun conociéndole, decidieran concederle esta tribuna? Si es así, ¿por qué?

Firmado: «Elliott», es decir, Elliott Abrams, subsecretario de Estado de Asuntos Interamericanos, 29 de julio de 1986, en papel oficial del Departamento de Estado, y por lo tanto cuenta, supongo, como documento público (omitidos algunos comentarios personales).

Cito esta carta por dos motivos. En primer lugar, porque naturalmente la valoro, al igual que valoro por idénticas razones los esfuerzos de los asesores soviéticos en el tercer mundo por prohibir mis libros (como se ha hecho durante años en la Unión Soviética)², así como la denegación de mi única solicitud de un visado para Europa del Este. Las reacciones de los comisarios políticos suelen indicar que uno probablemente va por el buen camino. Pero, por otra parte, esa carta atañe al tema que nos ocupa. Proporciona una visión reveladora (y en absoluto atípica) de la mentalidad de la Administración Reagan y también del *lobby* israelí; debería mencionar que la carta de Abrams no fue más que una parte de un impresionante aluvión lanzado contra la revista por haberse atrevido a publicar comentarios sobre Estados Unidos e Israel que los guardianes de la fe consideraban impropios.³ Se trata de fenómenos de los que muchos de ustedes tienen un conocimiento personal, una circunstancia que también guarda relación con nuestro tema, por razones obvias.

Permítaseme que deje a un lado la extraordinaria falta del sentido irónico; hay que recordar que se trata de una publicación dedicada a la censura, y que era criticada porque había permitido la breve expresión de información y análisis que no es del gusto de los comisarios. Lo que la carta demuestra es la profunda vena totalitaria que rige la mentalidad de figuras destacadas de la Administración Reagan: no hay que dar la menor oportunidad a ideas inaceptables. No quiero insinuar que está fuera del espectro de la política americana. Por desgracia, no lo está. Pero en sus prácticas, su estilo y sus compromisos, la Administración Reagan representa una

postura extrema dentro de este espectro, un extremo de patriotería reaccionaria —que ha malversado el honorable término «conservador»— caracterizado por esforzadas mentiras, criminalidad, aumento de poder y violencia del Estado, ataques a la libertad personal y a las libertades civiles, cambios todos ellos que poseen un carácter amenazador y son importantes para el futuro de la política y la sociedad americanas, y por ende para Oriente Próximo y el mundo, dada la imponente magnitud del poder de Estados Unidos

Estas características de la Administración Reagan no han pasado desapercibidas, y naturalmente han suscitado inquietud entre los auténticos conservadores del país —de los que hay muy pocos en el Gobierno o en los medios de comunicación— y del extranjero. Hace tres años, David Watt, director del Real Instituto de Asuntos Internacionales de Londres, escribió en *Foreign Affairs* sobre

el abismo que existe entre las actuales percepciones americanas del mundo y la percepción que tiene el mundo de América. [...] Con las posibles excepciones de los israelíes, los surafricanos, el presidente Marcos de Filipinas y unos pocos gobiernos de derecha en Centroamérica y Suramérica, [la mayor parte del mundo considera que] la Administración Reagan ha reaccionado de manera sumamente exagerada ante la amenaza soviética, distorsionando así la economía americana (y por consiguiente la mundial), acelerando la carrera armamentista, pervirtiendo su propio criterio sobre los acontecimientos en el tercer mundo y corrompiendo todavía más el lenguaje de las relaciones internacionales con una retórica febril.

Agrega que «en mi experiencia es casi imposible transmitir incluso a los americanos más experimentados hasta qué punto ha arraigado y se ha difundido la visión crítica», también un dato importante. Como para confirmar esta opinión, en otro artículo sobre la situación internacional actual, el editor de *Foreign Affairs* William Bundy escribe que con respecto al «grado de amenaza de la Unión Soviética [...] la amplia perspectiva de la Administración Reagan parece, para este observador, más cerca de la realidad que las posturas a menudo excesivamente optimistas y de miras estrechas que expresan otras naciones de primer orden».⁴

En realidad Watt exagera el «abismo». Las elites europeas no están tan alejadas de la histeria reaganiana como sugiere, y las «excepciones» son más de las que menciona, incluyendo especialmente Francia, donde muchos intelectuales parisinos han adoptado el fanatismo de Reagan como una moda. Además, como indica el comentario de Bundy, lo que Watt describe representa la opinión de la elite de Estados Unidos, lo cual va mucho más allá de la Administración Reagan; Bundy escribe desde casi el extremo contrario del espectro de la elite. Watt describe la versión extrema de una reacción general de la elite a los problemas ocasionados por la guerra de Vietnam, incluidos el perjuicio causado a la economía estadounidense y los beneficios para sus rivales industriales, y el derrumbe de la disciplina tanto en el tercer mundo como en Estados Unidos, factores que exigen una severa intervención del Estado y por lo tanto el recurso a la siempre útil amenaza rusa, habitualmente invocada en tales situaciones. Pero el argumento esencial de Watt es bastante acertado.

Desde entonces el aislamiento de Estados Unidos se ha incrementado, como demuestran por ejemplo las votaciones en las Naciones Unidas sobre un amplio abanico de cuestiones. Durante sólo las últimas semanas, la Asamblea General votó por 124 a 1 a favor de una zona de paz en el Atlántico Sur y 94 contra 3 exigieron que Estados Unidos cumpliera la resolución del Tribunal Internacional de Justicia que ordena el cese de la agresión estadounidense contra Nicaragua; en este último caso, Estados Unidos fue secundado por dos Estados satélites: El Salvador (que es «independiente» en la medida en que Polonia es independiente de la Unión Soviética) e Israel, que ha optado por convertirse en un mercenario armado a las órdenes de Estados Unidos. El aislamiento estadounidense en las votaciones sobre Oriente Próximo es célebre, pero el fenómeno es mucho más general. Sólo en el periodo entre 1980 y 1985, Estados Unidos recurrió 27 veces al derecho de veto en el Consejo de Seguridad, en comparación con los 15 vetos en toda la historia anterior de la ONU (todos ellos desde 1966) y los cuatro de la Unión Soviética durante la década de 1980.⁵

La reacción es interesante. En los primeros tiempos de la ONU, cuando la organización se hallaba bajo el firme control de Estados Unidos y servía a los propósitos de la guerra fría, la actitud

general respecto a la organización era muy favorable y existía un gran debate formal acerca de por qué la Unión Soviética, por entonces casi aislada, era tan negativa; hubo quien insinuó que tal vez se debía al uso prolongado de pañales, lo cual reforzaría el «negativismo», una doctrina que algunos escépticos bautizaron con el nombre de «pañalogía». A medida que el predominio mundial de Estados Unidos fue declinando desde su fenomenal auge de posguerra y la independencia relativa de los miembros de las Naciones Unidas se acrecentaba, las actitudes hacia la ONU se volvieron más críticas, y actualmente son francamente hostiles. Ya no leemos disquisiciones sobre el curioso negativismo de los rusos, sino acerca del hecho igualmente singular de que el mundo ha perdido el paso, como el corresponsal del *New York Times* en la ONU, Richard Bernstein, explica cuidadosamente.⁶

Las encuestas de opinión en Europa arrojan resultados parecidos. Una reciente encuesta confidencial de USIA demuestra que, a excepción de Francia, la opinión europea confía mucho más en Mijaíl Gorbachov que en Reagan para el control de armamento, en una proporción de cuatro a uno en Inglaterra y de siete a uno en Alemania.⁷

El aislamiento internacional preocupa muy poco a la Administración Reagan. Sus miembros han demostrado una sagaz comprensión de la eficacia de la violencia y la intimidación. Al igual que algunos de sus predecesores y modelos en otras partes del mundo, son muy conscientes de que las victorias fáciles sobre enemigos débiles e indefensos pueden ser manipuladas para suscitar sentimientos patrioterrosos y entusiasmo popular en el país, siempre que la población esté debidamente aterrorizada por amenazas graves a su existencia; entre los primeros ejemplos que acuden a la memoria figuran las advertencias de Hitler sobre el cerco de Alemania por parte de Estados hostiles que pretendían destruirla: la «daga checa apuntando al corazón de Alemania», la agresividad y el terrorismo de los checos y polacos y, sobre todo, la amenaza de la conspiración internacional judía. Los reaganistas entienden muy bien lo que H. L. Mencken denominó «el objetivo fundamental de la política práctica»: «mantener al populacho alarmado (y en consecuencia clamando por ser conducido a la salvación) amenazándolo con una interminable serie de fantasmas y peligros, todos ellos imagina-

rios». En cuanto al resto del mundo, la hegemonía cultural estadounidense es lo suficientemente grande como para que las doctrinas ideadas con fines nacionales sean adoptadas o tomadas en serio, por ridículas que resulten; y si no, la amenaza de la violencia intensificada si los aliados de Estados Unidos se muestran intransigentes, y sus costes potenciales para ellos, siguen siendo creíbles y han sido aprovechados con eficacia.

La campaña propagandística sobre el terrorismo internacional es un ejemplo del hábil empleo de estas técnicas, tanto dentro del país como en el extranjero. Los diseñadores de políticas de la Administración Reagan saben que los elementos liberales del Congreso y de los medios de comunicación pueden ser fácilmente intimidados por la acusación de que se muestran blandos e insuficientemente combativos frente al fantasma que resulte ser el monstruo de turno, y por lo tanto se alinearán obedientemente en la «cruzada contra el terrorismo». También saben que los abrumadores recursos violentos de que disponen les permiten desdeñar la opinión mundial. De hecho, explotan regularmente los temores hacia su violencia, como en la cumbre de Tokio celebrada tras los bombardeos contra Libia, cuando los reaganistas apelaron a las elites occidentales advirtiéndoles que, a menos que estuvieran de acuerdo con ellos, no podrían saber lo que los «chiflados americanos» harían a continuación.⁸

La actitud de desdén hacia el Congreso también se pone de manifiesto en cada uno de los pasos. Por ejemplo, el mes pasado, en el proyecto de ley de autorización militar, ambas cámaras del Congreso insistieron en un redactado que exigía al ejecutivo cumplir el tratado SALT II, por el bien de la seguridad nacional. Unas semanas después, el Gobierno anunció que procedía a sobrepasar los límites del SALT II. Un portavoz de la Administración explicó que «el Congreso está ausente y la cumbre de Islandia ya es agua pasada. No se espera que [Gorbachov] venga aquí durante algún tiempo. Así pues, ¿qué nos retiene?».⁹ Dicho de otro modo, puesto que el policía mira hacia otro lado, ¿por qué no robar la tienda? En realidad, el Congreso ha estado ausente pese a encontrarse en la ciudad, como el gobierno sabe muy bien, y no ha resultado demasiado difícil para una banda de matones callejeros pisotear una oposición generalmente patética.

La actitud hacia el público se manifiesta en lo que un funcionario de Reagan denominó «una vasta operación de guerra psicológica» concebida para fijar el calendario del debate sobre Nicaragua: una campaña de desinformación llamada Operación Verdad; a Goebbels y Stalin les habría hecho gracia.¹⁰ La desinformación ha sido una especialidad del ejecutivo desde los primeros tiempos, si bien los medios de comunicación y el Congreso se confiesan siempre sorprendidos cuando se descubre un nuevo ejemplo, recientemente durante la campaña de desinformación de 1986 con respecto a Libia (véase el capítulo 3). En este caso, la demostración de indignada sorpresa requirió un leve caso de amnesia; ya en agosto de 1981, *Newsweek* había hablado de un «programa de desinformación concebido [por la Administración americana] para poner a Gaddafi y su gobierno en una situación comprometida» junto con acciones varias de terrorismo estadounidense en territorio libio para intentar «demostrar que Gaddafi se enfrentaba a la oposición de una fuerza política autóctona». También ha habido importantes campañas de desinformación, muy eficaces gracias a la cooperación de la prensa, sobre la carrera armamentista y otros muchos asuntos.¹¹

Obtenemos nuevas ideas de los descubrimientos actuales sobre el sofisticado programa para eludir las limitaciones que impone el Congreso a la ayuda militar al ejército terrorista apoderado que ataca a Nicaragua, o la «resistencia», como es denominado por el gobierno y la prensa leal, una «resistencia» organizada por la Autoridad de Occidente para atacar a Nicaragua desde bases situadas fuera de sus fronteras (la expresión «ejército apoderado», en cambio, es utilizada en documentos internos de la Casa Blanca, y su terrorismo tampoco se oculta en los informes secretos). Para citar un ejemplo de la cuidadosa planificación que hay detrás de las operaciones terroristas, pensemos en la decisión de la Administración Reagan de vender aviones AWAC (probablemente bastante insertables) a Arabia Saudí en 1981. Fue una decisión políticamente impopular, y por entonces no estaba claro por qué el gobierno estaba tan resuelto a ponerla en práctica. Los planificadores de Reagan previeron evidentemente posibles dificultades para financiar su ejército apoderado, y cuando más tarde el Congreso, respondiendo a la presión popular, trató de limitar la guerra terrorista contra Ni-

caragua, se exigió que Arabia Saudí saldara su deuda y financiara partidas de armamento a la Contra, aparentemente armas soviéticas que Israel había capturado durante su agresión al Líbano respaldada por Reagan.¹²

Tales son las maquinaciones de los terroristas internacionales sofisticados y con visión global. Ahora que por fin han superado el punto en el que pueden ser eliminadas fácilmente, las denuncias parciales suscitarán el pretexto de que los diseñadores de las políticas de Reagan son unos chapuceros incompetentes; la invariable respuesta de la elite al fracaso de los planes de Estado consiste en centrar la atención en supuestas ineptitudes personales, con el fin de evitar la amenaza de que el público pueda llegar a entender el carácter sistemático de la política, el apoyo general que recibe de los grupos de elite (tácticas aparte) y las raíces institucionales de esos compromisos. Pero nadie debería engañarse pensando que estamos presenciando las operaciones de unos tontos y chapuceros; sus logros en la organización de un terrorismo internacional eficiente son impresionantes, desde Oriente Próximo hasta Centroamérica y más lejos.

Conviene también tener en cuenta otro dato crucial: los escándalos actuales constituyen un magnífico tributo a los movimientos populares de la década de 1960 y posteriores, que obligaron al Estado a recurrir a operaciones clandestinas para esconder su terrorismo y violencia, unas operaciones tan complejas que finalmente no pudieron ocultarse del todo a los ojos del público. Si éste se hubiese mostrado apático e inactivo, como en años anteriores, Reagan habría podido emular las prácticas de John F. Kennedy cuando envió la aviación norteamericana a efectuar bombardeos a gran escala e inició la defoliación y destrucción de cultivos en Vietnam del Sur a partir de 1961 y 1962, o de Lyndon Johnson cuando intensificó la agresión contra Vietnam del Sur por tierra y aire, extendiéndola también al norte, y cuando mandó 23.000 marines a la República Dominicana para impedir la amenaza de una democracia local, todo ello a principios de 1965, con muy pocas protestas por entonces. Las operaciones clandestinas llevan consigo el peligro de ser descubiertas y de minar la pose retórica del gobierno (por ejemplo, «combatir el terrorismo»). Esto puede inhibir a los comandantes terroristas, por lo menos durante algún tiempo. Estos hechos sirven para demostrar que incluso en una sociedad generalmente

despolitizada como la de Estados Unidos, sin partidos políticos ni medios de comunicación importantes fuera del restringido consenso de la elite basado en los negocios, es posible una actividad pública significativa que puede influir en la política, si bien de un modo indirecto, como durante los años de Vietnam y posteriormente. Son también datos importantes que se deben tomar en cuenta en relación con Oriente Próximo.

Un elemento de la red de terrorismo internacional organizada por Estados Unidos es la Liga Anticomunista Mundial, una agrupación de nazis, antisemitas, asesinos de los escuadrones de la muerte y algunos de los peores criminales y sicarios de todo el mundo, movilizados por la Administración Reagan en una efectiva red de verdugos y torturadores de ámbito mundial. En el mes pasado, la Liga atrajo cierta atención en el transcurso del caso Hasenfus en Nicaragua. El *New York Times*, difundiendo como siempre propaganda gubernamental como si se tratara de información, dijo que la Liga había sido depurada de sus elementos más nefarios cuando el general Singlaub se hizo cargo de ella en la década de 1980. Por entonces la Liga Anticomunista Mundial acababa de celebrar su conferencia anual en Europa (no divulgada en los medios estadounidenses, que yo sepa). Estuvieron presentes los principales nazis, que recibieron un respetuoso aplauso cuando sus líderes —asesinos de la época de Hitler— subieron al estrado para dirigirse al público. Los jefes de los escuadrones de la muerte latinoamericanos, supuestamente expulsados en 1984, reaparecieron en las conferencias de 1984 y 1985 avalados por la filial estadounidense: una organización «educativa» exenta de impuestos. La Liga sigue incluyendo nazis, racistas de distinto signo y asesinos de todo el mundo. Recibe el apoyo de Estados Unidos y varios de sus estados satélites, especialmente Taiwan y Corea del Sur, pero según se dice también de Siria y otros estados árabes, y sus actividades son encubiertas por el *lobby* israelí de Estados Unidos. En su introducción a su reciente libro sobre la Liga, Scott Anderson y John Anderson comentan que la Liga Antidifamación de B'nai Brit, un destacado miembro del *lobby* israelí nacional, se negó a proporcionarles información sobre este conocido grupo de antisemitas, que ahora tienen una utilidad práctica dentro de la red reaganista de terrorismo internacional a la que generalmente apoyan.¹³

Todo esto, y mucho más, pone de manifiesto un sofisticado conocimiento de cómo dirigir el terrorismo internacional, hasta un punto que cuenta con pocos precedentes históricos.

Los sórdidos antecedentes de la Liga Anticomunista Mundial deberían recordarnos que, si bien el matonismo reaganista es poco común, no es único en la historia estadounidense. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se dedicó a la tarea de eliminar la resistencia antifascista en todo el mundo, a menudo en beneficio de los fascistas y sus colaboradores. Uno de los componentes de este programa global fue el reclutamiento de gánsteres nazis como Klaus Barbie, «el Carnicero de Lyon», que había sido el responsable de horrendas atrocidades en Francia y a quien se encomendó la misión de espiar a los franceses para la inteligencia americana. Un ejemplo mucho más importante fue el de Reinhard Gehlen, jefe de las operaciones secretas hitlerianas en Europa oriental y pronto asignado a idénticas tareas a las órdenes de la CIA en los servicios secretos de Alemania Federal. Su organización fue responsable del apoyo estadounidense a acciones militares en la Unión Soviética y Europa del Este, junto con ejércitos que habían sido fomentados por Hitler. Tales operaciones salieron del despacho de George Kennan en el Departamento de Estado, según John Loftus, quien investigó estos asuntos para el Departamento de Justicia de Estados Unidos. Más tarde, cuando muchos de estos personajes tan útiles ya no podían seguir siendo protegidos en Europa, las autoridades norteamericanas los trajeron a Estados Unidos o a Latinoamérica con la ayuda del Vaticano y de sacerdotes fascistas. Han seguido sirviendo los intereses del gobierno de Estados Unidos, instruyendo a torturadores en métodos concebidos por la Gestapo, contribuyendo a instaurar Estados neonazis de Seguridad Nacional en Latinoamérica y el aparato de los escuadrones de la muerte centroamericanos dentro de la estructura de las fuerzas de seguridad entrenadas por Estados Unidos, etcétera.¹⁴

No comprenderemos gran cosa del mundo si descuidamos el contexto histórico pertinente, comúnmente ignorado o suprimido en la doctrina oficial.

Lo mismo puede decirse si centramos la atención en Oriente Próximo. Recordemos las relaciones de Estados Unidos con Irán, actualmente difundidas en los noticiarios, pero eliminando en bue-

na parte el contexto histórico, como suele ocurrir cuando éste imparte enseñanzas inoportunas. La Administración Reagan sostiene que los recientes envíos de armamento a Irán a través de una conexión israelí forman parte de un intento de establecer contactos con elementos «moderados» de Irán. Se tiene la sensación de que esta afirmación es cierta; concretamente, si entramos en el terreno de la neolengua convencional, en el que se usa el término «moderado» para referirse a elementos que se muestran adecuadamente obedientes a las órdenes y exigencias estadounidenses; se contraponen a «radical», empleado para designar a quienes no obedecen las órdenes como es debido. Cabe señalar que la terminología no tiene nada que ver con el empeño en la violencia y el terror de estos grupos, ni tan siquiera con sus objetivos sociales y políticos, excepto por la característica definitoria esencial; así, el asesino de masas Suharto de Indonesia es un «moderado» respetado, mientras que un grupo campesino de apoyo mutuo organizado por la Iglesia en El Salvador es «radical» y debe ser exterminado por un terrorismo al estilo de Pol Pot dirigido por las fuerzas mercenarias estadounidenses.

En Irán, Estados Unidos reinstauró a los «moderados» en el poder mediante un golpe de la CIA en lo que el *New York Times* (6 de agosto de 1954) definió como un «perfecto ejemplo» para los «países subdesarrollados ricos en recursos», un «perfecto ejemplo del precio que deberán pagar los que se dejen llevar por el nacionalismo fanático» y traten de asumir el control de sus propios recursos, volviéndose así «radicales». Irán fue «moderado» hasta la caída del sha en 1979, al tiempo que compilaba uno de los peores históricos relativos a derechos humanos del mundo, como Amnistía Internacional y otros colectivos de defensa de los derechos humanos documentaron regularmente, sin que ello afectara a la calificación del sha como «moderado» ni a la aprobación que recibía entre las elites estadounidenses. La Administración Carter apoyó al sha hasta el final de su sanguinario mandato. En ese momento Estados Unidos consideró la posibilidad de un golpe militar, pero sin éxito. Desde entonces ha circulado un flujo continuo de armas a Irán, en parte a través de Israel, que mantenía relaciones muy estrechas con el sha y su ejército.

Algo bastante parecido ocurrió en el caso de Somoza en Nicaragua, que cayó hacia la misma época. La Administración Carter

también le apoyó hasta el final, con el suministro de armas a cargo de Israel, sin duda con el respaldo tácito de Estados Unidos, al tiempo que el dirigente nicaragüense asesinaba a decenas de miles de personas en un último paroxismo de ira. Carter trató de imponer el mandato de la Guardia Nacional cuando Somoza ya no pudo mantenerse en el poder. Poco después, los restos de la Guardia fueron restablecidos en Honduras y Costa Rica con la ayuda de apoderados de Estados Unidos como Argentina (a la sazón bajo el mandato de los generales neonazis, y por lo tanto un valioso Estado cliente «moderado»), y entonces fueron reclutados directamente por Estados Unidos y organizados como un ejército terrorista apoderado cuya misión consistía en evitar la amenaza de reformas sociales en Nicaragua.

Entretanto, las elites estadounidenses experimentaron una conversión mágica: por primera vez se sintieron hondamente preocupadas por los derechos humanos y la «democracia» en Nicaragua e Irán, un repentino despertar moral que no provocó el desprecio que merece.¹⁵

Volviendo a Irán, según afirmó el embajador de Israel en Estados Unidos, Moshé Arens, en octubre de 1982, el suministro israelí de armas a Teherán tras la caída del sha se llevó a cabo «en coordinación con el gobierno estadounidense [...] casi al máximo nivel». El objetivo «era ver si podíamos encontrar puntos de contacto con el ejército iraní, para derrocar el régimen de Jomeini», o cuando menos «establecer contacto con algunos oficiales que en un futuro pudieran ocupar una posición de poder en Irán». Ya'akov Nimrodi, el vendedor de armas israelí y oficial de la inteligencia que permaneció a cubierto como agregado militar durante el mandato del sha, describió este plan en una emisión de la BBC en 1982. El ex embajador israelí de facto en Irán, Uri Lubrani, del partido laborista, aportó más detalles en el mismo programa:

Creo firmemente que Teherán puede ser tomada por una fuerza relativamente reducida, resuelta, implacable, cruel. Me refiero a que los hombres que estuvieran al mando de esa fuerza deberían estar emocionalmente preparados para la posibilidad de que tuviesen que matar a diez mil personas.

Las palabras de Lubrani demuestran que son «moderados», en la acepción técnica del término. Ideas similares fueron expresadas por David Kimche, ministro de Asuntos Exteriores de Israel y ex director adjunto del Mossad. En la actualidad, los medios de comunicación señalan a Kimche y Nimrodi entre los que a mediados de la década de 1980 pusieron en marcha el programa de ayuda militar estadounidense a Irán por medio de Israel en relación con los rehenes americanos y la «búsqueda de moderados». Sin embargo, las opiniones divulgadas de los israelíes preocupados por estos programas —mucho antes de que hubiese rehenes— han sido suprimidas. En la misma época —principios de 1982— esos planes fueron generalmente respaldados, con distintos grados de escepticismo respecto a su viabilidad, por Richard Helms (ex director de la CIA y antiguo embajador en Irán), Robert Komer (un destacado candidato para los juicios de crímenes de guerra a finales de la década de 1960 y alto mando del Pentágono durante la presidencia de Carter, uno de los artífices de la Fuerza de Despliegue Rápido que, según insinuó, podría utilizarse para apoyar a los «moderados» después de un golpe militar) y otros.¹⁶ También todo esto ha sido suprimido.

Básicamente los mismos datos se divulgaron también en tiempos más recientes, si bien se prescindió de ellos, mucho antes de que estallasen los escándalos; por ejemplo, por parte del portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí Avi Pazner, quien confirmó en una entrevista que en 1982 Israel había mandado suministros militares a Irán con el beneplácito de Estados Unidos, incluidas piezas de repuesto para cazas de fabricación americana.¹⁷

Es muy posible que el flujo de armas a Irán a través de Israel (y probablemente por otras vías) haya proseguido a un nivel suficiente como para mantener contactos con los elementos apropiados del ejército iraní, pese a que Estados Unidos se opone a enviar armas suficientes para permitir que Irán gane la guerra contra Irak, lo que sería un desastre para la política estadounidense de apoyo a Saddam Hussein. Así, Estados Unidos impidió una importante transacción de armas entre Irán e Israel el pasado abril, arrestando a un ex general israelí, entre otros.¹⁸

Nada de esto es un descubrimiento de finales de 1986, como indican esas referencias anteriores. En 1982, un artículo de primera plana firmado por el actual director del *New York Times*, Leslie

Gelb, informó de que la mitad de las armas que llegaban a Irán «eran suministradas o concertadas por Israel» —sin duda con el conocimiento y al menos la autorización tácita de Estados Unidos— «y el resto, por vendedores de armas independientes, algunos de los cuales podrían mantener también contactos con la inteligencia israelí», mientras la CIA llevaba a cabo acciones secretas contra el régimen de Jomeini desde sus bases en el este de Turquía.¹⁹ Y las revelaciones de Aren fueron publicadas en grandes titulares en el *Boston Globe* durante los días sucesivos, entre otros casos. En meses más recientes, mucho antes de los «escándalos», salió a la luz más información. Así, en mayo, Patrick Seale divulgó que «traficantes de armas israelíes y europeos envían suministros bélicos a Irán» que Israel distribuye por «las rutas indirectas de armamento habituales»; «por ejemplo, un barco actualmente en alta mar, que transporta más de 25.000 toneladas de artillería, municiones, cañones, piezas de aviones y otros suministros bélicos israelíes» recibió la orden de trasladarse directamente a Irán en lugar de transbordar en Zaire.²⁰ Cuesta trabajo tomar demasiado en serio las actuales muestras de sorpresa con respecto a estos asuntos.

Observemos de nuevo la semejanza entre la política estadounidense respecto de Irán y Nicaragua. También en este caso resulta difícil tomar en serio las actuales muestras de sorpresa ante el hecho de que la Administración Reagan haya estado activamente implicada en la organización de apoyo militar para su ejército apoderado, burlando la legislación del Congreso, por no hablar de las resoluciones del Tribunal Internacional de Justicia, irrelevantes para un Estado terrorista, y unas normas que se remontan a la Ley de Neutralidad del siglo XVIII.

Podemos averiguar más datos sobre estos asuntos atendiendo a la historia reciente. Reparemos en primer lugar en que el modelo de la venta de armamento a Irán es clásico, otro dato crucial que se elude en los comentarios actuales. Por ejemplo, las relaciones entre Estados Unidos e Indonesia se volvieron terriblemente hostiles hace treinta años, hasta el punto de que la CIA patrocinó una rebelión militar frustrada en Indonesia en 1958. Durante el periodo de hostilidad, Estados Unidos siguió suministrando armas al régimen de Sukarno. A finales de 1965, el general proamericano Suharto protagonizó un golpe militar que ocasionó la matanza de varios

cientos de miles de personas, la mayoría de ellas campesinos sin tierra, y la destrucción de la única organización política de base popular en Indonesia, el Partido Comunista Indonesio. De este modo Indonesia fue devuelta al Mundo Libre, expuesta al robo y la explotación por parte de corporaciones estadounidenses, canadienses, europeas y japonesas, que sólo hallaron el obstáculo de la rapacidad de los generales gobernantes, quienes impusieron una dictadura corrupta y brutal.

Estos cambios fueron recibidos con entusiasmo por parte de la opinión progresista de Occidente, y considerados como una justificación de la agresión estadounidense a Vietnam del Sur (llamada «defensa de Vietnam del Sur» en el sistema de propaganda), lo cual proporcionó un «escudo» que estimuló a los generales a llevar a cabo la necesaria depuración de su sociedad. En una comparecencia ante el Senado después de la matanza, se pidió al secretario de Defensa McNamara que justificara el suministro de armas a Indonesia durante el periodo de intensa hostilidad entre ambos países. Se le preguntó si este suministro de armamento había «proporcionado beneficios» y él respondió que sí, incluidos unos setecientos mil cadáveres hasta la fecha, según sus amigos indonesios. Un informe del Congreso sostuvo que el hecho de entrenar a oficiales militares y mantener la comunicación con ellos proporcionó «grandes beneficios» al derrocar a Sukarno. De un modo similar, según fuentes del Pentágono, «la influencia militar de Estados Unidos sobre los comandantes locales fue ampliamente considerada como un factor en el golpe de Estado que destituyó al presidente de izquierdas de Brasil, João Goulart, en 1964»,²¹ instaurando un Estado de Seguridad Nacional en el que se practicaba la tortura y la represión, y que proporcionaba beneficios al inversor extranjero, un régimen recibido también con entusiasmo por los liberales de Kennedy. La misma obra volvió a representarse en Chile unos años después. Durante el régimen de Allende, Estados Unidos siguió suministrando armas al mismo tiempo que hacía lo posible por derrocar el régimen, y fue recompensado con el golpe de Pinochet, que también fue acogido con agrado.

Las operaciones iraníes se ajustan a un modelo conocido de planificación política, que es comprensible y a veces realista. Es fácil entender por qué recibió el respaldo público de Richard Helms y otros en 1982.

A este respecto, conviene recordar el carácter de las relaciones entre Estados Unidos e Irán bajo el mandato del sha. A Irán se le asignó un papel central en el control de Oriente Próximo bajo la doctrina de Nixon, que se basaba en el reconocimiento de que Estados Unidos no tenía la capacidad de imponer su voluntad en todas partes y por consiguiente debía depender de «policías que hicieran la ronda» (como dijo el secretario de Defensa Melvin Laird), apoderados locales que desempeñarían sus «responsabilidades regionales» dentro del «marco general del orden» mantenido por Estados Unidos, en palabras de Henry Kissinger. Se estableció una alianza tripartita (parcialmente tácita) que vinculaba a Irán, Arabia Saudí e Israel bajo la tutela de Estados Unidos, comprometidos en «defender» el dominio estadounidense de las reservas energéticas más importantes del mundo y protegerlas del principal enemigo, la población autóctona, que podía estar infectada por la idea «radical» de que debería participar en el control de nuestros recursos que se encuentran en sus tierras. Esto no es más que un ejemplo de un modelo mundial.²²

La «relación especial» con Israel se desarrolló también en este contexto. En 1958 el Consejo de Seguridad Nacional señaló que un «corolario lógico» de oposición al nacionalismo árabe radical (en el sentido técnico de la palabra) «sería apoyar a Israel como la única potencia prooccidental que queda en Oriente Próximo». Según el biógrafo de David Ben Gurión, Michael Bar-Zohar, por entonces Israel concertó un «pacto periférico», que era «duradero», con Irán, Turquía y Etiopía, alentado por el secretario de Estado americano Foster Dulles. Durante la década de 1960, la inteligencia estadounidense consideró Israel como una barrera a las presiones «nacionalistas radicales» contra Arabia Saudí, y el concepto de Israel como «baza estratégica» llegó a institucionalizarse en la política de Estados Unidos después de la victoria israelí con el respaldo americano en 1967, y especialmente tras las acciones de Israel para obstaculizar el apoyo sirio a los palestinos que estaban siendo aniquilados en Jordania en 1970 durante un periodo en el que Estados Unidos era incapaz de intervenir directamente por motivos internos. La caída del sha potenció el papel de Israel como «baza estratégica» al servir de base para hacer respetar los intereses americanos en la región. Mientras tanto, Israel prestaba servicios secundarios a Estados Unidos en África meridional, Asia y Latinoamérica.²³

Hacia 1970 se produjo un cisma entre las elites estadounidenses acerca de la política americana en la región. Éste fue simbolizado por la controversia entre el secretario de Estado William Rogers, quien propuso un plan para una solución política del conflicto árabe-israelí según las pautas del consenso internacional del momento, y Henry Kissinger, quien afirmó que era preciso mantener un «punto muerto», su pretexto para respaldar el rechazo israelí de la propuesta hecha por Sadat en febrero de 1971 de un pleno acuerdo de paz según las pautas generales de la política estadounidense. Se impuso el punto de vista de Kissinger. Desde entonces su oposición confrontacional y radical a un verdadero acuerdo político ha dominado la política de Estados Unidos, que ha preferido ver una «baza estratégica» israelí desempeñando su función en el control americano de la región mediante la amenaza o el uso de la fuerza. Esto explica el continuo empeño estadounidense en obstaculizar una solución política, que probablemente permitiría la integración de Israel en la región.²⁴

Estados Unidos ha tratado sistemáticamente de perpetuar la confrontación militar y garantizar que Israel siga siendo una «baza estratégica». A la luz de este concepto, Israel debe ser un Estado altamente militarizado y tecnológicamente avanzado, un Estado paria con escasa independencia política aparte de la producción de alta tecnología (a menudo en coordinación con Estados Unidos), totalmente dependiente de Estados Unidos y por lo tanto fiable, que cumple las exigencias americanas como «un policía que hace la ronda» y como Estado mercenario empleado para los fines estadounidenses en todas partes, por ejemplo, en apoyo del cuasigenocidio en Guatemala, cuando factores internos impidieron a Washington participar en esta empresa tan directamente como habría deseado.²⁵

¿Y las relaciones de Estados Unidos con el mundo árabe? En primer lugar, Estados Unidos actuará con el fin de asegurarse el control de los principales recursos energéticos de la península de Arabia: se trata de un principio fundamental de la política exterior estadounidense, como lo ha sido a lo largo de todo el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, Estados Unidos apoyará a «nacionalistas moderados», como las elites dirigentes de Arabia Saudí, conocidas por su «moderación». Además,

Arabia Saudí es llamada a alistarse en apoyo del terrorismo internacional americano, como ya se ha dicho, y no sería sorprendente la revelación de que está muy implicada en el suministro de armamento a Irán junto con su tácito aliado israelí, así como en las actividades terroristas de Estados Unidos en Centroamérica, y probablemente también en otros lugares como África meridional, por ejemplo. Al mismo tiempo, Estados Unidos se opondrá sistemáticamente a los «nacionalistas radicales» que se entrometan en los objetivos estadounidenses. Libia es un buen ejemplo de ello. Aunque aparentemente Estados Unidos apoyó el intento de Gaddafi por aumentar los precios del petróleo a principios de la década de 1970 «con el fin de reforzar la posición de los “moderados”, como Irán, Kuwait y Arabia Saudí»,²⁶ Libia se ha ido convirtiendo en un obstáculo cada vez mayor a los propósitos americanos y fue designada como objetivo prioritario desde los primeros tiempos de la Administración Reagan con el pretexto de una «guerra contra el terrorismo internacional».²⁷

A este respecto, hay que tener en cuenta que la Administración Reagan afrontó un problema bastante grave desde el comienzo. Contrarias a muchas ilusiones, sus principales políticas han sido generalmente impopulares. La población sigue apoyando, como hizo antes, el gasto social por encima del militar y se opone al programa para aumentar el poder estatal y convertir el Estado, aún más que en el pasado, en un Estado del bienestar para los ricos, una función fundamental del sistema Pentágono, que proporciona una subvención pública obligatoria a la industria de alta tecnología en el sistema de subvención pública y beneficio privado conocido como «libre empresa». El público se ha opuesto generalmente también a la política exterior «activista» de subversión, intervención, terrorismo internacional y agresión aclamada como «la doctrina Reagan». Existe un procedimiento clásico para resolver el problema y obligar a una población reacia a aceptar políticas a las que se opone: instigar miedo, según la sentencia de Mencken, citada anteriormente. Así pues, debemos enfrentarnos al Imperio del Mal que se propone nuestra aniquilación, «la conspiración monolítica e implacable» empeñada en frustrar nuestra benevolencia mundial y destruirnos, en palabras de John F. Kennedy durante un periodo bastante similar de la historia americana. Pese a ello, surge un pro-

blema: los enfrentamientos con el Imperio del Mal son demasiado peligrosos. Podrían resultar muy caros, y por lo tanto es mejor no emprenderlos. La solución al dilema consiste en inventar «apoderados» del Imperio del Mal para atacarlos impunemente, puesto que son débiles e indefensos. Libia es idónea para ese papel, especialmente dado el trasfondo de racismo antiárabe predominante en Estados Unidos y dentro del contexto general de la «campana contra el terrorismo internacional», esa plaga de la era moderna de la que los comandantes terroristas de Washington deben defendernos, según las distintas «Operaciones Verdad» llevadas a cabo por las instituciones ideológicas. Resulta fácil matar a muchos libios sin coste para nosotros —y de hecho suscitando numerosos elogios en el país, incluida la opinión liberal progresista— al tiempo que nos defendemos contra el «azote malévol del terrorismo».

Los dos años siguientes pueden ser peligrosos. Los reaganistas desean dejar un sello indeleble en la política americana, sea cual fuere el resultado de las próximas elecciones. Quieren demostrar que la violencia merece la pena. Quieren vencer «las inhibiciones enfermizas contra el empleo de la fuerza militar» (Norman Podhoretz). El sistema propagandístico ha construido una serie de demonios: los sandinistas, un «cáncer» con el que hay que acabar (George Shultz); Gaddafi, el «perro rabioso» de Oriente Próximo; Arafat, «el padre del terrorismo moderno»; Castro, que amenaza con apoderarse del mundo occidental al servicio de la Unión Soviética, etcétera. Si se pueden destruir por medio de la violencia, las repercusiones a largo plazo para la cultura americana serán profundas. Ya no habrá «débiles» que firmen tratados y establezcan negociaciones, no habrá que preocuparse por soluciones políticas, la legislación internacional y tonterías por el estilo. Entonces el sistema político estará dominado por hombres sin «inhibiciones enfermizas» a los que encantará enviar sus fuerzas militares satélites y escuadrones de matones a torturar a gente que no puede defenderse: esto recibe el nombre de «conservadurismo» en la neolengua contemporánea.

Terrorismo internacional: imagen y realidad (1989)

Existen dos formas de abordar el estudio del terrorismo. Se puede adoptar un enfoque literal, tomando el tema en serio, o un enfoque propagandístico, construyendo el concepto de terrorismo como un instrumento al servicio de un sistema de poder determinado. Siguiendo el enfoque literal, empezamos por definir qué constituye terrorismo. Luego buscaremos ejemplos del fenómeno —centrándonos en los principales modelos, si somos rigurosos— y trataremos de determinar causas y remedios. El enfoque propagandístico exige un procedimiento distinto. Se empieza por la tesis de que el terrorismo es responsabilidad de un enemigo oficialmente designado. Entonces calificamos los actos terroristas de «terrorismo» sólo si pueden atribuirse (de forma plausible o no) al origen requerido; de lo contrario deben ser ignorados, suprimidos o calificados de «represalia» o «autodefensa».

No es sorprendente que generalmente los gobiernos y sus instrumentos en Estados totalitarios adopten el enfoque propagandístico. Más interesante resulta el hecho de que hagan lo mismo los medios de comunicación y los intelectuales especializados en temas de terrorismo de las democracias industriales occidentales, como se ha documentado con todo detalle.¹

«Debemos reconocer —señala Michael Stohl— que, por convención (y hay que subrayar que es sólo por convención), suele describirse el uso de la fuerza y la amenaza del uso de la fuerza por parte de una gran potencia como diplomacia coercitiva y no como una forma de terrorismo», aunque comúnmente implica «la amenaza y a menudo el uso de violencia para lograr lo que se describi-

ría como propósitos terroristas, si no fuera porque las grandes potencias siguen exactamente la misma táctica».² Sólo conviene añadir un requisito: la expresión «grandes potencias» se limita a estados favorecidos; en las convenciones occidentales a las que nos referimos, no se atribuye a la Unión Soviética esta licencia retórica, y de hecho se la puede acusar y condenar en base a la prueba más inconsistente, la imagen especular de la costumbre soviética.

El terrorismo se erigió en un asunto público importante en la década de 1980. Reagan accedió al poder anunciando su firme voluntad de erradicar lo que el presidente llamó «el azote malévolo del terrorismo», una plaga extendida por «enemigos depravados de la civilización» en «un regreso a la barbarie en la era moderna» (según el secretario de Estado George Shultz). La campaña se centró en una forma especialmente virulenta de esta plaga: el terrorismo internacional dirigido por el Estado. La tesis fundamental atribuyó la responsabilidad a una «red de terrorismo mundial [de dependencia soviética] dirigida a la desestabilización de una sociedad occidental democrática», en palabras de Claire Sterling, cuyo elogiadísimo libro *The Terror Network* [La red del terror] se convirtió en la biblia de la Administración y el documento fundador de la nueva disciplina de la terrorología. Se dijo que aportaba «abundantes pruebas» de que el terrorismo ocurre «casi exclusivamente en sociedades democráticas o relativamente democráticas» (Walter Laqueur), dejando pocas dudas sobre los orígenes de la plaga. El libro pronto quedó expuesto como panfleto propagandístico sin valor, pero la tesis permaneció intacta, predominando en la información, los comentarios y los estudios de la corriente principal.

La preocupación por el terrorismo internacional alcanzó su nivel máximo a mediados de la década de 1980. El terrorismo en Oriente Próximo y el Mediterráneo fue elegido por los editores como el tema principal de 1985 en una encuesta de Associated Press, y un año después el sector turístico europeo se desplomó cuando los norteamericanos no acudieron al Viejo Continente por miedo a los terroristas árabes que infestaban sus ciudades. Luego la plaga disminuyó, una vez domado el monstruo por «la fuerza del *cowboy*», según la versión autorizada.

Pasando al enfoque literal, primero debemos definir el concepto de terrorismo, y luego estudiar su aplicación, pase lo que pase. Veamos adónde nos lleva este camino.

EL CONCEPTO DE TERRORISMO

Los conceptos del discurso político rara vez son modelos de claridad, pero existe un consenso general acerca de qué constituye terrorismo. Como punto de partida podemos tomar el Código Penal de Estados Unidos: «Un “acto de terrorismo” es una actividad que:

a) implica un acto violento o peligroso para la vida humana que constituye una violación del derecho penal de Estados Unidos o cualquier Estado, o que sería una violación criminal si se hubiese cometido dentro de la jurisdicción de Estados Unidos o de cualquier Estado; y b) parece tener el propósito de: 1) intimidar o coaccionar a la población civil; 2) influir en la política de un gobierno por medio de la intimidación o la coerción; o 3) afectar la conducta de un gobierno por medio del asesinato o el secuestro.»³

El concepto no está bien definido. En primer lugar, la frontera entre terrorismo internacional y agresión no siempre es clara. A este respecto, concedamos el beneficio de la duda a Estados Unidos y sus satélites: si rechazan la acusación de agresión en el caso de algún acto de violencia internacional, lo atribuiremos al delito menor de terrorismo. También existe divergencia sobre la distinción entre terrorismo y represalia o resistencia legítima, a la que volveremos.

Fuentes estadounidenses aportan también definiciones más sucintas de «terrorismo». Un manual del ejército de Estados Unidos sobre cómo hacer frente al terrorismo lo define como «el uso calculado de la violencia o de la amenaza de violencia para obtener objetivos que son de naturaleza política, religiosa, o ideológica. Esto se hace por medio de la intimidación, la coerción, o infundiendo miedo». Todavía más simple es la caracterización en un estudio encargado por el Pentágono al renombrado terrorólogo Robert Kupper-

man, quien se refiere a la amenaza o el uso de la fuerza «para lograr objetivos políticos sin comprometer los recursos a gran escala».⁴

Sin embargo, Kupperman no habla de terrorismo, sino más bien de conflicto de baja intensidad, una doctrina fundamental de la Administración Reagan. Obsérvese que, como indica la definición y confirma la práctica, «conflicto de baja intensidad» —como su predecesora la «contrainsurrección»— es poco más que un eufemismo para designar el terrorismo internacional dirigido por el Estado, esto es, el recurso a la fuerza que no llega al nivel del crimen bélico de agresión.

La cuestión está admitida en la disciplina intelectual, pero con el giro doctrinal de rigor. Un destacado especialista israelí, el profesor Yonah Alexander, señala que «el terrorismo patrocinado por el Estado es una forma de conflicto de baja intensidad a la que recurren los Estados cuando creen conveniente entrar en “guerra” y evitar que se les exija responsabilidad por sus acciones».⁵ Alexander limita su atención a la conspiración del Kremlin por desestabilizar Occidente con «bandas sustitutas», aportando ejemplos como «un ambicioso programa de instrucción de la OLP [...] suministrado a Nicaragua». A la luz de este concepto, «la OLP, que mantiene una relación especial con Moscú», sirve a su amo soviético transmitiendo la «instrucción especial» que recibe en la Unión Soviética a Nicaragua, que consistentemente es capaz de dirigir conflictos de baja intensidad contra Estados Unidos y sus intereses. También propone procedimientos para poner a prueba «la sinceridad del bloque del Este», por ejemplo, «demostrando la voluntad de frenar campañas propagandísticas que vinculan Estados Unidos y sus aliados con el terrorismo».

Como ilustran los ejemplos mencionados, se requeriría una imaginación muy fértil para concebir una idea tan descabellada como para alterar la calma de la fraternidad, siempre y cuando se preserve la pureza doctrinal.

EL TERRORISMO Y LA CULTURA POLÍTICA

Hay muchos Estados terroristas en el mundo, pero Estados Unidos es excepcional por el hecho de que está oficialmente comprometido con el terrorismo internacional, y a una escala que hace

palidecer a sus rivales. Así, Irán es sin lugar a dudas un Estado terrorista, como los gobiernos y medios de comunicación occidentales proclaman con razón. Su mayor contribución conocida al terrorismo internacional se reveló durante las investigaciones sobre el caso Irangate: concretamente, la participación, tal vez involuntaria, en la guerra por delegación de Estados Unidos contra Nicaragua. Este hecho es inaceptable, y por tanto pasa inadvertido, a pesar de que la vinculación de Irán en el terrorismo internacional dirigido por Washington se descubrió en un momento de exaltada denuncia del terrorismo iraní.

Las mismas investigaciones revelaron que, bajo la Doctrina Reagan, Estados Unidos había abierto nuevas sendas en el terrorismo internacional. Algunos Estados utilizan terroristas y criminales individuales para perpetrar actos violentos en el extranjero. Pero durante el mandato de Reagan, Estados Unidos fue todavía más lejos, construyendo no sólo una red semiprivada de terrorismo internacional, sino también una formación de Estados satélites y mercenarios —Argentina (bajo el régimen de los generales), Taiwan, Corea del Sur, Israel, Arabia Saudí y otros— para financiar y ejecutar sus operaciones terroristas. Este avance en el terrorismo internacional se reveló durante el periodo de máxima angustia por la plaga, pero no accedió a la discusión y el debate.

El compromiso de Estados Unidos con el terrorismo internacional llega hasta el detalle más sutil. Así, las fuerzas apoderadas que hostigan Nicaragua recibieron órdenes de sus comandantes en la CIA y el Pentágono de atacar «objetivos fáciles», es decir, objetivos civiles escasamente defendidos, en lugar de «zurrarse» con el ejército. El Departamento de Estado autorizó específicamente ataques a cooperativas agrícolas, exactamente lo que nosotros denunciábamos horrorizados cuando el agente es Abú Nidal. Las palomas de los medios de comunicación manifestaron una atenta aprobación de esta postura. El director del *New Republic* Michael Kinsley, situado en el extremo liberal de los comentaristas de la corriente mayoritaria, dijo que no deberíamos apresurarnos a rechazar las justificaciones del Departamento de Estado para los ataques terroristas contra cooperativas agrícolas: una «política sensata» debe «hacer frente a la prueba del análisis de coste/beneficio», un análisis de «la cantidad de sangre y sufrimiento y la probabilidad de que

aparezca la democracia al otro lado». Se entiende que las elites estadounidenses tienen derecho a realizar el análisis y seguir adelante con el proyecto si supera sus pruebas.⁶

Cuando un avión de abastecimiento a la Contra fue derribado en octubre de 1986 con un mercenario estadounidense a bordo, resultó imposible eliminar la prueba de vuelos de abastecimiento ilegales de la CIA a las fuerzas apoderadas. Siguió la vista sobre el caso Irán-Contra, que centraron una gran atención en estos temas. A los pocos días de su finalización, los presidentes centroamericanos firmaron el acuerdo de paz de Esquipulas II. Estados Unidos se comprometió enseguida a subvertirlo. El acuerdo identificaba como «elemento indispensable para alcanzar una paz estable y duradera en la región» la interrupción definitiva de todo tipo de ayuda «a fuerzas irregulares o movimientos insurgentes» por parte de gobiernos «regionales o extrarregionales». Como respuesta, Estados Unidos procedió de inmediato a intensificar los ataques a objetivos fáciles en Nicaragua. El Congreso y los medios de comunicación apartaron escrupulosamente la mirada del rápido incremento del número de vuelos de abastecimiento de la CIA, que llegaron a ser varios diarios, al mismo tiempo que cooperaban con el programa de la Casa Blanca para dismantlar los acuerdos indeseados, un objetivo que se consiguió por fin en enero de 1988, si bien fue preciso tomar medidas suplementarias para desbaratar una revisión del acuerdo de los presidentes centroamericanos en febrero de 1989.⁷

A medida que aumentaban los vuelos de abastecimiento y vigilancia para las fuerzas apoderadas, también lo hacían la violencia y el terror, como se pretendía. También esto pasó inadvertido en buena parte, aunque es posible encontrar alguna que otra alusión. El *Los Angeles Times* publicó en octubre de 1987 que «analistas militares occidentales aseguran que la Contra ha estado escondiendo toneladas de armas recién lanzadas desde el aire mientras trataba de evitar combates intensos. [...] Entretanto, han redoblado los ataques a objetivos fáciles del gobierno, como la cooperativa agrícola La Patriota, [...] donde varios milicianos, una anciana y su nieto de un año murieron durante un bombardeo antes de amanecer». Elijiendo prácticamente al azar de los muchos casos que no se consideraron dignos de comentario alguno, el 21 de noviembre ciento

cincuenta contras atacaron dos aldeas en la provincia meridional de Río San Juan con morteros de 88 milímetros y granadas propulsadas por cohetes, matando a seis niños y seis adultos e hiriendo a treinta más. Incluso cooperativas de pacifistas religiosos que se negaban a llevar armas fueron destruidas por las fuerzas terroristas de Estados Unidos. También en El Salvador los cuerpos militares armados y entrenados por Estados Unidos atacan cooperativas, y asesinar, violar y secuestrar a sus miembros forma parte de sus atrocidades terroristas rutinarias.⁸

El fallo del Tribunal Internacional de Justicia en junio de 1986, condenando a Estados Unidos por el «uso ilícito de la fuerza» y la guerra económica ilegal fue acogido como una declaración irrelevante de un «foro hostil» (*New York Times*). Poco caso se hizo cuando Estados Unidos vetó una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que respaldaba el fallo y llamaba a todos los Estados a cumplir la legislación internacional, y votó contra las resoluciones de la Asamblea General en el mismo sentido (junto con Israel y El Salvador en 1986; sólo con Israel en 1987). También se hizo caso omiso al fallo del Tribunal que decretaba que toda ayuda a la Contra es militar y no humanitaria, y ésta siguió siendo calificada de «ayuda humanitaria» en los medios de comunicación. Según parece, el principio rector es que Estados Unidos es un Estado terrorista sin ley y esto es así, pese a lo que el mundo pueda pensar y lo que las instituciones internacionales puedan declarar.

Un corolario de esta doctrina es que ningún Estado tiene derecho a defenderse de un ataque de Estados Unidos. La amplia conformidad con esta extraordinaria doctrina se puso de manifiesto cuando la propaganda política de la Administración Reagan hizo circular noticias periódicas sobre las intenciones nicaragüenses de conseguir cazas interceptores. Se criticó a los medios de comunicación por tragarse la desinformación sin sentido crítico, pero se pasó por alto un dato mucho más importante: el acuerdo general de que esa conducta por parte de Nicaragua sería absolutamente inaceptable. Cuando se urdió esta farsa para desviar la atención de las elecciones nicaragüenses de 1984, el senador Paul Tsongas, de Massachusetts, con el apoyo de otras destacadas palomas, advirtió que Estados Unidos tendría que bombardear Nicaragua si ésta conseguía MiG contruados en la década de 1950, porque «son también

capaces de atacar a Estados Unidos», amenazando así su seguridad;⁹ a diferencia de los misiles nucleares estadounidenses instalados en países vecinos de la Unión Soviética, que no constituyen ninguna amenaza, porque sirven simplemente para fines defensivos. Se entiende que los cazas interceptores podrían permitir a Nicaragua proteger su territorio de los vuelos de abastecimiento de la CIA que mantienen a las fuerzas apoderadas de Estados Unidos en combate y los vuelos de vigilancia que les proporcionan información de última hora sobre la disposición de las tropas nicaragüenses, para que puedan atacar objetivos fáciles sin riesgo alguno. Se entiende, pero rara vez se menciona.¹⁰ Y parece que nadie en la corriente mayoritaria divulgó el secreto a voces de que Nicaragua habría aceptado gustosamente aviones franceses en lugar de MiG si Estados Unidos no hubiese presionado a sus aliados para prohibir la ayuda militar, de modo que pudiéramos encogernos de miedo ante «los sandinistas aprovisionados por los soviéticos».

La misma cuestión surgió en agosto de 1988, cuando las palomas del Congreso apoyaron con entusiasmo la Enmienda Byrd sobre «Ayuda a la Resistencia Nicaragüense». Tres días antes, la Contra había atacado el buque de pasajeros *Mission of Peace*, matando a dos personas e hiriendo a 27, todas civiles, entre ellas un pastor baptista de Nueva Jersey que encabezaba una delegación religiosa norteamericana. El incidente no se mencionó en el debate del Senado sobre la Enmienda Byrd. No obstante, las palomas del Congreso advirtieron que si el ejército nicaragüense llevaba a cabo «un ataque militar no provocado» o «cualquier otra acción hostil» contra los autores de tales atrocidades terroristas, el Congreso reaccionaría con vigor y rectitud, renovándoles la ayuda militar oficial. Los medios de comunicación y demás comentaristas no vieron nada extraño ni digno de atención en esta postura.

El mensaje es claro: nadie tiene el derecho de defensa propia contra un ataque terrorista de Estados Unidos, que es un Estado terrorista por derecho. Ésa es una doctrina inmutable, tan firmemente arraigada que en el discurso responsable ni siquiera puede ser mencionada, sino sólo presupuesta, de forma muy similar a lo que sucedió con la doctrina de que el ataque estadounidense contra Vietnam del Sur fue la «defensa de Vietnam del Sur» contra «la agresión interna», tal vez imprudente, como concluyeron las palomas.

Por consiguiente, la organización de un ejército terrorista apoderado para someter a una población recalcitrante es una tarea legítima. A la derecha, Jeane Kirkpatrick explicó que «la intervención enérgica en los asuntos de otra nación» no es «poco factible» ni «inmoral»; es simplemente ilegal, un crimen por el que algunos fueron colgados en Nuremberg y Tokio con declaraciones grandilocuentes en el sentido de que ésa no era la «justicia del vencedor» porque, como afirmó el juez Robert Jackson: «Si determinados actos y violaciones de tratados son crímenes, lo son tanto si los perpetra Estados Unidos como si lo hace Alemania. No estamos preparados para dictar contra otros una norma de conducta que no estaríamos dispuestos a aplicarnos a nosotros mismos.»¹¹

Respondiendo a tales reflexiones, Irving Kristol explica que «el argumento de la legislación internacional adolece de toda credibilidad». En efecto, «normalmente una gran potencia no debería intervenir en los asuntos internos de una nación más pequeña», pero este principio se supera si «otra gran potencia ha infringido previamente la norma». Puesto que «es indudable» que «la Unión Soviética ha intervenido en Nicaragua» suministrando armas y técnicos «tanto en el ámbito militar como civil», entonces Estados Unidos tiene derecho a enviar su ejército apoderado a atacar Nicaragua. Por la misma regla de tres, la Unión Soviética tiene perfecto derecho a atacar Turquía o Dinamarca —una amenaza para la seguridad mucho mayor de la que supone Nicaragua para Estados Unidos—, por cuanto «es indudable» que Estados Unidos les proporciona ayuda, y sin duda Washington iría mucho más lejos en el caso de que la Unión Soviética ejerciera el derecho de agresión que le atribuye la lógica de Kristol.

Sin embargo, Kristol también podría responder a este argumento recurriendo a una distinción crucial que ha trazado en otro artículo con relación al derecho de intervención contundente por parte de Estados Unidos: «las naciones insignificantes, como las personas insignificantes, pueden experimentar delirios de grandeza», señaló. Y cuando lo hacen, es preciso quitarles esos delirios por la fuerza: «En realidad, los tiempos de la “diplomacia de cañón” no terminan nunca. [...] Los cañones son tan necesarios para el orden internacional como lo son los coches patrulla para el orden interno.» Presumiblemente se deduce, pues, que Estados Unidos

tiene derecho a emplear la violencia contra Nicaragua, una nación insignificante, pese a que la Unión Soviética adolece de este mismo derecho en el caso de Turquía o Dinamarca.¹²

El respaldo abrumador al terrorismo internacional dirigido por Estados Unidos no debe ser eclipsado por la amplia oposición de la elite a la guerra de la Contra. En 1986, las encuestas revelaron que un 80 % de «líderes» se oponían a la ayuda a la Contra, y hubo un enérgico debate en el Congreso y los medios de comunicación acerca del programa. En el extremo disidente, Tom Wicker, del *New York Times*, observó que «la política de apoyo [a la Contra] de Reagan es un craso error», por lo que deberíamos «conformarnos con algún acuerdo negociado en la región que fuese impuesto por los vecinos de Nicaragua», si es que pueden robar algún tiempo al exterminio de sus propias poblaciones, una característica de estos Estados terroristas que no los excluye de la función de imponer acuerdos regionales a los sandinistas, contra los cuales no se podría formular de manera verosímil una acusación ni remotamente comparable. Expresando la misma idea, los editores del *Washington Post* veían la Contra como «un instrumento imperfecto», por lo que convenía buscar otros medios para «volver a encajar Nicaragua en una moda centroamericana» e imponer una «conducta razonable según un criterio regional», el criterio de los Estados terroristas de Washington. Alan Cranston, el coordinador de la mayoría parlamentaria en el Senado y destacada paloma, admitió que «el empeño de la Contra es tristemente inadecuado para lograr [...] la democracia en Nicaragua» (el objetivo estadounidense por orden doctrinal, al margen de cuales sean los hechos), de modo que Estados Unidos debe encontrar otros medios para «aislar» al «censurable» gobierno de Managua y «dejar que se pudra en su propio jugo». Tales censuras no valen para los satélites asesinos de Washington.

En resumen, no hay mucha desviación respecto a las condiciones básicas de la «política sensata» de Michael Kinsley. Las preguntas tienen que ver con la eficacia, no con el principio. Nuestro Estado tiene el derecho de emplear la violencia como considere apropiado.¹³

El recurso al terrorismo internacional en el caso de Nicaragua ha sido explicado de manera ingenua. Altos funcionarios del Go-

bierno señalaron que el objetivo del ataque era «obligar [a los sandinistas] a desviar los escasos recursos de los programas sociales a la guerra». Éste fue el impulso básico del programa de la CIA de 1981 respaldado por el ejecutivo. Como esbozó el ex analista de la CIA David MacMichael en su testimonio ante el Tribunal Internacional de Justicia, este programa tenía por objeto: usar el ejército apoderado para «provocar ataques transfronterizos por parte de fuerzas nicaragüenses y demostrar así el carácter agresivo de Nicaragua», presionar al gobierno de Managua para inducirlo a «tomar medidas contra las libertades civiles en Nicaragua, deteniendo a la oposición, demostrando su carácter totalitario presuntamente inherente, y fomentar así la disidencia interna», y minar la depauperada economía del país. La discusión sobre la estrategia de mantener una fuerza terrorista en Nicaragua tras la ambiciosa operación de abastecimiento de la CIA fue teóricamente suspendida por el Congreso en febrero de 1988 (y las fuerzas apoderadas huyeron en su mayor parte), según explicó un funcionario del Departamento de Defensa:

Esos dos mil incondicionales lograron ejercer cierta presión sobre el gobierno nicaragüense, obligarle a destinar sus recursos económicos al ejército e impedir que resolviera sus problemas económicos, y eso es un punto a favor. [...] Todo aquello que ejerza presión sobre el régimen sandinista, llame la atención hacia su falta de democracia e impida a los sandinistas resolver sus problemas económicos es un punto a favor.

Viron Vaky, subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos en la Administración Carter, señaló que el principal argumento para el ataque terrorista es que «una guerra de desgaste más prolongada debilitará al régimen, provocará un endurecimiento radical de la represión y obtendrá el apoyo suficiente de la población descontenta de Nicaragua, de forma que tarde o temprano el régimen será derrocado por una revuelta popular, se autodestruirá por medio de golpes internos o escisiones de liderazgo, o simplemente capitulará para salvar lo que pueda». Como paloma, Vaky considera este concepto «defectuoso» pero en modo alguno equivocado.¹⁴

Las fuerzas terroristas comprenden perfectamente sus directivas, como sabemos del desertor más célebre de la década de 1980, el jefe de inteligencia del FDN, la principal fuerza de la Contra, Horacio Arce, cuyo nombre de guerra era Mercenario; hablar de «demócratas» y «guerrilleros por la libertad» es para consumo interno. Los desertores sandinistas son aprovechados con entusiasmo por la Casa Blanca y los medios de comunicación, y por lo general los contras recibían una enorme atención. Pero los desertores de la Contra son harina de otro costal, especialmente cuando tienen historias desagradables que contar. Arce pasó desapercibido en Estados Unidos cuando desertó a finales de 1988. En el transcurso de unas entrevistas en México, antes de regresar a Managua para acogerse a una amnistía, Arce describió su instrucción ilegal en una base aérea en el sur de Estados Unidos, nombró a los agentes de la CIA que dieron apoyo a la Contra bajo la protección de la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID) en la embajada en Tegucigalpa, resumió cómo el ejército de Honduras suministra información secreta y apoyo a las actividades militares de la Contra y comentó la enorme corrupción de las fuerzas apoderadas y su venta de armas al mercado negro hondureño, desde donde llegan luego a la guerrilla salvadoreña. Explica que la información secreta estadounidense sobre «objetivos no militares» fue especialmente útil, porque: «Atacamos muchas escuelas, dispensarios y establecimientos similares. Hemos tratado de hacerlo así para que el gobierno nicaragüense no pueda prestar servicios sociales a los campesinos, no pueda desarrollar su proyecto [...] Ésa es la idea.» La eficacia del entrenamiento de Estados Unidos es ampliamente corroborada por los antecedentes.¹⁵

La guerra de la Contra es fácilmente calificada de «terrorismo patrocinado por el Estado», como el ex director de la CIA Stansfield Turner atestiguó ante el Congreso en abril de 1985. Pero uno podría defender que se calificara de «agresión directa». Se podría interpretar como la importación del fallo del Tribunal Internacional de Justicia de 1986. No obstante, sigamos concediendo el beneficio de la duda a Estados Unidos, asignando así sus acciones contra Nicaragua a la categoría de terrorismo internacional.

Durante la década de 1980, el escenario principal del terrorismo internacional fue Centroamérica. En Nicaragua, las fuerzas apoderadas de Estados Unidos dejaron un rastro de asesinatos, torturas, violaciones, mutilaciones, secuestros y destrucción, pero se vieron obstaculizadas porque los civiles contaban con un ejército para defenderlos. No surgieron problemas comparables en los Estados satélites de Estados Unidos, donde la principal fuerza terrorista que atacaba a la población civil era el ejército y otros cuerpos de seguridad del Estado. En El Salvador, decenas de miles de personas fueron asesinadas en lo que el arzobispo Romero definió en octubre de 1980, poco después de que las operaciones pusieran la quinta velocidad, como «una guerra de exterminio y genocidio contra la población civil indefensa». Este ejercicio de terrorismo de Estado pretendía «destruir las organizaciones populares que luchaban por defender sus derechos humanos fundamentales», como el arzobispo Óscar Romero advirtió poco antes de su asesinato mientras suplicaba en vano al presidente Carter que no mandase ayuda a las fuerzas armadas que, según agregó, «sólo saben reprimir al pueblo y defender los intereses de la oligarquía salvadoreña». Los objetivos fueron alcanzados en su mayor parte durante la Administración Reagan, que elevó la brutalidad de la agresión contra la población a nuevas cotas. Cuando parecía que Estados Unidos podía verse arrastrado a una invasión que perjudicaría sus propios intereses, hubo cierta inquietud y protesta en los círculos de la elite, pero éstas amainaron a medida que el terrorismo de Estado se mostró eficaz, diezmado y «decapitando» las organizaciones populares. Tras unas elecciones celebradas en condiciones de violencia y represión que garantizaron el triunfo a elementos privilegiados aceptables para Estados Unidos, el asunto pasó inadvertido en gran parte.

Escasa atención mereció el considerable aumento del terrorismo de Estado tras los acuerdos de Esquipulas II, lo mismo que un informe de Amnistía Internacional titulado *El Salvador. Escuadrones de la muerte: una estrategia gubernamental* (octubre de 1988), que denunciaba el «alarmante incremento» del número de asesinatos por parte de escuadrones de la muerte oficiales, como parte de la estrategia del gobierno de intimidar toda posible oposición «ma-

tando y mutilando víctimas del modo más macabro», dejando cadáveres «mutilados, decapitados, desmembrados, estrangulados o evidenciando signos de tortura [...] o violación». Puesto que el objetivo de la estrategia del gobierno es «intimidar o coaccionar a una población civil» (es decir, terrorismo, como se define oficialmente en el Código Penal de Estados Unidos), no basta simplemente con matar. Hay que dejar cuerpos desmembrados en la orilla del camino, y las mujeres deben ser encontradas colgando de árboles por los cabellos, con la cara pintada de rojo y los pechos cortados, al mismo tiempo que las elites fingen no ver nada mientras siguen financiando, entrenando y apoyando a los asesinos y torturadores.

En aquellos mismos años, se produjo en Guatemala una matanza de alcance todavía mayor, también apoyada de principio a fin por Estados Unidos y sus Estados mercenarios. También aquí el terror se intensificó después del acuerdo de paz de Esquipulas II con el fin de evitar pasos hacia la democracia, la reforma social y los derechos humanos reclamados en los acuerdos. Como en El Salvador, estos acontecimientos fueron prácticamente obviados; la tarea asignada era centrar la atención en Nicaragua y manifestar una enorme indignación cuando Nicaragua abordaba de vez en cuando los abusos menores que son una práctica habitual en los Estados satélites de Estados Unidos. Dado que el objetivo es devolver Nicaragua a la «moda centroamericana» y asegurarse de que cumpla las «normas regionales» obedecidas por El Salvador y Guatemala, el terror en los Estados satélites no causa verdadera inquietud, a menos que se vuelva lo bastante visible como para poner en peligro el flujo de ayuda a los asesinos.¹⁶

No hay que olvidar que todo esto es terrorismo internacional, apoyado o directamente organizado en Washington con la colaboración de su red internacional de Estados mercenarios.

Mucho después de las elecciones de 1984, que fueron elogiadas por haber traído la democracia a El Salvador, Socorro Jurídico, una organización pro derechos humanos dependiente de la Iglesia y bajo la protección de la archidiócesis de San Salvador, describió las consecuencias del incesante terror, todavía dirigido por «los mismos miembros de las fuerzas armadas que gozan de aprobación oficial y son entrenados adecuadamente para llevar a cabo estos actos de sufrimiento colectivo», en los siguientes términos:

La sociedad salvadoreña, afectada por el terror y el pánico, consecuencia de la continua violación de los derechos humanos básicos, muestra las siguientes características: por una parte, intimidación colectiva y miedo generalizado, y por otra la aceptación interiorizada del terror debido al uso diario y frecuente de medios violentos. En general, la sociedad acepta la frecuente aparición de cuerpos torturados, porque los derechos fundamentales, el derecho a la vida, no tienen absolutamente ningún valor para la sociedad.¹⁷

El mismo comentario se aplica a las sociedades que supervisan estas operaciones o se limitan a mirar hacia otro lado.

ANTES DE LA PLAGA OFICIAL

El terrorismo internacional no es, desde luego, una invención de la década de 1980. Durante las dos décadas anteriores sus principales víctimas fueron Cuba y el Líbano.

El terrorismo anticubano fue dirigido por un grupo especial secreto fundado en noviembre de 1961 con el nombre en clave *Mon-goose* [Mangosta], que contó con cuatrocientos estadounidenses, dos mil cubanos, una flota privada de lanchas rápidas y un presupuesto anual de cincuenta millones de dólares, gestionado en parte por una base de la CIA en Miami que actuaba infringiendo la Ley de Neutralidad y, presuntamente, la ley que prohibía operaciones de la CIA en Estados Unidos.¹⁸ Tales operaciones incluían el bombardeo de hoteles e instalaciones industriales, el hundimiento de barcos de pesca, el envenenamiento de cultivos y ganado, la contaminación de las exportaciones de azúcar, etcétera. No todas estas acciones fueron autorizadas específicamente por la CIA, pero ninguna de estas consideraciones absuelve a los enemigos oficiales.

Varias de estas operaciones terroristas se llevaron a cabo durante la crisis de los misiles cubanos de octubre-noviembre de 1962. Durante las semanas precedentes, refiere Garthoff, una banda terrorista cubana que actuaba desde Florida con autorización del gobierno de Washington llevó a cabo «un audaz ametrallamiento desde lanchas motoras contra un hotel de la costa, situado cerca de

La Habana, donde se sabía que se congregaban técnicos militares soviéticos, ocasionando la muerte de varios rusos y cubanos»; y poco después atacó a cargueros británicos y cubanos y volvió a efectuar incursiones en Cuba, entre otras acciones que se intensificaron a principios de octubre. El 8 de noviembre, en un momento de tensión de la crisis de los misiles, un grupo terrorista enviado desde Estados Unidos voló una instalación industrial cubana después de que las operaciones Mongoose habían sido oficialmente suspendidas. Fidel Castro afirmó que cuatrocientos trabajadores habían muerto en esta operación, guiada por «fotografías tomadas por aviones espías». Este acto terrorista, que habría podido desencadenar un conflicto nuclear mundial, suscitó escasos comentarios cuando fue revelado. Los intentos de asesinar a Castro y otras acciones terroristas continuaron inmediatamente después de concluida la crisis, y fueron intensificados por Nixon en 1969.¹⁹

Tales operaciones prosiguieron después del mandato de Nixon. En 1976, por ejemplo, dos embarcaciones de pesca cubanas fueron atacadas en abril por lanchas procedentes de Miami, el principal centro de terrorismo anticubano en el mundo. Unas semanas más tarde, una bomba estalló en la embajada cubana en Portugal, ocasionando dos muertos. En julio, la misión cubana de las Naciones Unidas en Nueva York fue objeto de un atentado, y hubo tres ataques más a objetivos cubanos en el Caribe y Colombia, junto con el atentado frustrado contra una reunión procubana en la Academia de Música de Nueva York. En agosto, dos funcionarios de la embajada de Cuba en Argentina fueron secuestrados, y se produjo un atentado en las oficinas de las líneas aéreas Cubana de Aviación en Panamá. En octubre hubo disparos contra la embajada de Cuba en Venezuela, y la embajada en Madrid fue objeto de otro atentado en noviembre. En octubre, exiliados cubanos entrenados por la CIA atacaron un avión de pasajeros de Cubana y mataron a sus 73 ocupantes, incluidos los miembros del equipo nacional de esgrima de Cuba, ganador de una medalla de oro. Uno de los agentes de esta operación terrorista, Luis Posada Carriles, un veterano de la Bahía de Cochinos, fue liberado de la cárcel venezolana en la que se hallaba recluido para preparar el atentado; consiguió llegar hasta El Salvador, donde se puso a trabajar en la base aérea militar de Ilopango para ayudar a organizar las operaciones terroristas estadou-

nidenses en Nicaragua. La CIA atribuyó 89 acciones terroristas en Estados Unidos y la región caribeña en el periodo 1969-1979 a bandas de exiliados cubanos, la principal de las cuales, OMEGA 7, fue identificada por el FBI como el grupo terrorista más peligroso de los que actuaron en Estados Unidos durante la mayor parte de la década de 1970.²⁰

Cuba tiene un lugar destacado en la bibliografía erudita sobre terrorismo internacional. La obra clásica de Walter Laqueur (véase la nota 1) contiene muchas insinuaciones sobre el posible patrocinio cubano del terrorismo, aunque pocas pruebas. Sin embargo, no dice ni una sola palabra acerca de las operaciones terroristas contra Cuba. Laqueur escribe que en «las últimas décadas [...] los regímenes más opresivos no sólo no sufren el terror, sino que además han contribuido a dirigirlo contra sociedades más permisivas». Lo que pretende decir es que Estados Unidos, una «sociedad permisiva», es una de las víctimas del terrorismo internacional, mientras que Cuba, un «régimen opresivo», es uno de sus agentes. Para sacar esta conclusión es necesario suprimir el hecho de que Estados Unidos ha dirigido indudablemente importantes ataques terroristas contra Cuba y está relativamente libre del terror; y si existe alguna acusación que formular contra Cuba, Laqueur ha sufrido un notable fracaso al tratar de presentarla.

Volviendo al segundo ejemplo más destacado del periodo anterior a Reagan, desde principios de la década de 1970 la población del sur del Líbano fue retenida como rehén con la «perspectiva razonable, y finalmente cumplida, de que las poblaciones afectadas ejercerían presión para el cese de las hostilidades» y la aceptación de las disposiciones israelíes para la región (Abba Eban, comentando la descripción del primer ministro Menájem Beguin de las atrocidades en el Líbano cometidas bajo el mandato del partido laborista al estilo «de regímenes que ni el señor Beguin ni yo osaríamos nombrar», señaló Eban, reconociendo la exactitud del relato).²¹ Observe que esta justificación, expuesta por una respetada paloma del partido laborista, sitúa esas acciones directamente bajo el epígrafe de terrorismo internacional (cuando no agresión).

Miles de personas fueron asesinadas y cientos de miles expulsadas de sus casas durante esos ataques. Poco se sabe, porque el asunto no suscitó interés; los ataques de la OLP contra Israel en los

misimos años, bárbaros pero en una escala mucho menor, provocaron una gran indignación y amplia difusión. El corresponsal de la ABC Charles Glass, que por entonces trabajaba en el Líbano, constató «escaso interés editorial en Estados Unidos por las condiciones de los libaneses del sur. Los ataques israelíes y el bombardeo de sus localidades, su éxodo gradual desde el sur del Líbano hacia los crecientes suburbios de Beirut no eran nada comparado con los morbosos relatos acerca de los “terroristas” que amenazaban Israel, secuestraban aviones y ocupaban embajadas». La reacción fue muy similar, sigue diciendo, cuando escuadrones de la muerte israelíes actuaron en el sur del Líbano después de la invasión israelí de 1982. El *Times* de Londres hablaba de ellos, pero los editores estadounidenses no mostraron ningún interés. Si los medios de comunicación hubiesen informado sobre las operaciones de «esos escuadrones de la muerte de hombres de paisano de Shin Bet [la policía secreta] que asesinaban a sospechosos en los pueblos y campamentos del sur del Líbano [...] soliviantando a la población musulmana chií y ayudando así a hacer insostenible la presencia de marines», tal vez habría existido cierta divulgación de la grave situación de los marines de Estados Unidos desplegados en el Líbano. Aparentemente, no tenían idea de por qué estaban allí a excepción de «los reclutas negros: casi todos ellos dijeron, aunque por desgracia no delante de las cámaras, que habían sido enviados para proteger a los ricos de los pobres». «La única gente del Líbano con la que se identificaban eran los refugiados chiíes pobres que vivían todos ellos en las inmediaciones de su base en el aeropuerto de Beirut; es triste que fuese probablemente uno de esos chiíes pobres [...] quien mató a 241 marines el 23 de octubre de 1983.» De haberse difundido algunas de estas cuestiones, quizá habría sido posible evitar, o por lo menos comprender, el atentado que costó la vida a los marines, víctimas de una política que «la prensa no supo explicar al público y que sus oficiales de información no supieron explicar ni siquiera a los propios marines». ²²

En 1976, Siria entró en el Líbano con el beneplácito de Estados Unidos y contribuyó a ejecutar nuevas matanzas, la principal de ellas en el campamento de refugiados palestinos de Tel al-Zaater, donde miles de personas fueron asesinadas por fuerzas cristianas apoyadas por Siria y provistas de armas israelíes. ²³

No es preciso continuar, es evidente que la plaga de terrorismo internacional dirigido por el Estado estuvo muy extendida mucho antes de que fuese convertida en un asunto fundamental por la «diplomacia pública» de la Administración Reagan.

EL CANON: TERRORISMO «AL POR MENOR»

El terrorismo sistemático de la índole que se ha analizado aquí ha sido excluido ampliamente de la discusión sobre «el azote malévolo del terrorismo». Ocupémonos ahora de los actos de terror de menor alcance que se incluyen en este canon.

También en este caso los antecedentes se remontan a mucho antes de la década de 1980, pese a que la bibliografía es demasiado selectiva para ser de utilidad. Para nombrar algunos ejemplos que no se encuentran en la obra de referencia de Laqueur, si bien éste alude al uso de paquetes-bomba y un «rudimentario libro-bomba» empleados por delincuentes acreditados, no existe mención alguna al sofisticado libro-bomba utilizado por la inteligencia israelí para asesinar al general Mustafá Hafez en Gaza en 1956, cuando era responsable de impedir que los *fedayin* palestinos se infiltrasen para atacar objetivos israelíes. ²⁴ El análisis que hace Laqueur del uso de paquetes-bomba omite el testimonio de Ya'akov Eliav, quien sostiene haber sido el primero en emplearlos cuando sirvió como comandante de la banda terrorista encabezada por el actual primer ministro de Israel, Yitsjak Shamir (Lehi, la «banda de Stern»). En 1946, actuando desde París, hizo enviar 70 de esas bombas en sobres oficiales del gobierno de Gran Bretaña a todos los miembros del gabinete británico, los jefes de la oposición tory y varios mandos militares. En junio de 1947, él y un cómplice fueron capturados por la policía belga cuando trataban de mandar esos paquetes-bomba, todos los cuales fueron interceptados. ²⁵

El registro habitual del secuestro y derribo de aviones elude también algunos temas importantes, entre ellos el rechazo estadounidense de las peticiones de países comunistas en la década de 1950 para que devolviera «personas que secuestraron aviones, trenes y barcos para escapar» (en palabras del asesor jurídico del Departamento de Estado, Abraham Sofaer, quien señala que esta política

fue «revisada» desde finales de la década de 1960, precisamente cuando Estados Unidos y sus aliados se convirtieron en objetivos). También el primer secuestro aéreo en Oriente Próximo queda fuera del canon: el secuestro israelí de un reactor civil de las líneas aéreas sirias en 1954, con la intención de «tomar rehenes para conseguir la liberación de nuestros prisioneros en Damasco», los cuales habían sido capturados en el transcurso de una misión de espionaje en Siria (según el primer ministro Moshé Sharett). También se excluye el derribo de un avión civil egipcio por parte de la aviación israelí en octubre de 1956, que causó la muerte a 16 personas, entre ellas cuatro periodistas, en un intento frustrado de asesinar al mariscal de campo Abdul Hakim Amar, vicepresidente de Nasser, en un periodo en que ambos países no estaban en guerra. Fue una operación preplanificada, por lo tanto distinta al derribo por parte de Israel de un avión de pasajeros libio que causó 110 muertos, cuando se perdió en medio de una tormenta de arena a dos minutos de vuelo de El Cairo, adonde se dirigía. Esta acción se produjo en febrero de 1973, mientras fuerzas israelíes anfibias y aerotransportadas atacaban Trípoli, en el norte del Líbano, matando a 31 personas (principalmente civiles) y destruyendo escuelas, clínicas y otros edificios en una ofensiva justificada como preventiva.²⁶

Tales cuestiones fueron (y siguen siendo) olvidadas por insignificantes, si es que llegaron a conocerse. La reacción al terrorismo árabe es muy distinta.

Volviendo a la década de 1980, pensemos en 1985, cuando la preocupación de los medios de comunicación alcanzó su cota máxima. La principal acción terrorista del año fue la explosión de un vuelo de Air India, en la que murieron 329 personas. Supuestamente, los terroristas habían recibido entrenamiento en un campamento paramilitar de Alabama dirigido por Frank Camper, donde se facilitaba instrucción a mercenarios para perpetrar actos terroristas en Centroamérica y otros lugares. Según algunos ex mercenarios, Camper tenía estrechos vínculos con el espionaje estadounidense y participó personalmente en el atentado de Air India, según se dice una operación que se les escapó de las manos. En el transcurso de una visita a la India, el secretario de Justicia Edwin Meese admitió de forma ambigua que estas operaciones se originaron en un campamento estadounidense de entrenamiento para te-

rroristas.²⁷ Cualquier relación de un terrorista con Libia, por más frágil que sea, basta para demostrar que Gaddafi es un «perro rabioso» que debe ser eliminado.

En Oriente Próximo, el principal centro del terrorismo internacional según el canon, el peor acto terrorista de 1985 fue un atentado con coche-bomba en Beirut el 8 de marzo que mató a 80 personas e hirió a 256. «Unas 250 muchachas y mujeres ataviadas con chador negro, que salían de sus oraciones del viernes en la mezquita del imán Rida, fueron las principales afectadas por la explosión —comentó Nora Boustany tres años después—. Por lo menos 40 de ellas murieron y muchas más quedaron lisiadas.» Además, la bomba «abrasó a bebés en sus cunas», «mató a una novia que compraba su ajuar» y «destrozó a tres niños que regresaban a casa desde la mezquita» cuando «devastó la calle principal» de un suburbio de Beirut Oeste «con una gran densidad de población». El objetivo era el jeque Fadlala, un líder chií acusado de complicidad con el terrorismo, pero logró escapar. El atentado fue preparado por la CIA y sus aliados saudíes con la ayuda de la inteligencia libanesa y un especialista británico, y autorizado específicamente por el director de la CIA William Casey, según refiere Bob Woodward en su libro sobre Casey y la CIA.²⁸

Así pues, incluso bajo los convencionalismos elegidos por él mismo, parece que Estados Unidos es acreedor al premio por actos de terrorismo internacional en el año culminante de la plaga oficial. El Estado aliado de Estados Unidos, Israel, le sigue de cerca. La operación Puño de Hierro en el Líbano no tuvo parangón en aquel año como acto ininterrumpido de terrorismo internacional en Oriente Próximo, y el bombardeo de Túnez (con el apoyo tácito de Estados Unidos) conquista el segundo premio a los actos terroristas aislados, a menos que lo entendamos como un caso de verdadera agresión, como fue calificado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.²⁹

En 1986, el principal acto terrorista fue el bombardeo estadounidense de Libia, entendiendo, de nuevo, que no concemos a este ataque la categoría de agresión.³⁰ También para 1986 Estados Unidos parece bien situado en la competencia por el premio para el terrorismo internacional, incluso dejando de lado el terrorismo sistemático que patrocinó en Centroamérica; aquel año, el Congreso

respondió a la exigencia por parte del Tribunal Internacional de Justicia de poner fin al «uso ilegítimo de la fuerza», aprobando ayuda militar por valor de 100 millones de dólares a las fuerzas apoderadas de Estados Unidos en lo que el ejecutivo de Washington definió con regocijo como una verdadera declaración de guerra.

TERROR Y RESISTENCIA

Centrémonos seguidamente en varias cuestiones conflictivas sobre el alcance del terrorismo que he evitado hasta ahora.

Consideremos la frontera entre terrorismo y resistencia legítima. A veces, los grupos nacionalistas están dispuestos a definir sus acciones como terrorismo, y algunos líderes políticos respetados se niegan a condenar actos terroristas por la causa nacional. Un ejemplo especialmente relevante para la discusión que nos ocupa es el movimiento preestado sionista. Israel es el origen de la «industria del terrorismo» de la década de 1980 (posteriormente transferida a Estados Unidos para su desarrollo), concebida como arma ideológica contra los palestinos.³¹ La OLP es un anatema en Estados Unidos. Una ley especial del Congreso, la Ley Antiterrorista de 1987, «prohíbe a los ciudadanos estadounidenses recibir ninguna ayuda, fondos ni “nada de valor excepto materiales informativos” de la OLP», a la que no se permite establecer oficinas ni otras instalaciones para promover sus intereses.³² La violencia palestina ha recibido la condena de todo el mundo.

El movimiento preestado sionista llevó a cabo un terrorismo considerable, matando a muchos civiles, básicamente árabes, y asesinando además al diplomático británico lord Moyne y al mediador de las Naciones Unidas Folke Bernadotte (cuyos asesinos fueron protegidos una vez fundado el Estado). En 1943, el actual primer ministro Yitsjak Shamir escribió un artículo titulado «Terror» para el periódico de la organización terrorista que él mismo encabezaba (Lehi) en el que proponía «vencer toda la “fobia” y los murmullos contra el terror mediante argumentos simples y evidentes». «Ni la moral ni la tradición judías pueden utilizarse para desautorizar el terror como medio bélico», escribió, y: «Distamos mucho de cual-

quier vacilación moral en lo que respecta a la lucha nacional.» «Primero y por encima de todo, el terror es para nosotros una parte de la guerra política adecuada a las circunstancias de hoy en día, y su tarea es fundamental: expresa en el más claro de los lenguajes, oído en todo el mundo incluso por nuestros infortunados hermanos que están fuera de las puertas de este país, nuestra guerra contra el invasor.» Como se ha constatado ampliamente en Israel, la ocupación británica fue mucho menos represiva que el dominio israelí en los territorios ocupados y afrontó una resistencia mucho más violenta.

Isaiah Berlin recuerda que Jaím Weizmann, primer presidente de Israel y uno de los personajes más idolatrados del movimiento nacional, «no consideraba ético denunciar los actos [de terrorismo judío] ni sus autores en público [...], no quiso denunciar unos actos, por más criminales que le parecieran, que nacían de las mentes torturadas de unos hombres empujados a la desesperación y dispuestos a dar la vida por salvar a sus hermanos de lo que, como él y ellos estaban igualmente convencidos, era una traición y una destrucción preparadas cínicamente para ellos por los ministerios de asuntos exteriores de las potencias occidentales».³³

Los archivos del principal grupo de resistencia sionista, Hagganá, contienen los nombres de 40 judíos asesinados por el Irgún y Lehi de Menájem Beguin. El asesinato de un miembro de Lehi personalmente por Yitsjak Shamir es un incidente célebre. La historia oficial de Irgún, al mismo tiempo que recuerda con admiración numerosos actos terroristas contra civiles árabes, cita también el asesinato de un miembro judío del que se temía que facilitara información a la policía si era capturado. Los sospechosos de colaboración fueron un objetivo especial desde los primeros tiempos. La historia oficial de la Hagganá, bajo el epígrafe «actividades especiales», describe el asesinato del judío ortodoxo holandés Jacob de Haan a manos de criminales de Hagganá en 1924 porque pretendía «construir un frente unido del antiguo *yishuv* [la comunidad judía] con el Comité Supremo Árabe contra el nuevo *yishuv* y la iniciativa sionista». En años posteriores los escuadrones de acciones especiales de Hagganá emprendieron «acciones punitivas» contra informantes judíos. Una prisión de la Hagganá en Haifa en la década de 1940 contenía una cámara de tortura para el interrogatorio de judíos sospechosos de colaboración con los británicos. En una en-

trevista realizada en 1988, Dob Tsisis describe su función como ejecutor de la Hagganá, «obedeciendo órdenes, como los nazis», de «eliminar» a judíos que se entrometían en la lucha nacional, «sobre todo informantes». Además desmiente la conocida acusación de que el mortífero atentado del Hotel Rey David fuese responsabilidad única de Irgún, identificándose a sí mismo como el representante especial del comandante de la Hagganá Yitsjak Sadé, quien lo autorizó. Más tarde Tsisis fue recomendado por Moshé Dayán para sustituirle como comandante de una unidad de elite.³⁴

También los resistentes antinazis describen el asesinato de colaboradores. Yisrael Shahak, uno de los principales libertarios civiles de Israel y superviviente del gueto de Varsovia y de Bergen-Belsen, recuerda que «antes de la rebelión del gueto de Varsovia [...] la resistencia clandestina judía, con total justificación, mató a todos los colaboradores judíos que logró encontrar». Shahak evoca un vivo recuerdo infantil de febrero de 1943, «cuando bailé y canté con otros niños alrededor del cadáver [de un colaborador judío asesinado], con sangre manando todavía de su cuerpo, y hasta ahora no me he arrepentido de ello; al contrario». Citando las memorias de Yitsjak (Antek) Zuckerman, el líder de la revuelta del gueto de Varsovia, Lea Enbal escribe que «nueve meses antes de estallar la rebelión del gueto de Varsovia la resistencia clandestina judía comenzó la aniquilación sistemática de colaboradores del Judenrat y la policía judía», a veces con «asesinatos colectivos». «Habría sido imposible combatir a los alemanes sin antes acabar con la traición interna», señaló Zuckerman. El asesinato de colaboradores era considerado una venganza legítima por las personas corrientes. Los colaboradores, en ocasiones «miembros de la Gestapo», debían ser «exterminados hasta el último», incluidos aquellos «cuyas actividades estaban en contradicción con los intereses judíos». Fue un «error histórico tardar tanto» en matar a colaboradores judíos, agregó Zuckerman: «Actualmente, por ejemplo, estoy seguro de que allí donde exista traición interna, la guerra debe empezar con su eliminación. [La demora en hacer esto] fue nuestro gran error, nuestra perdición.»³⁵

Estos comentarios aparecieron durante una oleada de duras críticas contra los palestinos por matar a colaboradores con la policía secreta israelí durante la Intifada.

Si bien, como en el caso de Shamir, es posible encontrar de vez en cuando la franca admisión del terrorismo, lo más normal es que las acciones emprendidas contra regímenes opresivos y ejércitos de ocupación sean entendidas como resistencia por sus autores y como terrorismo por los dirigentes, aun cuando sean no violentas. Lo que las democracias occidentales consideraron resistencia en la Europa ocupada o en Afganistán, los nazis y la Unión Soviética lo tildaron de terror; de hecho, terror inspirado desde el extranjero, y por lo tanto terrorismo internacional. Estados Unidos adoptó la misma postura respecto a los survietnamitas que sufrieron todo el rigor del ataque estadounidense.

En un contexto similar, el régimen de apartheid de Suráfrica se siente indudablemente muy ofendido por los convencionalismos internacionales sobre el terrorismo; más concretamente, por la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas que condena el terrorismo internacional y llama a todos los Estados a actuar para combatir esta plaga. El motivo es que la Asamblea General:

Considera que nada de lo dispuesto en la presente resolución puede redundar en detrimento alguno del derecho a la libre determinación, la libertad y la independencia, como se desprende de la Carta de las Naciones Unidas, de los pueblos a los que se ha privado por la fuerza de ese derecho [...], especialmente los pueblos sometidos a regímenes coloniales y racistas y a la ocupación extranjera u otras formas de dominación colonial, ni el derecho de esos pueblos, de acuerdo con los principios de la Carta y de conformidad con la Declaración citada, a luchar con tal fin y a pedir y recibir apoyo.³⁶

Si bien esta disposición fue respaldada por prácticamente todo el mundo, Suráfrica no estuvo completamente sola al oponerse a ella. La resolución se aprobó por 153 votos a favor y 2 en contra (solamente Honduras se abstuvo). Justificando su voto negativo, Estados Unidos e Israel se refirieron al párrafo citado, entendido como una alusión a la resistencia a su aliado surafricano por parte del Congreso Nacional Africano (una de las «bandas terroristas más tristemente célebres» del mundo, según Washington) y a la

ocupación militar israelí de Gaza y Cisjordania, que entraba por entonces en su tercera década.³⁷ La negativa de Washington a suscribir la resolución más enérgica de la ONU condenando el «retorno a la barbarie en la Edad Moderna» en el momento de máxima preocupación, y las razones para ello no provocaron comentarios.

La cuestión alcanzó un punto crítico en 1988 en relación con el conflicto árabe-israelí. En noviembre, el Consejo Nacional Palestino (CNP) declaró un Estado palestino independiente al lado de Israel, en aplicación de la resolución de las Naciones Unidas sobre el terrorismo y otras disposiciones relevantes de la ONU. Yassir Arafat reiteró las mismas posturas durante las semanas siguientes en Europa, incluida una sesión especial de la Asamblea General celebrada en Ginebra cuando se prohibió su visita a Nueva York —en violación de los compromisos legales con las Naciones Unidas— con el pretexto de que su presencia allí plantearía una amenaza inaceptable a la seguridad de Estados Unidos. La reiteración por parte del CNP y Arafat de la resolución de la ONU sobre el terrorismo fue censurada en Estados Unidos, debido a que las autoridades palestinas no habían cumplido las condiciones de buena conducta impuestas por Washington, entre ellas el «rechazo del terrorismo en todas sus formas», sin reserva.

Los editores del *New York Times* ridiculizaron el respaldo del CNP a las convenciones internacionales en materia de terrorismo como «la vieja palabrería de Arafat». Anthony Lewis, que se halla en los límites del disenso tolerable sobre estas cuestiones, escribió que Arafat estaba progresando, pero no lo bastante: «Estados Unidos dice correctamente que la OLP debe renunciar inequívocamente a toda forma de terrorismo para poder tomar parte en las negociaciones», y esta condición todavía no se había cumplido. La reacción general osciló en buena parte dentro de estos baremos.

El razonamiento es acertado. La OLP se negó a seguir a Estados Unidos, Israel y Suráfrica fuera del espectro de la opinión mundial, y en consecuencia merece la burla (por parte de los partidarios de la línea dura) o bien estímulo para sus progresos limitados pero insuficientes (por parte de los disidentes).

Cuando Estados Unidos se quedó aislado diplomáticamente en diciembre de 1988, Washington adoptó una postura de repliegue, fingiendo que Arafat había claudicado ante las exigencias estadou-

nidenses, aunque su postura no había cambiado de un modo apreciable, de hecho durante años. Una vez oficializada la capitulación de Arafat ante las exigencias americanas, por estipulación de Estados Unidos, el líder palestino, podía ser recompensado mediante conversaciones con el embajador estadounidense en Túnez. Como señaló el ministro israelí de Defensa, Yitsjak Rabin, las conversaciones entre Estados Unidos y la OLP fueron concebidas para desviar las presiones diplomáticas orientadas a un acuerdo y conceder a Israel un año o más para aplastar la Intifada palestina mediante una «fuerte presión militar y económica» con el fin de «quebrarlos».³⁸

La cuestión de terrorismo contra resistencia surgió enseguida durante las conversaciones entre Estados Unidos y la OLP. Los protocolos de la primera reunión se filtraron y publicaron en el *Jerusalem Post*, que expresó su satisfacción ante el hecho de que «el representante estadounidense adoptara las posturas israelíes», al exponer dos condiciones fundamentales que la OLP debía aceptar: ordenar el cese de la Intifada y renunciar a la idea de una conferencia internacional. Con respecto a la Intifada, Estados Unidos manifestó su postura en los siguientes términos:

Indudablemente las luchas intestinas que estamos presenciando en los territorios ocupados pretenden minar la seguridad y estabilidad del Estado de Israel, y en consecuencia exigimos el cese de esos disturbios, *que entendemos como actos terroristas contra Israel*. Esto es especialmente cierto, por cuanto sabemos que ustedes están orquestando, desde fuera de los territorios, esos disturbios que son en ocasiones muy violentos.³⁹

Una vez decretado el cese de este «terrorismo» y restablecidas las condiciones anteriores de represión, Estados Unidos e Israel pueden proceder a arreglar las cosas a su gusto. De nuevo, la resistencia de una población oprimida a una ocupación militar brutal es «terror», desde el punto de vista de los invasores y su mecenas.

La misma cuestión surgió durante las operaciones del ejército israelí en el sur del Líbano. También éstas fueron guiadas por la lógica esbozada por Abba Eban, citado más arriba. La población ci-

vil fue retenida como rehén bajo la amenaza de terror para garantizar su aceptación de los acuerdos políticos dictados por Israel para el sur del Líbano y los territorios ocupados. La amenaza puede llevarse a cabo a voluntad, y así se hace, con extrema brutalidad.⁴⁰ Pero no cuenta como terrorismo, dado el agente y quien lo respalda. Ni siquiera merece una suave reprimenda. Estos actos pertenecen por definición al ámbito de la autodefensa legítima.

Adoptando los mismos conceptos, es razonable constatar, sin hacer comentarios, que la preocupación del secretario de Estado Shultz por el terrorismo internacional se convirtió en «su pasión» después del atentado suicida contra marines estadounidenses en el Líbano en octubre de 1983. No hubo necesidad de recurrir a testigos de Nicaragua, Angola, el Líbano, los territorios ocupados y otros lugares para que dieran fe de la «pasión» de Shultz, ni entonces ni cuando se renovaron los elogios por su «desprecio visceral hacia el terrorismo» y su «cruzada personal» contra el mismo al justificar su negativa a permitir que Arafat hablara en las Naciones Unidas.⁴¹

No cabe duda de que también Siria considera «terroristas» a los libaneses que se resisten a su dominio sangriento, pero semejante pretensión suscitaría el ridículo y desprecio que merece. La reacción cambia según cuál sea el reparto de los personajes.

TERROR Y REPRESALIA

El concepto de represalia es un instrumento útil de la guerra ideológica. Durante un ciclo de interacción violenta, cada bando define típicamente sus propias acciones como represalia por el terrorismo del adversario. En Oriente Próximo, el conflicto árabe-israelí ofrece numerosos ejemplos. Puesto que Israel es un Estado satélite, la práctica estadounidense adopta sin sentido crítico alguno los convencionalismos israelíes.

Tomemos por ejemplo el secuestro del *Achille Lauro* y el asesinato de Leon Klinghoffer en 1985, sin lugar a dudas un acto terrorista infame. Sin embargo, los secuestradores no consideraban su acción terrorismo, sino una represalia por el bombardeo israelí de Túnez una semana antes con apoyo de Estados Unidos, un «acto

de agresión armada» (como determinó el Consejo de Seguridad de la ONU) o simplemente terrorismo internacional mortífero (concediendo el beneficio de la duda a Estados Unidos y su satélite). A su vez, para los autores, el bombardeo de Túnez no fue terror ni agresión, sino represalia legítima por el asesinato a sangre fría de tres israelíes en Larnaca, Chipre (sin que se sospeche ninguna vinculación con Túnez o las víctimas del bombardeo). Los autores de los asesinatos de Larnaca, a su vez, entendían su acción no como terrorismo, sino como represalia en respuesta al terrorismo israelí en aguas internacionales durante muchos años. Estos hechos no se ponen en tela de juicio, e incluso de vez en cuando se divulgan, pero no constituyen «terrorismo» por definición, de modo que los crímenes de Larnaca no pueden ser represalia, como se pretende. Apenas se habla de las operaciones israelíes, y por lo tanto no entran dentro del canon.⁴²

Existen muchos casos similares. Los conceptos de terrorismo y represalia son instrumentos flexibles, fácilmente adaptables a las necesidades del momento.

DEL LITERALISMO A LA NECESIDAD DOCTRINAL

Este análisis del terrorismo internacional dirigido por el Estado presenta un grave defecto: se ha aferrado al literalismo ingenuo y por lo tanto no guarda relación con el debate contemporáneo sobre el azote de la era moderna.

Además, el análisis dista mucho de ser exhaustivo. Apenas roza la superficie en los casos de Centroamérica y Oriente Próximo, y el terrorismo internacional no se limita en modo alguno a estas regiones. Pero basta con plantear algunas preguntas. Hay una que destaca especialmente: ¿cómo es posible que los intelectuales y los medios de comunicación sostengan la tesis de que el azote de la era moderna se remonta a la «red de terrorismo mundial [de dependencia soviética] encaminada a la desestabilización de la sociedad democrática occidental»? ¿Cómo es posible identificar Irán, Libia, la OLP, Cuba y otros enemigos oficiales como los principales practicantes del terrorismo internacional?

La respuesta, como hemos visto, es muy sencilla. Debemos

abandonar el enfoque literal y reconocer que los actos terroristas incurren en el canon sólo cuando son ejecutados por enemigos oficiales. Cuando Estados Unidos y sus satélites son los agentes de atrocidades terroristas, éstas desaparecen del historial o bien se transmutan en actos de represalia y autodefensa al servicio de la democracia y los derechos humanos. Entonces todo queda claro.

Pasando finalmente a los posibles remedios para esta plaga, las obras al uso ofrecen algunas propuestas. Walter Laqueur insiste en que «la manera obvia de tomar represalias» contra el terrorismo internacional «es, por supuesto, pagar a sus patrocinadores con la misma moneda», a pesar de que esta respuesta legítima puede resultar difícil para las sociedades occidentales, que no comprenden que los demás no compartan sus «valores morales de democracia, libertad y humanismo». No obstante, antes de que los aquejados de un literalismo incurable saquen las conclusiones equivocadas, conviene subrayar que la respuesta legítima no incluye bombas en Washington y Tel-Aviv, dado el cuidadoso modo en que se ha elaborado el concepto de terrorismo.

El *New York Times* recurrió a un experto en terrorismo para que ofreciera sus reflexiones sobre cómo hacer frente a la plaga. Su consejo, basado en una larga experiencia, era claro: «Los terroristas, y especialmente sus comandantes, deben ser eliminados.» Citó tres ejemplos de acciones antiterroristas efectivas: el bombardeo estadounidense de Libia, el bombardeo israelí de Túnez y la invasión del Líbano por parte de Israel. Recomienda más de lo mismo «si queremos que prevalezca el mundo civilizado». Los editores del *Times* titularon su artículo «It's Past Time to Crush the Terrorist Monster» [Ya ha llegado la hora de aplastar el monstruo terrorista] y destacaron las palabras «detener la matanza de inocentes». Identificaron al autor como «el ministro israelí de Comercio e Industria».⁴³

El nombre del autor es Ariel Sharón. Su carrera terrorista, que se remonta a principios de la década de 1950, incluye la matanza de 69 personas en Qibya y 20 en el campamento de refugiados de al-Bureig en 1953; operaciones terroristas en Gaza y el noreste del Sinaí a comienzos de la década de 1970, entre las cuales la expulsión de unos 10.000 agricultores al desierto, una vez arrasadas sus casas y destruidas sus tierras de labranza en preparación de la coloni-

zación judía; la invasión del Líbano emprendida en un intento —como ahora admiten muchos— de vencer la amenaza de la diplomacia de la OLP; la posterior masacre en Sabra y Shatila, etcétera.

Para algunos, la decisión de Sharón de impartir lecciones al «mundo civilizado» sobre cómo «detener la matanza de inocentes» puede resultar un tanto extraña, tal vez perversa y posiblemente hipócrita. Pero no está tan claro. Esta decisión no contradice los valores manifestados a través de la acción, ni la cultura intelectual expresada con palabras, o en silencio.

En apoyo de esta conclusión, podemos señalar que el remedio para el terrorismo internacional —por lo menos un componente importante del mismo— está a nuestro alcance y es sumamente sencillo: dejar de participar en él. Pero no se toma ninguna medida para este fin, y de hecho apenas se habla del tema. En cambio, uno encuentra elogios a nuestras intenciones benévolas y nobleza de espíritu, nuestros elevados «criterios de democracia, libertad y humanismo», a veces defectuosos en su función. Los hechos básicos no pueden considerarse y las ideas claras son impensables. La pura verdad, cuando se expresa, provoca incredulidad, horror e indignación... por el hecho de que se exprese.

En un clima moral e intelectual como éste, tal vez sea adecuado que el periódico más importante del mundo elija a Ariel Sharón como nuestro tutor sobre los males del terrorismo y cómo combatirlo.

El mundo después del 11 de Septiembre (2001)

Sé que no soy el único a quien se le ha recordado en los últimos meses unas palabras sabias y clarividentes de uno de los personajes más impresionantes del Estados Unidos del siglo XX, el pacifista radical A. J. Muste. Cuando Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial hace sesenta años, profetizó con notable precisión los contornos del mundo que resultaría de la victoria estadounidense y, un poco más tarde, señaló que «el problema después de una guerra es del vencedor. Cree que acaba de demostrar que la guerra y la violencia compensan. ¿Quién le dará una lección ahora?».

Demasiada gente en todo el mundo iba a aprender el amargo significado de estas palabras. El poder sólo se emplea sabiamente para acabar con el mal en las leyendas, en los cuentos infantiles y en las revistas de opinión intelectual. El mundo real imparte lecciones muy distintas, y se requiere una ignorancia deliberada para no comprenderlas.

Éstos son, por desgracia, temas destacados de la historia. En su importante estudio sobre la formación de los Estados europeos, Charles Tilly observó, con bastante precisión, que a lo largo del último milenio «la guerra ha sido la actividad predominante de los Estados europeos», por una lamentable razón: «La tragedia fundamental es simple: la coerción da resultado; aquellos que imponen una fuerza considerable a sus semejantes obtienen sumisión, y de esa sumisión se derivan los múltiples beneficios del dinero, bienes, respeto, acceso a placeres negados a gente menos poderosa.»¹ Son poco menos que tópicos históricos, que la mayor parte de la población mundial ha aprendido por las malas. El respeto incluye gene-

ralmente la alabanza de las clases instruidas. El recurso a medios violentos abrumadores para aniquilar a enemigos indefensos con impunidad tiende a ganarse una admiración especial, y también a verse como natural, una demostración de la propia virtud; algo, una vez más, cercano a verdades universales de índole cultural e histórica.

Un hecho concomitante normal de las victorias fáciles sobre enemigos indefensos es el afianzamiento del hábito de preferir la fuerza a la búsqueda de medios pacíficos. Otro es la suma importancia de actuar sin autoridad. La encarnación del dios que llega a la tierra como el «hombre perfecto» con la misión de erradicar el mal del mundo no necesita una autoridad superior. Lo que es cierto en el caso de las épicas indias más antiguas, que se remontan muchos milenios en el tiempo, es válido también para los plagiaros de hoy en día. La preferencia por la fuerza y el rechazo de la autorización han sido características notables de la última década de poder abrumador e incuestionable y aplastamiento de adversarios mucho más débiles, de acuerdo con las recomendaciones de la política. Cuando la primera Administración Bush asumió el poder, emprendió un examen de la política de seguridad nacional que tenía que ver con las «amenazas del tercer mundo». Algunas partes de este estudio se filtraron a la prensa durante la guerra del Golfo. El análisis concluía que «en los casos en que Estados Unidos se enfrenta a enemigos mucho más débiles», es decir, la única clase de adversarios a los que uno decide combatir, «nuestro reto será no sólo vencerles, sino además vencerles de un modo decisivo y rápido». Cualquier otra consecuencia sería «embarazosa» y podría «socavar el apoyo político», entendido como escaso.² Tras la desaparición del único elemento disuasorio pocos meses después, las conclusiones quedaron demostradas con mayor firmeza si cabe, como era de esperar. Éstas son, creo, algunas de las consideraciones que deberíamos tener presentes cuando contemplemos el mundo después del 11 de septiembre.

Sea cual fuere nuestra opinión sobre los sucesos de las últimas semanas, si deseamos hacer una valoración razonable de lo que puede depararnos el futuro, debemos atender cuidadosamente a varios factores fundamentales. Algunos de ellos son:

1. Las premisas sobre las que se han basado las decisiones políticas.
2. Sus raíces en instituciones y doctrinas estables de la historia más reciente, que implican en buena medida a los mismos responsables de tomar decisiones.
3. Las formas en que éstas se han traducido en acciones específicas.

Me gustaría decir algunas palabras sobre cada uno de estos temas.

El nuevo milenio no tardó en engendrar dos nuevos crímenes terribles, que se suman al sombrío historial de los ya existentes. El primero fue los ataques terroristas del 11 de septiembre; el segundo, la reacción a ellos, que se cobró sin duda un precio mucho más alto en vidas inocentes, civiles afganos que eran a su vez víctimas de los presuntos autores de los crímenes del 11 de septiembre. Supondré que éstos son Ossama bin Laden y su red de al-Qaeda. Ha sido un caso *prima facie* desde el principio, pese a que se han obtenido pocas pruebas creíbles de las que deben de ser las investigaciones más profundas que se hayan hecho nunca por parte de los servicios de inteligencia coordinados de las principales potencias.³ Esas redes de «resistencia acéfala», como se las llama, son un hueso duro de roer.

Una señal poco propicia es que en ambos casos los crímenes son considerados apropiados y justos, incluso nobles, en el marco doctrinal de sus autores, y de hecho se justifican casi con las mismas palabras. Bin Laden proclama que la violencia está justificada en defensa propia contra los infieles que invaden y ocupan tierras musulmanas y contra los gobiernos brutales y corruptos que mantienen allí, palabras que tienen una considerable resonancia en la región incluso entre quienes lo desprecian y temen. Bush y Blair proclaman, casi con palabras idénticas, que la violencia está justificada para erradicar el mal de nuestras tierras. Las proclamaciones de los antagonistas no son del todo iguales. Cuando Bin Laden habla de «nuestras tierras», se refiere a territorios musulmanes: Arabia Saudí, Egipto, Chechenia, Bosnia, Cachemira y otros; los islamistas radicales que fueron movilizados y educados por la CIA y sus asociados durante la década de 1980 desprecian a Rusia, pero

cesaron sus operaciones terroristas en Rusia desde bases afganas una vez que los rusos se retiraron. En cambio, cuando Bush y Blair hablan de «nuestras tierras» se están refiriendo al mundo. Esta distinción refleja el poder de que disponen los adversarios. El hecho de que ambos bandos sean capaces de hablar sin avergonzarse de erradicar el mal a la luz de sus antecedentes debería dejarnos con la boca abierta, a menos que adoptemos el sencillo procedimiento de borrar incluso la historia más reciente.

Otro mal presagio es que, en ambos casos, los autores insisten en recalcar la criminalidad de sus actos. En el caso de Bin Laden, no hay lugar para la discusión. Estados Unidos rechazó intencionadamente el marco de legitimidad que reside en la Carta de las Naciones Unidas. Se ha abierto un gran debate sobre si las ambiguas declaraciones del Consejo de Seguridad, o el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, autorizan el uso de la fuerza. Esto, en mi opinión, no viene al caso.

Resolver el debate habría sido bastante sencillo, de haber existido el deseo de hacerlo. Apenas cabe ninguna duda de que Washington habría conseguido una autorización totalmente inequívoca del Consejo de Seguridad, aunque no precisamente por motivos dignos. Rusia está ansiosa por alistarse en la «coalición contra el terror» para obtener el apoyo de Estados Unidos para sus enormes crímenes terroristas. China confía en ser admitida en la coalición de los justos por las mismas razones y, de hecho, Estados de todo el mundo comprobaron enseguida que podrían conseguir el apoyo de la superpotencia mundial a su propia violencia y represión, una lección que tampoco pasa desapercibida para los gestores del mundo. El apoyo británico es reflejo; Francia no habría puesto objeciones. En definitiva, no habría habido ningún veto.

Pero Washington optó por rechazar la autorización del Consejo de Seguridad e insistir en su derecho único de actuar unilateralmente, infringiendo la legislación internacional y solemnes compromisos contraídos en tratados, un derecho proclamado por la Administración Clinton y sus predecesores con palabras claras y explícitas, unas advertencias que tanto nosotros como los demás podemos optar por desoír, pero por nuestra cuenta y riesgo. Asimismo, Washington descartó desdeñosamente las tímidas ofertas para considerar la extradición de Bin Laden y sus asociados; no podemos

saber hasta qué punto eran reales estas posibilidades, debido a la soberbia negativa a tenerlas siquiera en cuenta. Esta postura se aferra a un principio importante del arte de gobernar, llamado «ganar credibilidad» en la retórica de la diplomacia y la erudición. Y es comprensible. Si un capo de la Mafia piensa recaudar dinero en concepto de protección, no solicita antes un mandato judicial, aunque pudiese conseguirlo. Lo mismo ocurre en las relaciones internacionales. Los dominados deben comprender cuál es su sitio, y reconocer que los poderosos no necesitan ninguna autoridad superior.

Tucídides observó que «las grandes naciones hacen lo que quieren, mientras que las pequeñas aceptan lo que deben». El mundo ha cambiado mucho en varios miles de años, pero algunas cosas siguen funcionando igual.

Las atrocidades del 11 de septiembre son consideradas como un acontecimiento histórico, lo cual es cierto, aunque no, lamentablemente, por su magnitud. En cuanto al número de víctimas civiles, el crimen no es excepcional en los anales de la violencia fuera de la guerra. Para mencionar sólo un ejemplo, tan insignificante en el contexto como para ser una mera nota a pie de página, un periodista panameño, al condenar los crímenes del 11 de septiembre, comentó que para los panameños los «tiempos siniestros» no son desconocidos, recordando el bombardeo estadounidense del barrio de El Chorrillo durante la operación Causa Justa, que causó tal vez miles de muertos; se trata de crímenes americanos, por lo que no existe un recuento serio.⁴ Las atrocidades del 11 de septiembre son en efecto un acontecimiento histórico, pero a causa de su objetivo. Para Estados Unidos es la primera vez desde que los británicos incendiaron Washington en 1814 que el territorio nacional ha recibido un ataque serio y se ha visto incluso amenazado. No hay ninguna necesidad de analizar lo que se ha hecho a los demás durante los dos siglos transcurridos desde entonces. Para Europa, el revés es todavía más dramático. Mientras conquistaron la mayor parte del mundo, dejando un rastro de terror y devastación, los europeos estuvieron a salvo del ataque de sus víctimas, con raras y limitadas excepciones. Por lo tanto, no es de extrañar que Europa y sus ramificaciones se horrorizaran ante los crímenes del 11 de septiembre, una espectacular ruptura de las normas de conducta aceptable vigentes durante siglos.

Tampoco es sorprendente que se sintieran satisfechos, quizá ligeramente arrepentidos, respecto al sufrimiento aún más terrible que siguió. A fin de cuentas, las víctimas son afganos infelices, «tribus incivilizadas», como los definió Winston Churchill con desprecio cuando ordenó el uso de gas venenoso para «propagar un terror rápido» entre ellos hace ochenta años, censurando los «escrúpulos» de los bobos compasivos que no lograban entender que las armas químicas no eran más que «la aplicación de la ciencia moderna a la guerra moderna» y debían emplearse «para conseguir un pronto cese del desorden que impera en la frontera».⁵

En la actualidad se oyen ideas parecidas. Los editores del *New Republic*, quienes no hace mucho reclamaban más ayuda militar para «los fascistas al estilo latino [...] sin reparar en la cifra de muertos» porque «hay prioridades más importantes que los derechos humanos salvadoreños», aclaran ahora que «la operación Libertad Duradera no es una intervención humanitaria». A partir de esta precisa observación concluyen que «si dejamos un país sumido en el caos que ya no pueda servir de base de operaciones contra nosotros, habremos cumplido un objetivo necesario»; y deberíamos «abandonar la obsesión por la construcción nacional» para tratar de reparar lo que hemos hecho en Afganistán durante veinte años, que no es asunto nuestro.⁶

Si bien son pocos los que están dispuestos a rebajarse hasta ese nivel, no deja de ser cierto que las atrocidades cometidas contra los afganos conllevan poco estigma moral, por una razón: porque tales prácticas han sido muy habituales a lo largo de la historia, aun cuando no había otro pretexto que la codicia y la dominación. Y el justo castigo no tiene límites. De esto hay muchísimos precedentes históricos, por no hablar de la autoridad de los textos más sagrados que se nos enseña a venerar.

Otro aspecto de la aceptación confiada de las atrocidades fue descrito por Alexis de Tocqueville en su crónica de uno de los mayores crímenes de limpieza étnica del continente americano: la expulsión de los cheroquis. Estaba especialmente intrigado al ver cómo los americanos eran capaces no sólo de «exterminar la raza india» tras «desposeerla por completo de sus derechos», sino además de hacerlo «con singular felicidad, tranquila, legal, filantrópicamente, sin derramamiento de sangre y sin quebrantar ni uno solo

de los grandes principios morales a los ojos del mundo». «Es imposible matar personas con un mayor respeto por las leyes de la humanidad», constató asombrado.⁷

Se trata de una descripción bastante válida de lo que se ha estado revelando ante nuestros ojos. Por ejemplo, en el campamento de refugiados de Maslaj, cerca de Herat, donde dicen que cientos de miles de personas carecen de alimentos y decenas de ellas mueren cada noche de frío y hambre. Vivían al límite de la supervivencia incluso antes del ataque, que las privó de una ayuda urgentemente necesaria. En la actualidad, tres meses después del 11 de septiembre, sigue siendo un «campamento olvidado». La veterana corresponsal Christina Lamb describe las escenas como las más «espe-luznantes» que recuerda, después de haber «visto muerte y miseria en campamentos de refugiados de muchas partes de Asia y África». Al cabo de un mes, la cifra de víctimas comunicada se había duplicado a cien personas diarias y los cooperantes advirtieron que el campamento se halla «al borde de un desastre humanitario como en Etiopía», por cuanto la afluencia de refugiados seguía aumentando, en un número estimado de tres cuartas partes de su población desde septiembre.⁸

La destrucción de vidas es silenciosa y en su mayor parte invisible, y puede ser fácilmente olvidada, por elección. Un espectáculo aún más triste es la negación —o peor, incluso la burla— de los esfuerzos por sacar a la luz estas tragedias con el fin de aumentar las presiones para aliviarlas. La cómoda tolerancia del «intenso horror» que relata Lamb simplemente refleja el hecho de que es así cómo los poderosos tratan a los débiles e indefensos, por lo que no resulta nada sorprendente.

No tenemos derecho a hacernos ilusiones respecto a las premisas de la planificación de la guerra en Afganistán ni de los comentarios que la acompañan. Se basaron en la suposición incontrovertible de que la amenaza de bombardeo, y más tarde su ejecución, aumentaría considerablemente el número de afganos en peligro de muerte por hambre, enfermedad y frío. La prensa informó tímidamente que se calculaba que las cifras se incrementarían en un 50 %, hasta aproximadamente 7,5 millones: otros 2,5 millones de personas.⁹ No suscitó comentario alguno la noticia de que Washington había «exigido [a Pakistán] la supresión de los convoyes de camio-

nes que suministran la mayor parte de alimentos y otras provisiones a la población civil de Afganistán»,¹⁰ millones de ellos ya a punto de morir de hambre. Las súplicas de que cesara el ataque para permitir la distribución de comida y demás ayuda fueron rechazadas sin comentarios, y en su mayor parte sin siquiera difusión. Estas peticiones procedían de altos funcionarios de la ONU, destacados organismos de ayuda humanitaria y otros que estaban en una buena posición para conocer la situación. Los especialistas afganos se mostraron de acuerdo, advirtiendo que la retirada de los cooperantes y la seria reducción de alimentos dejaba a «millones de afganos [...] en grave peligro de morir de hambre». A finales de septiembre, la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) había anunciado que más de siete millones de personas se enfrentarían al peligro de morir de hambre si se emprendía la acción militar declarada, y una vez que hubo empezado el ataque, notificó que la amenaza de «catástrofe humanitaria» era «grave» y que el bombardeo había impedido la plantación del 80 % de las reservas de cereal, de suerte que al año siguiente las consecuencias serían todavía más graves.¹¹

No podemos saber qué ocurrirá. Pero conocemos bastante bien las suposiciones sobre las que se basaron y ejecutaron los planes, y los comentarios generados. Por una simple cuestión de lógica, son estas suposiciones lo que nos informa acerca del mundo que nos espera, sean cuales fueren las consecuencias en el caso que nos ocupa. Los hechos básicos han sido divulgados de pasada, entre ellos que se está haciendo poco por llevar comida y demás ayuda a muchos de los que mueren en los campamentos de refugiados y en las zonas rurales, a pesar de que se dispone de provisiones, siendo el principal factor que dificulta su distribución la falta de interés y voluntad.

Además, las repercusiones a más largo plazo seguirán desconociéndose, si la historia sirve de guía. La información es escasa hoy, y las consecuencias no se investigarán mañana. Es aceptable difundir los «daños colaterales» causados por errores en el bombardeo, el precio involuntario e inevitable de la guerra, pero no la exterminación consciente y deliberada de afganos que morirán en silencio, de manera invisible, no a propósito sino porque no importa, un nivel más bajo de depravación moral; si pisamos una hormiga al andar, no la hemos matado intencionadamente.

Las personas no mueren de hambre de forma inmediata. Pueden sobrevivir a base de raíces y hierbas, y si niños desnutridos mueren de enfermedad, ¿quién tratará de determinar qué factores están en segundo plano? En el futuro, el tema queda fuera del orden del día en virtud de un principio fundamental: debemos invertir una energía enorme al recuento meticuloso de los crímenes de los enemigos oficiales, incluyendo convenientemente no sólo los literalmente asesinados, sino también los que mueren a consecuencia de sus políticas, y debemos tener un cuidado igualmente escrupuloso de evitar esta práctica en el caso de nuestros propios crímenes, adoptando la postura que tanto impresionó a Tocqueville. Hay cientos de páginas de documentación detallada sobre la aplicación de este principio. Será una grata sorpresa si el caso que nos ocupa resulta de un modo distinto.

Y deberíamos recordar que no estamos observando todo esto desde Marte, ni describiendo los crímenes de Atila el huno. Hay muchas cosas que podemos hacer ahora mismo, si queremos.

Para investigar lo que probablemente nos espera desde una perspectiva distinta, preguntémonos si había alternativas al recurso a una fuerza devastadora desde lejos, un instrumento que llega de forma natural a quienes cuentan con un poder devastador, ningún elemento disuasorio externo y confianza en la obediencia de la opinión expresada.

Se propusieron alternativas de un modo harto elocuente. Por parte del Vaticano, por ejemplo, que pidió medidas adecuadas a los crímenes, sea cual fuere su magnitud: si alguien roba en mi casa y creo saber quién lo hizo, no tengo derecho a perseguirle con un rifle de asalto, matando entretanto gente al azar en su vecindario. O por parte del eminente historiador militar Michael Howard, quien «atacó mordazmente» el bombardeo de Afganistán del 30 de octubre, no en términos de éxito o fracaso, sino atendiendo a su propósito: lo que se requiere es «operaciones pacientes de las fuerzas policiales y de inteligencia», «una operación policial dirigida bajo los auspicios de la ONU en nombre de la comunidad internacional en pleno, contra una conspiración criminal cuyos miembros deben ser perseguidos y llevados ante un tribunal internacional».¹² Desde luego, existen precedentes que incluyen actos de terrorismo internacional todavía más extremos que los del 11 de septiembre: la gue-

rra terrorista de Estados Unidos contra Nicaragua, por citar un ejemplo no controvertido; y digo no controvertido por el fallo de las más altas autoridades internacionales, el Tribunal Internacional de Justicia y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Los intentos de Nicaragua de seguir métodos legítimos fracasó, en un mundo gobernado por la fuerza; pero nadie obstaculizaría a Estados Unidos si optara por emprender acciones legales.

¿Habrían podido conseguirse los objetivos de capturar y castigar a los culpables sin violencia? Tal vez. No podemos saber si las ofertas de los talibán de negociar la extradición eran serias, por cuanto fueron rechazadas por los motivos ya mencionados. Lo mismo puede decirse del objetivo bélico añadido por si acaso mucho después de que comenzara el ataque: el derrocamiento del régimen talibán.¹³ No cabe duda de que eso habría sido una prioridad fundamental para muchos afganos, como en el caso de otros muchos en todo el mundo que sufren bajo regímenes brutales y una opresión malvada. Ciñéndonos sólo a cuestiones de táctica y eficacia, ¿había formas preferibles de alcanzar este último objetivo?

Evidentemente, la investigación debería empezar por la gente de Afganistán: ¿cuáles son sus actitudes y opiniones? Definir sus puntos de vista es una tarea difícil, sin duda, pero no del todo imposible. Existen algunos modos razonables de proceder.

Podríamos empezar por la congregación de mil líderes afganos en Peshawar a finales de octubre, algunos de ellos exiliados, otros que cruzaron la frontera a pie desde Afganistán, todos ellos resueltos a derrocar el régimen talibán. Fue «una rara demostración de unidad entre ancianos tribales, doctores islámicos, políticos discolos y ex comandantes guerrilleros», informó el *New York Times*. Instaron unánimemente «a Estados Unidos a parar los ataques aéreos», apelaron a los medios de comunicación internacionales para que reclamaran el fin del «bombardeo de gente inocente» y «exigieron el cese de la ofensiva estadounidense contra Afganistán». Pidieron que se adoptasen otras medidas para derrocar el odiado régimen talibán, un objetivo que creían se podía conseguir sin necesidad de matanza y destrucción.¹⁴

Un mensaje similar fue transmitido por el jefe de la oposición afgana, Abdul Haq, quien gozaba de mucha consideración en Washington. Justo antes de entrar en Afganistán, al parecer sin apoyo es-

tadounidense, y ser capturado y ejecutado, condenó el bombardeo y criticó a Estados Unidos por negarse a respaldar sus esfuerzos y los de otros «por provocar una revuelta entre los talibán». Afirmó que el bombardeo fue «un gran contratiempo para estos esfuerzos». Anunció contactos con comandantes talibán de segunda fila y ancianos tribales ex *muyahid*, y discutió sobre cómo llevar adelante esos planes, invitando a Washington a apoyarlos con financiación y otras ayudas en lugar de socavarlos con bombas.

Abdul Haq dijo:

[Estados Unidos] está tratando de enseñar músculo, lograr una victoria y asustar a todo el mundo. Le traen sin cuidado el sufrimiento de los afganos y cuánta gente perderemos. Y eso no nos gusta. Porque ahora los afganos tienen que sufrir por estos fanáticos árabes, pero todos sabemos quién trajo estos árabes a Afganistán en la década de 1980, quién los armó y les proporcionó una base. Fueron los americanos y la CIA. Y todos los americanos que hicieron esto recibieron medallas y ascensos, mientras durante todos estos años los afganos sufrían por causa de estos árabes y sus aliados. Ahora, cuando América es atacada, en lugar de castigar a los americanos que hicieron esto, castiga a los afganos.¹⁵

Creo que sus comentarios tienen mucho mérito.

También podemos mirar hacia otro lado para encontrar una aclaración sobre las opiniones afganas. Ha habido, por fin, algunas preocupaciones tardías acerca del destino de las mujeres en Afganistán, que llegaron incluso hasta la primera dama. Quizá les siga algún día la preocupación por la difícil situación de las mujeres en otros lugares de Asia central y meridional, que, desafortunadamente, muchas veces no es muy distinta de la vida bajo los talibán, ni siquiera en las democracias más vibrantes. Hay multitud de fuentes fidedignas y expertas sobre estos temas, si nos tomamos la molestia de buscarlas. Y una desviación tan radical de los usos del pasado prestaría por lo menos cierta credibilidad a la supuesta indignación por las prácticas de los talibán justo en el momento en que favorecía los fines propagandísticos de Estados Unidos. Por supuesto, ninguna persona sensata defiende una intervención mili-

tar por parte de Estados Unidos u otros Estados para rectificar estos y otros crímenes terribles en países que son aliados y satélites de Washington. Estos problemas son graves, pero hay que afrontarlos desde dentro, con la ayuda de forasteros si es constructiva y honesta, no meramente hipócrita e interesada.

Puesto que el duro trato a las mujeres de Afganistán ha merecido por fin cierta atención muy justificada, podría parecer que las actitudes de las mujeres afganas hacia la política deberían ser motivo de preocupación primordial. No hay duda de que difieren considerablemente, y no resultan fáciles de indagar. Aun así, no debería ser imposible determinar si las madres de Maslaj elogian el bombardeo o, en cambio, podrían estar de acuerdo con aquellos que huyeron de sus casas hacia míseros campamentos de refugiados bajo la amenaza de las bombas y expresaron la amarga esperanza de que «hasta los americanos crueles deben sentir cierta compasión por nuestro país desolado» y abstenerse de llevar a cabo el ataque declarado que ya estaba sembrando la muerte y la calamidad.¹⁶ Y las mujeres afganas no están mudas, ni mucho menos, en todas partes. Existe una organización de mujeres valientes que han estado en primera línea de la lucha por defender los derechos de las mujeres durante veinticinco años, la RAWA (Asociación Revolucionaria de las Mujeres de Afganistán), desempeñando una tarea extraordinaria. Su líder fue asesinada por colaboradores afganos de los rusos en 1987, pero prosiguen su labor dentro de Afganistán arriesgando sus vidas, y desde el exilio en las proximidades. Han sido muy francas. Una semana después de comenzar el bombardeo, por ejemplo, hicieron una declaración pública que habría sido noticia de primera página allí donde la inquietud por las mujeres afganas fuese real, no una cuestión de simple oportunismo.

La declaración de la RAWA del 11 de octubre se titulaba «Hay que derrocar a los talibán mediante el alzamiento de la nación afgana», y seguía diciendo:

De nuevo, debido a la traición de los verdugos fundamentalistas, nuestro pueblo ha caído en las garras del monstruo de una guerra devastadora. América, al formar una coalición internacional contra Ossama y sus colaboradores talibán, y en represalia por los ataques terroristas del 11 de septiembre, ha em-

prendido una agresión arrolladora contra nuestro país [...] Lo que hemos presenciado durante los últimos siete días no deja lugar a dudas de que esta invasión verterá la sangre de numerosas mujeres, hombres, niños, jóvenes y ancianos de nuestro país.

La declaración continuaba exigiendo «la erradicación de la plaga de los talibán y al-Qaeda» por medio de «una sublevación general» de los propios afganos, los únicos que «pueden evitar la repetición y la reincidencia de la catástrofe que se ha abatido sobre nuestro país».

En otra declaración del 25 de noviembre, en el transcurso de una manifestación de organizaciones de mujeres en Islamabad en el Día Internacional por la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres, la RAWA criticó a la Alianza del Norte, respaldada por Estados Unidos y Rusia, por un «historial de violaciones de los derechos humanos tan atroz como el de los talibán», e hizo un llamamiento a la ONU para que «ayude a Afganistán, no a la Alianza del Norte», unas advertencias reiteradas en la conferencia nacional de la All India Democratic Women's Association en las mismas fechas.¹⁷

Tal vez los afganos que han estado luchando por la libertad y los derechos de las mujeres durante muchos años no entienden demasiado su país, y deberían ceder la responsabilidad de su futuro a extranjeros que no habrían sabido situar Afganistán en el mapa hace pocos meses, junto con otros que habían contribuido a destruirlo en el pasado. Tal vez, pero no es evidente.

La situación recuerda la guerra de Irak, cuando la oposición iraquí estuvo vetada en los medios de comunicación y revistas de opinión, salvo las publicaciones disidentes. Ellos se opusieron enérgicamente a la campaña de bombardeo estadounidense contra Irak y acusaron a Estados Unidos de preferir una dictadura militar a derrocar a Saddam mediante una revuelta interna, como fue admitido públicamente cuando George Bush (número 1) volvió a colaborar con su antiguo amigo y aliado Saddam Hussein en la perpetración de atrocidades enormes, cuando el líder iraquí aplastó brutalmente una rebelión chií en el sur que habría podido derrocar al sanguinario dictador, bajo la atenta mirada del ejército estadou-

nidense que ejercía un control absoluto sobre la región y mientras Washington se negaba incluso a permitir a los generales iraquíes rebeldes el acceso a las armas capturadas. La Administración Bush confirmó que no habría tratos con los líderes de la oposición iraquíes: «Entendemos que mantener reuniones políticas con ellos [...] no sería apropiado para nuestra política actual», anunció el portavoz del Departamento de Estado Richard Boucher el 14 de marzo de 1991, al tiempo que Saddam masacraba a los rebeldes del sur.¹⁸ Ésa había sido la tónica de la política gubernamental. Lo mismo puede decirse de preferir el uso de la fuerza a buscar opciones diplomáticas probablemente factibles, políticas que continuaron durante la siguiente década, hasta hoy, y son muy naturales básicamente por los motivos que Abdul Haq enunció.

Otra manera sensata de evaluar las perspectivas de futuro sería analizar las acciones de los comandantes actuales, cuando lanzaron la primera guerra contra el terrorismo hace veinte años: hay abundantes pruebas de lo que consiguieron en Centroamérica, Suráfrica, Oriente Próximo y el sureste asiático, todo ello acompañado por prácticamente la misma retórica grandilocuente y apasionada que oímos hoy. No habría necesidad de revisar esos antecedentes vergonzosos. Evidentemente, imparten lecciones importantes acerca del probable futuro, al igual que el hecho de que el tema sea escrupulosamente obviado en el coro laudatorio para los proyectos actuales y futuros, aun cuando esos antecedentes son tan claramente relevantes, o tal vez por eso.

Al final de la terrible década de 1980, el elemento disuasorio externo al uso de la fuerza desapareció. Para sus víctimas, la caída de la tiranía soviética supuso un triunfo y una liberación extraordinarios, aunque esta victoria no tardó en verse mancillada por nuevos horrores. Para otros, las consecuencias fueron más complejas. La estrategia básica de la era posterior a la guerra fría se reveló muy pronto: más de lo mismo, con tácticas y pretextos revisados. A las pocas semanas de la caída del muro de Berlín, Estados Unidos invadió Panamá, matando a cientos o incluso miles de personas, vetando dos resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU y secuestrando a un matón que fue encarcelado en Estados Unidos por unos crímenes que había perpetrado en su mayor parte cuando figuraba en la nómina de la CIA antes de cometer el único que im-

portaba: desobediencia. El patrón de los acontecimientos era muy conocido, pero había ciertas diferencias. Una de ellas fue señalada por Elliott Abrams, quien se declaró culpable de unos crímenes cometidos cuando fue funcionario del Departamento de Estado durante el mandato de Reagan, y ahora ha sido nombrado especialista en derechos humanos del Consejo de Seguridad Nacional. En el momento de la invasión, comentó que por primera vez en muchos años Estados Unidos podía recurrir a la fuerza sin inquietarse por las reacciones rusas. Había también pretextos nuevos: la intervención era para defenderse de los narcotraficantes hispanos y no de los rusos que se estaban movilizandando en Managua, a dos días de marcha de Harlingen, Texas.

Al cabo de unos meses, la Administración Bush presentó su nuevo presupuesto para el Pentágono, un acontecimiento de especial importancia porque era la primera propuesta que no se basaba en el pretexto de que «vienen los rusos».¹⁹ El Gobierno solicitó un elevado presupuesto militar, igual que antes, y en parte por los mismos motivos. Así, era necesario reforzar «la base industrial de defensa» (alias industria de alta tecnología) y mantener las fuerzas de intervención dirigidas principalmente a Oriente Próximo, debido a «la dependencia del mundo libre de los recursos energéticos de aquella región fundamental». Pero había un cambio: en esa región fundamental las «amenazas para nuestros intereses» que habían requerido una actuación militar directa no podían «atribuirse al Kremlin», contrariamente a décadas de propaganda. Como tampoco podían atribuirse a Saddam: el carnicero de Bagdad seguía siendo un amigo y aliado apreciado, por cuanto no había cometido todavía su delito de desobediencia. La amenaza era el nacionalismo autóctono, como había sido siempre.

También se levantaron las brumas que ocultaban la mayor amenaza. No son los rusos, sino la «creciente sofisticación tecnológica» de las potencias del tercer mundo lo que exige que mantengamos un dominio militar absoluto en todo el planeta, aun sin «el telón de fondo de la competencia de superpotencias». La confrontación de la guerra fría seguía presente, aunque en segundo plano y más como pretexto que como razón, de igual modo que los rusos apelaban a la amenaza de Estados Unidos para justificar sus crímenes dentro de sus dominios. El verdadero enemigo es el nacionalismo

independiente (llamado «radical») en el sur, como se admite tácitamente ahora que los pretextos tradicionales han perdido su utilidad. Los registros documentales e históricos aportan abundantes pruebas que respaldan esta conclusión.

Otra consecuencia de la desaparición del segundo socio en el control del mundo fue la eliminación de todo espacio para el no alineamiento y la limitada independencia que permitía. Un indicio es la brusca e inmediatez de la reducción de la ayuda al extranjero, de forma radical en Estados Unidos, donde esta categoría prácticamente desapareció, aunque contemos la mayor parte, que va a un país rico por motivos estratégicos, y a Egipto debido a su colaboración en la misma empresa. La disminución de opciones fue plenamente reconocida. El presidente Mahathir de Malasia habló en nombre de muchos cuando dijo que:

Paradójicamente, la mayor catástrofe para nosotros, los que habíamos sido siempre anticomunistas, es la derrota del comunismo. El fin de la guerra fría nos ha privado de la única influencia que teníamos: la opción de desertar. Ahora no podemos acudir a nadie.²⁰

No es exactamente una paradoja, sino el curso natural de la historia del mundo real.

Otros muchos expresaron temores similares. La guerra del Golfo fue duramente condenada en todo el sur como una demostración de fuerza innecesaria que eludió las opciones diplomáticas; ya por entonces existían pruebas suficientes para esta interpretación, y desde entonces más todavía. Muchos entendieron lo que Abdul Haq describe: Estados Unidos «está tratando de enseñar músculo, lograr una victoria y asustar a todo el mundo», ganando así «credibilidad». El empleo de una fuerza militar abrumadora está concebido para demostrar que «no hablamos en vano», en las soberbias palabras de George Bush cuando bombas y misiles llovían sobre Irak. Quienes no comprendieron el mensaje entonces no tendrían ningún problema en hacerlo cuando Bush volvió inmediatamente a apoyar la mortífera violencia de Saddam con el fin de garantizar la «estabilidad», una palabra en clave que designa la subordinación a los intereses del poder estadounidense. El clima gene-

ral en el sur fue reflejado por el cardenal Paulo Evarista Arns, de São Paulo: en los países árabes, dijo, «los ricos se pusieron de parte del gobierno de Estados Unidos mientras que los millones de pobres condenaron esta agresión militar». En todo el tercer mundo, prosiguió, «hay odio y miedo: ¿cuándo decidirán invadirnos?», ¿y con qué pretexto?²¹

La reacción general al bombardeo de Serbia fue similar, y una vez más existen pruebas suficientes de que habrían podido buscarse soluciones pacíficas, evitando así muchas desgracias. En este caso, se proclamó oficial y repetidamente que los motivos eran ganar «credibilidad» y garantizar la «estabilidad». Cuesta trabajo tomar en serio la afirmación de que un objetivo secundario era impedir la limpieza étnica y las atrocidades que siguieron a la retirada de los inspectores y el bombardeo inmediatamente posterior: una consecuencia «previsible», como informó el general al mando a la prensa cuando comenzó el ataque, reiterando más tarde que desconocía esos objetivos bélicos. El rico archivo documental del Departamento de Estado, la OSCE, el Gobierno británico y otras fuentes occidentales refuerza sustancialmente estas conclusiones. Quizá es éste el motivo de que el instructivo historial sea obviado de un modo tan sistemático en la bibliografía sobre el tema. Incluso en los Estados satélites más leales, el bombardeo fue censurado como un regreso a la diplomacia de cañón, «revestida de rectitud moralizadora», al estilo tradicional (según el respetado analista militar israelí Amos Guilboa, en modo alguno una voz en el desierto).²²

Los estadounidenses estamos cuidadosamente protegidos de la opinión mundial y la discusión crítica sobre estos asuntos, pero no nos hacemos ningún favor sometiéndonos a tales restricciones.

Tampoco nos hacemos ningún favor haciendo caso omiso de documentos públicos que explican claramente el pensamiento de los planificadores. Éstos entienden muy bien que el mundo puede ser tripolar en términos económicos —con un poder económico más o menos comparable en Norteamérica, Europa y Asia—, pero que es radicalmente unipolar en la capacidad para recurrir a la violencia y destruir. Y nadie debería extrañarse al descubrir que esta realidad es de crucial importancia en la planificación.

Incluso antes del 11 de septiembre, Estados Unidos gastaba

más que los quince países siguientes en «defensa»,²³ que, como de costumbre, significa «ataque». Y va muy por delante en tecnología militar sofisticada. El presupuesto militar aumentó bruscamente después del 11 de septiembre, por cuanto el gobierno aprovechó el miedo y la angustia de la población para adoptar una larga serie de medidas que sabía suscitarían la oposición popular sin el llamamiento al «patriotismo», que los poderosos son libres de ignorar; son los demás los que tienen que mostrarse pasivos y sumisos. Estas medidas incluían varios recursos para reforzar la autoridad del poderosísimo Estado con el que los «conservadores» están profundamente comprometidos, entre ellos bruscos aumentos del gasto militar destinados a acrecentar la enorme diferencia entre Estados Unidos y el resto del mundo. Incluían también los planes para ampliar la «carrera armamentista» al espacio —una carrera con un solo competidor—, socavando el Tratado del Espacio Exterior de 1967 y otros compromisos internacionales. El programa de Misiles Balísticos de Defensa no es más que una pequeña parte, e incluso eso se entiende como una arma ofensiva: «no solamente un escudo, sino también un habilitador de acción», según explicó la corporación RAND, haciéndose eco no sólo de los pensamientos sino también de las palabras de las autoridades chinas, que, de manera realista, lo consideran como un arma dirigida contra su país. Los analistas estratégicos definen el programa como un medio para instaurar la «hegemonía» mundial de Estados Unidos, que es, según afirman haciéndose eco de muchos predecesores distinguidos, lo que el planeta necesita.

Los programas mucho más generales de militarización del espacio se explican en documentos públicos de alto nivel como el siguiente paso natural en la ampliación del poder del Estado. El Mando Espacial de Clinton señaló que se crearon ejércitos y armadas para proteger los intereses y las inversiones comerciales, y que la siguiente frontera lógica es el espacio, en busca de los mismos objetivos. Pero esta vez habrá una diferencia. La flota británica encontró la oposición de Alemania, con unas consecuencias que no merece la pena comentar. Pero Estados Unidos será tan sumamente poderoso que no habrá ninguna fuerza capaz de hacerle frente, tal como se afirma.

La supremacía abrumadora es necesaria por razones técnicas

muy conocidas. Incluso el programa de Misiles Balísticos de Defensa requiere la anulación de las armas antisatélites de un posible enemigo. En consecuencia, Estados Unidos debe alcanzar el «dominio de espectro completo», garantizando que incluso esta tecnología mucho más sencilla resulte inaccesible. También se necesita mano de hierro por otros motivos. Los planificadores militares estadounidenses comparten la valoración de la comunidad de la inteligencia y expertos externos de que aquello que se denomina engañosamente «globalización» llevará a una división cada vez mayor entre los «ricos» y los «pobres», contrariamente a la doctrina, pero de acuerdo con la realidad. Y será preciso controlar a los elementos rebeldes: infundiendo miedo, o tal vez mediante el uso efectivo de máquinas asesinas de gran poder destructivo lanzadas desde el espacio, probablemente impulsadas con energía nuclear y en «alerta de gatillo» con sistemas de control automatizados, incrementando así la probabilidad de lo que se conoce en el sector como «accidentes normales»: los errores imprevisibles a los que todos los sistemas complejos están sujetos.

Ha sido admitido que estos programas aumentan significativamente el riesgo de una catástrofe incontrolable, pero también eso es perfectamente lógico en el marco de las instituciones y la ideología predominantes, que ponen la hegemonía muy por encima de la supervivencia. También en este caso y hay abundantes precedentes a lo largo de la historia de la guerra fría, y mucho antes. La diferencia es que ahora es mucho más lo que está en juego. No es exagerado decir que la supervivencia de la especie está en peligro.

Éstas se me antojan algunas de las perspectivas realistas si persisten las tendencias actuales. Pero no hay razón para que eso ocurra. El aspecto positivo es que los sistemas de autoridad imperantes son frágiles, y lo saben. Se está haciendo un esfuerzo enorme para aprovechar la ventana de oportunidad actual para iniciar programas duros y regresivos y para neutralizar los movimientos populares de masas que se han estado gestando en todo el mundo de formas inauditas y sumamente alentadoras. No hay ninguna razón para sucumbir a esos esfuerzos, y sí todos los motivos para no hacerlo. El abanico de opciones disponibles es amplio. Lo que se requiere, como siempre, es la voluntad y dedicación para buscarlas.

Estados Unidos/Israel-Palestina (mayo de 2001)

La última fase del conflicto entre Israel y Palestina se inició el 29 de septiembre de 2000, el día de la plegaria musulmana, cuando el primer ministro Ehud Barak mandó una numerosa e intimidante presencia policial y militar al recinto de al-Aqsa. Como era de esperar, eso dio lugar a enfrentamientos cuando miles de personas salieron precipitadamente de la mezquita, con un saldo de varios palestinos muertos y doscientos heridos.¹ Sea cual fuere la intención de Barak, difícilmente habría podido encontrar un modo más efectivo de crear el marco idóneo para el espeluznante resultado, especialmente después de la visita de Ariel Sharón y su séquito militar al recinto el día anterior, que habría podido pasar sin consecuencias tan graves.

Los acontecimientos iniciales marcaron la pauta de los que siguieron. «Durante aquellos días cruciales no hubo pruebas de disparos palestinos», constató una importante comisión de investigación de la ONU.² Durante los meses siguientes, por lo que los investigadores pudieron determinar, «las FDI [el ejército israelí], actuando detrás de fortificaciones con armas superiores, no sufrieron ni un solo herido grave como consecuencia de las manifestaciones palestinas y, además, no parece que sus soldados estuvieran en peligro de muerte en el transcurso de estos sucesos», mientras mataban a cientos de palestinos e imponían un régimen todavía más brutal que antes, sometiendo la población a severos castigos colectivos y humillaciones, el sello de la ocupación durante muchos años.³ El informe de la ONU comprobó que

la mayoría de bajas israelíes resultaron de incidentes en las carreteras de los asentamientos y en controles relativamente aislados [...] como consecuencia de los asentamientos y de las molestias que han conllevado indirectamente. En este sentido, hay que tener en cuenta la violencia de los colonos contra civiles palestinos en zonas adyacentes a los asentamientos, así como la complicidad de las FDI en esa violencia.

Las prácticas actuales, junto con otras más antiguas, han sido analizadas con todo detalle y duramente condenadas por las organizaciones internacionales de defensa de los derechos humanos. Como en el caso del informe de la comisión de investigación de la ONU, estos estudios han sido prácticamente ignorados en Estados Unidos.

Los informes de las organizaciones pro derechos humanos reciben gran atención sólo cuando son doctrinalmente útiles; la Intifada de al-Aqsa no aporta nada nuevo en este sentido. Para citar sólo el ejemplo más reciente en el momento de escribir estas líneas, en abril de 2001 Human Rights Watch publicó un detallado estudio dedicado principalmente a las atrocidades israelíes en el distrito de Hebrón, donde decenas de miles de palestinos han permanecido prácticamente encarcelados durante meses mientras unos pocos centenares de colonos tienen libertad para maltratarlos y humillarlos, además de destruir sus propiedades bajo protección militar, la pauta vigente durante muchos años. El estudio fue difundido inmediatamente por las agencias de información. La primera (y tal vez única) mención en Estados Unidos fue en el párrafo 15 de un artículo del *Washington Post* publicado al cabo de cinco días.⁴

La pauta de los acontecimientos recalca un hecho de importancia crucial. Resulta sumamente engañoso emplear la expresión «conflicto Israel-Palestina», como hice al principio: debería denominarse el conflicto «Estados Unidos/Israel-Palestina». Por razones similares, es engañoso —y, especialmente en Estados Unidos, indecoroso— condenar las «atrocidades israelíes», así como semejante práctica habría resultado inadecuada en el caso de los crímenes respaldados por Rusia en Europa del Este, los crímenes respaldados por Estados Unidos en Centroamérica (allí donde sucedían) e innumerables ejemplos más.

Estas conclusiones quedan gráficamente ilustradas por los acontecimientos de los primeros días de la Intifada de al-Aqsa. El 30 de septiembre, las FDI asesinaron a Muhammad al-Dirra, un niño de doce años, en respuesta al lanzamiento de piedras (en el que no participó) cerca del pequeño asentamiento israelí de Netzarim, que es poco más que una excusa para una importante base militar y una red de carreteras que parten la Franja de Gaza en dos, una de las varias barreras que separan la ciudad de Gaza del sur (y de Egipto). «Soldados de las FDI, desde un búnker fuertemente protegido, dispararon repetidamente contra ambulancias de la Sociedad Palestina de la Media Luna Roja (PRCS) que intentaban evacuar» al niño gravemente herido y otras víctimas, informó Human Rights Watch. «Los disparos desde el puesto avanzado de las FDI continuaron por lo menos durante cuarenta y cinco minutos, si bien durante este tiempo no hubo aparentemente respuesta por parte de los manifestantes palestinos o la policía palestina.» Las ambulancias trataron en vano de «evacuar un buen número de palestinos heridos por el intenso tiroteo de las FDI desde el búnker y posiblemente desde torres de francotiradores en el asentamiento de Netzarim»; se construyeron arcones de tierra «para facilitar a la gente cierta protección contra el fuego de los francotiradores desde el asentamiento de Netzarim». Amnistía Internacional descubrió que las FDI «dispararon al parecer incluso a personas que ayudaban a retirar los heridos», agregando que el conductor de una ambulancia de la PRCS «murió después de que soldados israelíes le disparasen en el pecho» cuando trataba de evacuar víctimas.⁵

Todo esto ocurre gracias al apoyo, la tolerancia y las estrategias de Estados Unidos.

Al día siguiente, 1 de octubre, «fuerzas especiales israelíes que disparaban desde una azotea bien protegida y sus inmediaciones» mataron a dos palestinos sin que aparentemente estuvieran corriendo riesgo alguno. El mismo día, Israel intensificó el grado de violencia cuando un «helicóptero de combate de las FDI disparó temeraria y repetidamente contra los alrededores de un hospital de campaña [de la PRCS] en Netzarim, interrumpiendo las operaciones que allí se realizaban», por lo menos a cuatrocientos metros de todo enfrentamiento; y en la frontera entre Egipto y Gaza, varios helicópteros dispararon misiles que mataron a dos palestinos y

causaron decenas de heridos. Al día siguiente, 2 de octubre, otros helicópteros que lanzaban misiles contra edificios y coches en la zona de Netzarim mataron a diez palestinos e hirieron a otros 35.⁶

Los helicópteros de las FDI son helicópteros estadounidenses con pilotos israelíes. El suministro de Estados Unidos resulta decisivo porque «es poco factible pensar que podemos fabricar helicópteros o sistemas de armamento de este tipo en Israel», según anunció el ministro de Defensa.⁷

El 3 de octubre, el corresponsal de temas de defensa del periódico más prestigioso de Israel notificó la firma de un acuerdo con la Administración Clinton para «la mayor compra de helicópteros militares por parte de la aviación israelí en la última década», junto con piezas de repuesto para helicópteros de ataque Apache para las que se había suscrito otro acuerdo a mediados de septiembre. También a mediados de septiembre, informó la prensa israelí, marines estadounidenses realizaron un ejercicio conjunto con las FDI en el Néguev en vistas a la reconquista de los territorios que habían sido transferidos a la Autoridad Palestina. Los marines proporcionaron entrenamiento con armas de las que las FDI todavía carecían, así como en «técnicas de combate americanas».⁸

El 4 de octubre, la principal revista militar del mundo divulgaba que Washington había aprobado la petición de helicópteros Apache junto con material de ataque más sofisticado. El mismo día, la prensa estadounidense anunció que varios Apaches atacaban complejos de apartamentos con cohetes en Netzarim. En respuesta a las preguntas de periodistas europeos, funcionarios estadounidenses declararon que «las ventas de armas de Estados Unidos no llevan la condición de que no pueden utilizarse contra civiles. No podemos cuestionar a un comandante israelí que pide helicópteros de combate». El portavoz de seguridad nacional de la Casa Blanca, P. J. Crowley, agregó que «no estamos en situación de emitir un juicio crítico sobre las decisiones tomadas por cada lado», apelando a la moderación de ambos bandos. Pocas semanas después, el líder palestino Hussein Abayat murió alcanzado por un misil disparado desde un helicóptero Apache (junto con dos mujeres que estaban en las inmediaciones), cuando se inició la campaña de asesinatos contra los líderes palestinos.⁹

Suministrar helicópteros militares nuevos a Israel bajo tales cir-

cunstancias y con semejante autorización para su uso es sin duda un tema de interés periodístico. No hubo crónicas ni comentarios editoriales. La única mención en Estados Unidos fue en un artículo de opinión publicado en Raleigh, Carolina del Norte.¹⁰ Una condena de Amnistía Internacional de la venta de helicópteros estadounidenses también pasó inadvertida. La situación se mantuvo durante los meses siguientes, incluido un envío en febrero de 2001, una transacción por valor de 500 millones de dólares de helicópteros Boeing Apache Longbow, los más modernos del arsenal norteamericano, que apenas se publicó en Estados Unidos como una noticia de economía. En un estilo similar, un reportaje destacado (del 17 de marzo) anuncia la reticencia del presidente Bush a «implicarse [más] directamente» en el conflicto Israel-Palestina, y la incapacidad de su ejecutivo para apoyar el informe del comité Mitchell solicitando a Israel la congelación del proceso de colonización porque el primer ministro Sharón es «filosóficamente contrario a esta propuesta». El mismo día, en la sección internacional, unas pocas líneas notifican que el cuerpo de ingenieros del ejército de Estados Unidos empezó la construcción de una base militar israelí de 266 millones de dólares (pagados por Washington) en el Néguev, un símbolo «del continuado compromiso de Estados Unidos con la seguridad de Israel», según declaró el embajador Martin Indyk.¹¹

Muy difundidas, en cambio, son las severas advertencias de Estados Unidos a los palestinos para que cesen su terror, porque «no creemos en la violencia gratificante» (embajador Indyk),¹² y las declaraciones oficiales habituales lamentando la violencia y expresando una templada desaprobación del programa de asesinatos de Israel. Las actitudes reales de Washington son reveladas por sus acciones; la cobertura es harto elocuente.

Nada de esto es poco corriente. Con respecto al problema Israel-Palestina específicamente, la pauta ha sido rutinaria durante más de treinta años, desde que Estados Unidos se distanció del consenso internacional sobre el conflicto. Si bien los hechos más importantes son pasados por alto en los comentarios de la corriente mayoritaria, y a menudo obviados o tergiversados incluso en el trabajo intelectual, no son controvertidos. Aportan el contexto indispensable para una comprensión seria de lo que está ocurriendo ahora.

Las relaciones entre Estados Unidos e Israel mejoraron espectacularmente tras la victoria militar israelí en 1967. En el trasfondo, como siempre en lo que respecta a esta región, están sus incomparables recursos energéticos. Surgiendo de la Segunda Guerra Mundial como la potencia mundial abrumadoramente dominante, Estados Unidos emprendió una planificación cuidadosa y sofisticada para organizar el sistema mundial en interés propio. Esto incluía un control efectivo sobre el petróleo de la región, previamente compartido con Francia y Gran Bretaña. Francia quedó fuera, y la presencia británica fue disminuyendo gradualmente hasta la condición de un «socio segundo», en las tristes palabras de un funcionario del Foreign Office británico. Aunque se habló mucho de los rusos, y no cabe duda de que la posibilidad de una guerra mundial fue el elemento principal de la planificación estratégica, el problema inmediato de principio a fin fue la amenaza del nacionalismo independiente, una circunstancia admitida ahora en gran parte, incluso en documentos oficiales.¹³

Fundamentalmente, Estados Unidos se hizo con el marco de control de Oriente Próximo instaurado por Gran Bretaña tras la Primera Guerra Mundial. Los estados de la región iban a ser administrados por lo que los británicos llamaban una «fachada árabe», débil y flexible; la «absorción» británica de las colonias sería «encubierta por ficciones constitucionales como un protectorado, una esfera de influencia, un estado tapón, etcétera», un recurso más rentable que el dominio directo. Cuando fuera necesario, se emplearía la fuerza británica. Estados Unidos modificó el sistema incorporando una segunda fila de «policías haciendo la ronda», como los llamaba la Administración Nixon: gendarmes locales para garantizar el orden, preferiblemente no árabes, con la jefatura de policía en Washington y fuerzas estadounidenses y británicas en la reserva.

Durante todo este periodo, Turquía ha sido considerada como una base para la influencia de Estados Unidos en la región. Irán fue otra, después de que el esfuerzo por parte de su gobierno nacionalista conservador por asumir el control sobre los recursos del país fuese frustrado por un golpe militar instigado por el Reino Unido y Estados Unidos en 1953. En 1948, la Junta de Jefes de Estado Mayor estadounidense ya estaba impresionada por la capacidad mili-

tar de Israel, describiendo el nuevo estado como la principal potencia militar de la región después de Turquía. Israel podía ofrecer a Estados Unidos medios para «obtener una ventaja estratégica en Oriente Próximo que contrarrestara los efectos del declive de la influencia británica en esa zona», concluyó la Junta de Jefes de Estado Mayor.

En 1958, la CIA señaló que «un corolario lógico» de la oposición al nacionalismo árabe «sería apoyar a Israel como la única potencia prooccidental fiable que quedaba en Oriente Próximo». Este razonamiento sólo fue llevado a la práctica a partir de 1967, cuando Israel prestó un valiosísimo servicio a Estados Unidos acabando con Nasser, el símbolo del nacionalismo árabe, temido y detestado como un «virus» que podía «infectar a otros», una «manzana podrida» que podía «echar a perder todo el cubo», en la terminología convencional de los planificadores, comúnmente reformulada para fines públicos como la «teoría del dominó».

A principios de la década de 1970, se había formado una alianza tripartita tácita de «policías locales» bajo los auspicios de Estados Unidos: Irán, Arabia Saudí e Israel (Turquía se da por segura; Pakistán fue socio durante un tiempo). Arabia Saudí, que cuenta claramente con los mayores recursos petrolíferos, es el componente central de la «fachada»; cualquier desviación grave de la obediencia acarrearía sin duda consecuencias severas. Los acuerdos fueron explicados públicamente por especialistas de la inteligencia estadounidense y también por figuras políticas, particularmente Henry Jackson, el principal especialista del Senado en Oriente Próximo y el petróleo. Jackson comentó que gracias a la «fuerza y la tendencia occidental» de Israel e Irán, estos dos «amigos de confianza de estados Unidos», junto con Arabia Saudí, «han servido para inhibir y contener a los elementos irresponsables y radicales de determinados estados árabes [...] que, de tener libertad para ello, plantearían una grave amenaza a nuestras principales fuentes de petróleo en el golfo Pérsico» (refiriéndose básicamente a una fuente de beneficios y a un instrumento de control mundial; Estados Unidos no dependía del petróleo de Oriente Próximo para su consumo interno).

La dominación estadounidense de la región del Golfo ya se había visto amenazada en 1958, cuando el ejército iraquí derrocó el

principal régimen satélite de Gran Bretaña. Los registros internos de Estados Unidos y el Reino Unido proporcionan una información reveladora de sus planes e inquietudes, unos antecedentes esenciales para comprender la guerra del Golfo de 1991.¹⁴ El Egipto de Nasser, como se ha visto, fue considerado la mayor amenaza hasta la victoria israelí en 1967; la ayuda estadounidense a Israel se acrecentó rápidamente, especialmente en 1970, cuando Israel prestó otro servicio importante, obstaculizando el posible apoyo sirio a los palestinos que estaban siendo aniquilados en Jordania. La caída del sha en 1979 fue un golpe duro. El presidente Carter se apresuró a enviar a un general de la OTAN para que tratara de instigar un golpe militar. Cuando éste fracasó, los dos pilares que quedaban —Arabia Saudí e Israel— se unieron a Estados Unidos en un intento de derrocar el régimen suministrando ayuda militar; éste es el instrumento convencional para derrocar un gobierno civil, utilizado con gran éxito en Indonesia y Chile no mucho tiempo antes. Aprovechando sus estrechas relaciones con el régimen del sha, Israel restableció los contactos militares y mandó armas estadounidenses, financiadas por Arabia Saudí. Los objetivos de esta operación fueron explicados clara y públicamente de inmediato,¹⁵ pero ignorados en gran parte en Estados Unidos; posteriormente fueron reformulados en los términos más aceptables de un trato de «armas a cambio de rehenes», aunque ésa no pudo haber sido la motivación inicial, por cuanto no había rehenes. El proyecto suscrito por Estados Unidos, Israel y Arabia Saudí era una reacción perfectamente natural a la caída del sha, dada la estructura básica del sistema de control. Cuando el amigo y aliado de Washington, Saddam Hussein, cayó en desgracia por desobedecer órdenes (sus atroces crímenes y programas para desarrollar armas de destrucción masiva eran de poca importancia, como demuestran los antecedentes del apoyo que recibió de Estados Unidos y el Reino Unido), Washington recurrió a la «política de contención dual» dirigida hacia Irán e Irak.

Éste es básicamente el contexto en el que se han desarrollado las relaciones entre Estados Unidos e Israel a lo largo de los años, aunque Israel se erigió también en un valioso colaborador en las operaciones de Washington en Latinoamérica y otros lugares.¹⁶ La guerra fría estuvo siempre como elemento de fondo, principalmen-

te debido a la amenaza perenne de una conflagración mundial, pero, como ha ocurrido generalmente, era un factor secundario, y así lo revela el registro histórico y documental. La desaparición del elemento disuasorio ruso conllevó importantes modificaciones tácticas, pero ningún cambio fundamental en las políticas básicas ni en las relaciones entre Estados Unidos e Israel. Un juicio que se me antoja realista es el que expresó en abril de 1992 el general retirado Shlomo Gazit —antiguo jefe de la inteligencia militar israelí, posteriormente alto funcionario de la Agencia Judía y presidente de la Universidad Ben Gurión— y prestigioso analista y planificador estratégico. Escribió:

[Con la caída de la Unión Soviética] la tarea principal de Israel no ha cambiado en absoluto, y sigue siendo de crucial importancia. Su situación en el centro del Oriente Próximo árabe musulmán predestina a Israel a ser un fiel guardián de la estabilidad en todos los países que lo rodean. Su función es proteger los regímenes existentes: evitar o detener los procesos de radicalización y obstaculizar la expansión del fanatismo religioso fundamentalista.¹⁷

Aunque recibido en Washington como una gran victoria, el éxito militar de Israel en 1967 planteó graves amenazas. El entonces secretario de Defensa Robert McNamara declaró más tarde que «estuvimos a punto de entrar en guerra» cuando la flota estadounidense «obligó a dar la vuelta a un portaaviones [soviético] en el Mediterráneo»; no dio detalles, pero pudo haber sido cuando Israel conquistó los Altos del Golán tras el alto el fuego, provocando severas advertencias por parte de la Unión Soviética, entre ellas llamadas amenazadoras a través del teléfono rojo. Reconociendo que la confrontación militar era demasiado peligrosa, las grandes potencias propusieron un acuerdo diplomático, formalizado como la resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en noviembre de 1967. Esta resolución exigía la retirada israelí de los territorios que había conquistado y un tratado de paz pleno que garantizara el derecho de todo estado a vivir en paz y seguridad dentro de los límites reconocidos: en resumen, una paz plena a cambio de una retirada completa, con a lo sumo ajustes mínimos y

mutuos, para enderezar tal vez una frontera sinuosa.¹⁸ Es importante tener presente que la resolución 242 de las Naciones Unidas era estrictamente «rechacista», utilizando este término en un sentido neutro para referirse al rechazo de los derechos nacionales de uno u otro de los grupos nacionales contendientes en la antigua Palestina, no sólo el rechazo de los derechos de los judíos, como se aplica en el uso racista convencional. La resolución 242 reclamaba un acuerdo entre estados existentes: los palestinos no se mencionaban, salvo una alusión indirecta a «lograr una solución justa al problema de los refugiados».

La resolución 242 sigue siendo una piedra angular de la diplomacia internacional con respecto al conflicto árabe-israelí, pero con dos cambios importantes. El primero fue un cambio crucial en el consenso internacional, que, a mediados de la década de 1970, había abandonado los principios rechacistas de la resolución y requerido un estado palestino en los territorios ocupados; Estados Unidos mantuvo su postura rechacista, pero esta vez en un aislamiento internacional. El segundo cambio tuvo que ver con la interpretación estadounidense de la resolución 242 de la ONU. Ese cambio se remonta a febrero de 1971, cuando el recientemente elegido presidente de Egipto, Sadat, aceptó la política oficial de Washington, y de hecho fue más lejos al ofrecer un pleno tratado de paz a cambio de la retirada israelí sólo de territorio egipcio. Israel lo recibió oficialmente como una verdadera propuesta de paz; fue un «célebre [...] hito» en el camino hacia la paz, como contaba en sus memorias Yitsjak Rabin, a la sazón embajador en Washington. Pero al mismo tiempo que acogían con agrado la expresión por parte de Egipto «de su buena disposición para acceder a un acuerdo de paz con Israel», los israelíes rechazaban la propuesta, sosteniendo que «no volveremos a los criterios anteriores al 5 de junio de 1967», una postura que han mantenido hasta el presente.

Estados Unidos se enfrentó a un dilema: ¿debía mantener su postura oficial, uniéndose así a una confrontación con Israel? ¿O debía modificar la interpretación de la resolución 242, optando por la llamada de Kissinger al «punto muerto»: nada de negociaciones y sólo el uso de la fuerza? Se impuso el criterio de Kissinger. Desde entonces Estados Unidos ha interpretado que la resolución 242 implica retirada sólo en la medida en que lo determinen Estados

Unidos e Israel. La interpretación anterior siguió siendo reiterada oficialmente hasta la Administración Clinton, que alegó en la sesión de la ONU de diciembre de 1993 que las pasadas resoluciones de las Naciones Unidas son «obsoletas y anacrónicas» a la luz del acuerdo entre Israel y la OLP de septiembre de 1993, al que volveremos.¹⁹

Sin embargo, la aprobación oficial de la resolución 242 careció de sentido, porque Washington siguió suministrando apoyo militar, diplomático y económico a la integración gradual de los territorios por parte de Israel. El presidente Carter, por ejemplo, reiteró enérgicamente la postura oficial,²⁰ al tiempo que incrementaba la ayuda estadounidense a Israel a aproximadamente la mitad del total de ayuda a países extranjeros, en virtud de los acuerdos de Camp David. Los acontecimientos de 1971 han sido suprimidos del comentario y el análisis generales.²¹

Tras el desaire de 1971, Sadat advirtió que si sus esfuerzos por alcanzar la paz seguían siendo rechazados, no tendría más remedio que ir a la guerra. Su advertencia fue escuchada con desdén; hay que recordar que ésa era una época de arrogancia triunfalista y racista tanto en Israel como en Estados Unidos, posteriormente censurada con dureza en Israel. El gobierno laborista continuó con sus planes para colonizar el noreste del Sinaí, incluyendo la ciudad exclusivamente judía de Yamit, fundada después de que unos diez mil agricultores y beduinos fueran expulsados con extrema brutalidad por las fuerzas comandadas por el general Ariel Sharón (quien fue reprendido por una comisión militar de investigación). Sadat advirtió que «Yamit significa la guerra», pero no le hicieron caso.²²

La guerra de 1973 estuvo a punto de suponer un desastre para Israel... y para el mundo; se volvió a vivir la amenaza de una conflagración nuclear. El propio Kissinger comprendió que no basta sólo con la fuerza. Regresó a la estrategia natural de respaldo: puesto que no se podía ignorar a Egipto, el principal elemento disuasorio árabe debía ser eliminado del conflicto. El resultado, obtenido por Carter en Camp David, liberó a Israel «para apoyar operaciones militares contra la OLP en el Líbano así como la actividad colonizadora en Cisjordania» (según el analista estratégico israelí Avner Yaniv),²³ a lo que procedió de inmediato con el enorme apoyo de la Administración Carter y sus sucesores.

Sadat se erigió en un admiradísimo «hombre de paz» en 1977, si bien su actitud heroica fue mucho menos abierta que en 1971; en 1977 se había unido al consenso internacional a favor de los derechos palestinos. La diferencia crucial es que en 1977 Estados Unidos, tras la guerra de 1973 (la «guerra de Kissinger», podría llamarse), había aceptado de mala gana la propuesta de Sadat de 1971. También todo esto se ha suprimido de la historia saneada.

El aislamiento de Estados Unidos se hizo todavía más profundo cuando el consenso internacional abandonó su rechacismo. La situación alcanzó un punto crítico en enero de 1976, cuando el Consejo de Seguridad de la ONU debatió una resolución, apoyada por los «estados en confrontación» árabes (Egipto, Jordania, Siria) y respaldada públicamente por la OLP, que requería un acuerdo entre dos estados que comprendía la resolución 242, pero ahora complementado con un estado palestino en los territorios ocupados. Israel se negó a asistir a la sesión y optó por bombardear el Líbano, causando la muerte a cincuenta civiles, sin otro pretexto que el de represalia contra la ONU. La resolución recibió el apoyo de Europa, la Unión Soviética (que coincidía con la corriente diplomática mayoritaria durante ese periodo) y los países no alineados, de hecho de un modo casi unánime. Estados Unidos vetó la resolución, y volvió a hacerlo en 1980.²⁴ En la Asamblea General, Estados Unidos votó habitualmente solo (con Israel y de vez en cuando algún otro estado satélite) contra resoluciones similares. En teoría no hay vetos en la Asamblea General, pero un voto estadounidense en contra, aun siendo aislado (como suele ocurrir en una amplia gama de cuestiones), es en la práctica un veto. En realidad un doble veto, puesto que tales ocasiones son normalmente vetadas de los comentarios e incluso de la historia, como lo han sido los sucesos que acabamos de analizar. Estados Unidos obstaculizó además una serie de iniciativas diplomáticas distintas, procedentes de Europa, los estados árabes y la OLP. Por lo general, la prensa americana ni siquiera llegó a mencionarlas.

El historial es instructivo. Para elegir un ejemplo entre muchos, el 10 de diciembre de 1986 el corresponsal del *New York Times* en Israel, Thomas Friedman, escribió que el grupo israelí Shalom Ashjav (Paz Ahora) «no ha estado nunca tan consternado» por «la ausencia de algún socio negociador árabe». Unos meses después, citó

a Shimón Peres lamentando la falta de un «movimiento por la paz entre el pueblo árabe como el que tenemos entre el pueblo judío» y afirmando que la OLP no puede tomar parte en las negociaciones «mientras siga siendo una organización asesina y se niegue a negociar». Hablaba casi tres años después de que Israel hubiese rechazado otra de las propuestas de negociación de Arafat encaminada al reconocimiento mutuo, que el *Times* se había negado a difundir. He dicho bien: negado. Seis días antes del artículo de Friedman sobre la consternación de Paz Ahora, un titular del periódico israelí de gran tirada *Ma'ariv* decía: «Arafat indica a Israel que está dispuesto a entablar negociaciones directas.» La propuesta fue formulada durante el mandato de Peres como primer ministro. El asesor de prensa de Peres confirmó el informe, comentando que «hay una objeción de principios a cualquier contacto con la OLP, que emana de la doctrina de que la OLP no puede ser socio en ninguna negociación». Yossi Beilin, en el extremo de las palomas de la coalición laborista de Peres, señaló que «la propuesta [...] fue desestimada porque parecía un intento complicado de establecer contactos directos cuando no estamos preparados para negociación alguna con la OLP». Otros altos funcionarios adoptaron una postura mucho más dura. Nada de esto se divulgó en la prensa estadounidense de la corriente mayoritaria, aunque Friedman fue el único que aprovechó la ocasión para publicar uno de sus lamentos periódicos sobre el amargo destino de las únicas fuerzas por la paz en Oriente Próximo, que adolecían de un socio negociador árabe. Poco después recibió un premio Pulitzer por su «cobertura equilibrada y bien informada» de Oriente Próximo, de la que ésta es una muestra representativa, y fue nombrado corresponsal diplomático del *Times*.²⁵

La expresión convencional para designar el éxito de Washington en el bloqueo de los acuerdos diplomáticos desde su aislamiento internacional es «proceso de paz», una opción terminológica que no habría sorprendido a Orwell. El proceso de paz en este sentido ha sido bipartidario. Se tiene la impresión de que la (primera) Administración Bush adoptó una línea dura con respecto a Israel.²⁶ La verdad se acerca más a lo contrario. Un ejemplo es la postura oficial del Ejecutivo americano de diciembre de 1989 (el Plan Baker), que respaldaba sin reservas el plan de mayo de 1989 del gobierno de coalición israelí Peres-Shamir. Ese plan declaraba a su vez que no

puede haber «un estado palestino adicional» (siendo Jordania un «estado palestino») y que «no habrá ningún cambio en el estatus de Judea, Samaria y Gaza [los territorios ocupados] que no esté de acuerdo con las directrices básicas del gobierno [israelí]». Israel no entablaría negociaciones con la OLP. Pero permitiría unas «elecciones libres», que se celebrarían bajo el dominio militar israelí, con la mayoría de los líderes palestinos encarcelados sin cargos o expulsados. El plan no se hizo público en Estados Unidos salvo la última disposición, elogiada como una propuesta positiva y generosa. Lo que uno interpreta es que Baker reiteraba enérgicamente el apoyo estadounidense a «la retirada total de territorio a cambio de relaciones pacíficas», al mismo tiempo que prestaba tácitamente un respaldo decisivo a programas que garantizaban que no ocurriría nada semejante.²⁷

Durante los primeros meses de la primera Intifada (1988), los esfuerzos cada vez más desesperados de Washington por fingir que Arafat no estaba dispuesto a considerar un acuerdo diplomático empezaban a provocar la burla internacional. En consecuencia, la Administración Reagan accedió a aceptar las antiguas propuestas de Arafat y entablar negociaciones; la interpretación al uso era que el líder palestino se había rendido por fin a la resuelta defensa de la paz y la diplomacia por parte de Washington. La verdadera reacción de Washington, no divulgada en Estados Unidos, quedó aclarada en la primera sesión de las negociaciones: el embajador estadounidense Robert Pelletreau comunicó a Arafat que debía renunciar a toda idea de una conferencia internacional —inaceptable debido al consenso internacional— y ordenar el cese de los «disturbios» en los territorios ocupados (la Intifada), «que entendemos como actos terroristas contra Israel». En resumen, la OLP debía garantizar un regreso al statu quo anterior a la Intifada, para que Israel pudiese continuar su expansión y represión en los territorios con el apoyo de Estados Unidos. Esto fue bien comprendido en Israel. En febrero de 1989, el primer ministro Rabin aseguró a una delegación de Paz Ahora que las negociaciones no eran más que «conversaciones de bajo nivel» que eludían cualquier cuestión seria y concedían a Israel «un año como mínimo» para resolver los problemas por la fuerza. «Los habitantes de los territorios están sometidos a una fuerte presión militar y económica», explicó Rabin,

y «al final cederán» y aceptarán las condiciones de Israel. La versión para el público estadounidense fue bastante distinta.²⁸

La última de las resoluciones regulares de la Asamblea General de la ONU, que complementaba la resolución 242 con una afirmación de los derechos nacionales palestinos apareció en diciembre de 1990: la 144-2. Unas semanas después, Estados Unidos declaró la guerra a Irak, y George Bush anunció triunfalmente el Nuevo Orden Mundial con estas sencillas palabras: «No hablamos en vano», y así es sin duda en Oriente Próximo. El mundo comprendió y se retiró. Estados Unidos estaba finalmente en situación de imponer su postura rechacista unilateral, y así lo hizo, primero en Madrid a finales de 1991, luego en los sucesivos acuerdos Israel-OLP desde 1993. Con estas medidas, el «proceso de paz» ha avanzado hacia los acuerdos de tipo bantustán que Estados Unidos e Israel pretendían, como queda claro en el registro documental y, más importante aún, en las crónicas sobre el terreno.

Sin duda quedó claro en Washington el 13 de septiembre de 1993, cuando Rabin y Arafat aceptaron formalmente la Declaración de Principios (DDP) a bombo y platillos. La DDP esboza lo que iba a ocurrir con escasa ambigüedad.²⁹ Desde entonces ha habido muy pocas sorpresas.

La DDP afirma que el «status permanente», el acuerdo definitivo, debe basarse sólo en la resolución 242. El suprimido registro histórico explica muy claramente lo que esto significa. En primer lugar, el significado vigente de la resolución 242 de la ONU es la versión estadounidense: retirada parcial, como determinan Estados Unidos e Israel. En segundo lugar, la cuestión primordial de la diplomacia desde mediados de la década de 1970 había sido si un acuerdo diplomático debía basarse sólo en la resolución 242 de la ONU, como insistía Estados Unidos, o bien en la 242 complementada por las resoluciones obstaculizadas por Estados Unidos que exhortaban al reconocimiento de los derechos nacionales palestinos, es decir, la postura del resto del mundo. La DDP se ceñía explícitamente al rechacismo unilateral de Washington. Alguien podría preferir que le engañaran, y muchos lo prefirieron. Pero ésa fue una decisión imprudente, sobre todo para las víctimas.

Arafat se vio obligado a «renunciar al terror», una vez más. El único objetivo era la humillación, no personalmente de Arafat, sino

del pueblo palestino, para el que Arafat es un símbolo del nacionalismo.³⁰

Como el secretario de Estado George Shultz informó a Reagan en diciembre de 1988, Arafat había dicho «*Unc, unc, unc*» y «*cle, cle, cle*», pero todavía no había dicho «*Uncle*» [tío] en un tono apropiadamente servil. La importancia de esta nueva renuncia al derecho de resistir pasó inadvertida, porque no existe ningún derecho semejante en el marco doctrinal de Estados Unidos. Esto se hizo evidente en las negociaciones Estados Unidos-OLP (no divulgadas) de 1989, como acabamos de ver; y antes de eso, en diciembre de 1987, cuando la Asamblea General de la ONU debatió su resolución principal que condenaba el terrorismo internacional, con la sola oposición de Estados Unidos e Israel porque esta resolución apoya «el derecho a la autodeterminación, libertad e independencia, de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, de los pueblos privados por la fuerza de ese derecho [...], especialmente los pueblos sometidos a regímenes coloniales y racistas [aludiendo a Suráfrica], ocupación extranjera u otras formas de dominación colonial [refiriéndose a los territorios ocupados por Israel]». ³¹ El éxito de Washington al vetar eficazmente esta resolución, de la prensa y también de la historia, tuvo repercusiones importantes para el Líbano y los territorios ocupados, aunque Estados Unidos abandonó con retraso su apoyo al régimen de apartheid.

A cambio de la capitulación de Arafat, Estados Unidos e Israel no concedieron nada.

La DDP incorpora la versión estadounidense del proceso de paz en todos los aspectos esenciales. En realidad no se puede acusar a Israel de violar los acuerdos de Oslo, salvo en detalle.³² Sin violar la redacción de la DDP (o las resoluciones siguientes, cuidadosamente construidas), Israel continuó colonizando e integrando los territorios ocupados con el apoyo y la ayuda de Estados Unidos. No se ocultaron las intenciones. Fueron anunciadas públicamente por Rabin y Peres, y llevadas a la práctica por ellos y sus sucesores.³³

La medida exacta de los programas de colonización de Estados Unidos e Israel no está del todo clara debido a los instrumentos que se emplean para ocultarlos. Los líderes colonos alegan que la

población de colonos se duplicó hasta alcanzar un total de más de doscientos diez mil desde Oslo (sin contar los ciento ochenta mil en la Jerusalén Este árabe, anexionada de hecho en violación de las órdenes del Consejo de Seguridad, pero con el apoyo tácito de Estados Unidos). Informan además que un 10 % de los colonos mantienen domicilio en Israel, de ahí que no sean contabilizados. El ritmo de construcción en los asentamientos durante el año 2000 se calculó en más del triple que en Tel-Aviv, más de diez veces el de Jerusalén y en general fue mucho más alto en relación con la población que vive dentro de la Línea Verde (Israel propiamente dicha). También el crecimiento demográfico y el gasto público han sido mucho más elevados: un 60 % de las construcciones en los territorios es financiada por el Estado, frente a un 25 % en Israel, y todos los gobiernos han utilizado varios incentivos para fomentar la colonización.³⁴

La fórmula Rabin-Peres, adoptada por sus sucesores y Washington, ha sido que la colonización estará limitada al «crecimiento natural», bajo una política de «asentamientos congelados». Pero «hay congelación y hay realidad», según informa la prensa israelí, añadiendo que la extrema derecha está «encantada de adoptar la fórmula Rabin», agradecida por el «enorme incremento de la autorización de construcciones» durante el mandato de Barak, iniciado durante el de Rabin poco después de haber aceptado la DDP. El corresponsal diplomático más eminente de Israel, Akivá Eldar, escribe que «según las estadísticas oficiales, la plena conformidad con la fórmula [de Israel y Estados Unidos] significaría que Israel anuncia una congelación total y además derruye 500 pisos. Ahora mismo hay 9.844 pisos nuevos (y desocupados) ya terminados o en construcción. [...] Así los israelíes se burlaron del acuerdo americano, y los americanos guardaron silencio»... y soltaron el dinero. Agrega que los planes de los extremistas religiosos (principalmente de Estados Unidos) para Hebrón incluyen construir en valiosos yacimientos arqueológicos, pese a la enérgica protesta del Consejo Arqueológico. Treinta y ocho insignes arqueólogos israelíes exigieron a Barak que suspendiera los planes de construcción (que siguieron adelante). El presidente del Consejo condenó estos planes por «violar gravemente la ley y la costumbre que autorizan la realización de excavaciones e investigaciones arqueológicas en los yaci-

mientos antiguos de nuestra tierra», destruyendo «el Hebrón de nuestros antepasados y del rey David, así como la infraestructura histórica y arqueológica de la Tierra de Israel y el pasado del Pueblo de Israel en nuestro territorio». Y, por supuesto, continuando la desposesión y tortura de los palestinos, la inmensa mayoría.³⁵

A finales de 2000, cuando el mandato de Barak tocaba a su fin, su Ministerio de la Construcción anunció que se estaban edificando diez mil viviendas en los territorios ocupados, dos terceras partes en asentamientos urbanos; el Ministerio de la Vivienda notificó una inversión de 25 millones de dólares para subvencionar construcciones e infraestructuras para el año 2001, además de la cifra similar anunciada en abril para «carreteras de circunvalación», una extensa red vial diseñada para integrar la población de colonos en Israel, dejando la población palestina invisible y aislada. «El gobierno de Barak está dejando al gobierno de Sharón un legado sorprendente —informó la prensa cuando se produjo la transición unos meses después—: el mayor número de construcción de viviendas en los territorios desde el periodo en que Ariel Sharón fue ministro de la Construcción y Colonización en 1992 antes de los acuerdos de Oslo.» Las cifras del ministerio de Barak revelan que el ritmo de nuevas construcciones aumentó uniformemente de 1993 a 2000, cuando alcanzó cinco veces el nivel de 1993, tres veces y media el de 1994, para incrementarse todavía más durante el gobierno Peres-Sharón.³⁶ En julio de 2000 se concedieron contratos para 522 nuevas viviendas en Har Homa (Israel), un proyecto a realizar en terrenos expropiados a un enclave árabe en el sur de Jerusalén que ha perdido un 90 % de sus tierras desde la adquisición israelí en 1967 por medio de la «planificación de desarrollo urbano» (un eufemismo para designar la sustitución de árabes por judíos, que recuerda algunos usos de la «planificación urbana» en Estados Unidos).

El proyecto de Har Homa, en Yabal Abú Gneim, completa el envolvimiento israelí de la vastamente extendida región de «Jerusalén». El proyecto se inició en los últimos meses del gobierno laborista de Shimón Peres, se suspendió temporalmente por la enérgica protesta nacional e internacional durante la Administración del Likud de Benyamín Netanyahu, y se reanudó vigorosamente (y sin protestas) bajo el mandato de Barak. Sin embargo, para la extrema

derecha israelí el proyecto laborista de Har Homa fue mucho menos importante que su programa E-1, que recibió mucha menos publicidad. Éste suponía la construcción de nuevas viviendas y carreteras para extender la Gran Jerusalén hasta la ciudad de Maalé Adumim al este, dividiendo Cisjordania prácticamente en dos. El miembro de la Knésset Michael Kleiner, el jefe del expansionista Frente de la Tierra de Israel (Hazit Eretz Yisrael), recibió el anuncio del proyecto con gran aprecio, señalando que este plan, que «fue iniciativa del antiguo [con Peres] ministro de la Vivienda Benyamín ben Eliezer [actualmente ministro de Defensa en el gobierno Sharón-Peres] con la autorización de Yitsjak Rabin» es «la más importante» de las exigencias del frente, todavía más que Har Homa.³⁷

En el gobierno Sharón-Peres, la tarea de ocultar los programas en curso y rechazar las protestas internacionales se asigna al ministro de Asuntos Exteriores Peres. Un reportaje sobre los programas gubernamentales para una colonización más extensa se titula «Peres rechaza las objeciones internacionales a los asentamientos». Peres reiteró la fórmula del «desarrollo natural» concebida para acallar las protestas, una contribución tradicional de las palomas.³⁸

El principio básico fue descrito en 1996, durante los últimos meses de la Administración Peres, por el ministro de la Vivienda Ben Eliezer, cuando anunció los planes para Har Homa y para ampliar los programas Rabin-Peres de extender la Gran Jerusalén en todas direcciones hasta absorber Maalé Adumin (al este), Guivat Ze'ev (al norte), Beitar (al sur) y más allá. El partido laborista «lo hace todo silenciosamente», explicó Ben Eliezer, con «la protección absoluta del primer ministro [Peres]», utilizando expresiones como «desarrollo natural» en lugar de «nuevos asentamientos». La paloma laborista Yossi Beilin criticó al gobierno entrante de Netanyahu por su retórica incendiaria. El gobierno de Rabin, escribió, «incrementó los asentamientos en un 50 %» en «Judea y Samaria» (Cisjordania) después de Oslo, pero «lo hicimos en silencio y con sabiduría», mientras que ustedes cometen la insensatez de «proclamar sus intenciones cada mañana, asustar a los palestinos y transformar el tema de Jerusalén como la capital unificada de Israel —una cuestión en la que todos los israelíes están de acuerdo— en un asunto de debate mundial».

La exposición de Beilin es acertada sólo en parte; la «sabiduría

silenciosa» se extiende mucho más allá de Jerusalén.³⁹ El origen de las diferencias de estilo puede encontrarse fácilmente en los electores de las dos agrupaciones políticas. El partido laborista, el partido de los profesionales instruidos y las elites occidentalizadas, está más en sintonía con las normas occidentales y comprende que los patrocinadores prefieren «no ver» lo que están haciendo. Los crudos métodos del Likud para conseguir básicamente los mismos resultados son una vergüenza para los humanistas occidentales, y en ocasiones desembocan en conflicto e irritación (véase la nota 26).

Maalé Adumim se describe como uno de los «barrios de Jerusalén» en los informes estadounidenses. Por consiguiente, la última oferta de Clinton no pudo haber sido más razonable y generosa cuando dijo que «lo que es judío debe ser israelí», «sin llegar a mencionar —observó la prensa extranjera— que esto implicaría que Israel se anexionara los asentamientos que construyó en el este ocupado de Jerusalén», en realidad mucho más allá en todas direcciones. Pero esto es irrelevante. La gran virtud del «compromiso creativo [de Clinton] [...] es que por lo menos ahora sabemos en qué consiste el único acuerdo final realista», explicó Thomas Friedman. El presidente ha hablado. ¿Qué más se puede decir?⁴⁰

Aquellos que siguen estando obstinadamente insatisfechos descubrirán que Maalé Adumim utiliza una dieciseisava parte de los 50.000 *dunams* que le asigna la planificación israelí, un porcentaje habitual, diseñado para permitir el «desarrollo natural». La historia de Maalé Adumim es contada por B'tselem (véase la nota 38).⁴¹ La ciudad fue fundada durante el gobierno laborista a mediados de la década de 1970 y creció rápidamente «con la ayuda de un enorme flujo de recursos procedentes del gobierno», según el sitio web del municipio. El Plan Metropolitano de Jerusalén prevé un desarrollo del 285 % entre 1994 y 2010, hasta 60.000 residentes. También sus tierras fueron expropiadas a varias aldeas palestinas, entre ellas Abu Dis, que, según los planes de las palomas, va a convertirse en la al-Quds palestina (es decir, Jerusalén) por un juego de manos lingüístico; pero desprovista de sus tierras, en contraste con la «Jerusalén» israelí, que ocupará una buena porción de Cisjordania. Las autoridades del Estado comprobaron que se había producido una «edificación ilegal muy extendida» por parte de colonos judíos. La «solución» era sencilla, como en otros asentamientos: «conceder

permisos retroactivos en vez de demoler los edificios». La solución es la demolición, a menudo brutal, cuando los árabes construyen ilegalmente, por cuanto deben sobrevivir debido a las estrictas condiciones impuestas a la construcción árabe.

La expulsión de la tribu beduina de los yahalín desde 1993 para permitir el mayor desarrollo de Maalé Adumim se llevó a cabo de un modo especialmente cruel. Trataron de «evitar su terrible destino» —y fue terrible, muy visiblemente— «elevando una petición al Tribunal Supremo» el cual fue fiel a su tradición de obedecer dócilmente a las autoridades del Estado, si bien manifestó la esperanza de que las FDI aliviaran la expulsión «como un acto de gracia». En noviembre de 1999, el Tribunal Supremo desestimó otra petición palestina oponiéndose a un nuevo desarrollo de Maalé Adumim, insinuando que «algún beneficio para los residentes de los alrededores [las aldeas palestinas] puede surgir del desarrollo económico y cultural» de la ciudad exclusivamente judía.

El resultado final, concluye B'tselem, es que, tanto aquí como en todos los territorios, «la impotente población autóctona está completamente sometida a las normas establecidas por la fuerza militar de la ocupación con el fin de favorecer sus intereses políticos» cada vez más durante el proceso de paz de Oslo.

El ayuntamiento de Maalé Adumim explica que «el objetivo político al fundar la ciudad fue la colonización de la zona este de la capital de Israel siguiendo la carretera Jerusalén-Jericó», separando así Ramala y el enclave palestino septentrional de Belén y el enclave meridional. Todos los planes de paz de Estados Unidos e Israel incluyen alguna versión de esta condición, junto con el desarrollo de «Jerusalén» hacia el norte y el sur. Como anteriormente, las últimas propuestas de Clinton y Barak de enero de 2001 incluyen otro saliente hacia el norte, dividiendo así el sector septentrional. Los tres enclaves están separados de la antigua Jerusalén, el centro tradicional de la vida palestina.⁴² Están constreñidos por extensas construcciones de infraestructuras, entre ellas una «vasta red vial, de unos cuatrocientos kilómetros, que circunvala núcleos de población palestinos y permite a los colonos y las fuerzas militares que los protegen trasladarse con rapidez y seguridad a través de Cisjordania».⁴³ Construido en 160.000 *dunams* de tierras expropiadas, esta red de carreteras de circunvalación evita además la expan-

sión y el desarrollo de poblaciones palestinas y dificulta la circulación de comercio y personas, aunque los árabes pueden desplazarse por lo que se denomina oficialmente «carreteras palestinas», muchas de ellas bastante peligrosas; la carretera Belén-Ramala, por ejemplo (que tal vez se cerrará por completo si se lleva a la práctica la fórmula de Clinton y Barak, u otra semejante). Además, las «carreteras de acceso» conducen a asentamientos judíos, con sus piscinas y jardines bien regados (las ciudades y pueblos palestinos disponen de poca agua, y a menudo carecen de ella por completo durante la estación seca). Si un solo colono pasa por una carretera de acceso, todo el tráfico palestino se detiene, «provocando largas demoras y mucho resentimiento». Los habituales cierres israelíes aprisionan todavía más a la población, «a menudo impidiendo o reteniendo en gran medida incluso el tráfico de vehículos de emergencia, como las ambulancias». ⁴⁴ La prensa palestina ha divulgado muchos ejemplos de la brutalidad y la humillación intencionada que cabe esperar de un ejército de ocupación que puede actuar sin restricción.

Cada paso se da con la autorización y subvención de Estados Unidos, encauzada a través de distintos canales, junto con un apoyo militar y diplomático de vital importancia. Estados Unidos se ha tomado también la molestia de garantizar que el creciente terrorismo de Estado durante los enfrentamientos actuales estará exento incluso de vigilancia, con su efecto inhibitorio. El 27 de marzo de 2001, Estados Unidos vetó una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que exigía la presencia de observadores internacionales. Según fuentes europeas citadas en la prensa israelí, la propuesta fue «echada por tierra» por los «cuatro noes» de Washington, que «escandalizaron a los representantes de los cuatro países europeos que formularon la resolución: Irlanda, Gran Bretaña, Noruega y Francia». Estados Unidos se opuso a toda mención de la palabra «cerco» o del principio de paz por territorios, de asentamientos, o de derecho internacional y la Convención de Ginebra. Los árabes y sus aliados ya habían renunciado a su propia resolución, confiando en que Europa pudiera «negociar la fórmula con los americanos». Un diplomático estadounidense explicó que «Estados Unidos cree que la ONU no debería meterse en el debate sobre colonización» y que «la cuestión de la Convención de

Ginebra» debería resolverse entre Israel y los palestinos, sin que se «prejuzgue» por la implicación de la ONU. ⁴⁵

La cuestión de las Convenciones de Ginebra es especialmente significativa. ⁴⁶ Fueron adoptadas después de la Segunda Guerra Mundial para prohibir las prácticas de los nazis, entre ellas el traslado de población del país conquistador a los territorios ocupados o cualquier acción que dañara a la población civil. ⁴⁷ La responsabilidad de supervisar el cumplimiento de las convenciones se asignó a la Cruz Roja Internacional, que ha determinado que los programas de colonización de Israel violan la Cuarta Convención. La postura del Comité Internacional de la Cruz Roja ha recibido el respaldo de numerosas resoluciones del Consejo de Seguridad y la Asamblea General de las Naciones Unidas. La aplicabilidad de la Convención a los territorios ocupados por Israel ha sido afirmada también por Estados Unidos: por el embajador en las Naciones Unidas George Bush (septiembre de 1971) y al suscribir la adopción unánime de la resolución 465 del Consejo de Seguridad (1980), que condenaba los asentamientos israelíes como «violaciones flagrantes» de la Convención. Incluso Clinton se mostró reacio a tomar una actitud pública que infringiera descaradamente una parte fundamental del derecho humanitario internacional; en consecuencia, Estados Unidos se abstuvo cuando en octubre de 2000 el Consejo de Seguridad exigió a Israel «atenerse escrupulosamente a sus responsabilidades bajo la Cuarta Convención de Ginebra», que otra vez estaba violando de manera flagrante (resolución 1323, aprobada por 14 votos a favor por 0 en contra).

Según estas Convenciones, es responsabilidad de las Altas Partes Contratantes, incluidas las potencias europeas y Estados Unidos, «respetar y garantizar el respeto» a las Convenciones «en todas las circunstancias». Dichas partes «deben hacer todo cuanto puedan por velar por que los principios humanitarios que sustentan las Convenciones se apliquen universalmente», según ha determinado el Comité Internacional de la Cruz Roja. Así pues, es responsabilidad de Washington evitar la colonización y expropiación, además del castigo colectivo y otras medidas de intimidación, represión y violencia. El Comité Internacional de la Cruz Roja ha resuelto también (febrero de 2001) que los cierres y bloqueos de Israel incumplen las obligaciones de su Convención, por no hablar del uso de la fuerza desproporcionado e ilegítimo, reiteradamente

condenado por todas las principales organizaciones pro derechos humanos de Israel, Estados Unidos y el mundo entero, y una vez más la resolución de la ONU, avalada por la Unión Europea, recibió una aprobación unánime exceptuando Estados Unidos.⁴⁸

De esto se desprende que Estados Unidos incumple claramente sus obligaciones como Alta Parte Contratante. No sólo no actúa para garantizar el respeto a las Convenciones, como está obligado a hacer, sino que además ha participado activamente en su violación. Todas las actividades significativas de Estados Unidos e Israel en el territorio constituyen una clara violación del derecho internacional. Las concesiones ofrecidas por Clinton y Barak, que se definen como el único plan «realista» y que han recibido tantos elogios por su espíritu magnánimo y generoso, no existen, no son más que las «concesiones generosas» que Rusia pudo hacer cuando se retiró de Afganistán, o Alemania cuando fue expulsada de la Francia ocupada. Apenas es necesario comentar los acuerdos específicos, de tan repugnantes como resultan desde un punto de vista moral.

Existe una buena razón para que Washington desee suprimir toda alusión a las Convenciones de Ginebra, y para que los medios de comunicación colaboren de un modo tan concienzudo, hasta el punto de informar a los lectores de que son los palestinos quienes consideran ocupados los «territorios en disputa», lo cual no deja de ser cierto: los palestinos y todos los demás aparte de Israel y su poderoso patrón.

Existen en Israel influencias notables que han estado durante mucho tiempo a favor de algún tipo de estado palestino en los territorios ocupados. Destacan entre ellas los industriales israelíes, quienes ya exigían un estado palestino incluso antes de los acuerdos de Oslo. El presidente de la Asociación de Industriales Israelíes, Dov Lautman, recomendó el modelo del Tratado de Libre Comercio que se negociaba en aquel entonces: «una transición del colonialismo al neocolonialismo», comentó el corresponsal laborista del periódico del partido laborista, «una situación similar a las relaciones entre Francia y muchas de sus antiguas colonias en África». El coordinador israelí de las operaciones en los territorios explicó que el objetivo de su tarea consistía en «integrar la economía de los territorios en la economía israelí». ⁴⁹ Un pequeño estado de estilo bantustán permitiría a las empresas israelíes instalar plantas de montaje en el

lado palestino de la frontera, lo que suministraría mano de obra barata sin necesidad de preocuparse por el medio ambiente ni otras limitaciones a la obtención de beneficios, aliviando además las inquietudes con que aquellos que son ridiculizados por su «buen corazón» podrían ver el trato que se dispensa a los trabajadores y exigir unas condiciones y salarios mínimamente decentes.

Volviendo al modelo del Tratado de Libre Comercio, un estado independiente proporcionaría un arma útil contra la clase obrera israelí, aportando formas de limitar sus salarios y beneficios, y contra los sindicatos; lo mismo que en Estados Unidos, donde los fabricantes fomentan un excedente de capacidad en el extranjero que puede emplearse para romper huelgas, y amenazan con «trasladarse» a México para trastocar la organización sindical, una consecuencia importante del Tratado de Libre Comercio que probablemente ha impresionado a los fabricantes israelíes.⁵⁰ Los trabajadores israelíes pobres que viven en «ciudades en desarrollo» y el sector árabe se verían especialmente afectados, como ya ha sucedido. Durante la arremetida neoliberal de la década de 1990, los estibadores israelíes lucharon contra la privatización de los puertos y el desmantelamiento de los acuerdos de negociación colectiva que respaldaban los derechos que habían conquistado. Las asociaciones patronales trataron de romper las huelgas desviando cargueros hacia Egipto y Chipre, pero esto acarrea elevados costes de transporte. Un puerto en Gaza sería ideal. Con la colaboración de las autoridades locales al modo neocolonial habitual, podrían trasladarse las operaciones portuarias allí, romper las huelgas y transferir los puertos israelíes a manos privadas no responsables.⁵¹

No es extraño que Israel comience a parecerse a Estados Unidos, con unos niveles de desigualdad y pobreza muy altos, salarios estancados y peores condiciones de trabajo, y la erosión de unos sistemas sociales antaño eficaces. Como en Estados Unidos, la economía se basa en gran medida en el dinámico sector estatal, a veces oculto bajo el sello de la industria militar. Tampoco sorprende que Estados Unidos favorezca acuerdos que hacen que su puesto avanzado se parezca mucho al propio patrocinador.

Existen también motivos nacionalistas para oponerse a la expansión territorial. Una preocupación creciente es la «crisis demográfica» que resulta de las diferentes tasas de natalidad judía y ára-

be (y entre la población judía, la diferencia entre las poblaciones laica y religiosa). Las previsiones demográficas indican que en poco tiempo los árabes israelíes y los judíos ultrarreligiosos, muchos de ellos no sionistas, constituirán la mayor parte de la población. Una conferencia de eminentes especialistas sobre este problema celebrada en marzo de 2001 recibió una considerable atención mediática, lo mismo que un llamamiento del respetado analista Shlomo Gazit para la instauración de una dictadura temporal que impusiera severas medidas internas para afrontar «el problema demográfico», que considera «la amenaza más grave a la que se enfrenta Israel». Por la misma razón, hizo un enérgico llamamiento a la retirada total de los territorios ocupados, a diferencia del proyecto de Clinton y Barak u otros planes.⁵²

El significado esencial del proceso de paz de Oslo es bien comprendido por destacadas palomas israelíes. Poco antes de entrar en el Gobierno de Barak como ministro de Seguridad Interior, el historiador Shlomo Ben Ami observó en un estudio académico que «en la práctica, los acuerdos de Oslo se fundamentaron en una base neocolonialista, una vida de dependencia de uno respecto al otro para siempre». Con estos fines, los acuerdos Clinton-Rabin-Peres se diseñaron para imponer a los palestinos una «dependencia casi absoluta respecto a Israel», dando lugar a «una situación colonial prolongada», que se espera sea la «base permanente» para «una situación de dependencia». Ben Ami llegó a erigirse en el principal negociador y artífice de las propuestas de Barak.⁵³

Paso a paso, Estados Unidos e Israel se han afanado durante treinta años por construir un sistema de dependencia neocolonial permanente. El proyecto adoptó nuevas formas cuando se ultimó el «proceso de paz de Oslo», según las líneas previstas en la Declaración de Principios y explicadas con todo detalle en los acuerdos provisionales. Los planes se han llevado a la práctica en los programas de colonización y construcción, ejecutados independientemente de quién ocupa el poder, a menudo con mayor eficacia bajo las palomas laboristas, que tienden a ser más inmunes a las críticas. A lo largo de todo el proceso, los planes y su realización han contado de forma crucial con el apoyo militar, diplomático y económico de Estados Unidos, y no en menor medida con el respaldo ideológico de la opinión instruida articulada.

Notas

FT. Noam Chomsky: *Fateful Triangle: The United States, Israel and the Palestinians*, South End Press, 1983 [Versión en castellano: *El triángulo fatal: Estados Unidos, Israel y Palestina*, Editorial Popular, 2002.]

NI. Noam Chomsky: *Necessary Illusions*, South End Press, 1989. [Versión en castellano: *Ilusiones necesarias. Control de pensamiento en las sociedades democráticas*, Libertarias-Prodhuvi, 1991.]

TNCW. Noam Chomsky: *Towards a New Cold War*, Pantheon, 1982.

TTT. Noam Chomsky: *Turning the Tide*, South End Press, 1985. [Versión en castellano: *La quinta libertad*, Crítica, 1988.]

WOON. Noam Chomsky: *World Orders Old and New*, Columbia University Press, 1996. [Versión en castellano: *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, Crítica, 1997.]

PREFACIO

1. Secretariado de la ONU: «Origins and Fundamental Causes of International Terrorism», reed. en M. Cherif Bassiouni (ed.): *International Terrorism and Political Crimes*, Charles Thomas, 1975.

2. Claire Sterling, Walter Laqueur; véase el capítulo 5. Para referencias y comentarios, véanse mi libro *TNCW*, pp. 47 y ss., y mi capítulo en Noam Chomsky, Jonathan Steele y John Gittings: *Superpowers in Collision*, Penguin, 1982, ed. rev., 1984 [versión en castellano: *Superpotencias en colisión*, Debate, 1985]. Para más comentarios y documentación sobre el tema, véase Edward S. Herman: *The Real Terror Network*, South End Press, 1982.

3. Una categoría distinta es el delito mucho más grave de agresión, como en el caso del ataque estadounidense a Vietnam del Sur, y luego a toda Indochina; la invasión soviética de Afganistán; las invasiones respaldadas por Estados Unidos de Timor y el Líbano por parte de sus satélites indonesio e israelí, etcétera. A veces las categorías son poco nítidas.

4. *Washington Post* (30-6-1985); *Time* (11-10-1982); Goodman: *New York Times* (7-2-1984).

5. Véanse las referencias de la nota 3, y el capítulo 5, pp. 175-179.

6. *The Economist* (14-6-1986); Victoria Brittain en *Guardian* (6-6-1986); Anthony Robinson en *Financial Times* (7-6-1986), desde Johannesburgo. La noticia fue difundida también por los Servicios Mundiales de la BBC. El buque hundido pudo haber sido un barco cubano de transporte de alimentos. Véase también *Israeli Foreign Affairs* (julio de 1986).

7. No hubo mención alguna en el *New York Times*, el *Wall Street Journal*, el *Christian Science Monitor*, los semanarios de actualidad ni otras publicaciones. El 8 de junio el *Washington Post* publicó un artículo de 120 palabras desde Moscú en la página 17, donde informaba de la condena soviética del ataque surafricano.

8. Como antecedente, en octubre de 1976 un avión de pasajeros de Cubana de Aviación fue destruido en pleno vuelo por una bomba, con el resultado de 73 muertos, entre ellos todo el equipo olímpico cubano de esgrima, ganador de una medalla de oro (compárese el caso con los hechos reales de la «matanza de Múnich», uno de los momentos culminantes del terrorismo palestino). Esta acción terrorista fue atribuida a Orlando Bosch, probablemente la figura más destacada del terrorismo internacional, que había sido entrenado por la CIA junto con sus colaboradores relacionados con la guerra terrorista contra Cuba y «mantenía estrechas relaciones con (y ha estado en la nómina de) la policía secreta de Chile y Venezuela», las cuales, a su vez, «eran tuteladas por la CIA y mantienen estrechas relaciones con ella en la actualidad» (Herman: *Real Terror Network*, p. 63). ¿Cómo habría reaccionado Estados Unidos? La cuestión es puramente teórica, puesto que el primer indicio de un soldado cubano cerca de Venezuela probablemente habría desencadenado un fuerte ataque contra La Habana. Sobre la invasión israelí del Líbano, véanse el capítulo 2 y las referencias citadas. La cifra de unos doscientos rusos muertos «que actuaban en la zona de las fuerzas de defensa aérea sirias» durante el ataque israelí (no provocado e inesperado) contra fuerzas sirias en el Líbano está sacada de *Aviation Week & Space Technology* (12-12-1983). Las fuerzas sirias habían entrado en el Líbano con el consentimiento de Estados Unidos e Israel, y estaba previsto que completaran una estancia de seis años a finales del verano de 1986. Sobre estos sucesos, véase mi libro *FT*.

9. Véanse Gabriel Kolko: *Politics of War*, Random House, 1968 [versión en castellano: *Políticas de guerra*, Grijalbo, 1974], el informe clásico y todavía no superado, pese a análisis posteriores de gran valor; *TNCW*; y mi libro *TTT*, además de las fuentes citadas. Sobre material más reciente, véase mi libro *Deterring Democracy*, Verso, 1991; Hill & Wang, 1992, capítulo 11 [versión en castellano: *El miedo a la democracia*, Crítica, 1992], así como las fuentes citadas. Melvyn Leffler: «Adherence to Agreements: Yalta and the Experiences of the Early Cold War», *International Security* (verano de 1986); la conclusión de Leffler es que «en realidad, el modelo soviético de adhesión [a Yalta, Potsdam y otros acuerdos en tiempo de guerra] no era cualitativamente distinto del modelo americano». Cabe señalar que en Grecia y Corea del Sur, a finales de la década de 1940, Estados

Unidos organizó operaciones de exterminio como parte del programa mundial de lucha contra la resistencia antifascista, a menudo apoyando a colaboradores nazis y japoneses.

10. Los archivos soviéticos publicados revelan que «los servicios secretos de Estados Unidos y Gran Bretaña apoyaban acciones de rebeldes clandestinos ucranianos y polacos contra fuerzas soviéticas mucho antes de la victoria sobre Alemania», inmovilizando a varios cientos de miles de soldados soviéticos y matando a miles de oficiales, lo cual retrasó considerablemente la liberación de Europa del dominio nazi, con funestas consecuencias demasiado obvias como para ser comentadas. Esta situación se prolongó sin grandes cambios después de la guerra. Jeffrey Burds: «The Early Cold War in Soviet West Ukraine, 1944-1948», *The Carl Beck Papers*, 1.505 (enero de 2001), Center for Russian and East European Studies, Universidad de Pittsburgh. Puede que éstas sean las revelaciones más importantes que se han obtenido hasta ahora de los archivos rusos, y de las menos conocidas.

11. Véanse *TNCW*, capítulo 3, y mi introducción a Morris Morley y James Petras: *The Reagan Administration and Nicaragua*, serie monográfica 1, Institute for Media Analysis, Nueva York, 1987.

12. Ya se habían sentado las bases en Estados Unidos y en una serie de conferencias para futuros expertos en terrorismo organizadas por Israel, que tiene un interés evidente en esta operación propagandística. Comentando la segunda conferencia sobre terrorismo organizada por Israel, celebrada en Washington, Wolf Blitzer señala que la atención centrada en el terrorismo árabe y el entusiasmo expresado por muchos oradores notables respecto del terrorismo y la agresión israelíes (especialmente su invasión del Líbano en 1982) dio «claramente un gran impulso a la campaña israelí de Hasbará en Estados Unidos, como reconocieron todos los participantes» (Blitzer, *Jerusalem Post* [29-6-1984]); la palabra *hasbará*, literalmente «explicación», es el término con que se designa la propaganda israelí, expresando la tesis de que, puesto que la postura de Israel es tan sumamente correcta en todas las cuestiones, sólo es necesario explicar; la propaganda es para quienes tienen algo que ocultar. Para más comentarios sobre las opiniones expresadas en esta conferencia, véase la nota 20 del capítulo 3.

13. El programa de Kennedy se limitaba al segundo y tercer puntales del programa de Reagan; el primero, aprobado con el apoyo de los demócratas del Congreso e incumpliendo directamente la voluntad popular, refleja la disminución del poder relativo de Estados Unidos en el ínterin. Ya no es factible perseguir «grandes sociedades en el país y grandes proyectos en el extranjero», en palabras del consejero de Kennedy, Walter Heller, por lo que hay que renunciar a lo primero. Sobre las actitudes del público, véase *TTT*, capítulo 5, y Thomas Ferguson y Joel Rogers: *Atlantic Monthly* (mayo de 1986). Sobre la relación entre el programa de Reagan y el de las últimas etapas de la Administración Carter, que los reaganistas ampliaron, véanse *TNCW*, capítulo 7, y *TTT*, capítulos 4 y 5. Véase también Joshua Cohen y Joel Rogers: *Inequity and Intervention*, South End Press, 1986.

14. Sobre estas cuestiones, véase *TNCW*, especialmente los capítulos 1 y 2. El

programa de derechos humanos, en gran medida una iniciativa del Congreso que reflejaba el cambio de la conciencia pública, tuvo su importancia, a pesar de su explotación con fines propagandísticos y su aplicación hipócrita, que silenció sistemáticamente las atrocidades cometidas por Estados satélites, justamente lo contrario de la acusación habitual. Véase Chomsky y Herman: *Political Economy of Human Rights*, especialmente el volumen 1.

15. *World Press Review* (febrero de 1986).

INTRODUCCIÓN

1. Estudio técnico citado por Charles Glaser y Steve Fetter: «National Missile Defense and the Future of U.S. Nuclear Weapons Policy», *International Security*, 26, núm. 1 (verano de 2001).

2. Véase Strobe Talbott y Nayan Chanda: *The Age of Terror*, Basic Books y Yale University Center for the Study of Globalization, 2001.

3. Véase abajo para identificación. Para más detalles y fuentes no citadas aquí, véanse los capítulos siguientes. Sobre el terrorismo internacional en la época anterior, véase Chomsky y Edward Herman: *The Political Economy of Human Rights*, South End Press, 1979, 2 vols. Para un análisis general de la primera fase de la «guerra contra el terror», véase Alexander George (ed.): *Western State Terrorism*, Polity/Blackwell, 1991.

4. Andrew Bounds: «How the Land of Maize [Guatemala] became a Land of Starvation», *Financial Times* (11-6-2002).

5. Carothers: «The Reagan Years», en Abraham Lowenthal (ed.): *Exporting Democracy*, Johns Hopkins University Press, 1991; *In the Name of Democracy*, University of California Press, 1991; *New York Times Book Review* (15-11-1998).

6. En mayo de 2002, escuché durante horas testimonios de campesinos e indígenas sobre sus traumáticas experiencias cuando fueron expulsados de la región mediante un proceso de fumigación que destruyó sus ricos y diversificados cultivos, envenenó a sus hijos y sus tierras y mató a sus animales, dejando las tierras expeditas para la explotación de recursos por parte de las multinacionales y con el tiempo, quizá, para las empresas agroexportadoras que emplean semillas suministradas por Monsanto, una vez que la diversidad biológica y las antiquísimas tradiciones de agricultura eficaz hayan sido aniquiladas. Esto ocurrió en Cauca, donde la población pobre había conseguido elegir a su gobernador, un líder indígena orgulloso y soberbio, tal vez el primero de Occidente. Los éxitos del bloque social conllevaron un brusco aumento del terror paramilitar y la represión guerrillera, así como la fumigación de zonas que ni siquiera habían sido inspeccionadas para ver si crecían coca o adormideras entre las plantas de café y otros cultivos diversos, todos ellos destruidos. Cauca alcanzó el primer lugar en violaciones de los derechos humanos en 2001, un logro nada despreciable en este Estado terrorista. La idea de que Estados Unidos tiene el derecho de destruir los cultivos que no aprueba en algún otro país se da por supuesta en la superpotencia terrorista, pero es tan

disparatada que apenas resulta posible hacer comentarios: desde luego, nadie tiene derecho a destruir sustancias mucho más letales que se producen en Carolina del Norte y Kentucky.

7. Tuve ocasión de presenciar algunas de las consecuencias en Diyarbakir, la capital kurda semioficial, en febrero de 2002. Al igual que en Colombia, resulta alentador ver el valor de las víctimas, y de los intelectuales urbanos que les dan apoyo y se enfrentan constantemente a unas leyes y prácticas draconianas, exponiéndose a penas que pueden llegar a ser muy severas.

8. Véase un análisis en mis libros *New Military Humanism*, Common Courage, 1999; *A New Generation Draws the Line*, Verso, 2000 [versión en castellano: *Una nueva generación dicta las reglas*, Crítica, 2002], y *Rogue States*, South End Press, 2000 [versión en castellano: *Estados canallas: el imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, Paidós, 2002]. Véase Human Rights Watch (HRW): *The Sixth Division: Military-paramilitary Ties and U.S. Policy in Colombia* (septiembre de 2001). También *Crisis in Colombia* (febrero de 2002), redactado por HRW, Amnistía Internacional y Washington Office on Latin America para unas comparecencias de certificación en el Congreso, un análisis extraordinariamente detallado de los crímenes y la impunidad del ejército colombiano. Una vez más, el Departamento de Estado no prestó atención al informe, y se aprobó la política de Colombia basándose en la «mejora» de los derechos humanos que es rutinariamente visible para el gobierno, aunque para nadie más, en los Estados satélites. En este caso el servicio fue prestado por el secretario de Estado Colin Powell: *Memorandum* (1-5-2002).

9. Judith Miller: *New York Times* (30-4-2000), p. 1, un artículo que divulga sin hacer comentarios el último informe del Departamento de Estado sobre el terrorismo, donde se destacan además otros dos Estados terroristas (Argelia y España) por sus logros en la lucha contra el terror. Steven Cook: «U.S.-Turkey Relations and the War on Terrorism», *America's Response to Terrorism*, documento de análisis número 96 (noviembre de 2001), Brookings.

10. Véanse las referencias de la nota 8. Para comentarios más extensos sobre la fase actual de la «guerra contra el terror», véanse mi libro 9-11, *Seven Stories*, 2001 [versión en castellano: *11-9-2001*, RBA, 2002]; y mis ensayos en Ken Booth y Tim Dunne (eds.): *Worlds in Collision*, Palgrave, 2002, y James Sterba (ed.): *Terrorism and International Justice*, Oxford, 2002.

11. Yossi Beilin: *Mehiro shel Ihud*, Revivim, 1985, p. 42; un importante análisis de los archivos del gobierno del partido laborista. Para más detalles sobre lo que sigue, véase mi libro *FT*, capítulos 4, 3, 5, 5.1; versión actualizada en 1999.

12. Justin Huggler y Phil Reeves: *Independent* (25-4-2002).

13. Yossi Beilin: *Mehiro shel Ihud*, Revivim, 1985, p. 147.

14. Para información sobre atrocidades espeluznantes a las órdenes del alto mando y con verdadera impunidad, sacada de la prensa hebrea de Israel, véase mi libro *NI*, apéndice 4.1. También *FT*, capítulo 8, incluidas algunas observaciones personales, publicadas en la prensa hebrea. En Boaz Evron: *Yediot Ajronot* (26-8-1988), se describe una reacción, que empezó por cierta incredulidad, hasta que en-

contró pruebas concluyentes aún más terribles en una revista de kibbutz. Para más comentarios y análisis, véanse Zachary Lockman y Joel Beinin (eds.): *Intifada*, South End Press, 1989; Joost Hiltermann: *Behind the Intifada*, Princeton, 1991; Patricia Strum, *The Women are Marching*, Lawrence Hill, 1992.

15. Véanse los ensayos de Mouin Rabbani, Sara Roy y otros en Roane Carey (ed.): *The New Intifada*, Verso, 2001; y Roy: *Current History* (enero de 2001).

16. Brian Whitaker: *Guardian* (22-5-2002).

17. Armei, en el programa *Hardball* de la CNBC (1-5-2002). Lewis: «Solving the Insoluble», *New York Times* (13-4-1998). Rabin descartó la posibilidad de un Estado palestino, como hizo Shimón Peres durante su mandato.

18. Clive Ponting: *Churchill*, Sinclair-Stevenson, 1994, p. 132; Churchill, *The Second World War*, vol. 5, Houghton Mifflin, 1951, p. 382.

19. Piero Gleijeses: *Conflicting Missions*, University of North Carolina, 2002, pp. 16, 22, 26, citando a John Fitzgerald Kennedy, la CIA y el Estado a partir de documentos desclasificados; *Foreign Relations of the United States*, 1961-1963, vol. XII, American Republics, p. 13 y ss.

20. Patrick Tyler: *New York Times* (25-4-2002); John Donnelly: *Boston Globe* (28-4-2002).

21. David Johnston, Don Van Natta Jr. y Judith Miller: «Qaeda's New Links Increase Threats From Far-Flung Sites», *New York Times* (16-6-2002). Véase también la nota 3 del capítulo 6.

CAPÍTULO 1

1. Sobre las cuestiones que se comentan aquí, véase *TNCW*, especialmente los capítulos 1 y 2.

2. Citado por Richard Fox: *Reinhold Niebuhr*, Pantheon, 1985, p. 138.

3. John Dillin: *Christian Science Monitor* (22-4-1986).

4. «Una mayoría de americanos se muestran a favor del plan de paz saudí» (Mark Sappenfield, en *Christian Science Monitor* [15-4-2002], informando de los resultados de las encuestas). Este plan, adoptado por los Estados árabes en marzo de 2002, reitera el llamamiento a un acuerdo político entre dos Estados en términos del consenso internacional que ha predominado desde 1976, al que Washington sigue oponiéndose.

5. *New York Times* (2-6-1985).

6. *New York Times* (17-3-1985).

7. Véase *TNCW*, pp. 267, 300, 461; *FT*, pp. 67, 189.

8. Isaac [Yitsjak] Rabin: *The Rabin Memoirs*, Little, Brown, 1979, p. 332. Ciñéndose a su postura moderada, Rabin cree que los «refugiados de la Franja de Gaza y Cisjordania» deberían ser trasladados al este del Jordán; véase *TNCW*, p. 234, para citas representativas. Véase *FT* sobre el antiguo concepto de «traslado» de la población autóctona como solución al problema, y sus variantes actuales; por ejemplo, del rabino racista Kahane, o el socialista democrático Michael Walzer,

quien insinúa que hay que «ayudar a marcharse» a aquellos que están «al margen de la nación», es decir, los ciudadanos árabes de Israel. La expresión «al margen de la nación» pone de manifiesto la contradicción entre los criterios democráticos básicos y el sionismo de corriente mayoritaria y su puesta en práctica en Israel. Véanse en *TNCW* y *FT* mis comentarios sobre este asunto, que casi no se puede mencionar en Estados Unidos.

9. Friedman aportó informaciones serias y profesionales desde el Líbano durante la guerra de 1982, y a veces lo hace también desde Israel; véase por ejemplo su crónica sobre la Franja de Gaza del 5 de abril de 1986.

10. Friedman: *New York Times Magazine* (7-10-1984); *New York Times* (17-3-1985); *New York Times* (21-3-1985), editorial; y muchos otros artículos de opinión e información.

11. Véase el capítulo 2, nota 58 y texto, para los detalles. Para una discusión más extensa del «proceso de paz» y el «rechacismo» en las acepciones no orwellianas de estos términos —es decir, en el mundo real— y de los eficaces esfuerzos del sistema de adoctrinamiento para eliminar los hechos de la historia, véase *FT*.

12. Para una discusión más extensa, véase mi análisis de las memorias de Kissinger, reproducido en *TNCW*.

13. La oferta de Sadat fue una respuesta a la propuesta del mediador de la ONU Gunnar Jarring, que Sadat aceptó. Israel reconoció oficialmente que ésta era una propuesta de paz seria, pero prefirió la expansión territorial a la paz. Cuando Jarring falleció el 29 de mayo de 2002, los principales periódicos estadounidenses publicaron necrológicas, pero omitieron el acontecimiento más importante de su carrera política, con una sola excepción: el *Los Angeles Times*, que afirmó falsamente que ambas partes se habían negado a aceptar la propuesta de Jarring (Dennis McLellan, 1-6-2002, reimpresso en el *Boston Globe*).

14. Eric Pae: *New York Times* (7-10-1981).

15. Para más comentarios, véanse *TTT* y mis ensayos en Lawrence Friedman (ed.): *U.S. International and Security Policy: The New Right in Historical Perspective*, *Psychohistory Review* 15.2 (invierno de 1987), y en Thomas Walker (ed.): *Reagan vs. The Sandinistas*, Westview, 1987. También mi introducción a Morley y Petras: *The Reagan Administration*. El índice de engaño sobre estas cuestiones es impresionante.

16. Sobre estas cuestiones, incluidos los orígenes del concepto de «baza estratégica», las negociaciones posteriores a 1973 que condujeron al acuerdo de Camp David en 1979 y las acciones inmediatas de Washington para minar el Plan Reagan de septiembre de 1982, así como el Plan Shultz para el Líbano pocos meses después, véase *FT*. La realidad, suficientemente clara por entonces, es muy distinta de las versiones repetidas por los medios de comunicación y la mayoría de intelectuales, aunque a veces reconocida en parte años después; véase, por ejemplo, el capítulo 2, nota 47 y texto.

17. Rubinstein: *Davar* [diario oficial del partido laborista], (5-8-1983).

18. General (retirado) Mattityahu Peled: «American Jewry: "More Israeli than Israelis"», *New Outlook* (mayo-junio de 1975).

19. Pail: «Zionism in Danger of Cancer», *New Outlook* (octubre-diciembre de 1983, enero de 1984).

20. Véase TNCW, pp. 247 y ss., para los detalles. Sobre la nueva legislación, véase Aryé Rubinstein: *Jerusalem Post* (14-11-1985). Para algunos comentarios israelíes que comparan las leyes israelíes con el apartheid sudafricano, véase Ori Shohet: «No One Shall Grow Tomatoes...», suplemento del *ha-Arets* (27-9-1985) (traducido en *News from Within*, Jerusalén, 23-6-1986), donde se habla de los instrumentos que garantizan la discriminación contra los ciudadanos árabes de Israel y los árabes de los territorios ocupados con respecto a la tierra y otros derechos. El título se refiere a las normas militares que exigen a los árabes de Cisjordania obtener una licencia para plantar un árbol frutal u hortalizas, uno de los recursos empleados para permitir que Israel se apodere de tierras en los territorios ocupados basándose en derecho inadecuado.

21. Paul Berman: «The Anti-Imperialism of Fools», *Village Voice*, 22 de abril de 1986, citando «un excelente ensayo» de Bernard Lewis en el *New York Review* donde se expone esta práctica doctrina. Para algunas otras aplicaciones ingeniosas del concepto de antisemitismo, véase FT, pp. 14 y ss. Sobre la matanza de Dueimá, véase TTT, p. 76.

22. Analyst, *Pentagon Papers*, 2, núm. 22, Gravel Edition, Beacon Press, 1971. La amenaza militar estadounidense, como se admitió, fue esencial para permitir la invención de Estados Unidos con el fin de impedir el acuerdo político redactado en la conferencia de Ginebra de 1954.

23. Para más comentarios, véanse TNCW y mi libro *For Reasons of State*, Pantheon, 1973 [versión en castellano: *Por razones de Estado*, Ariel, 1975].

24. Julia Preston: *Boston Globe* (9-2-1986).

25. Para una discusión sobre estas cuestiones, véanse las referencias de la nota 15. El asunto del que se trata es el repertorio expresivo que se permite en el foro nacional, no las contribuciones individuales, que deben juzgarse según sus méritos.

26. Véase, por ejemplo, Timothy Garton Ash: «New Orthodoxies: I», *Spectator* (Londres) (19-7-1986). El cómico «debate sobre la "equivalencia moral" en Estados Unidos» (en el que sólo un bando recibe expresión pública pese a la buscada pretensión de lo contrario) merece una discusión por separado.

27. Shaul Bakhash: *New York Review of Books* (14-8-1986).

28. «Non-Orwellian Propaganda Systems», *Thoreau Quarterly* (invierno-primavera de 1984). Véase mi charla a un grupo de periodistas reproducida aquí, y la discusión subsiguiente, para más información sobre estos temas.

29. Reich: *New York Times* (24-7-1986); Mark Heller: *New York Times* (10-6-1986).

30. *New York Times* (21-4-1986).

1. *New York Times* (17, 18-10-1985).

2. *Ha-Arets*, 22 de marzo de 1985; para otras fuentes, véase FT, pp. 54, 75, 202.

3. Yossi Beilin: *Mehiro shel Ihud*, Revivim, 1985, p. 147. Shlomo Gazit: *ha-Makel Vehaguezer*, Tel-Aviv, 1985, citado en *al-Hamishmar* (7-11-1985). Isaac [Yitsjak] Rabin: *Washington Post* (6-12-1975); *Newsweek* (15-12-1975); TNCW, pp. 267-268. Cuando me refiero a Reagan, no hablo del personaje simbólico, sino de los diseñadores de políticas y especialistas en relaciones públicas de la Administración.

4. *Yediot Ajronot* (15-11-1985).

5. Ze'ev Schiff: *ha-Arets* (8-2-1985); véase FT para testimonios de participantes, no divulgados en Estados Unidos, y para la negación de los hechos por parte de los defensores del terrorismo israelí, basándose en que los medios de comunicación son antisemitas y «favorables a la OLP», mientras que «los árabes exageran» y en «la cultura árabe [...] la mentira no implica responsabilidad alguna» (Martin Peretz; la última idea publicada en *New Republic* [29-8-1983]).

6. Véase la nota 48.

7. Godfrey Jansen: *Middle East International* (11-10-1985), citando *Los Angeles Times* (3-10-1985).

8. Aparece en *Against the Current* (enero de 1986).

9. Cf. FT, pp. 127, 176.

10. Bernard Gwertzman: *New York Times* (2 y 7-10-1985).

11. Beverly Beyette: Crónica sobre la Conferencia Internacional sobre Terrorismo, *Los Angeles Times* (9-4-1986).

12. Edward Schumacher: *New York Times* (22-10-1985).

13. *New Republic* (21-10-1985, 20-1-1986); Associated Press (4-4-1986).

14. Robert McFadden: «Terror in 1985: Brutal Attacks, Tough Response», *New York Times* (30-12-1985).

15. UPI: *Los Angeles Times* (28-12-1985); McFadden: «Terror in 1985»; Alan Dershowitz: *New York Times* (17-10-1985). Alexander Cockburn: *Nation* (2-11-1985), la única alusión a esta vergonzosa hipocresía, que yo sepa.

16. Ross Gelbspan: *Boston Globe* (16-12-1985). Sobre las atrocidades de la Contra, véanse los informes periódicos de Americas Watch y muchas otras investigaciones esmeradas y detalladas, entre ellas «Report of Donald T. Fox, Esq. and Prof. Michael J. Glennon to the International Human Rights Law Group and the Washington Office on Latin America» (abril de 1985). Fox y Glenon citan a un alto funcionario del Departamento de Estado, quien calificó la postura estadounidense de «ignorancia intencionada». Este historial extenso y horripilante es también omitido generalmente por los medios de comunicación y otros, e incluso negado rotundamente (sin el pretexto de prueba alguna) por los defensores de las atrocidades occidentales, por ejemplo Robert Conquest: «Laying Propaganda on Thick», *Daily Telegraph* (Londres) (19-4-1986), quien asegura que las acusaciones

de Oxfam y otros no sólo son falsas, sino también «absurdas». Conquest es conocido por la denuncia de crímenes comunistas y por sus duras acusaciones contra los apólogos que las niegan. Véase también Gary Moore: *National Interest* (verano de 1986), con un mensaje similar; o Jeane Kirkpatrick: *Boston Globe* (16-3-1986), donde nos dice que «la Contra se caracteriza por esforzarse mucho por evitar perjudicar a los civiles. No ha hecho nada que pueda compararse con la brutalidad sistemática de las visitas del gobierno sandinista a disidentes y opositores»; mentiras y disculpas semejantes para excusar las atrocidades soviéticas no se tolerarían ni un solo instante en los medios de comunicación. Véanse también la nota 44 de este mismo capítulo y la nota 14 del capítulo 3. El procedimiento habitual no consiste en negar, sino simplemente en omitir las atrocidades cometidas por los apoderados o satélites occidentales. Para un toque humorístico, se puede acudir a los productos de una considerable industria consagrada a inventar afirmaciones de que los críticos de la violencia estadounidense niegan o ignoran las informaciones sobre atrocidades perpetradas por los enemigos oficiales. Para algunos ejemplos, que incluyen calumnias espectaculares, véanse *Political Economy of Human Rights*, vol. II; mis artículos «Decade of Genocide in Review», *Inside Asia* (Londres), (febrero-marzo de 1985), reeditado en James Peck (ed.): *The Chomsky Reader*, Pantheon, 1987, y «Visions of Righteousness», *Cultural Critique* (primavera de 1986); Christopher Hitchens: «The Chorus and Cassandra», *Grand Street* (otoño de 1985).

17. *New York Times* (29-6-1985).

18. Y en Israel. Tras su llegada al poder, se produjo un aumento del uso de la tortura en las cárceles, detenciones administrativas, expulsiones que violaban el derecho internacional y precintado de casas, unas prácticas que fueron comunes bajo el gobierno laborista anterior, muy elogiado por la izquierda liberal estadounidense, pero reducidas o suspendidas durante el mandato de Menájem Beguin. Danny Rubinstein: *Davar* (4-2-1986); Eti Ronel: *al-Hamishmar* (11-6-1986). Sobre torturas, véanse *ha-Arets* (24-2-1986), y Gaddá Abú Yaber: *1985 Policy of Torture Renewed*, Centro de Información Alternativa, Jerusalén (febrero de 1986); *Koteret Rashit* (7-5-1986). Véase también Amnistía Internacional: «Town Arrest Orders in Israel and the Occupied Territories» (2-10-1984).

19. Curtis Wilkie: *Boston Globe* (10-3-1985); Julie Flint: *Guardian* (Londres) (13-3-1985); Jim Muir: *Middle East International* (22-3-1985); Breindel: *New York Times* (28-3-1985), página de tribuna; Nora Boustany: *Washington Post* (12-3-1985). Una foto de la pintada aparece en Joseph Schechia: *The Iron Fist*, ADC, Washington, 1985.

20. *Guardian* (Londres) (2, 6-3-1985).

21. Shlomo Ilya: *Jerusalem Post* (27-2-1985); Magnus Linklater, Isabel Hilton y Neal Ascherson: *The Fourth Reich*, Hodder & Stoughton, Londres, 1984, p. 111; *Der Spiegel* (21-4-1986) (véase el capítulo 3); *New York Times* (13-3-1985).

22. Ihsan Hijazi: *New York Times* (1-1-1986); Hijazi señala que las informaciones desde Israel diferían.

23. *Christian Science Monitor* (30-1-1986).

24. Para un examen detallado, véase *FT*. O compárese, por ejemplo, lo que apareció en *Newsweek* con lo que Tony Clifton describe en su libro *God Cried* (Clifton y Catherine Leroy, Quartet, 1983), publicado en Londres. O considere *My War Diary*, del coronel Dov Yermiya, uno de los fundadores del ejército israelí, publicado violando la censura de Israel (véase *FT* para numerosas citas) y más tarde en versión inglesa (South End Press, 1983), pero olvidado por completo en la prensa, aunque sin duda se trata de una obra de una importancia considerable. Existen muchos más ejemplos.

25. Landrum Bolling (ed.): *Reporters Under Fire*, Westview, 1985. Incluye, por ejemplo, una crítica a los medios de comunicación por parte de la Liga Antidifamación de B'nai Brit y otras acusaciones que raramente llegan al nivel de lo absurdo (véase *FT* para un análisis de estos documentos), pero no un estudio del Comité Antidiscriminación Americano-árabe que aporta pruebas de «una constante predisposición proisraelí» en la cobertura informativa de la guerra.

26. Kifner: *New York Times* (10-3-1985); Jim Muir: *Middle East International* (22-2-1985); Mary Curtius: *Christian Science Monitor* (22-3-1985); Jim Yamin: *Christian Science Monitor* (25-4-1985); Jim Yamin, entrevista: *MERIP Reports* (junio de 1985); David Hirst: *Guardian* (Londres) (2-4-1985); Robert Fisk, *Times* (Londres) (26, 27-4-1985); *Philadelphia Inquirer* (28-4-1985). Sobre los esfuerzos israelíes por recrudecer las hostilidades en la región del Chouf desde mediados de 1982, véase *FT*, pp. 418 y ss.

27. *Middle East International* (22-3-1985).

28. UPI: *Boston Globe* (22-9-1984); Yossi Olmert, entrevista: *al-Hamishmar* (27-1-1984); Hirsh Goodman: *Jerusalem Post* (10-2-1984); Leon Wieseltier: *New Republic* (8-4-1985); sobre la *hasbará*, véase la nota 15 del prefacio.

29. Don Oberdorfer: «The Mind of George Shultz», *Washington Post Weekly* (17-2-1986); Barry Rubin: *New Republic* (2-6-1986); Thomas Friedman: *New York Times* (16-2-1986), entre muchos otros artículos. Al igual que Wieseltier, Rubin afirma que este «terrorismo [patrocinado por Siria...] no es un grito de indignación ante el fracaso occidental en el proceso de paz, sino un intento de obstaculizar la diplomacia por completo», por cuanto «casi todas las soluciones concebibles son odiosas para el gobierno sirio». Rubin sabe que Siria ha apoyado soluciones diplomáticas próximas al consenso internacional; sin embargo, puesto que están lejos del rechacismo estadounidense, tales soluciones no son «concebibles» y no cuentan como «opciones diplomáticas»; véase el capítulo 1. Sobre las impresiones libanesas, véase la nota 22 del capítulo 5.

30. *Los Angeles Times* (18-10-1985).

31. *New York Times* (18-10-1985).

32. Ze'ev Schiff: «The Terror of Rabin and Berri», *ha-Arets* (8-3-1985); también general Ori Or, comandante del mando septentrional de las FDI, radio de las FDI; FBIS (15-4-1985).

33. Gershom Schocken [director de *ha-Arets*]: *Foreign Affairs* (otoño de 1984).

34. Shimón Peres: *New York Times* (8-7-1983). Sobre las atrocidades en Jiam, véanse *TNCW*, pp. 396-397; *FT*, p. 191; Yoram Hamizraji: *Davar* (7-6-1984); in-

formas de prensa citados en la publicación del Frente Democrático Israelí *Nisayón Leretsaj-am Bilvanon*: 1982, Tel-Aviv, 1983.

35. Jim Muir: *Sunday Times* (Londres) (14-4-1985); *Christian Science Monitor* (15-4-1985); Joel Greenberg: *Christian Science Monitor* (30-1-1986); Sonia Dahan, Paul Kessler y Geraud de la Pradelle: *Le Monde diplomatique* (abril de 1986); Menájem Horowitz: *ha-Arets* (30-6-1986).

36. *Information Bulletin*, 21 (1985), International Center for Information on Palestinian and Lebanese Prisoners, Deportees, and Missing Persons, París. *Israel & Palestine* (París) (julio de 1986). Sobre las cárceles dirigidas por las FDI, véase FT, pp. 23 y ss.

37. Benny Morris y David Bernstein: *Jerusalem Post* (23-7-1982); para una comparación por parte de periodistas israelíes de la vida bajo la OLP y bajo los aliados cristianos de Israel en el Líbano, una perspectiva muy en desacuerdo con la imagen estadounidense estándar, véase FT, pp. 186 y ss. Especialmente significativa es la crónica desde el Líbano del periodista israelí Attalá Mansur, de origen maronita. Para más información sobre Nabatiyya, véase FT, pp. 70, 187.

38. *The Economist* (19-11-1977).

39. John Cooley, en Edward Haley y Lewis Snider (eds.): *Lebanon in Crisis*, Syracuse, 1979. Véanse TNCW, p. 321; FT, pp. 70, 84.

40. Edward Haley: *Qaddafi and the United States since 1969*, Praeger, 1984, p. 74.

41. James Markham: *New York Times* (4-12-1975).

42. AP: *New York Times* (21-2-1986) de febrero; Julie Flint: *Guardian* (Londres) (24-2-1986); Ihsan Hijazi: *New York Times* (28-2-1986); AP (20-2-1986). La única crónica detallada publicada en Estados Unidos, que yo sepa, fue de Nora Boustany, *Washington Post* (1-3-1986), aunque se suprimió en gran medida el papel de las FDI, posiblemente por parte de los editores, puesto que los reporteros destacados en el lugar de los hechos sabían bien lo que estaba ocurriendo, incluido el asesinato de aldeanos que huían, desde helicópteros de combate israelíes, las palizas y torturas en presencia de oficiales israelíes, etc., como algunos han señalado en privado.

43. Ihsan Hijazi: *New York Times* (25-3-1986); Dan Fisher: *Los Angeles Times* (28-3-1986); Associated Press (7-4-1986); Hijazi: *New York Times* (8-4-1986).

44. Véase, por ejemplo, Robert Leiken: «Who Says the Contras Cannot Succeed?», *Washington Post* (27-7-1986), que niega, sin aportar argumentos, el extenso historial de atrocidades perpetradas por los terroristas a los que apoya al estilo habitual de los apólogos (véase la nota 17), y con el cotorreo maoísta habitual en sus escritos. Véanse mi introducción a Morley and Petras: *The Reagan Administration*, y la nota 3 del capítulo 3; y mi libro *Culture of Terrorism*, South End Press, 1988, pp. 205-206, 213 [versión en castellano: *La cultura del terrorismo*, Editorial Popular, 2002].

45. Peres: *New York Times* (8-7-1983); Breindel: *New York Times*, página de tribuna (28-3-1983); *New York Times* (16-9-1983 y 3-6-1985); Kamm: *New York Times* (26-4-1985); Friedman: *New York Times* (9-1-1985, 18-2-1985 y 20-2-

1985); Brzezinski: *New York Times* (9-10-1983); Reagan: ruedas de prensa, *New York Times* (28-10-1983 y 29-3-1984). Véanse también los comentarios del rabino Alexander Schindler, presidente de la Unión de Congregaciones Hebreas Americanas (Reformistas): la OLP «amenazó con destruir lo que quedaba de Beirut antes que rendirse»; mandar a los marines a supervisar su marcha en vez de permitir que Israel completara el trabajo fue sin duda la misión «más ignominiosa» que se asignó jamás a los marines (UPI: *Boston Globe* [28-10-1984]). Estos inquietantes ejemplos de la religión al servicio de la violencia de Estado no se mencionaron en la información del *Times* de aquel día.

46. *New York Times* (7-6-1983).

47. William Quandt: *American-Arab Affairs* (otoño de 1985); Hillel Schenker, entrevista con David Shipler: *New Outlook* (Tel-Aviv) (mayo de 1984).

48. El partido laborista respaldó la guerra desde la oposición, en parte porque los resultados de las encuestas indicaban que un 98 % de partidarios del Likud y un 91 % de partidarios laboristas la consideraban justificada. Cuando la guerra concluyó con el horrendo bombardeo de Beirut a mediados de agosto, el apoyo a Begin y Sharón alcanzó su máximo nivel, del 82 y 78 %, respectivamente, y descendió hasta el 72 y 64 %, respectivamente, después de las matanzas de Sabra y Shatila. Véase FT, pp. 251-262, 394, 378 y ss.

49. Philip Weiss: *New Republic* (10-2-1986).

50. Schiff y Ya'ari: *Israel's Lebanon War*, Simon & Schuster, 1984, p. 35; John Kifner: *New York Times* (25-7-1981). Schiff y Ya'ari sostienen que «a pesar de los grandes esfuerzos realizados para seleccionar los objetivos y dar en el blanco, más de cien personas resultaron muertas», entre ellas treinta «terroristas». El libro de Schiff y Ya'ari es una traducción de algunos fragmentos del original en hebreo; aproximadamente un 20 % de éste fue suprimido por la censura israelí, según Ya'ari (*Kol Hair*, 2-2-1984), y un 50 % según el erudito americano Augustus Norton, citando un «respetado corresponsal, no relacionado con los autores» (*Middle East Journal*, verano de 1985). La censura en Nicaragua, país que sufre el ataque de un ejército apoderado de Estados Unidos, causa una gran indignación en Norteamérica. La censura más extrema en Israel se dirige, por supuesto, contra los árabes, incluyendo ciudadanos israelíes. Véanse FT, pp. 139 y ss., y TTT, pp. 73 y ss., para una pequeña muestra de ello. Para una comparación más detallada de la censura israelí y nicaragüense, y el historial estadounidense mucho más extremo pese a un riesgo menor (como señaló el juez Brennan, del Tribunal Supremo), véase mi libro *NI*, capítulo 5 y apéndices; también el apéndice II.2.

51. Edward Walsh: *Washington Post Weekly* (4-3-1985); Curtis Wilkie: *Boston Globe* (18-2-1985).

52. FT, pp. 448, 440, citando prensa israelí; *News from Within* (Tel-Aviv) (1-10-1985); *Yediot Ajronot* (4-11-1983).

53. *Ha-Arets* (25-6-1982); véase FT, pp. 200 y ss., para más notas y análisis similares de otros comentaristas israelíes.

54. B. Michael: *ha-Arets* (13-11-1983); Aarón Bajar: *Yediot Ajronot* (11-11-1983); Benny Morris: *Jerusalem Post* (5-6-1984).

55. El *New Republic*, siempre en guardia para defender a Israel de los muchos «representantes de la prensa» que están «dispuestos a creer casi cualquier cosa que dé una imagen poco favorable del Estado judío (y, casi como corolario, cualquier cosa que ofrezca una imagen favorable de sus enemigos)», censuró al *Washington Post* por haber «colaborado en una de las grandes calumnias» al señalar que Sharón había tratado de construir lo que él llamaba «un “Nuevo Orden” (la expresión de Hitler)» en el Líbano (Martin Peretz: *New Republic* [18-3-1985]; *New Republic* [19-3-1984]). En efecto, esta expresión era de Hitler, y Sharón la utilizó, como hacen generalmente los comentaristas israelíes. Un mes antes de que Peretz censurase al *Post* por exponer los hechos con exactitud, un titular en el periódico derechista de gran difusión *Yediot Achronot* decía: «“Sharón anunció con antelación su plan para ‘un Nuevo Orden’», citando al embajador estadounidense Morris Draper, quien citó a su vez a Sharón en una reunión a puerta cerrada de la Federación Judía en Los Ángeles (23-2-1984). Este uso es habitual; véase *FT* para otros ejemplos, y para otros casos en los que el *New Republic* evita cuidadosamente fuentes israelíes en su empeño por contener las desviaciones respecto a su línea establecida (por ejemplo, pp. 215 y ss., 258 y ss.).

56. Olmert: *Ma'ariv* (22-11-1983); Milson: *Koteret Rashit* (9-11-1983); Sharón, citado por Ze'ev Schiff: *Ha-Aretz* (23-5-1982); Milshtein: *ha-Dashot* (26-9-1984); Rubinstein: *ha-Olam Hazé* (8-6-1983). Sobre las aspiraciones de Ben Gurión antes y después de instaurar el Estado, véanse *FT*, pp. 51, 160 y ss.; Shabtai Tevet: *Ben-Gurion and the Palestinian Arabs*, Oxford, 1985, y el análisis de Benny Morris: *Jerusalem Post* (11-10-1985).

57. *FT*, p. 199, citando una entrevista en *ha-Aretz*, 4-6-1982; *FT*, pp. 117, 263.

58. *Nouvel Observateur* (4-5-1984); *Observer* (Londres) (29-4-1984); *Jerusalem Post* (16-5-1984); *San Francisco Examiner* (5-5-1984); *Washington Post* (8-7-1984). Para más detalles, véanse mis artículos «Manufacture of Consent» (diciembre de 1984), publicado por la Community Church, Boston, y «United States and the Middle East», *ENDpapers* (Reino Unido) (verano de 1985). Sobre la anterior determinación israelí de evitar un acuerdo político, con el acostumbrado apoyo estadounidense, véanse *FT* y Yossi Beilin: *Mehiro shel Ihud*, Revivim, 1985.

59. *ha-Aretz* (29-9-1985) (citado por Amnon Kapeliuk: *Le Monde diplomatique* [noviembre de 1985]); *Koteret Rashit* (9-10-1985).

60. Julie Flint: *Guardian Weekly* (19-1-1986).

61. El *Post* no lo describe como un «acto terrorista» perpetrado por el «comandante terrorista» Menájem Beguin. Al parecer también participó la Hagganá; véase la nota 34 del capítulo 5.

62. Christian Williams, Bob Woodward y Richard Harwood: «Who Are They?», *Washington Post* (10-2-1984); editorial, *New York Times* (19-5-1976). Sobre la realidad, véanse *TNCW*, *FT*. La conducta de ciertas organizaciones a favor de los derechos humanos en este sentido es digna de atención. Así, para garantizar que no hubiese información desagradable, la Liga Internacional por los Derechos Humanos suspendió su filial israelí por la única razón de que el partido laborista gobernante había tratado de acabar con ella mediante medidas tan drásticas que pron-

to fueron impedidas por los tribunales de Israel; véanse mis libros *Peace in the Middle East?*, Pantheon, 1974, pp. 196-197 [versión en castellano: *Guerra o paz en el Oriente Medio*, Barral Editores, 1975]; *FT*, pp. 142, 178, y las referencias citadas. Se- mejante conducta con respecto a cualquier otro país suscitaría el escándalo, pero esto no afecta a la reputación de la Liga Internacional. De un modo similar, el periódico de información sobre derechos humanos *Human Rights Internet*, que se limita a referir sin comentarios alegatos de violaciones de derechos humanos, permite que la Liga Antidifamación responda a acusaciones que conciernen a Israel, una práctica que no se admite en ningún otro Estado; así, al Partido Comunista, que presenta unas credenciales nacionales comparables a las de la Liga Antidifamación como organización en favor de los derechos humanos, no se le concede espacio para responder a las acusaciones contra la Unión Soviética, desde luego con razón.

63. *New Outlook* (Tel-Aviv) (octubre de 1985); *Davar* (18-7-1985). El historiador militar Uri Milshtein escribe que, contrariamente a lo que registran las crónicas habituales, fue Israel quien inició el conflicto que desembocó en la «guerra de desgaste», disparando desde tanques contra posiciones egipcias y matando a decenas de soldados; *Monitin* (agosto de 1984).

64. Thomas Friedman: *New York Times* (31-1-1986).

65. David Hirst: *Manchester Guardian Weekly* (20-4-1986); Harkabi, citado por Amnon Kapeliuk: *Le Monde diplomatique* (febrero de 1986).

66. La OLP afirmó que los tres israelíes muertos habían estado implicados en estas operaciones, una acusación sumamente inverosímil según comenta el periodista israelí David Shajam (John Bulloch: «PLO Victims were Mossad Agents», *Daily Telegraph* (Londres) (3-10-1985); Shajam: *al-Fajr* (29-11-1985).

67. *ha-Aretz* (12-6-1986). La crónica no indica que se celebrara juicio alguno.

68. *FT*, p. 77; David Shipler: *New York Times* (25-11-1983); *New York Times* (26-1-1984). En 1989, el *Washington Post* publicó un artículo sobre la liberación de prisioneros palestinos retenidos bajo arresto administrativo, muchos de ellos «en la controvertida cárcel de campaña de Ketziot, en el Néguev», otra cámara de tortura. El artículo mencionaba por cierto que «mientras tanto, antes del amanecer, la armada israelí detuvo un barco que navegaba del Líbano a Chipre y capturó a catorce personas calificadas de presuntos terroristas», a las que llevó a Israel para «interrogarlas». La organización israelí por la paz Dai l'Kibbush [Abajo con la ocupación] informa que entre 1986 y 1987, los tribunales militares israelíes condenaron a decenas de personas secuestradas en el mar o en el Líbano por su «militancia en una organización prohibida», pero no por actividades o planes contra Israel; supuestamente los palestinos secuestrados pertenecían a la OLP, y los libaneses, a Hizbulá y por lo menos en un caso a la importante organización chií Amal, todas ellas legales en el Líbano. Linda Gradstein: *Washington Post* (6-4-1989); «Political Trials», Dai l'Kibbush, Jerusalén (agosto de 1988); *News from Within* (14-12-1988).

69. *New York Times* (30-6-1984 y 1-7-1984); *Boston Globe* (1-7-1984, 4-7-1987 y 12-7-1984); *Middle East Reporter* (Beirut) (30-6-1984); *Observer* (Londres) (1-7-1984); Godfred Jansen: *Middle East International* (13-7-1984).

70. Thomas Friedman: *New York Times* (5-2-1986); Estados Unidos «se abstuvo de emitir un juicio sobre la acción israelí» (*New York Times* [5-2-1986]); también Norman Kempster: *Los Angeles Times* (5-2-1986).
71. *News from Within* (Jerusalén) (1-11-1985).
72. *Los Angeles Times-Boston Globe* (29-6-1984). Sobre la severa represión en el Golán, véase *FT*, pp. 132 y ss.
73. Para una crónica reciente, véase Uri Milshtein: *Monitin* (agosto de 1984).
74. Véase el prefacio.
75. *FT*, pp. 188 y ss.
76. *Rabin Memoirs*, pp. 280-281.
77. *New York Times* (12-10-1985). Al mismo tiempo, el *Times* censura a Irán, «que todavía tiene que extraditar o castigar a quienes secuestraron un avión de pasajeros kuwaití y mataron a dos americanos en diciembre de 1984», y exige que Occidente boicotee a Libia si Gaddafi sigue «protegiendo a secuestradores». Editorial, *New York Times* (14-5-1986). Aún no ha dicho nada semejante, ni siquiera ha comentado el caso, acerca de los que ocultan al secuestrador del avión de pasajeros soviético, ni sobre el extenso historial de secuestros y piratería por parte de los Estados satélites de Washington.
78. Abraham Sofaer: *Foreign Affairs* (verano de 1986).
79. Livia Rokach: *Israel's Sacred Terrorism*, un estudio basado en el diario personal de Moshé Sharett (AAUG, 1980, pp. 20 y ss.); *Sixty Minutes*, CBS (19-1-1986).
80. Sune Persson: *Mediation and Assassination*, Londres, 1979; Michael Bar-Zohar: *Ben Gurion: a Biography*, Delacorte, 1978, pp. 180-181 [versión en castellano: *El nacimiento de una nación. Ben Gurion*, Cid, Madrid, 1967]; Stephen Green: *Taking Sides*, Morrow, 1984, pp. 38 y ss.; Jon Kimche: *Seven Fallen Pillars*, Secker & Warburg, 1953, pp. 272-273. De un modo similar, los asesinos de lord Moyne, de la misma banda terrorista, fueron honrados con sellos conmemorativos, junto con otros terroristas; *FT*, p. 166.
81. *Globe & Mail* (Toronto) (9-10-1985).
82. *New York Times* (27-9-1985), un pie de foto sin artículo; *Asian Wall Street Journal* (22-8-1985), citado por Alexander Cockburn: *Nation* (2-9-1985); David Housego: *New York Times Book Review* (20-7-1986). En Francia, otro Estado terrorista, apenas hubo protestas por la atrocidad ni por las acciones punitivas emprendidas por ese país contra Nueva Zelanda en «represalia» por el juicio de los terroristas capturados. No obstante, una información desde París tras el acuerdo suscrito con Nueva Zelanda señala: «La acción no suscitó autocritica, sino patriotismo. Desde el punto de vista francés, Nueva Zelanda y su primer ministro, David Lange, pronto se convirtieron en villanos por retener a los dos agentes, injustamente detenidos, en la opinión general de aquí, por el delito de haber servido al interés nacional. La prensa francesa apenas habló de la muerte del miembro de la tripulación de Greenpeace, o del hecho de que la soberanía de Nueva Zelanda había sido violada.» Pese a las promesas del gobierno socialista de emprender «acciones legales» si se habían cometido «actos criminales», «la única acción legal que

se emprendió fue contra varios miembros del gobierno francés por revelar información a la prensa», y «no ha habido ninguna investigación pública» (*New York Times* [30-7-1986]). Una manifestación convocada en París tras el hundimiento del barco reunió a 150 personas, entre las que estaba un destacado intelectual: René Dumont. Pese al seguimiento de los medios de comunicación, el acontecimiento no fue difundido por la prensa ni la televisión, incluidos la prensa socialista y *Libération*. *Le Monde* retuvo el anuncio de cuatro líneas de la concentración hasta después de que se hubo celebrado. Los grupos ecologistas y pacifistas franceses «vacilaron en desafiar al chovinismo masivo desatado en Francia por el asunto de Greenpeace» mientras el congreso del Partido Socialista Francés recibía «como un héroe» al ministro Hernu, oficialmente responsable de la atrocidad (Diana Johnstone y Elizabeth Schilling: *In These Times* (23-10-1985). El terrorismo francés contra Greenpeace comenzó con su primera protesta por los ensayos nucleares de Francia en sus colonias del Pacífico en 1972, cuando un dragaminas galo embistió y estuvo a punto de hundir su yate y los tripulantes «saltaron a bordo, golpearon brutalmente y casi dejaron ciego a David McTaggart [director de Greenpeace] y a otro miembro de la tripulación con porras de goma» (James Ridgeway: *Village Voice* [8-10-1985], donde refiere también el hostigamiento soviético a Greenpeace).

83. Véanse mis artículos «Watergate: A Skeptical View», *New York Review* (20-9-1973); editorial, *More* (diciembre de 1975); e introducción a N. Blackstock (ed.): *COINTELPRO*, Vintage, 1976. Versión ampliada de la introducción: «Domestic Terrorism», *New Political Science*, 21, núm. 3 (1999).

84. George Shultz: *Boston Globe* (25-6-1984); *New York Times* (25-6-1984, 30-12-1983); Associated Press: *Boston Globe* (23-4-1984), *New York Times* (1-4-1984); *International Herald Tribune* (5-5-1986); Colin Nickerson: *Boston Globe* (3-2-1986), sobre la convención. *Africasia* (julio de 1985), para detalles sobre los comandos surafricanos capturados, un episodio ignorado en gran parte en Estados Unidos. Sobre los aviones de pasajeros, véanse *Boston Globe* (11-11-1983), *New York Times* (11-11-1983), *Washington Post* (11-11-1983); *Boston Globe* (21-2-1984). Estos incidentes, que pasaron prácticamente inadvertidos, ocurrieron en medio de la histeria colectiva a raíz del derribo del vuelo KAL 007 por parte de la Unión Soviética, un acto que mereció siete páginas completas en el *Times* sólo en septiembre de 1983. Posteriormente, sobre todo después de las atrocidades terroristas del 11-S, se produjo un cambio en la imagen de las fuerzas reclutadas, organizadas y entrenadas por la CIA y sus socios para proseguir la guerra contra Rusia (no para ayudar a los afganos, lo cual habría sido legítimo). Bin Laden y sus colegas ya no eran «el equivalente moral de los Padres Fundadores» (Ronald Reagan; véase Samina Amin: *International Security* 26, núm. 5 [invierno de 2001-2002]). Sus actos terroristas en territorio ruso fueron lo suficientemente graves como para llevar a Rusia y Pakistán al borde de una guerra (John Cooley: *Global Dialogue* 2, núm. 4 [otoño de 2000]).

85. Barry Munslow y Phil O'Keefe: *Third World Quarterly* (enero de 1984). Durante los años de la presidencia de Reagan, los estragos surafricanos en los paí-

ses vecinos dejaron un millón y medio de muertos y causaron daños por valor de 60.000 millones de dólares, mientras Washington seguía apoyando a Suráfrica y condenaba al Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela como una de las «bandas terroristas más célebres» del mundo. Joseba Zulaika y William Douglass: *Terror and Taboo*, Routledge, 1996, p. 12. Archivo 1980-1988, Merle Bowen: *Fletcher Forum* (invierno de 1991). Sobre la expansión del comercio estadounidense con Suráfrica después de que el Congreso autorizara sanciones en 1985 (invalidando el veto de Reagan), véase Gay McDougall y Richard Knight, en Robert Edgar (ed.): *Sanctioning Apartheid*, Africa World Press, 1990.

86. Dan Fisher: *Los Angeles Times* (21-6-1985); Mary McGrory: *Boston Globe* (21-6-1985); David Adams: *New Statesman* (19-4-1985); *New York Times* (21-6-1985). Sobre Ansar, véanse *FT*, pp. 231 y ss.; entrevista: *Hotam* (11-4-1986). Véase también Amnistía Internacional: «The detention of Palestinians and Lebanese in the military prison of Atlit» [en Israel] (18-4-1984), sobre la detención de palestinos y libaneses trasladados desde el sur del Líbano y mantenidos en régimen de aislamiento sin posibilidad de comunicarse con sus familiares o la Cruz Roja, sin derecho a la representación de un abogado y sin pruebas acerca de su detención y su traslado ilegal a Israel.

87. *Los Angeles Times* (1-7-1985).

88. David Ignatius: *Wall Street Journal* (18-6-1985).

89. *New York Times* (21-6-1985, 18-6-1985, 1-7-1985).

90. Bernard Lewis: *New York Review* (15-8-1985); *New Republic* (8-7-1985); Reagan: «Address to the American Bar Association», *Boston Globe* (9-7-1985); Podhoretz: *Los Angeles Times* (26-6-1985); *New York Times* (2-7-1985).

91. Thomas Friedman: *New York Times* (23-6-1985); *New York Times* (19-6-1985).

92. Associated Press: *Boston Globe* (4-7-1985); Friedman: *New York Times* (4-7-1985); *Boston Globe* (4-7-1985).

93. John Cooley: *Green March, Black September*, Frank Cass, Londres, 1973, p. 197; véanse *FT* y Yossi Beilin: *Mehiro shel Ihud*, Revivim, 1985, para numerosas declaraciones similares.

94. *FT*, pp. 181-182.

95. Rabin, dirigiéndose a la Knésset: *ha-Dashot* (27-3-1985); Tamari, entrevista: *Monitin* (octubre de 1985). Sobre la impresión de los soldados, véanse los extractos de la prensa israelí traducidos en *FT*, que difieren del material de los ejercicios de *hasbará* en Estados Unidos (véase la nota 15 del prefacio). O los comentarios del paracaidista Ari Shavit acerca de la invasión del Líbano en 1978, difundidos en *Koteret Rashit* (13-5-1986) como equivalente a una discusión sobre la operación por parte del mando militar, recordando la «especie de éxtasis» con que unidades fuertemente armadas prendieron fuego a pueblos, o en cualquier parte, después de que hubiese «quedado claro que no habría guerra aquí», sino algo más parecido a «una excursión». No cabe duda de que la verdad respecto a otros ejércitos es similar, pero sus fábulas sobre la «pureza de armas» no se toman en serio.

96. Rokach: *Israel's Sacred Terrorism*; Uri Milshtein: *al-Hamishmar* (21-9-1983); Kennett Love: *Suez*, McGraw-Hill, 1969, pp. 10 y ss., 61-62.

97. *New York Times* (4-12-1984). Sobre la versión de los especialistas, véase *TNCW*, p. 331.

98. *Los Angeles Times* (24-11-1983); *Boston Globe* (19-12-1983); *New York Times* (20-12-1983); *Boston Globe* (20-12-1983).

99. *Globe & Mail* (Toronto) (11-7-1985); *Boston Globe* (24-7-1985); *New York Times* (24-7-1985); *Boston Herald* (25-7-1985); *New York Times* (5, 6-1-1984); *Boston Globe* (5, 6-1-1984).

100. Véase el capítulo 1. James Markham: *New York Times* (3-12-1975) informa de 57 muertos basándose en fuentes palestinas y libanesas; véase el texto de la nota 41. *New York Times* (23-3-1985); *New York Times* (4-12-1975).

101. *Time* (5-3-1973); *New York Times* (22-2-1973) aporta la cifra de 15 muertos.

102. No hubo pruebas en ese sentido en el caso del avión libio; el alegato soviético podría ser correcto, aunque evidentemente no justifica la atrocidad; véase R. W. Johnson: *Shoot-Down*, Viking, 1986, un estudio especialmente interesante por su minucioso análisis de las mentiras del gobierno estadounidense. Los despectivos análisis americanos son reveladores. Joel Brinkley escribe que el libro es «erróneo» debido a su «tono desmesurado» de «desdén que raya en el desprecio» por los personajes principales de la Administración Reagan, y afirma falsamente que en buena parte se basa en la prensa americana (*New York Times Book Review* [20-7-1986]). Douglas Feaver sostiene que Johnson «rebate su tesis con desinformación propia sobre puntos que se comprueban fácilmente», observando que en la p. 2 cita el informe de la Organización Internacional de Aviación Civil sólo en parte (*Book World, Washington Post Weekly* [7-7-1986]). Como también se comprueba fácilmente, Johnson cita íntegramente la frase a la que se refiere Feaver en la p. 234, donde es pertinente, indicando en la p. 2 sólo las partes que son pertinentes allí.

103. *New York Times* (22, 23-2-1973); editorial (23-2-1973); (25, 26-2-1973). Amiram Cohen: *Hotam* (10-2-1984). El incidente fue brevemente recordado durante el caso del vuelo KAL 007, suscitando falsas afirmaciones de que Israel «asumió inmediatamente la responsabilidad» y «pagó indemnizaciones»; Michael Curtis, carta: *New York Times* (2-10-1983); Martin Peretz: *New Republic* (24-10-1983).

104. Para una comparación de la reacción a ambos sucesos, véase Robert Scheer: *Guardian Weekly* (25-9-1983); para comentarios sobre otros incidentes similares, también omitidos dado el artífice de la atrocidad, véanse mis artículos «1984: Orwell's and Ours», *Thoreau Quarterly* (invierno-primavera de 1984) y «Notes on Orwell's Problem» en *Knowledge of Language*, Praeger, 1986 [versión en castellano: «Notas sobre el problema de Orwell» en *El conocimiento del lenguaje*, Alianza, 1989].

105. Sobre las expulsiones de Lod y Ramle, véase Benny Morris: *Middle East Journal* (invierno de 1986); sobre los demás casos, véanse *FT*, *TTT* y las

fuentes citadas. Schocken: *Foreign Affairs* (otoño de 1984). Sobre los intentos de asesinar a los líderes políticos palestinos en 1948, organizados por Moshé Dayán, véanse Uri Milshstein: *al-Hamishmar* (21-9-1983); *ha-Dashot* (11-1-1985). Un informe de los servicios secretos israelíes del 30 de junio de 1948, recientemente descubierto, concluye que de los 391.000 refugiados árabes (152.000 de fuera de la región asignada a Israel en la recomendación de partición de las Naciones Unidas), por lo menos un 70 % huyeron como consecuencia de las operaciones militares judías (principalmente de la Hagganá y las FDI), incluida la expulsión directa, un cálculo aparentemente demasiado bajo, según observa Benny Morris en su análisis. El informe señala también que esto sucedió ante los intensos esfuerzos de los líderes árabes por detener el flujo. Morris comenta además que las «circunstancias de la segunda mitad del éxodo», de julio a octubre, «son otra historia»; «después de junio del 48 se planearon muchas más expulsiones» (*Middle Eastern Studies* [Londres] [enero de 1986]; entrevista con Jaím Bar'am: *Kol Hair* [9-5-1986]).

106. Para un análisis de varias de las versiones israelíes (entre ellas la única crónica que ha aparecido en un periódico importante de Estados Unidos, un vergonzoso encubrimiento de Ze'ev Schiff y Hirsh Goodman en el *Atlantic Monthly*), véase James Ennes: «The USS Liberty: Back in the News», *American-Arab Affairs* (invierno de 1985-1986). Quizá la más inquietante es la de Yitsjak Rabin, a la sazón jefe del Estado Mayor, quien define el ataque contra el barco como «el acontecimiento más alarmante de toda la campaña», durante el cual experimentó «verdadero terror». Lo sitúa en el 7 de junio (sucedio el 8 de junio), un error inconcebible, que tal vez pueda entenderse como un intento de enmascarar el motivo aparente del ataque: ocultar a Estados Unidos la invasión de Siria prevista después del alto el fuego. Rabin, *Memoirs*, pp. 108 y ss. En sus memorias, el prestigioso especialista Raymond Garthoff, con estrechas relaciones con los servicios secretos y amplia experiencia personal, escribe: «Nuestras agencias militares y de inteligencia consideraron unánimemente que ése había sido un ataque israelí por mar y aire deliberado y no provocado, pero el presidente Johnson estaba dispuesto a aceptar las tardías disculpas y declaraciones de Israel en el sentido de que había sido consecuencia de una identificación errónea del buque estadounidense, por carentes de credibilidad que fuesen estas excusas». *A Journey Through the Cold War*, Brookings Institution, 2001, p. 214.

107. Sobre el caso del sur del Líbano, véase Mark Bruzonsky: *Middle East International* (16-5-1986); también *Boston Globe* (15-4-1986); David Shipler: *New York Times* (16-4-1986). Véase Associated Press: *Houston Chronicle* (18-5-1986), United Press International: *Houston Chronicle* (21-5-1984), sobre el caso del hombre de negocios de Nuevo México Mike Mansour, encarcelado durante 22 días y, según afirma, torturado y obligado a firmar una confesión, que no reconoce.

108. Robert Tucker: *Commentary* (octubre de 1982).

109. Darío Fernández-Morera: *History of European Ideas*, 6, núm. 4 (1985).

CAPÍTULO 3

1. *Amnistía Internacional, informe para 1985*, Amnistía Internacional, 1985; *Political Killings by Governments*, Informe de Amnistía Internacional, Londres, 1983.

2. William Beecher: *Boston Globe* (15-4-1986).

3. El gobierno estadounidense afirma que desde septiembre de 1980, Nicaragua empezó a enviar armas a los guerrilleros que se movilizaban en gran parte por la guerra terrorista Carter-Duarte contra la población, un simple goteo, aun aceptando que las pruebas documentales sean exactas. Las pruebas del tráfico de armas desde principios de 1981 son prácticamente nulas (cf. *TTT* y el testimonio del analista de la CIA David MacMichael ante el Tribunal Internacional de Justicia; UN A/40/907, S/17639, 19 de noviembre de 1985). Se acepta que suministrar armas a personas que tratan de defenderse de un ataque terrorista respaldado por Estados Unidos es un delito, cuando no la prueba de un intento de conquistar el mundo occidental. El Tribunal falló en junio de 1986 que el suministro de armamento pudo haberse producido «hasta los primeros meses de 1981», si bien otros alegatos «no están sólidamente demostrados», y resolvió que, en materia de ley, tal suministro de armas, aunque se hubiese llevado a cabo, no habría constituido un «ataque armado» que justificara una respuesta estadounidense, como pretendía Washington. Constató que las acciones de Estados Unidos «violaban el principio [de la Carta de las Naciones Unidas] que prohíbe el recurso a amenazas o el uso de la fuerza» en asuntos internacionales, entre otros crímenes. Washington hizo caso omiso del fallo del Tribunal, habiendo declarado ya que no se sometería a su jurisdicción, y reaccionó intensificando el «uso ilegítimo de la fuerza» por el que acababa de ser condenado por el Tribunal, incluidas las primeras órdenes oficiales a sus fuerzas mercenarias de atacar objetivos civiles indefensos. Mientras, respetados defensores del orden mundial coincidieron en que Estados Unidos no debía someterse a la jurisdicción del Tribunal Internacional porque Estados Unidos «todavía necesita la libertad para proteger la libertad», como en Nicaragua (Thomas Franck: *New York Times* [17-7-1986]). El partidario de la Contra Robert Leiken, de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional, «culpó al Tribunal, del que dijo que sufre la «impresión creciente» de mantener estrechos vínculos con la Unión Soviética» (Jonathan Karp: *Washington Post* [28-6-1986]), unos vínculos que surgieron misteriosamente después de que este mismo tribunal fallara a favor de Estados Unidos en el caso de Irán.

4. Editorial: *Washington Post* (*Guardian Weekly*, 22 de febrero de 1981); Alan Riding: *New York Times* (27-9-1981). Para las referencias que no se citan aquí ni más adelante, véase *TTT*.

5. Ambrose Evans-Pritchard: *Spectator* (10-5-1986); una vez cumplida en buena parte la tarea de decapitación, prosigue, las cifras de cadáveres «bajan y los cuerpos son arrojados discretamente por la noche en medio del lago Ilopango y sólo rara vez son arrastrados hasta la orilla para recordar a los bañistas que la represión sigue vigente». Editoriales: *New Republic* (2-4-1984, 7-4-1986). Sobre

atrocidades recientes, véase *Americas Watch: Settling into Routine* (mayo de 1986), donde se informa de que los asesinatos políticos y las desapariciones —un 90 % de ellos a manos de las fuerzas armadas de Duarte— prosiguen a razón de más de cuatro al día, una verdadera mejora en este destacado Estado terrorista, junto con muchas otras atrocidades del gobierno. Retrospectivamente, a veces se admite la realidad, por ejemplo por parte de la Escuela de las Américas, que entrena a oficiales latinoamericanos para misiones como las que cumplieron en El Salvador, y proclama con orgullo que en la década de 1960 «la teología de la liberación [...] fue derrotada con la ayuda del ejército de Estados Unidos». Citado por Adam Isacson y Joy Olson: *Just the Facts*, Latin America Working Group and Center for International Policy, Washington, 1999, p. ix.

6. Chris Krueger y Kjell Enge: *Security and Development Conditions in the Guatemalan Highlands*, Oficina para Latinoamérica en Washington, 1985; Alan Nairn: «The Guatemala Connection», *Progressive* (mayo de 1986); Benjamín Beit-Hallahmi, *The Israeli Connection*, Pantheon, 1987 [versión en castellano: *Israel connection*, Ediciones B, 1988].

7. Herman y Brodhead, *Demonstration Elections*, South End Press, 1984. Los autores definen esta expresión para referirse a las elecciones «convocadas y organizadas por una potencia extranjera fundamentalmente para pacificar una población local inquieta», comentando también varios ejemplos más y demostrando con detalle que no son más absurdos que los comicios celebrados bajo la autoridad soviética. Su expresión «elecciones de exhibición» fue tomada y radicalmente mal empleada con respecto a Nicaragua por Robert Leiken (*New York Review* [5-12-1985]). Véanse la carta de Brodhead y Herman junto con otras de observadores del Parlamento británico (26-6-1986), y la respuesta de Leiken, admitiendo tácitamente la exactitud de su crítica (con evasivas) al tiempo que afirma que diseñaron su concepto «como una forma de atraer la atención hacia el imperialismo occidental desviándola del imperialismo soviético [...], de acuerdo con su aparente creencia de que sólo existe una superpotencia villana»; tal es el reflejo habitual de los defensores del terrorismo de Estado, en este caso exigir la supresión de la dura crítica de Brodhead y Herman de las elecciones en Polonia y mucho más. Véanse Alexander Cockburn (*Nation* [29-12-1985 y 10-5-1986]) y la respuesta de Leiken (*New York Review of Books* [26-6-1986]); también mi introducción a Morley y Petras: *The Reagan Administration*.

8. Consejo sobre Asuntos Hemisféricos, *Washington Report on the Hemisphere* (16-4-1986). Desde la investidura en el cargo del presidente Cerezo hasta el mes de junio, el número de asesinatos se estima en setecientos, un aumento del 10 % con respecto al año anterior; se desconoce cuántos de ellos son políticos o cuáles son las cifras reales (Edward Cody: *Washington Post* [6-7-1986]). Alan Nairn y Jean-Marie Simon calculan los asesinatos políticos en más de sesenta al mes, víctimas de «un sistema eficaz de terrorismo político» dirigido por el ejército guatemalteco utilizando recursos como un «archivo informatizado sobre periodistas, estudiantes, líderes, gente de izquierdas, políticos, etcétera» (*New Republic* [30-6-1986]). «La burocracia de la muerte de Guatemala parece más cómodamen-

te afianzada que en cualquier otro momento desde mediados de la década de 1960», concluyen, señalando que «Cerezo todavía no ha denunciado ni un solo asesinato cometido por el ejército» y que «su ministro del Interior dijo que los asesinatos políticos ya han dejado de ser un problema».

9. John Haiman y Anna Meigs: «Khaddafy: Man and Myth», *Africa Events* (febrero de 1986).

10. Para una amplia selección, véase *TTT*; también las notas 16, 44, y las referencias de la nota 7 del capítulo 2.

11. Michael Ledeen: *National Interest* (primavera de 1986). Véanse la nota 4 y el texto.

12. Editorial: *New York Times* (20-4-1985); *Washington Post* (11-1-1986); Rabin: *Boston Globe* (25-1-1986); *El País* (Madrid) (25-4-1986).

13. E. J. Dionne: «Syria Terror Link Cited by Italian» (25-6-1986); los editores del *Times* saben con certeza que el resto del argumento del gobierno estadounidense que aplaudieron aún no ha sido demostrado.

14. *New York Times* (27-6-1985); *Christian Science Monitor* (25-3-1986). Véase Leslie Cockburn, *Out of Control*, Atlantic Monthly Press, 1987, p. 26. Mercenarios cubanos que combatieron con el ejército apoderado de Estados Unidos que atacaba Nicaragua sostienen que fueron entrenados en una base paramilitar de Florida; Stephen Kinzei: *New York Times* (26-6-1986). Sin embargo, el gobierno de Washington ha detenido a los conspiradores que trataban de derrocar la dictadura de Surinam en Nueva Orleans (calificado por el procurador general estadounidense como «un "punto de partida" para los mercenarios que pretenden involucrarse en Suramérica y Centroamérica»), acusándoles de infringir la Ley de Neutralidad de Estados Unidos (*Christian Science Monitor* [30-7-1986]), como anteriormente había obstaculizado los intentos de derrocar el mortífero régimen de Duvalier en Haití. El jefe de inteligencia de la principal fuerza de la Contra, Horacio Arce, desertó en 1988 a México, donde describió su entrenamiento a cargo de instructores estadounidenses en El Salvador y en una base en Estados Unidos, el tráfico de armas desde Israel, sus contactos con la CIA en Honduras y otros detalles, incluido el objetivo de atacar blancos civiles para minar los programas sociales. Véase la nota 15 del capítulo 5.

15. Bob Woodward y Charles Babcock: *Washington Post* (12-5-1985); véase la nota 28 del capítulo 5.

16. Ihsan Hijazi: *New York Times* (20-4-1986). El lector atento del *Times* encontrará, oculta en una crónica desde Atenas de Henry Kamm (29-5-1986), una denuncia del terrorismo por parte del presidente sirio Assad, concretamente el asesinato de 144 sirios en una «grave acción terrorista», refiriéndose probablemente a los atentados contra autobuses sirios.

17. Philip Shenon: *New York Times* (14-5-1985); Lou Cannon, Bob Woodward y otros: *Washington Post* (28-4-1986).

18. *New Republic* (20-1-1986); Edwin Meese, Associated Press (4-4-1986); véase el capítulo 2.

19. Frank Greve: *Philadelphia Inquirer* (18-5-1986).

20. Donald Neff: *Middle East International* (Londres) (4-4-1986); Paul Johnson: *Sunday Telegraph* (Londres) (1-6-1986). En una conferencia propagandística sobre terrorismo que Israel organizó en Washington (véase la nota 15 del prefacio), Johnson elogió a Israel por tomar «medidas drásticas» para combatir «el cáncer terrorista», como en su invasión del Líbano en 1982: «La verdad es que, teniendo el valor moral y físico para violar una supuesta frontera soberana, y anteponiendo la ley moral a los formulismos de los derechos de Estado, por primera vez Israel fue capaz de llegar hasta el foco del cáncer, detener su desarrollo y hacerlo retroceder rápidamente» (citado por Wolf Blitzer: *Jerusalem Post* [29-6-1984]), lo contrario de la intención de Israel, como se ha comentado en el capítulo 2; pero, dejando de lado la intención, constituye un despliegue realmente impresionante de valor moral y físico, así como una interesante percepción del concepto que tiene Johnson de «ley moral».

21. Edward Haley: *Qaddafi and the United States since 1969*, Praeger, 1984, pp. 271 y ss. Para extensos detalles sobre la obsesión de Reagan por Libia y los planes para asesinar a Gaddafi, véase Seymour Hersh: *New York Times Magazine* (27-2-1987). El importante artículo de Hersh apareció aprovechando la oportunidad que suele ofrecer la publicidad de algún escándalo, en este caso el asunto Irán-Contra, que suscitó una gran atención, pero evitando los aspectos cruciales. Véase el capítulo 4 y, para antecedentes y detalles, Jonathan Marshall, Peter Dale Scott y Jane Hunter: *The Iran-Contra Connection*, South End Press, 1987, y mi libro *Culture of Terrorism*, South End Press, 1988 [versión en castellano: *La cultura del terrorismo*, Editorial Popular, 2002].

22. Larry Speakes (14-4-1986, 19.30 h); *New York Times* (16-4-1986); Associated Press (14-4-1986); *New York Times* (15-4-1986); Anthony Lewis: *New York Times* (17-4-1986); Bernard Weinraub: *New York Times* (15-4-1986); Jeff Sallot: *Globe & Mail* (Toronto) (24-4-1986).

23. Edward Haley: *Qaddafi and the United States since 1969*, Praeger, 1984, pp. 8, 264.

24. *New Statesman* (16-8-1985).

25. Véase FT, p. 210; Edward Haley: *Qaddafi and the United States since 1969*, Praeger, 1984, donde hace un esfuerzo encomiable por tomarse la actuación en serio.

26. «La Agencia Central de Inteligencia, ante la prohibición de suministrar ayuda militar a los rebeldes nicaragüenses, canalizó en secreto varios millones de dólares para proyectos políticos durante los últimos años, según afirman funcionarios del gobierno estadounidense», permitiendo además que «la CIA mantuviera una gran influencia sobre el movimiento rebelde, a pesar de que desde octubre de 1984 hasta septiembre de 1985 existió una prohibición del Congreso que impedía a la agencia gastar dinero «que tuviese el efecto de apoyar, directa o indirectamente, operaciones militares o paramilitares en Nicaragua», dijeron los funcionarios». Un objetivo de lo que funcionarios estadounidenses calificaron de «un programa muy importante» consistía en «crear la impresión de que [los contras] son una entidad política real entre nuestros aliados en Europa». El miembro del

Congreso Sam Gejdenson declaró: «Sospechábamos que en realidad la CIA no se había retirado de la escena, pero el alcance de la implicación directa de la agencia en la guerra de la Contra puede asombrar hasta al observador más hastiado.» Los documentos de la UNO (Unión Nacional Opositoria, Contra) conseguidos por Associated Press «demuestran la cantidad de dinero político de la UNO destinado a organizaciones militares aliadas con el grupo paraguas» instaurado por Estados Unidos, mientras que algunos de los fondos se destinaron a pagar a oficiales de Honduras y Costa Rica «para permitir que los rebeldes actuaran en estos países». La mayor parte del dinero se canalizó a través de un banco de las Bahamas con central en Londres. Associated Press (14-4-1986); *Boston Globe* (14-4-1986). En ese momento estas revelaciones pasaron sin suscitar comentarios. Posteriormente, el *Miami Herald* publicó que de los 27 millones de dólares concedidos por el Congreso para «ayuda humanitaria», más de dos millones fueron utilizados para pagar a oficiales hondureños «para que hicieran la vista gorda a las actividades ilegales de la Contra en territorio hondureño» (editorial: *Boston Globe* [13-5-1986]), junto con numerosas pruebas de corrupción que recibieron una limitada atención.

27. Hersh: *New York Times Magazine* (27-2-1987).

28. Associated Press (27-3-1986), citando *El País* (Madrid).

29. R. C. Longworth: *Chicago Tribune* (30-3-1986).

30. Richard Higgins: *Boston Globe* (25-3-1986).

31. Fred Kaplan: *Boston Globe* (26-3-1986).

32. *Sunday Times* (Londres) (6-4-1986).

33. Alexander Cockburn: *Wall Street Journal* (17-4-1986); también *Nation* (26-4-1986). Joseph Lelyveld: *New York Times* (18-4-1986).

34. Otro soldado negro murió varios meses después.

35. *New York Times* (16-4-1986).

36. *New York Times* (18-4-1986); la crónica del *Times* afirma que a las 19.00 aviones F-111 bombardearon objetivos militares «cerca de Bengasi» y «cerca de Trípoli», y que a las 19.06 atacaron «el aeropuerto militar de Trípoli, el último objetivo». Como ya se había informado, los F-111 bombardearon un barrio residencial de Trípoli.

37. Associated Press (14-4-1986).

38. James Markham: *New York Times* (25-4-1986).

39. *Der Spiegel* (21-4-1986); en la primera página aparece la frase «Terror contra terror», un conocido eslogan de la Gestapo, supuestamente no elegida por casualidad. Véase también el artículo de Norman Birnbaum sobre la misma cuestión.

40. Texto de la entrevista facilitado por un periodista americano de *Stars and Stripes* en Alemania. Véase también Seymour Hersh: *New York Times* (27-2-1987).

41. Véase, por ejemplo, James Markham: *New York Times* (31-5-1986), citando a un «investigador de la policía de Berlín Oeste» quien «dijo que creía que la embajada libia en Berlín Este «concibió» el ataque» —muy lejos de las «certe-

zas» aseveradas anteriormente— y cita a Manfred Ganschow, pero no cuando afirma la inexistencia de prueba alguna; o Robert Suro: *New York Times* (3-7-1986), sobre la posible implicación de Siria y los terroristas anti-Arafat de Abú Nidal en el atentado de la discoteca, aludiendo a «pruebas que supuestamente [la cursiva es mía] demostraban» la participación libia; o Bernard Weinraub: *New York Times* (9-6-1986), refiriéndose a la posible implicación siria y a lo que funcionarios de la Administración «dijeron» saber sobre interceptaciones libias. Durante los años siguientes se insistió en una conexión siria, atribuida a funcionarios, tribunales y servicios de espionaje estadounidenses y alemanes, indicando de nuevo que no había una base firme para las afirmaciones iniciales. Véase, entre otros, Robert McCartney: *Washington Post* (11, 12-1-1988). Véase también Seymour Hersh: *New York Times* (27-2-1987), sobre los desmentidos de las afirmaciones de Washington por parte de Ganschow y funcionarios alemanes, y sobre el reconocimiento interno de que las pruebas eran, en el mejor de los casos, poco sólidas. En años posteriores, se involucró a Libia. Evidentemente, sean cuales fueren las afirmaciones o descubrimientos subsiguientes, no tienen relación con nada de lo que se habla aquí.

42. Shaul Bakhash: *New York Review of Books* (14-8-1986).

43. *Christian Science Monitor* (22-4-1986); véase la nota 3 del capítulo 1.

44. *Toronto Globe & Mail*, editoriales, (5, 18, 28-3-1986), refiriéndose explícitamente a Nicaragua.

45. Véanse Associated Press: *International Herald Tribune* (6-5-1986) para una discusión extensa; *New York Times* (6-5-1986), una mención más breve, y el texto de la declaración contra el terrorismo.

46. Associated Press (14-4-1986); encuesta sobre la reacción de la prensa mundial, Associated Press (15-4-1986); encuesta sobre la reacción editorial en Estados Unidos (16-4-1986); editorial: *New York Times* (15-4-1986); Peres: *New York Times* (16-4-1986).

47. Tras el bombardeo de Libia, hubo numerosas alusiones a la expedición de castigo de Jefferson contra los piratas de Berbería; al parecer nadie ha retrocedido unos pasos en la historia para describir los tiempos en que «Nueva York se había convertido en un mercado de ladrones donde los piratas se deshacían del botín conseguido en alta mar», cuando la piratería enriqueció las colonias americanas, como antes a las británicas (Nathan Miller: *The Founding Finaglers*, David McKay, 1976, pp. 25-26). La piratería no fue precisamente una invención norteamericana.

48. Associated Press (21-4-1986); *New York Times* (20-4-1986); encuesta sobre reacciones religiosas, Associated Press (17-4-1986); Associated Press (19-4-1986) informando de una rueda de prensa a cargo de catorce grupos religiosos y comunitarios en Seattle que condenó el bombardeo en contraste con el apoyo al mismo expresado por el Consejo de Rabinos de Washington Oeste; Nye: *Boston Globe* (16-4-1986); Rostow: *New York Times* (27-4-1986).

49. Glass: *Spectator* (Londres) (3-5-1986); Cockburn: *In These Times* (23-7-1986).

50. *Dissent* (verano de 1986). Observando sobre el terreno, Ramsey Clark concluyó a partir de las pautas del bombardeo que la zona residencial donde se registró el mayor número de víctimas civiles parece haber sido un objetivo específico; *Nation* (5-7-1986). Es evidente que esta cuestión no tiene nada que ver con el asunto del terrorismo (Clark no insinúa lo contrario).

51. *New Republic* (6-9-1982); para otras muestras de su interpretación de la violencia de Estado según quiénes sean sus autores, véanse los capítulos 1 y 2, y FT.

52. *Washington Post*, edición semanal (4-8-1986).

53. Ignatius: *Washington Post Weekly* (28-7-1986).

54. *Christian Science Monitor* (25-6-1986, 16-7-1986).

55. *The Economist* (26-7-1986); *Christian Science Monitor* (24-7-1986).

56. Conviene tomar estas cifras con pinzas, dadas las consideraciones ideológicas que intervienen al calificar una acción de «terrorista». Así, hubo un tiempo en que los atentados contra clínicas donde se practicaban abortos fueron excluidos de la categoría de «terrorismo», y puede que todavía sea así. Según el columnista Cal Thomas, de la Mayoría Moral, hubo 300 atentados «contra centros en los que se practican abortos» desde 1982 hasta finales de 1984, de los que opina que «probablemente no son una buena idea [...] táctica y políticamente», aunque por lo visto son correctos desde un punto de vista moral; *Boston Globe* (30-11-1984).

57. Associated Press: *Globe & Mail* (Toronto) (4-7-1986); Stephen Engelberg: «Official Says F.B.I. Has Suspects in Bombs Laid to Extremist Jews», *New York Times* (17-7-1986); Peyman Pejman: *Washington Post* (5, 17-7-1986).

58. Véanse la nota 18 y el capítulo 2. Hay que recordar que los antecedentes del terrorismo sionista contra civiles se remonta a muchos años atrás, mucho antes de la fundación del Estado de Israel; véase FT, pp. 164 y ss.

59. 7-6-1982.

60. *Business Week* (10-8-1981). Edward Haley: *Qaddafi and the United States since 1969*, Praeger, 1984, p. 98.

CAPÍTULO 4

1. Véanse las notas de la introducción.

2. Incluidos también libros y documentos técnicos sobre lingüística, debido a los pecados que tanto ofenden a Abrams, aunque con objetivos distintos.

3. Sobre los hechos tal como se filtraron en Inglaterra, véase Alexander Cockburn: *Nation* (22-11-1986). Algunos de los implicados afirman que no se oponían al contenido del artículo, sino simplemente a lo impropio de autorizar una discusión sobre «control de pensamiento» en una sociedad que «es excepcional, cuando no única, en cuanto la ausencia de restricciones para la libertad de expresión» (mis primeras palabras). Esta afirmación es claramente insostenible, aun cuando se acepte el singular principio que oculta. La revista ha publicado artículos de esta natura-

leza sin suscitar una reacción histérica, amenazas de anular suscripciones, cartas del Departamento de Estado, etcétera; véase, por ejemplo, Carole y Paul Bass: «Censorship American-style», *Index on Censorship*, 3, núm. 85, que trata de cómo los artículos controvertidos quedan eliminados por «las tendencias del mercado y por los editores sin carácter». La diferencia es que, en el caso que nos ocupa, el artículo versaba sobre el trato mediático a Estados que deben ser idolatrados, no analizados críticamente según unos criterios que en cambio sí se aplican a otros.

4. «America and the World 1983», *Foreign Affairs* (invierno de 1983). En años posteriores, las tendencias que Watts describió se convirtieron en motivo de preocupación para la elite también en Estados Unidos. El destacado analista político Samuel Huntington advirtió que para buena parte del mundo —la mayor parte, insinúa— Estados Unidos se está «erigiendo en la superpotencia canalla», y que la consideran «la única gran amenaza exterior para sus sociedades». La versión «realista» predominante de la teoría de las relaciones internacionales advierte que pueden surgir coaliciones para compensar esta superpotencia canalla, de modo que se debería reconsiderar la postura, sostiene Huntington, sobre fundamentos pragmáticos. Escribía antes del bombardeo de Serbia por parte de Estados Unidos y el Reino Unido, lo cual suscitó un gran temor e inquietud en buena parte del mundo. Hablando más tarde sobre el unilateralismo de las administraciones de Clinton y George W. Bush, otro distinguido científico político, Robert Jervis (presidente de la Asociación Americana de Ciencias Políticas), reiteró la conclusión de Huntington, escribiendo que «de hecho, a los ojos de buena parte del mundo, el principal Estado canalla en la actualidad es Estados Unidos», *Foreign Affairs* (marzo-abril de 1999, julio-agosto de 2001).

5. *Boston Globe* (28-10-1986, 4-11-1986). Robert C. Johansen: «The Reagan Administration and the U.N.: The Costs of Unilateralism», *World Policy Journal* (otoño de 1986).

6. Richard Bernstein: «The UN versus the United States», *New York Times Magazine* (22-1-1984). No «Estados Unidos contra la ONU», según los supuestos que da por sentados.

7. Michael White: *Guardian Weekly* (9-11-1986). Esto no constituye ninguna prueba de que el mundo esté siendo «finlandizado» o «tomado por los comunistas», como se imagina la derecha estadounidense; la misma encuesta revela que la población europea es muy crítica con la Unión Soviética, por supuesto.

8. Véase la nota 45 del capítulo 3.

9. Jeffrey Smith: *Washington Post* (9-11-1986).

10. El plan fue puesto en marcha aparentemente por una orden secreta de la Seguridad Nacional del 14 de enero de 1983 (*Management of Public Diplomacy Relative to National Security*, 77). Alfonso Chardy: «Secrets Leaked to Harm Nicaragua, Sources Say», *Miami Herald* (13-10-1986).

11. *Newsweek* (3-8-1981). Sobre el programa de desinformación referente a Libia, véase el capítulo 3. Sobre otros programas de desinformación y cooperación de los medios de comunicación, véase mi libro *TTT*; Edward S. Herman y Frank Brodhead: *The Bulgarian Connection*, Sheridan Square, 1986.

12. Alfonso Chardy, Knight-Ridder Service: *Boston Globe* (28-10-1986).

13. Robert Reinhold: «Ex-General Hints at Big Role as U.S. Champion of Contras», *New York Times* (14-10-1986). Chris Horrie: *New Statesman* (31-10-1986), donde informa sobre la conferencia anual de la Liga Anticomunista Mundial, destacando la importancia de la Renamo (los guerrilleros con respaldo sudafricano que aterrorizaban Mozambique) y sus íntimas relaciones con Singlaub, y probablemente con la Administración estadounidense. Scott Anderson y John Lee Anderson: *Inside the League*, Dodd, Mead & Co., 1986; sólo la Liga Antidifamación y el gobierno de Estados Unidos ocultaron documentación y se negaron a cooperar con su investigación, según dicen. Véase mi libro *NI*, para obtener más información sobre las relaciones entre Reagan y Bush (número 1) con elementos neonazis y afines, que son sólo culpables de un antisemitismo «anticuado y anémico» en comparación con el verdadero antisemitismo de quienes apoyan el consenso internacional sobre un acuerdo de dos Estados (*New Republic*).

14. Sobre estas cuestiones, véanse *TTT* y las fuentes citadas. Véase Michael McClintock: *Instruments of Statecraft*, Pantheon, 1992, sobre la confianza de Estados Unidos en los manuales nazis al elaborar documentos de contrainsurgencia de posguerra, con la ayuda de generales de la Wehrmacht. También Jeffrey Burds: «The Early Cold War in Soviet West Ukraine, 1944-1948», *The Carl Beck Papers* (Center for Russian and East European Studies, Universidad de Pittsburgh), 1.505 (enero de 2001), sobre el apoyo occidental a los ejércitos partisanos de Hitler durante la guerra, en un intento de retrasar la derrota de los nazis a manos de la Unión Soviética.

15. Sobre los altibajos de la preocupación por los derechos humanos con respecto a Irán, en relación con el servicio de Irán a los intereses estadounidenses o el desafío a los mismos, véase Mansour Farhang y William Dorman: *The U.S. Press and Iran*, Universidad de California, 1987; y para más comentarios, *NI*, capítulo 5 y apéndices 5.2-3.

16. Sobre estas cuestiones, véase *FT*, pp. 457 y ss.

17. Michael Widlanski: «The Israel/U.S.-Iran Connection», Tel-Aviv, *Austin American Statesman* (2-5-1986).

18. Véase William C. Rempel y Dan Fisher: «Arms Sales Case Putting Focus on Israel's Policies», *Los Angeles Times* (5-5-1986), donde señalan que «investigadores americanos veteranos» afirman que «Israel ha sido considerada durante mucho tiempo como un conducto para las ventas secretas de armamento», y que «existen pocas dudas de que el flujo de armas israelíes a Irán, por lo menos, ha continuado» durante los últimos cinco años, citando una estimación alemana de 500.000 millones de dólares en material militar. Douglas Frantz: «Israel Tied to Iranian Arms Plot», *Chicago Tribune* (24-4-1986); Reuven Padjatsur: *ha-Arets* (28-4-1986). Una gran cantidad de material de este tipo ha sido puesto en circulación por Jane Hunter, directora de la excelente revista *Israeli Foreign Affairs*.

19. Leslie H. Gelb: «Iran Said to Get Large-Scale Arms from Israel, Soviet and Europeans», *New York Times* (8-3-1982).

20. Patrick Seale: «Arms Dealers Cash in on Iran's Despair», *Observer* (Londres) (4-5-1986).

21. Miles Wolpin: *Military Aid and Counterrevolution in the Third World*, Lexington Books, 1972, pp. 8 y 128, donde cita las comparecencias en el Congreso; sobre Brasil, *New York Times* (1-11-1970). Para obtener más datos sobre la eufórica reacción del público a la matanza indonesia, y los antecedentes, véase mi libro *Year 501*, South End Press, 1993 [versión en castellano: *Año 501: la conquista continúa*, Libertarias-Prodhufi, 1993]; y sobre 1958, Audrey y George Kahin: *Subversion as Foreign Policy*, New Press, 1995.

22. Para más comentarios, véanse TNCW; Laird, citado por Thomas Ferguson y Joel Rogers: *Right Turn*, Hill & Wang, 1986, p. 97, una importante discusión sobre factores en asuntos nacionales.

23. Para más sobre estas cuestiones, véanse TNCW, FT, y las referencias de la nota 6 del capítulo 3.

24. Véase el capítulo 1.

25. Véanse mis libros citados anteriormente; también Allan Nairn: *Progressive* (mayo, septiembre de 1986).

26. Edward Haley: *Qaddafi and the United States since 1969*, Praeger, 1984, p. 31.

27. Véase el capítulo 3.

CAPÍTULO 5

1. Entre otras fuentes, véanse Edward S. Herman: *The Real Terror Network*, South End Press, 1982; Herman y Frank Brodhead: *The Rise and Fall of the Bulgarian Connection*, Sheridan Square Publications, 1986; Alexander George: «The Discipline of Terrorology», en George (ed.): *Western State Terrorism*, Polity/Blackwell, 1991. También la discusión acerca de la obra de Walter Laqueur: *The Age of Terrorism*, Little, Brown and Co., 1987, en mi libro *NI*, pp. 278 y ss; véase esta obra para las referencias no citadas aquí.

2. «States, Terrorism and State Terrorism», en Robert Slater y Michael Stohl: *Current Perspectives on International Terrorism*, Macmillan, 1988. Stohl concluye que: «En lo que respecta a diplomacia coactiva terrorista, Estados Unidos [...] ha sido mucho más activo en el tercer mundo que la Unión Soviética.» Otros estudios siguen una pauta similar. En un análisis de los conflictos militares desde la Segunda Guerra Mundial, Ruth Sivard comprueba que un 95 % de ellos se han producido en el tercer mundo, las más de las veces con la participación de fuerzas extranjeras, siendo las «potencias occidentales responsables de un 79 % de las intervenciones, comunistas en un 6 %»; *World Military and Social Expenditures 1981*, World Priorities, 1981, p. 8 (edición en castellano: *Gastos militares y sociales en el mundo*, Ediciones del Serbal, 1986).

3. United States Code Congressional and Administrative News, 98th Congress, Second Session, 1984, 19 de octubre, volumen 2; párr. 3.077, 98 STAT. 2707, West Publishing Co., St. Paul (Minnesota).

4. *US Army Operational Concept for Terrorism Counteraction* (folleto de

TRADOC, núms. 525-537, 1984); Robert Kupperman Associates: *Low Intensity Conflict* (30-7-1983). Ambos citados en Michael Klare y Peter Kornbluh (eds.): *Low Intensity Warfare*, Pantheon, 1988, pp. 69, 147. La cita textual de Kupperman alude expresamente a «la amenaza de la fuerza»; su utilización es también claramente intencionada.

5. *Jerusalem Post* (4-8-1988). Véase también Mark Heller, p. 36.

6. General John Galvin, comandante del Comando Sur (SOUTHCOM); Fred Kaplan: *Boston Globe* (20-5-1987). Kinsley: *Wall Street Journal* (26-5-1987). Véase la nota 15. Para más detalles, véase *Culture of Terrorism*, pp. 43, 77 [versión en castellano: *La cultura del terrorismo*, Editorial Popular, 2002].

7. Para detalles sobre la eficaz tarea de demolición, véanse *Culture of Terrorism* y *NI*. Sobre la destrucción inmediata de los acuerdos de Esquipulas IV de febrero de 1989 por la Casa Blanca y las palomas del Congreso con la cooperación de los medios de comunicación, véase mi artículo en *Z Magazine* (mayo de 1989), reeditado en mi libro *Detering Democracy*, Verso, 1991, y edición ampliada en Hill & Wang, 1992.

8. Richard Boudreaux y Marjorie Miller: *Los Angeles Times* (5-10-1988); Associated Press (21-11-1987); Witness for Peace: *Civilian Victims of the U.S. Contra War* (febrero-julio de 1987), p. 5. «The Civilian Toll 1986-1987», *Americas Watch* (30-8-1987); petición de Americas Watch al representante de Comercio de Estados Unidos, 29-5-1987.

9. *Boston Globe* (9-11-1984), citando también comentarios de la paloma demócrata Christopher Dodd.

10. Una investigación del liberal *Boston Globe*, quizá el menos opuesto a los sandinistas entre los principales periódicos de Estados Unidos, reveló una referencia editorial al hecho de que Nicaragua necesita fuerza aérea «para repeler los ataques de la Contra dirigida por la CIA, y para detener o disuadir los vuelos de suministro» (9-12-1986).

11. Citado por Stohl: *Current Perspectives on International Terrorism*. Por desgracia, no era ésa la norma en los tribunales, ni lo es en la actualidad.

12. Kirkpatrick: *Commentary* (enero de 1981); Kristol: *Wall Street Journal* (11-4-1986, 13-12-1973).

13. Véase *NI*, p. 60.

14. Julia Preston: *Boston Globe* (9-2-1986); MacMichael, véase *Culture of Terrorism*; Doyle McManus: *Los Angeles Times* (28-5-1988); Vaky, véase *NI*.

15. *Ibidem*, pp. 204-205. Cuando las tácticas dieron por fin resultado, fueron descritas con gran franqueza en la prensa de la corriente mayoritaria, y alabadas como un «Triunfo del juego limpio de Estados Unidos» que deja a los americanos «Unidos en el júbilo» (titulares del *New York Times*), demostrando que «vivimos en una época romántica» (Anthony Lewis). Para citas y antecedentes, véase *Detering Democracy*, capítulo 10.

16. Para documentación sobre estas cuestiones, véase *NI*.

17. *Torture in Latin America*, LADOC (Latin American Documentation), Lima, 1987, el informe del Primer Seminario Internacional sobre Tortura en Lati-

noamérica (Buenos Aires, diciembre de 1985), dedicado al «sistema represivo» que «tiene a su disposición conocimiento y una tecnología multinacional de terror, fabricada en centros especializados cuyo objetivo es perfeccionar métodos de explotación, opresión y dependencia de individuos y pueblos enteros» mediante el uso del «terrorismo de Estado inspirado por la Doctrina de Seguridad Nacional». Los orígenes de esta doctrina se remontan a la decisión histórica de la Administración Kennedy de cambiar la misión del ejército latinoamericano a la «seguridad interna», con consecuencias trascendentales.

18. Raymond Garthoff: *Reflections on the Cuban Missile Crisis*, Brookings Institution, 1987, p. 17.

19. *Ibidem*, pp. 16 y ss., 78 y ss., 89 y ss., 98. Véanse las referencias de la nota 1. También Bradley Earl Ayers: *The War that Never Was*, Bobbs-Merrill, 1976; Warren Hinckle y William Turner: *The Fish is Red*, Harper & Row, 1981; William Blum: *The CIA*, Zed, 1986; Morris Morley: *Imperial State and Revolution*, Cambridge, 1987; Taylor Branch y George Crile: «The Kennedy Vendetta: Our Secret War on Cuba», *Harper's* (agosto de 1975).

20. Véanse *TNCW*, pp. 48-49; *Culture of Terrorism*, p. 40; Stohl: *Current Perspectives on International Terrorism*.

21. *Jerusalem Post* (16-8-1981); véase *FT*, capítulo 5, secciones 1, 3.4, para más citas, antecedentes y descripción. Véase el capítulo 2, nota 92.

22. Glass: *Index on Censorship* (Londres) (enero de 1989).

23. Véanse *FT*, pp. 184 y ss., y las fuentes citadas.

24. Ehud Ya'ari: *Egipto y los fedayin* (en hebreo), Guivat Haviva, 1975, pp. 27 y ss.; un valioso estudio basado en documentos egipcios y jordanos capturados. Al mismo tiempo, Salá Mustafá, agregado militar egipcio en Jordania, resultó gravemente herido por un paquete-bomba enviado desde Jerusalén Este, presuntamente desde la misma fuente; *ibíd.*

25. El historiador militar israelí Uri Milshtein, en *ha-Dashot*, 31 de diciembre de 1987, refiriéndose al libro de Eliav *ha-Mevukash*, de 1983.

26. Véase el capítulo 2. *ha-Arets* (5-4-1989).

27. Véase la nota 14 del capítulo 3.

28. Boustany: *Washington Post Weekly* (14-3-1988); Woodward: *Veil*, Simon & Schuster, 1987, pp. 396 y ss. [versión en castellano: *Veil. Las guerras secretas de la CIA 1981-1987*, Ediciones B, 1987].

29. Sobre las operaciones Puño de Hierro y el bombardeo de Túnez, véase el capítulo 2.

30. Véase el capítulo 3.

31. Véanse Edward Herman: *The Terrorism Industry*, Pantheon, 1990; Herman y Gerry O'Sullivan, «"Terrorism" as Ideology and Cultural Industry», George (ed.): *Western State Terrorism*.

32. Lawrence Harke: *University of Miami Law Review*, vol. 43, 1989, pp. 667 y ss.

33. Bernadotte, véase la nota 80 del capítulo 2. Shamir: «Terror», *Hazit* (agosto de 1943); fragmentos reeditados en *al-Hamishmar* (24-12-1987). Berlín:

Personal Impressions, Viking, 1981, p. 50 [versión en castellano: *Impresiones personales*, Fondo de Cultura Económica de España, 1992].

34. Véanse *FT*, pp. 164-165n.; Gafi Amir: *Yediot Ajronot* (suplemento) (14-8-1988). De Haan, véase *TNCW*, pp. 461-462.

35. Yisrael Shahak: «Distortion of the Holocaust», *Kol Hair* (19-5-1989). Enbal: *Yediot Ajronot* (3-8-1990). Véase ahora Zuckerman: *A Surplus of Memory*, Universidad de California, traducción al inglés del original en hebreo de 1990.

36. Resolución 42/159 de la Asamblea General de la ONU (7 de diciembre de 1987), sin eco aparente en Estados Unidos. El texto figura como el apéndice III de *State Terrorism at Sea*, documento de EAFORD núm. 44, Chicago, 1988.

37. Véase la nota 85 del capítulo 2.

38. Para los detalles, véase *NI*. También mis artículos en *Z Magazine* (marzo, septiembre de 1989), con fragmentos reproducidos en la versión actualizada de 1999 de *FT*.

39. Enfatizado en el *Jerusalem Post*. Véanse las referencias de la nota anterior. La no aceptación de una conferencia internacional no controlada por Washington se deriva de su oposición a un acuerdo político acorde con el consenso internacional casi universal.

40. Véase el capítulo 2.

41. Véase la nota 29 del capítulo 2. *New York Times* (28-11-1988).

42. Véase el capítulo 2.

43. *New York Times* (30-9-1986).

CAPÍTULO 6

1. Charles Tilly: *Coercion, Capital, and European States*, Blackwell, 1990 [versión en castellano: *Coerción, capital y los Estados europeos: 990-1990*, Alianza Editorial, 1992].

2. Maureen Dowd: *New York Times* (23-2-1991).

3. Ocho meses después, el FBI sólo puede decir que «los investigadores creen que la idea de los ataques del 11 de septiembre contra el World Trade Center y el Pentágono surgió de líderes de al-Qaeda en Afganistán», si bien la conspiración y financiación, según creen, llevan a Alemania y los Emiratos Árabes Unidos. «"Creemos que los cerebros de esto se hallaban en Afganistán, en los puestos altos del liderazgo de al-Qaeda"», declaró el director del FBI, Robert Mueller, en algunos de «sus comentarios públicos más detallados sobre los orígenes de los atentados» del 11 de septiembre. Walter Pincus: *Washington Post* (6-6-2002). Si la fuente sólo se supone al cabo de ocho meses, no pudo conocerse por entonces. El 5 de octubre, el Reino Unido había revelado lo que aseguraba que era la prueba definitiva, que no dejaba «duda alguna» sobre la culpabilidad de Bin Laden y los talibán, según anunció el primer ministro Blair. La prueba en cuestión era muy poco concluyente, atendiendo a la verosimilitud del caso y la intensidad de la investigación. La prensa más seria la acogió con desdén. El *Wall Street Journal* defi-

nió los documentos «más como un pliego de cargos que como una prueba detallada» (Mark Champion: *Wall Street Journal* [5-12-2001], p. 12). Pero un artículo que lo acompaña señala que esto da lo mismo, citando a un alto funcionario estadounidense que aclara: «El caso criminal es irrelevante. El plan consiste en aniquilar a Bin Laden y su organización»; y a quienquiera que se interponga en el camino. Resulta de cierto interés que, según las normas de la cultura intelectual, nada de esto guarde relación alguna con la perfecta justicia de las acciones emprendidas.

4. Ricardo Stevens: *Report on the Americas*, NACLA, (noviembre-diciembre de 2001). Comenta «lo mucho que estas víctimas se parecen a los niños y niñas, a los que no pudieron nacer aquel 20 de diciembre [de 1989] que ellos nos impusieron en El Chorrillo; lo mucho que se parecen a las madres, los abuelos y las ancianas abuelitas, todas ellos también muertes inocentes y anónimas, cuyo terror fue llamado Causa Justa y el terrorista recibió el nombre de liberador». El barrio de El Chorrillo «se llevó la peor parte» de la invasión estadounidense, según comentan los editores, agregando que «la cifra de víctimas civiles ocasionadas por la breve invasión estadounidense es desconocida; pero cálculos creíbles llegan hasta varios miles».

5. Andy Thomas: *Effects of Chemical Warfare: A Selective Review and Bibliography of British State Papers*, Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), Taylor & Francis, 1985, capítulo 2. Los objetivos iban a ser «tribus incivilizadas» (afganos), pero también rusos, durante la invasión de 1919, considerada muy efectiva por el alto mando militar. Véanse *TTT*, p. 126; *Detering Democracy*, pp. 181 y ss. Véase también Thomas Whiteside: *New Yorker* (11-2-1991). También Robin Young: *The Times* (Londres) (3-1-1997), definiéndolos como «documentos recién publicados». Sin embargo, no es probable que se conozcan las consecuencias del consejo de Churchill. En 1992, el primer ministro John Major anunció una iniciativa «pública del gobierno». Su primera acción consistió en retirar documentos sobre estas cuestiones del archivo nacional británico. George Robertson: *Freedom, the individual, and the Law*, Penguin, 1993⁷, p. 198.

6. *New Republic*, 2 (1984); 5 de noviembre de 2001.

7. Alexis de Tocqueville: *Democracy in America*, Everyman's Library, 1994, vol. I, p. 355 [versión en castellano: *La democracia en América*, Orbis, 1985].

8. Christina Lamb: *Daily Telegraph* (Londres) (9-12-2001). Doug McKinlay: *Guardian* (3-1-2002); Kim Sengupta: *Independent* (4-1-2002).

9. Elisabeth Bumiller y Elizabeth Becker: *New York Times* (17-10-2001). En marzo de 2002, el Programa Mundial de Alimentos informó de que el número de personas que necesitaban ayuda en forma de alimentos había aumentado hasta nueve millones. Barbara Crossette: *New York Times* (26-3-2002); Ahmed Rashid: *Wall Street Journal* (26-6-2002).

10. John Burns: *New York Times* (16-9-2001).

11. Samina Amin: *International Security*, 26, núm. 3 (invierno de 2001-2002). «UN Food Agency Warns of Mass Starvation in Afghanistan», AFP (28-9-2001); Edith Lederer: «U.S. Bombing Disrupting Planting which Provides 80 percent of

Annual Grain Harvest», Associated Press (18-10-2001). Ocho meses después, el Programa Mundial de Alimentos informó de que las «reservas de trigo se han agotado, y no hay fondos para reponerlas»; Rashid: *Wall Street Journal*. El día de la reunión del American Friend Services Committee, en la que se dio esta charla, las agencias internacionales de alimentación se reunían en Viena para evaluar la situación al final de la guerra, llegando a la conclusión de que más de un millón de personas están «fuera de su alcance» debido a los trastornos de la guerra y «están destinadas a morir de hambre y enfermedad» (Imre Karacs: *Independent on Sunday* [9-12-2001]).

12. Tania Branigan: *Guardian* (30-10-2001). Howard: *Foreign Affairs* (enero-febrero de 2002). Carla del Ponte, fiscal de la ONU para crímenes de guerra, insistió en que un tribunal internacional sería el mejor instrumento para procesar a Ossama bin Laden (Associated Press: *Boston Globe* [20-12-2001]).

13. Cuando empezó el bombardeo, Bush advirtió a los afganos que serían bombardeados hasta que las autoridades entregasen a Bin Laden y sus colaboradores. Varias semanas después, el jefe del Gabinete de Defensa británico, el almirante sir Michael Boyce, anunció que el bombardeo continuaría «hasta que el pueblo comprenda que esto va a seguir hasta que cambien de líderes», aparentemente la primera declaración de los nuevos objetivos de la guerra. Patrick Tyler y Elisabeth Bumiller (12-10-2001), citando a Bush; Michael Gordon: *New York Times* (28-10-2001), citando a Boyce.

14. Barry Bearak: *New York Times* (25-10-2001); John Thornhill y Farhan Bokhari, *Financial Times* (25, 26-10-2001); John Burns: *New York Times* (26-10-2001); Indira Laskhmanan: *Boston Globe* (25, 26-10-2001).

15. Anatol Lieven: *Guardian* (2-11-2001).

16. Colin Nickerson e Indira Lakshmanan: *Boston Globe* (27-9-2001).

17. *News* (Islamabad) (27-11-2001); *Times of India* (26-11-2001).

18. Boucher: *Mideast Mirror* (Londres) (15-3-1991). Para más sobre el tema, véase mi ensayo en Cynthia Peters (ed.): *Collateral Damage*, South End Press, 1992, y el epílogo de *Detering Democracy* (1992, edición ampliada).

19. Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (Casa Blanca, marzo de 1990). Para extractos, véase *Detering Democracy*, capítulo 1.

20. En la cumbre del G-15 celebrada en Jamaica, febrero de 1999, una importante reunión obviada en Estados Unidos; Dina Izzat: *al-Ahram Weekly* (11-17-2-1999). Véase mi libro *New Military Humanism*, Common Courage, 1999, capítulo 6.

21. Citado por Thomas Fox: *Iraq*, Sheed & Ward, 1991, p. ix; véase mi artículo en Peters (ed.): *Collateral Damage*, para éste y muchos otros ejemplos.

22. *New Military Humanism*. Para más sobre los objetivos oficiales de guerra, y un análisis de los ricos antecedentes documentales de fuentes oficiales occidentales, véase también mi libro *A New Generation Draws the Line*, Verso, 2000 [versión en castellano: *Una nueva generación dicta las reglas*, Crítica, 2002].

23. Christopher Hellman: *Defense Monitor* (Washington) (agosto de 2001). Para una discusión más extensa y fuentes sobre lo que sigue, véase mi ponencia

CAPÍTULO 7

1. Graham Usher: «The al-Aqsa Intifada», *Middle East International* (13-10-2000).
2. John Dugard (Sudáfrica), Kamal Hossain (Bangladesh) y Richard Falk (Estados Unidos): *Question of the Violation of Human Rights in the Occupied Arab Territories, including Palestine*, Consejo Económico y Social de la ONU, Comisión sobre Derechos Humanos, E/CN.4/2001/121, 16 de marzo de 2001. Israel se negó a cooperar, pero se consultaron diversas fuentes israelíes. Para algunos informes tempranos sobre la Intifada de al-Aqsa, véase Human Rights Watch: *Israel, the Occupied West Bank and Gaza Strip, and the Palestinian Authority Territories*, vol. 1.3 (E) (octubre de 2000); Amnistía Internacional: «Israel and the Occupied Territories: Excessive Use of Lethal Force» (19-10-2000). Véase Adam Leigh: «Human Rights Groups Condemn the Use of "Excessive and Deadly Force"», *Independent* (Londres) (18-10-2000).
3. Véanse muchos otros ejemplos en *FT* (especialmente el capítulo 4, sección 5); *WOON*, epílogo. También las notas introductorias.
4. Human Rights Watch: *Center of the Storm*, 11 de abril de 2001. Daniel Williams: *Washington Post* (16-4-2001). Para ejemplos anteriores en Hebrón, véanse las referencias de la nota anterior. Incluso mi breve experiencia personal es sobrecogedora.
5. Human Rights Watch: *Center of the Storm*. En un testimonio presencial desde Netzarim, la destacada periodista israelí Amira Hass describe la imposibilidad de informar de los disparos desde el asentamiento y el fuego de ametralladora de las FDI desde «torres de vigilancia lejanas [...] contra miles de manifestantes desarmados» para impedirles acercarse a posiciones fortificadas en las que los soldados no corrían ningún peligro. Hass: «Media Omissions, Army Lies», *Le Monde Diplomatique* (noviembre de 2000).
6. Human Rights Watch: *Center of the Storm. Report on Israeli Settlement* (Washington D.C.), noviembre-diciembre de 2000, señalando la confirmación por parte del jefe del Estado Mayor de las FDI, Moshé Yaalon.
7. General Amos Yaron, subdirector, *Globes* [periódico del Business Arena de Israel] (21-12-2000). Si un general serbio presentara el historial de Yaron, estaría sometido a juicio en La Haya, como es evidente incluso a partir del silenciado informe de la Comisión Kahan sobre la matanza de Sabra y Shatila. Véase *FT*.
8. Amnon Barzilai: *ha-Arets* (3-10-2000); también Avi Hoffmann, *Jerusalem Post* (8-9-2000). Uri Blau: *Kol Hair* (26-1-2001), con una fotografía de «Fuerzas de la Marina estadounidense durante un ejercicio en el Néguev».
9. Robin Hughes: *Jane's Defence Weekly* (4-10-2000); Charles Sennott: *Bos-*

ton Globe (4-10-2000); Dave McIntyre (Washington), *Deutsche Presse-Agentur* (3-10-2000). Guideón Levy: *ha-Arets* (24-12-2000), y Graham Usher: *Middle East Report* (invierno de 2000), sobre los asesinatos en Beit Sahur del 9 de noviembre. En febrero de 2002, la prensa israelí informó de 48 asesinatos, con 26 víctimas de «daños colaterales». Las FDI se atribuyeron 21, con 18 víctimas accidentales. En muchos casos, incluidos algunos que intensificaron bruscamente la espiral de violencia, se emplearon helicópteros y misiles estadounidenses. El Tribunal Supremo desestimó la petición de una prohibición de asesinatos deliberados sin cargos. Guideón Levy: *ha-Arets* (3-2-2001); Informe de la misión del Comité para los Derechos Humanos de Inglaterra y Gales (abril de 2002), concluyendo que «No podía haber una violación más patente y fundamental de derechos humanos básicos y normas humanitarias que una matanza deliberada y despiadada, planeada y reconocida por el Estado».

10. Ann Thompson Cary: «Arming Israel...», *News and Observer* (Raleigh, Carolina del Norte) (12-10-2000). Las búsquedas en bases de datos aquí y más abajo las realizó David Peterson.

11. AI: «Amnesty International USA Calls for Cessation of All Attack Helicopter Transfers to Israel» (19-10-2000). *Aviation Week & Space Technology* (26-2-2001); *Jane's Defence Weekly* (28-2-2001), y otros periódicos militares. *International Defense Review* (1-4-2001). Reuters, AFP (19-2-2001); Associated Press (20-2-2001), páginas de economía; *Wall Street Journal* (20-2-2001), una frase en la sección B, p. 10, en anuncios financieros. *America* (5-3-2001). Véase también Robert Fisk: «Death in Bethlehem, Made in America», *Sunday Independent* (15-4-2001). Jane Perlez: «U.S. Gingerly Discusses Taking More Active Role», *New York Times* (17-5-2001); William Orme: *World Briefing* (17-5-2001).

12. Laurie Copans: *Boston Globe* (3-3-2001).

13. Véase la nota 19 del capítulo 6; *Detering Democracy*, capítulo 1. Para fuentes no citadas más abajo, véase *WOON*.

14. Para un análisis de estos antecedentes, véase *Detering Democracy*, capítulo 6.

15. Véase el capítulo 4.

16. Véanse Yisrael Shahak: *Israel's Global Role*, Association of Arab-American University Graduates (AAUG), 1982; Benjamín Beit Hallahmi: *The Israeli Connection*; Pantheon, 1987 [versión en castellano: *Israel Connection*, Ediciones B, 1988]; Jane Hunter: *Israel's Foreign Policy*, South End Press, 1987. En líneas más generales, Jonathan Marshall, Peter Dale Scott y Jane Hunter: *The Iran-Contra Connection: Secret Teams and Covert Operations in the Reagan Era*, South End Press, 1987.

17. *Yediot Ajronot* (abril de 1992), citado por Israel Shahak: *Middle East International* (19-3-1993).

18. La redacción de la resolución 242 se dejó deliberadamente imprecisa con la esperanza de conseguir por lo menos un acuerdo formal por parte de Israel y los estados árabes. La «retirada» fue generalmente entendida (también por Estados Unidos) hasta las fronteras anteriores a junio de 1967, con ajustes mutuos e insig-

nificantes. Ésa siguió siendo la política oficial de Estados Unidos, aunque en 1971 no estuviese en vigor. Véase más abajo.

19. La Administración Clinton hizo también un llamamiento para la abolición del comité especial sobre los derechos palestinos, al que calificó de «parcial, superfluo e innecesario», y se negó a condenar las actividades colonizadoras de Israel, porque es «infructuoso debatir los aspectos legales de la cuestión». Además, Clinton dio marcha atrás al prolongado apoyo oficial de Estados Unidos a la resolución 194 de la ONU del 11 de diciembre de 1948, que reconocía el derecho a regresar de los refugiados palestinos. Jules Kagian: *Middle East International* (17-12-1993); Middle East Justice Network (febrero-marzo de 1994). Véase WOON, capítulo 3.

20. Véanse las declaraciones oficiales de Jimmy Carter durante 1991 en *Washington Post* (26-11-2000).

21. Véase el capítulo 1.

22. Véase *FT*, pp. 105 y ss.

23. Yaniv: *Dilemmas of Security*, Oxford, 1987, p. 70.

24. Véase el capítulo 1 sobre la interpretación y las reacciones de Israel.

25. Para un análisis amplio, véase *NI*, apéndice 5.2.

26. La base es el malestar de Estados Unidos por el descarado procedimiento de colonización durante el mandato de Yitsjak Shamir. Cuando el estilo volvió a la normalidad, sin ningún cambio esencial, regresó la cordialidad.

27. Baker citado por Carter en *Washington Post* (26-11-2000). Nótese el uso que hace Baker de la palabra «territorio», no «el territorio» o «los territorios». En la diplomacia estadounidense a partir de 1971, la omisión del artículo determinado en la versión inglesa de la resolución 242 de la ONU (pero no en la versión francesa, igualmente oficial) ha sido el recurso para dar a entender que la resolución 242 se refería sólo a una retirada parcial, contrariamente a la interpretación internacional, en la que se inscribió Estados Unidos hasta 1971. Ha habido un gran debate legalista sobre esta cuestión; inútil, porque el significado de una declaración es determinado por las decisiones de los actores más poderosos, que son aceptadas en el sistema doctrinal, aun cuando sean claramente contrarias a la redacción. Existen numerosos ejemplos. Para un análisis de varios tratados de paz en este sentido, véase *New Military Humanism*, pp. 114-128.

28. Véase el capítulo 5.

29. Por si interesa, no digo esto retrospectivamente. Véase mi artículo en *Z Magazine* (octubre de 1993) [con fecha del 2 de septiembre], comentando el borrador de la Declaración de Principios. Véase WOON, capítulo 3, sobre el documento.

30. Aparentemente, a los amos el juego les pareció divertido. Volvieron a jugar a él, por ejemplo, cuando Arafat se vio confinado a su reducto en Ramala en abril de 2002, rodeado de tanques israelíes, y se le aconsejó severamente que renunciara al terrorismo, un gesto sin sentido como todo el mundo entendió, pero práctico a los efectos de humillar a los palestinos. En cambio, Sharón fue calificado de «hombre de paz» por el presidente Bush, quien recibió elogios por acordar

la liberación de Arafat de su mazmorra a cambio de la supervisión por parte del Reino Unido y Estados Unidos de los acusados de asesinar al ministro del gabinete israelí Rehavam Ze'evi. Éste fue asesinado en la previsible reacción a la escalada de la espiral de violencia israelí por el primer asesinato de un líder político, Abú Alí Mustafá, en un ataque con misiles desde un helicóptero estadounidense; no había cargos contra él. El asesinato de Mustafá pasó desapercibido (salvo por algún comentario acerca de la presencia de ciudadanos estadounidenses en el bloque de apartamentos atacado por los asesinos de las FDI), pero la reacción fue muy distinta cuando mataron a Ze'evi como represalia. Es inconcebible que hubiera que hacer algo por castigar a los responsables de la muerte de Mustafá. Para un examen detallado de estos dos casos, véase Mouin Rabbani: *Znet*, en <www.zmag.org>, 19-6-2002.

31. Véase el capítulo 5.

32. Los acuerdos fueron cuidadosamente elaborados por negociadores israelíes (con respaldo estadounidense) con disposiciones poco claras y a veces contradictorias, cláusulas de excepción, condiciones de reciprocidad vagas, etcétera, de manera que posibilitara a los partidarios de la ocupación argumentar que Israel no infringe los acuerdos. En cambio, las concesiones por parte de los palestinos son trascendentales y, dadas las relaciones de poder, tienen vigencia. Para un análisis del crucial acuerdo provisional Oslo II, véase WOON, epílogo.

33. *Ibidem*.

34. Shlomo Tsezna: «[...] la construcción en los territorios se congeló, y prosigue a toda velocidad», *Ma'ariv* (18-8-2000); Akivá Eldar: *ha-Arets* (1-5-2001). Véanse también *Economist* (26-4-2001), e innumerables reportajes en la prensa extranjera y especialmente la prensa israelí de la corriente mayoritaria, muchos de ellos analizados en WOON y la edición actualizada en 1999 de *FT*.

35. Tsezna: *Ma'ariv* (18-8-2000); Eldar: *ha-Arets* (1-5-2001).

36. *Report on Israeli Settlement* (noviembre-diciembre de 2000). Shlomo Tsezna: *Ma'ariv* (27-2-2001). Sharón suele ser condenado como criminal de guerra; Peres también lo es. Entre sus hazañas figuran las mortíferas operaciones Puño de Hierro en el Líbano a mediados de la década de 1980 y la invasión del Líbano en 1996, apoyada por Clinton hasta que la protesta internacional por el bombardeo del campamento de refugiados de la ONU en Qana, que causó la muerte a más de cien civiles que habían huido allí, se tornó tan clamorosa que Clinton tuvo que retirar su apoyo y ordenar a Israel que pusiera fin a la agresión, cosa que hizo.

37. Baruj Kra: *ha-Arets* (6-2-2000), traducido en *Report on Israeli Settlement* (marzo-abril de 2000). Sobre todas estas cuestiones, véase de nuevo WOON. Sobre Har Homa, véase mi artículo en Haim Gordon (ed.): *Looking Back at the June 1967 War*, Praeger, 1999, documentos de una conferencia celebrada en 1997 en la Universidad Ben Gurión, Beer-sheva; extractos en la edición ampliada de 1999 de *FT*.

38. Ziv Maor y Aluf Benn: *ha-Arets* (10-4-2001).

39. La organización israelí pro derechos humanos B'tselem informó en mayo

de 2002 que los colonos controlan un 42 % de Cisjordania. Nadav Shragai: *ha-Arets* (13-5-2000); Dan Izenberg: *Jerusalem Post* (14-5-2002); no divulgado en la prensa de Estados Unidos. Citando B'tselem y otras fuentes, *The Economist* (22-6-2002) calcula que Israel controla más del 80 % de Cisjordania, contando un 20 % «declarado ilegalmente» como «tierras del Estado», que están también prohibidas a los palestinos, y otro 20 % controlado por las FDI. Estas políticas de adquisición de tierras dejan las poblaciones palestinas «dispersas y aisladas entre los asentamientos [judíos]», que fueron dispersados a tal efecto, según afirma B'tselem. «Las comunidades palestinas se han convertido en asentamientos en una Cisjordania israelí», señala un analista palestino. Los programas se están ampliando bajo el gobierno de Sharón. Todo esto se lleva a cabo con el apoyo tácito y la financiación indirecta de Estados Unidos.

40. Jane Perlez: *New York Times* (26-12-2000). Perlez: *New York Times* (8-1-2001); Judy Dempsey: *Financial Times* (9-1-2001); Friedman (2-1-2001).

41. Nadav Shragai: *ha-Arets* (16-2-2000). Yuval Guinbar: *On the Way to Annexation: Human Rights Violations Resulting from the Establishment and Expansion of the Ma'aleh Adumim Settlement*, B'tselem, julio de 1999. *Report on Israeli Settlement*, enero-febrero de 2000.

42. Para más detalles sobre las políticas de cantonalización, y cómo fueron aplicadas por Estados Unidos e Israel, véanse Sara Roy, en Roane Carey (ed.): *The New Intifada*, Verso, 2001 y *Current History* (enero de 2002). Hubo progresos considerables en las negociaciones informales celebradas en Taba en enero de 2001. Los detalles figuran en un documento redactado por el enviado especial de la UE, Miguel Ángel Moratinos, aceptado como válido por ambas partes y extensamente analizado por el principal corresponsal diplomático de Israel, Akivá Eldar (*ha-Arets* [15, 18-2-2002]). Las negociaciones fueron suspendidas por el primer ministro Barak, quien además «ordenó a su negociado principal, Guilad Sher, que dijera a los palestinos que el mapa presentado por el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Shlomo Ben Ami, que limitaba la superficie del bloque de asentamientos (incluido el tramo Maalé Adumim-Guivat Ze'ev) a sólo el 5 % de Cisjordania, no tenía validez». El estatus de ese tramo, que de hecho parte Cisjordania en dos, siguió siendo un foco importante de controversia, como en Camp David. Los palestinos propusieron un mapa explícito (contrariamente a lo que afirmó la propaganda), con Israel reteniendo el 3 % de Cisjordania y «un trueque de tierras que serían equitativas en extensión y valor y estarían en zonas adyacentes a la frontera con Palestina, y en proximidad de las anexionadas por Israel». Los israelíes rechazaron la propuesta, ofreciendo sólo una zona mucho más pequeña e inconexa en la frontera del Sinaí. Hubo otras discrepancias, pero es posible que las negociaciones hubieran desembocado en un acuerdo si no se hubiesen suspendido.

43. Dugard y otros: *Questions of the Violation of Human Rights*.

44. *Ibidem*.

45. Amira Hass: «Four U.S. rejections scuttled Security Council resolution», *ha-Arets* (13-4-2001). La frecuente oposición de Washington a los derechos humanos (al margen de sus enemigos) pudo haber sido un factor clave en la elección de

Suecia, Francia y Austria en lugar de Estados Unidos para ocupar los tres escaños occidentales en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU poco después. Se barajaron muchas otras hipótesis; Barbara Crossette, Christopher Marquis: *New York Times* (4-5-2001). Se dice que el secretario de Estado Colin Powell manifestó que la votación sobre los palestinos irritó a países que trataban de tomar represalias; David Sanger: *New York Times* (9-5-2001). Powell pudo haberse referido al veto del Consejo de Seguridad, o tal vez a la resolución del 18 de abril patrocinada por Estados Unidos; véase la nota 47. El 14 de diciembre de 2001, Estados Unidos volvió a vetar una resolución del Consejo de Seguridad que requería el envío de supervisores para verificar la disminución de la violencia. Diez días antes, Estados Unidos boicoteó —y por lo tanto minó— una conferencia internacional en Ginebra que reiteraba la aplicabilidad de la Cuarta Convención de Ginebra a los territorios ocupados, de modo que la mayoría de acciones de Estados Unidos e Israel llevadas a cabo allí constituyen crímenes de guerra, y cuando se trata de «violaciones graves», como muchas lo son, crímenes de guerra graves. Entre éstas figuran colonizaciones y la práctica de «asesinatos premeditados, tortura, deportación ilícita, privación deliberada de los derechos a un juicio justo y ordinario, destrucción considerable y apropiación de bienes [...] llevados a cabo de un modo ilegal y gratuito». Conferencia de las Altas Partes Contratantes: *Report on Israeli Settlement* (enero-febrero de 2002).

46. Véase el análisis de Human Rights Watch: *Center of the Storm*. También Francis Boyle: «Law and Disorder in the Middle East», *The Link*, 35, núm. 1 (enero-marzo de 2002), y el artículo de Allegra Pacheco en Carey (ed.): *The New Intifada*, Verso, 2001.

47. Existen reservas con respecto a la necesidad militar que son inaplicables en el presente caso.

48. Agencia France Presse: «UN Human Rights Commission Condemns Israel on Three Counts» (18-4-2001). El resultado de la votación fue de 50 a 1; Costa Rica se abstuvo y un país estaba ausente. Hubo algunas menciones esporádicas en la prensa estadounidense (19 de abril), ninguna en la prensa nacional.

49. Asher Davidi: *Davar* (17-2-1993); traducido por Zachary Lockman en *Middle East Report* (MERIP), septiembre-octubre de 1993.

50. Véase Kate Bronfenbrenner: *Uneasy Terrain: The Impact of Capital Mobility on Workers, Wages, and Union Organizing*, Cornell, 6 de septiembre de 2000, bajo contrato con Estados Unidos. Trade Deficit Review Commission, actualizando un estudio de 1997, acometido también según la normativa del Tratado de Libre Comercio. Estos estudios son rutinariamente ignorados en los comentarios públicos, pero no por los trabajadores (ni, es de suponer, por los empresarios).

51. Véase el corresponsal de economía Efraim Davidi: «Globalization and Economy in the Middle East», *Palestine-Israel Journal*, 7, núms. 1 y 2, 2000.

52. Yair Sheleg: *ha-Arets* (24-3-2001), sobre la conferencia y las reacciones. Shlomo Gazit, Amir Rappoport: *Yediot Ajronot* (26-3-2001); también Reuven Weiss, analizando los distinguidos antecedentes de Gazit.

53. Ben Ami: *Un lugar para todos* (en hebreo), Hakibbutz Hameuchad, 1998. Citado por Efraim Davidi: «Globalization and Economy».

Índice temático

Compilado por Sue Carlton

- Abayat, Hussein: 216
Abdulá (príncipe saudí): 34
Abrams, Elliott: 100, 142, 207
Abú Dis: 232
Achille Lauro, Secuestro del: 26-27, 57, 58, 65, 94, 95, 188
adoctrinamiento: 43, 52, 55-57
 véase también *control de pensamiento*
Afganistán: 34, 198-205
Alianza del Norte: 205-206
Alternativas al uso de la fuerza en: 201-206
Atrocidades de la resistencia en: 57, 96-97
Campos de refugiados en: 199-200
Consecuencias de la guerra en: 199-201
Hambre en: 199-201
Objetivos de guerra estadounidenses en: 201-202
Situación de las mujeres en: 203-206
Tolerancia de las atrocidades en: 197-200
Víctimas civiles en: 195
y la opinión pública afgana: 202-205
agresión
y defensa: 52-53, 77, 122
y terrorismo: 63, 163-164, 172, 181-182
Ain el-Hilwé, Campamento de: 103
AIPAC (American Israel Public Affairs Committee): 64
Air India, Atentado contra el reactor de: 118, 180
al-Aqsa, Intifada de: 213-215
al-Bureig, Campamento de refugiados de: 104, 109, 190
al-Dirra, Muhammad: 215
Alemania: 128-129, 145
Alexander, Yonah: 164
Alianza del Norte: 205-206
al-Qaeda: 34, 195, 205
alto el fuego, Violación del: 80-81, 82-83, 84, 103-104
All India Democratic Women's Association: 205
Allende, Salvador: 155
Amal (movimiento chií): 68, 71, 76, 123
Amar, Abdul Hakim: 180
American Public Health Association: 66
Americas Watch: 115
 véase también *Human Rights Watch*
Amnistía Internacional: 113, 115, 173, 215, 217

an-Nahar: 68
 Anderson, John y Scott: 149
 Angola: 97
 Ansar, Campamento para prisioneros de: 91, 99
 antisemitismo: 26, 27, 51, 69, 108, 148-150
 antisionismo: 49
 antiterrorismo: 104, 190
 ántrax, Pánico del: 16
 Apache (helicópteros): 216-217
 árabe-israelí, Conflicto: 38, 44
 árabes
 «Rechacismo» de los: 40-41, 85, 110
 y la Unión Soviética: 44-45
 Arabia Saudí
 en la alianza tripartita: 156, 219-220
 y Bin Laden: 195
 y Estados Unidos: 147-148, 156, 157-158, 165, 181, 206-207
 y la Unión Soviética: 45
arabushim: 25
 Arafat, Yassir
 Ataque contra las oficinas en Túnez de: 62, 64
 Buena disposición para negociar de: 44-45, 83, 84, 85-87, 225, 226
 Capitulación de: 227, 228
 Demonización de: 159
 en la violencia, Responsabilidad de: 119, 138
 excluido de las reuniones de la ONU: 186, 187, 226
 Arce, Horacio: 172
 Arens, Moshé: 152, 154
 Argentina: 116, 152, 165
 embajada de Cuba, Secuestros en la: 176
 Argov, Shlomo: 138
 armas biológicas: 16
 armas de destrucción masiva: 16
 Armey, Dick: 30
 Arns, Paulo Evarista (cardenal): 209
 Asamblea General de la ONU: 18, 185
 Resolución sobre el terrorismo de la: 185, 227-229
 asesinato de colaboracionistas judíos: 183-184
Asian Wall St. Journal: 96
 Asociación Revolucionaria de las Mujeres de Afganistán (RAWA): 204, 205
 Associated Press: 62, 97, 101, 128, 137, 162
 atentados suicidas: 67, 72
 Augstein, Rudolf: 129
 Austria: 117
 autodeterminación: 185, 228-229
 de los colonos judíos: 40-41, 59, 60-61
 de los palestinos: 40-41, 50, 59, 60-61, 89
 azazma, Beduinos de la tribu: 103-104
 Baalbek: 106
 Baher al-Bakr: 88
 Bajar, Aarón: 83
 Baker, Plan: 225-226
 Bakhash, Shaul: 130
 Barak, Ehud: 29, 213, 229, 230, 233, 236, 238
 Barbie, Klaus: 67, 150
 Bar-Zohar, Michael: 156
 beduinos, Expulsión de: 103, 108, 223, 233
 Beer-Sheva, Hospital de: 108
 Beguin, Menájem: 25, 43, 62, 80, 177
 como terrorista: 58, 65, 88, 183
 Beilin, Yossi: 225, 231
 Beirut: 61, 62, 118, 139, 178
 Coches-bomba en: 118, 119, 181
 Beitar: 231
 Bekaa, Valle de la: 106
 Belén: 233
 Bélgica: 115

Ben Ami, Shlomo: 238
 Ben Eliezer, Benyamín: 231
 Ben Gurión, David: 84, 95, 102, 103
 Bengasi: 121, 126
 Berlin, Isaiah: 183
 Bernadotte, Folke: 95, 182
 Bernays, Edward: 37
 Bernstein, Richard: 145
 Berri, Nabí: 123
 bin Laden, Ossama: 195-196
 Extradición de: 196, 202
 Bishop, Maurice: 120
 Blair, Tony: 195
 Blundy, David: 126
 «bombas inteligentes»: 61
 Bosnia: 195
Boston Globe: 154
 Boucher, Richard: 206
 Boustany, Nora: 181
 Brasil: 155
 Breindel, Eric: 67, 77
 Brézhnev, Leonid: 41
 Brodhead, Frank: 116
 Brookings Institution, Estudio de la: 23
 Brzezinski, Zbigniew: 78
 B'tselem: 232, 233
 Bundy, William: 143
 Bush, George H. W.
 e Irak: 205-206, 208, 227
 e Israel: 225, 235
 Presupuesto militar de: 207
 y el examen de la política de seguridad nacional: 194
 y el Nuevo Orden Mundial: 227
 y la junta de Haití: 21
 Bush, George W.: 16, 30, 31, 195, 217
 Byrd, Enmienda: 168
 Cachemira: 195
 Camp David, Conversaciones de paz de: 29, 79, 223
 Camper, Frank: 180
 Canadá: 132
 Carothers, Thomas: 20
 Carrera armamentista: 147
 en el espacio: 210-211
 Carter, Jimmy
 e Irán: 151, 219-220
 y el proceso de paz en Oriente Próximo: 41-42, 44-45, 223, 224
 y El Salvador: 114, 173
 y Granada: 120
 y Nicaragua: 151-152
 Casey, William: 181
 Castro, Fidel: 33, 159, 176
 Causa Justa, Operación: 197
 Centro para Estudios Estratégicos e Internacionales: 34
 Centroamérica
 Atrocidades terroristas de Estados Unidos en: 16-19
 Debate público en Estados Unidos sobre: 53-54
 Democracia en: 19-20, 65-66
 Reforma agraria en: 19
 véanse también *Costa Rica; El Salvador; Guatemala; Honduras; Nicaragua*
 CIA
 Apoyo a Israel por parte de la: 219
 Apoyo a la Contra por parte de la: 165-166, 167-168, 170-171, 172
 Entrenamiento de terroristas por parte de la: 118, 119, 176
 Reclutamiento de nazis por parte de la: 150
 y el atentado con coche-bomba en Beirut: 181
 y el bombardeo de Libia: 119, 121
 y la rebelión indonesia: 154-155
 y el terrorismo anticubano: 118, 175, 176-177
 Cisjordania: 29, 30, 60-61, 88, 232
 véase también *Israel, Territorios ocupados por*
 y el estado palestino: 41, 43

y la red de carreteras de circunvalación: 231

Clinton, Bill

y Camp David: 29

y el derecho internacional: 196

y la junta de Haití: 21

y la militarización del espacio: 210

y la política de colonización israelí: 232, 233-234, 236, 238

y la venta de armas a Turquía: 23

y la venta de helicópteros a Israel: 31, 216-217

véase también *STRATCOM (Mando Estratégico)*

Cockburn, Alexander: 126, 134

coerción: 163, 164, 193-194; véase también *fuerza*

Cohen, Amiram: 108

Colombia: 21, 22, 24

colonos judíos: 25, 28, 29, 30

Autodeterminación de los: 40-41, 59, 60-61

Comunidad Económica Europea (CEE): 131-132

conflicto cristiano-druso (Líbano): 70

conflicto de baja intensidad: 57, 58, 164

Consejo de Seguridad de la ONU: 17-18, 122, 144

Propuestas de paz para Oriente Próximo del: 42, 75, 107

Rechacismo del: 222, 224

Resolución 242 del: 221-223, 227

y el ataque a Túnez: 63, 90, 181

y el ataque israelí contra el Líbano: 68, 107

Consejo Nacional Palestino (CNP): 186

consenso estratégico: 122, 140

Contra

Ayuda estadounidense a la: 38, 76, 123, 127, 147

Desertores de la: 171-172

Misión principal de la: 98

Suministros de la CIA a la: 165-166, 167-168, 171-172

véase también *ejércitos apoderados*

control de pensamiento: 51-58, 69, 142-143

Convenciones de Ginebra: 31, 234-236

Corea del Sur: 149, 165

Costa Rica: 54, 152

Cranston, Alan: 170

Craxi, Bettino: 128

crisis de los misiles cubanos (1962): 175-177

Crowley, P. J.: 216

Cruz Roja: 67, 73, 99, 235

Comité Internacional de la: 235

Cuba: 19, 33, 175-178

cubanos exiliados: 19, 33, 175-178

Chad: 139

Chechenia: 195

cheroquis: 198

chíes: 70, 71, 72, 87, 89, 101, 106, 206

y el secuestro del vuelo 847 de la TWA 99-101

Chile: 155, 220

China y la guerra contra el terror: 23, 196

Chouf, región del (Líbano): 70

Churchill, Winston: 32, 35, 198

Dayán, Moshé: 25, 29, 92, 94, 103, 184

De Haan, Jacob: 183

Declaración de Principios: 227, 228, 229, 238

defensa propia: 122, 133, 161, 168-169, 190, 195-196

véase también *represalias*

democracia: 20-22, 45-46, 114-116, 148, 152, 174

Der Spiegel: 68, 129

Dershowitz, Alan: 65

Día Internacional por la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres: 205

Dinamarca: 169, 170

diplomacia coercitiva: 161

Dolan, John: 56

Duarte, José Napoleón: 114, 117

Dueimá: 51, 108

Dulles, John Foster: 156

E-1, Programa: 230-231

Eban, Abba: 102, 104, 177, 187

egipcio-israelí, Tratado de paz: 79, 102

Egipto: 42, 79, 195, 208, 220, 222

Ataques israelíes a: 88-89, 180

contra Israel, Guerra de: 87-89, 222-224

Instalaciones estadounidenses atacadas en: 109-110

Eitán, Rafael: 25, 80, 84

Ejército del Sur del Líbano: 68, 71, 72, 74, 75, 87, 100, 101

ejército israelí (FDI)

Acceso a los territorios ocupados del: 30

Atrocidades del: 25, 28, 108-109, 190

en al-Aqsa: 213-216

en el Líbano: 24, 61-62, 66-67, 72-73, 75-76, 87

en Jiam, Centro de detención del, 72-74

y el Líbano: 70-71

ejércitos apoderados

en Centroamérica: 152, 154, 168, 170-172, 173, 181

en Oriente Próximo: 87, 156

véase también *Contra*

El Chorrillo: 197

El País: 131

El Salvador: 53, 144, 176

Atrocidades en: 55, 65, 114-115, 151, 167, 173-175

Democracia en: 65, 114-115, 116

El Universal: 132

Eldar, Akivá: 229

Eliav, Ya'akov: 179

el-Kfeir: 93

Enbal, Lea: 184

escuadrones de la muerte

de Israel: 178

en Latinoamérica: 149, 150, 173-174

espacio, Militarización del: 210-211

Esquipulas II, Acuerdo de paz de: 166, 173-174

Estados Unidos

Acción unilateral de: 196

Aislamiento de: 145, 186

Apoyo a Israel de: 24, 60-61, 63, 89, 222-223

con helicópteros: 31, 216-217

Consecuencias en el mundo árabe del: 34

Atrocidades de: 16-19, 21-22, 46-47, 96, 166-167, 174

Ayuda militar de: 22-23

Bombardeo de Libia por parte de: 113, 119, 122, 130, 181

Campañas contra el terrorismo de: 16-18, 20-22

Campañas de desinformación de: 128, 129-130, 142, 146-147, 167

Comunidad judía en: 48-49, 149-150

Demonología de: 120-125, 126-129, 158-159

e Indonesia: 154-155

e Irán: 150-151, 152-154, 155-156

en Oriente Próximo, Papel de: 17, 24, 38-39, 150-159, 218-219

Invasión de Panamá por parte de: 206

Mantenimiento de la confrontación árabe-israelí por parte de: 47-50

Predominio mundial de: 217-219

Presupuesto militar de: 207, 210

Propaganda de: 52-57, 146-147, 149, 203-204, 207

Rechacismo de: 40-41, 42, 56, 89, 120, 222, 227

Relaciones públicas de: 37-39, 139-140, 145-146

Suministro de armas a Guatemala por parte de: 116

Suministro de armas a Indonesia por parte de: 155

Suministro de armas y entrenamiento a Colombia por parte de: 21

Terrorismo anticubano de: 175-178

Terrorismo contra: 97, 101, 109, 118, 136-137, 176-177

Veto a las resoluciones de la ONU de: 185, 206, 224-225, 229, 234

y Arabia Saudí: 147-148, 156, 158, 165, 181, 206-207

y autodefensa: 122, 125, 126, 133, 138, 139, 190

y definiciones de terrorismo: 163-164

y el ataque a Túnez: 61-63, 189

y el ataque de objetivos fáciles: 165, 168

y el derecho internacional: 63, 125, 132

Convenciones de Ginebra: 234-236

Fallos del Tribunal Internacional: 17, 144, 154, 167, 202

y la guerra contra el terrorismo: 196-197

y el patriotismo: 210

y el proceso de paz de Oriente Próximo: 38-42, 186-188, 225

y el rechazo de propuestas de paz: 44, 157-158

y El Salvador: 113-115, 151

y el terrorismo internacional: 23-24, 115-116, 164-165, 169-170, 174, 181

y Estados mercenarios: 165

y ganar credibilidad: 33-34, 197, 208, 209

y la amenaza del tercer mundo: 194, 207-208

y la amenaza soviética: 143, 207-208, 218, 221

y la base militar aérea israelí: 217

y la carrera armamentista en el espacio: 210-211

y la extradición de secuestradores: 179-180

y la libertad de expresión: 37, 50-56

y la libertad de pensamiento: 37-40

y la ONU: 144-145, 196, 213, 222-223

y la opinión pública: 83, 147-149, 158-159

y la política de colonización israelí: 228-229, 233-236

y la violencia legítima: 148-150, 169-170, 195-196

y las atrocidades israelíes: 106, 107, 108, 109, 110, 214-216

y las propuestas palestinas: 60-61, 85, 226

y los campos de entrenamiento de terroristas: 118, 119, 171, 180

y los recursos de energía árabes: 157, 207, 217, 219-220

y Suráfrica: 228

Etiopía: 156

Europa

respecto a Estados Unidos, Actitudes de: 145

Terrorismo y sector turístico en: 162

y el fanatismo reaganista: 144

Evron, Boaz: 26, 29

examen de la política de seguridad nacional: 194-195

extremismo: 42-45, 47

extremistas judíos y acciones terroristas en Estados Unidos: 137-138

Fadlálá (jeque): 181

Fairbank, John King: 52

falangistas: 62

Farrar, Jay: 34

FBI: 16, 137-138, 177

finlandeses en el Líbano, Soldados: 100

Flint, Julie: 87

Florida: 175

Foreign Affairs: 143

Francia

contra el *Rainbow Warrior*, Ataque de: 96

y el bombardeo estadounidense de Libia: 132

y el fanatismo reaganista: 144

y la guerra contra el terror: 196

Franja de Gaza: 29, 51, 104

Atrocidades israelíes en la: 109, 190

Estado palestino y: 41, 43, 225-226

Red de carreteras de circunvalación en la: 215

véase también *Israel; territorios ocupados*

Frente Polisario: 139

Friedman, Thomas

sobre el antiterrorismo israelí: 104

sobre el extremismo: 43

sobre el Líbano e Israel: 72, 77-78

sobre el proceso de paz de Oriente Próximo: 40, 224-225, 232

sobre la toma de rehenes por Israel: 101

fuerza

Alternativas al uso de la: 201-206, 209

Preferencia por el uso de la: 193-195, 196-197, 201, 208

y desaparición del elemento disuasorio soviético, Uso de la: 206-208

véase también *violencia legítima*

Gaddafi, Muammar el-: 120-121, 127, 132, 135, 136, 181

Campañas de desinformación contra: 147

como obstáculo para Estados Unidos: 139

«perro rabioso»: 98, 113, 118, 127, 132

Plan para derrocar a: 121

Provocación de Estados Unidos a: 123-125

y ejecuciones: 117, 120

y el terrorismo: 58, 138

Galilea: 77, 78, 80, 81, 83

Ganschow, Manfred: 129

Garthoff, Raymond: 175

Gaza; véase *Franja de Gaza*

Gazit, Shlomo: 27, 60, 221, 238

Gehlen, Reinhard: 150

Gelb, Leslie: 153-154

Genscher, Hans-Dietrich: 131

Glass, Charles: 134, 178

globalización: 211

Golán, Altos del: 221

Golani, Brigada: 73

Golfo, Guerra del: 208, 220

Gorbachov, Mijail: 145

Goulart, João: 155

Gran Bretaña

con Estados Unidos, Relaciones de: 218-219

y el bombardeo estadounidense de Libia: 132

y el control de Oriente Próximo: 218, 219-220

y la guerra contra el terror: 23, 195-196

Granada: 120, 129

Greenberg, Joel: 68

Greenpeace: 96

Grupo Parlamentario por los Derechos Humanos británico: 116

Guatemala: 47, 51, 116, 119, 157, 174

guerra contra el terrorismo: 16, 17, 23, 35, 196
 Crímenes de la: 16-19, 20
 durante los mandatos de Reagan y Bush: 16-18, 33-34, 120, 158, 161-162
 Supresión de hechos en la: 23-24
 guerra fría: 144, 221
 guerra nuclear: 140
 guerra química: 22, 52, 197-198
 Guilboa, Amos: 209
 Guivat Ze'ev: 231
 Gur, Mordejái: 92, 102
 Gwertzman, Bernard: 39

ha-Arets: 109
 Haddad, Milicia: 73
 Hafez, Mustafá: 179
 Hagganá: 183-184
 Escuadrones de acciones especiales de la: 184
 Haifa: 91, 183
 Haig, Alexander: 114, 122
 Haití: 19, 21
 Haley, Edward: 75, 122
 Haq, Abdul: 202-203, 206, 208
 Har Homa, Proyecto de: 230-231
 Harkabi, Yehoshafat: 86, 89
 Hasbará, Sistema de la: 71
 Hasenfus, Caso (Nicaragua): 149
 Hatfield, Mark: 133
 Hebrón: 214, 229
 Hegel, Georg Wilfried Friedrich: 21
 Helms, Richard: 153, 156
 Heller, Mark: 57
 Herman, Edward: 116
 Hernu, Charles: 96
 Herzog, Jaím: 27-28, 42, 60
 Hindaui, Hermanos: 130
 hipocresía: 65-66, 94-95, 96, 111
 Hirst, David: 89
 Hitler, Adolf: 110-111, 145
 Honduras: 17, 54, 124, 152, 172

Horowitz, Menájem: 73
 Hotel Rey David: 184
 Housego, David: 96
 Howard, Michael: 201-202
 Hoyle, Brian: 124
 Hughes, John: 136
 Human Rights Watch: 22, 214
 Hussein, Saddam: 26, 153, 205, 208, 220

Iglesia católica: 18-19
 Ignatieff, George: 122
 Ignatius, David: 135
 Ilopango, Base aérea militar de: 176
 Ilya, Shlomo: 67
 imán Rida, Mezquita del: 181
Index on Censorship: 141
 India, Campos de entrenamiento de terroristas en la: 118
 Indochina: 16
 Indonesia: 22, 154-155, 220
 Indyk, Martin: 217
 «ingeniería del consenso»: 37, 38, 56
 «ingeniería histórica»: 38-39, 42, 47, 74-75, 83, 224
 en la invasión del Líbano: 77
 en los asesinatos israelíes: 95
 Intifada: 28, 29, 30, 31, 184, 187, 226
 intimidación: 145-146, 163, 173-174, 175
 Irak: 205-206, 220, 226
 Irán: 100, 150-151, 152-154, 155-156, 218-220
 Apoyo al terrorismo libanés por parte de: 72
 Sha de: 151, 156, 220
 Irán-Contra, Caso: 166
 véase también *Reagan, Ronald*; y *el suministro de armas a Irán*
 Irán-Irak, Guerra: 153-154
 Irbid: 102
 Irgún: 88, 183, 184

Israel

Asesinatos de: 95, 215-217
 Ataques a barcos por parte de: 105
 Atentados en Siria de: 118-119
 Atrocidades de: 26-27, 92-94, 105-106
 véanse también *al-Bureig*, *Campamento de refugiados de*; *ejército israelí (FDI)*, *Atrocidades del*; *Qibya*; *Sabra y Shatila*, *Matanzas de*
 Bombardeos en Egipto por parte de: 88-89
 Colonos de: 25, 28, 29, 30
 como baza estratégica para Estados Unidos: 47-48, 83, 107, 144, 156-158, 218-221
 como fortaleza-Estado: 49
 contra Egipto, Guerra de: 222-224
 contra intereses estadounidenses, Ataques de: 110
 contra Túnez, Ataque de: 26-27, 61-66, 89, 181, 189, 190
 Crisis demográfica en: 237-238
 Derribo de un avión de pasajeros libio por parte de: 107-108, 180
 en Turquía: 23
 Escuadrones de la muerte de: 178
 fomentando el conflicto cristiano-musulmán: 69-70, 90
 Negativa a negociar con la OLP de: 60, 61, 62
 Partido laborista de: 42-43, 82, 83, 152, 177, 230-232
 Política de colonización de: 190-191, 223-224, 228-236, 238
 Propaganda de: 68-69, 71-73, 79, 85, 92-93, 104
 Provocación por parte de: 79-86, 118
 Rechacismo de: 40-41, 42-44, 55-56, 59, 85, 89
 Represalias de: 47, 64-65, 66, 72-82, 86-87, 102-104

Secuestro y retención de rehenes por parte de: 90-93, 94, 98-102
 Suministro de armas a Irán por parte de: 152-154
 Terrorismo de Estado de: 72, 89, 108-109
 Terrorismo y resistencia de: 181-189
 Violaciones de alto el fuego por parte de: 80, 81-83, 94, 103-104
 y acción preventiva: 105-107
 y el concepto de terrorismo: 63-64
 y el proceso de paz: 39-40, 42, 59, 79, 227, 228, 229
 y el secuestro de aviones: 91-92, 94-95, 180
 y el secuestro en el mar: 90-93
 y estado palestino: 236
 y Guatemala: 116, 156
 y helicópteros estadounidenses: 31, 215-217
 y la discriminación: 49-51
 y la resolución de la ONU contra el terrorismo: 185-186
 y la tortura: 63, 73-74, 75, 76-77, 101, 184
 de americanos árabes: 109-110
 y las Convenciones de Ginebra: 31, 234-236
 y los colaboracionistas: 182-184
 y los supervisores internacionales: 31
 y pobreza: 237
 y terrorismo internacional: 181
 y violencia legítima: 64, 76-78, 92-94, 102-104, 106-107
 (y) el Líbano: 66-88, 102-108, 177-178, 188, 223
 Invasión de (1982): 24, 69, 73, 77, 138, 178, 190
 Retirada de: 70, 98-99
 (y) los territorios ocupados: 228-229
 Condiciones de vida en los: 29-30, 88

Congelación de la colonización en: 217, 229-230
 Desarrollo de la construcción en: 229-232
 Permanencia en los: 29, 227-228
 Red de carreteras de circunvalación en: 215, 230, 231, 233
 Retirada de los: 221, 238
 Terror y represión en: 16-17, 24-26, 27-28, 49
 y organización política: 27
 Yacimientos arqueológicos en: 229
 véanse también *Franja de Gaza*; *Cisjordania*
 Israel-OLP, Acuerdos: 223, 227
 véase también *Oriente Próximo*, *Proceso de paz de*
 Israel-Palestina, Conflicto: 185-187, 213
 Solución jordana: 82, 84
 y acuerdo entre dos estados: 60-61, 224
 y Estados Unidos: 214-218
 Italia: 65, 118

 Jackson, Henry: 219
 Jackson, Robert: 169
 Jansen, Godfrey: 62, 91
 Jater, Suleimán: 89
Jerusalem Post: 50-51, 71, 74, 187
 Jerusalén, Desarrollo de: 230-232
 jesuitas, Asesinato de: 18-19
 Jiam: 72-74
 Johnson, Lyndon: 148
 Johnson, Paul: 121, 131
 Jomeini (ayatolá): 152, 153, 154
 Jordania: 42, 59, 102
 Judea: 84, 226, 231

 Kabul: 23
 Kafr Kassem: 109

 Kahane, Meir: 85, 138
 Kamm, Henry: 77
 Kapeliuk, Amnon: 61-62
 Katiusha, Misiles: 74, 75-77, 78, 81-82
 Kennan, George: 150
 Kennedy, John F.: 32-33, 148, 159
 Kessler, Paul: 74-75
 Kfar Rumán: 87
 Kifner, John: 70
 Kimche, David: 153
 Kimche, Jon: 95
 Kinsley, Michael: 165, 170
 Kirkpatrick, Jeanne: 68, 96, 98, 114, 169
 Kissinger, Henry: 44-45, 47, 156-157, 222, 223-224
 Kleiner, Michael: 231
 Klinghoffer, Leon: 26, 46, 65, 188
 Koch, Edward: 101
 Kohl, Helmut: 128
 Komer, Robert: 153
 Kristol, Irving: 169-170
 Kunín: 68
 Kupperman, Robert: 163-164
 kurdos, Atrocidades contra los: 22

 La Belle, Atentado en la discoteca: 126, 128-131, 132
 La Patriota, Cooperativa agrícola: 166
 Ladd, Everett: 38
 Laird, Melvin: 156
 Lamb, Christina: 199
 Laqueur, Walter: 162, 177, 179, 190
 Larnaca: 28, 90, 189
 Lasswell, Harold: 37
 Lautman, Dov: 236
 Lehi («banda de Stern»): 179, 183
 Lelyveld, Joseph: 126
 Lewis, Anthony: 31, 52, 58, 122, 186
 Lewis, Bernard: 100-101
 Lewis, Flora: 100

Ley del Mar: 125
 Líbano, El: 42, 66-88, 175, 177-178, 187
 Atentado contra marines de Estados Unidos en: 71, 178, 188
 Causas del terrorismo en: 117
 Destrucción de la emisora de radio cristiana en: 72
 Detenidos en: 73-74
 Invasión israelí de (1982): 24, 69, 73, 77, 138, 178, 190
 Población retenida como rehén en: 101, 102-103, 104
 Rehenes capturados en: 98-99
 Terrorismo respaldado por Estados Unidos en: 17, 24, 28
 y soldados israelíes secuestrados: 75-76
 Zona de seguridad de Israel en: 72, 73, 75-76, 98
 véanse también *Beirut*; *Israel y el Líbano*
 Libertad Duradera, Operación: 198
Liberty: 109
 Libia
 Acciones terroristas de Estados Unidos en: 146-148
 Bombardeo estadounidense de: 38, 68, 119, 130-140, 181
 Éxito del: 135-137
 Reacciones al: 131-134
 Verdaderos motivos del: 139
 Cifra de ejecuciones en: 113, 117
 como Estado terrorista: 113, 116-117
 Demonización de: 119-125, 126-131, 159
 Falta de pruebas contra: 117-119, 128-131, 135-136
 Provocación estadounidense a: 123-126, 139-140
 Rechacismo de: 40
 Supuestas amenazas de: 113, 122-124

y el atentado en la discoteca La Belle: 126-127, 128-131, 132
 y defensa propia: 124-126
 véase también *Sidra*, *Golfo de*
 Liga Anticomunista Mundial: 149-150
 Liga Antidifamación de B'nai Brit: 149
 Likud: 83, 84, 230, 231-232
 limpieza étnica: 198, 209
 Lippmann, Walter: 37
 Loftus, John: 150
Los Angeles Times: 62, 166
 Luanda: 97
 Lubrani, Uri: 152
 Lod: 108
 Aeropuerto de: 94

Ma'ariv: 225
 Maalé Adumim: 230-231, 232-233
 Ma'alot: 92-93, 94-95
 MacMichael, David: 171
 Madrid, Atentado en la embajada cubana en: 176
 Mahathir: 208
 Managua: 207
 Mando Espacial de Estados Unidos: 210
 marines estadounidenses: 216
 maronitas: 74
 Marruecos: 139
 marxismo: 88
 Maslaj, Campamento de refugiados de: 199, 204
 McGrory, Mary: 99
 McNamara, Robert: 155, 221
 medios de comunicación: 43, 77
 acusados de apoyar el terrorismo: 99-101, 108
 Enfoque propagandístico del terrorismo de los: 161
 y El Salvador: 114-115

y entrevistas con terroristas: 58, 87-88
 Meese, Edwin: 64, 118, 180
 Meir, Golda: 107, 108
 Mencken, H. L.: 145, 158
 Michael, B.: 83
 Milshtein, Uri: 84
 Milson, Menájem: 84
 Misiles Balísticos de Defensa: 210
Mission of Peace: 168
 Mitchell, Comité: 217
 moderación: 43, 84, 86, 151, 152, 153, 158
 Moffett, George: 136
 Mongoose, Operaciones: 175-176
 Morris, Benny: 83-84
 movimiento sionista: 182, 183-184
 Moyne (lord): 182
 Mugrabi, Mahmud el-: 63
 Muir, Jim: 70
 Muro de Berlín, Caída del: 206
 Muste, A. J.: 193

Nabatiyya: 73, 74, 75, 87
 Nablús: 26
 Naciones Unidas (ONU)
 Carta de las: 121-122, 185, 228
 con Estados Unidos, Relaciones de las: 144-145
 Fuerzas de paz de las: 101
 Misión cubana a las: 176
 y la guerra contra el terrorismo: 17
 Nahariyya: 74-75
 Najalín: 104
 napalm, Bombardeo con: 93
 narcotraficantes: 207
 Nasser, Gamal Abdel: 180, 219, 220
 nazis: 149
 NBC: 58
 Neff, Donald: 120
 Negroponte, John: 17
 Néguév: 104, 216, 217
 neolengua: 39, 41, 43, 151, 159

Netanyahu, Benyamín: 64, 95, 230
 Netzarim: 215-216
 Neutralidad, Ley de: 154, 175
New Republic: 63, 80, 85, 101, 115, 165, 198
New York Review of Books: 130
New York Times
 Discurso de Brézhnev publicado en el: 41
 sobre armas a Irán: 154-155
 sobre el antiterrorismo: 190
 sobre el ataque a Túnez: 62, 65-66
 sobre el ataque al *Rainbow Warrior*: 96
 sobre el bombardeo de Afganistán: 202
 sobre el bombardeo estadounidense de Libia: 117, 118, 122, 126, 132
 sobre el derribo del avión libio: 107
 sobre el informe del FBI acerca del terrorismo nacional: 137
 sobre el Líbano e Israel: 72, 77-79, 87, 100
 sobre el proceso de paz de Oriente Próximo: 39-40, 41, 43-45, 59, 86, 224-225
 sobre el secuestro del *Achille Lauro*: 56-57
 sobre Irán: 151
 sobre la Liga Anticomunista Mundial: 149
 sobre las convenciones acerca del terrorismo internacional: 186
 sobre los asesinatos de Jater: 89
 sobre Nicaragua: 54, 66, 170
 sobre secuestros israelíes: 90, 92
Newsweek: 45, 147
 Nicaragua
 Caso Hasenfus: 149
 Crímenes contra: 17-18, 65, 202
 Debate público en Estados Unidos sobre: 53-54
 Defensa propia de: 76-77, 168-169

Guerra terrorista dirigida por Estados Unidos contra: 46, 96-98, 131, 144, 164-173, 174
 Invasión de Honduras por parte de: 76, 123
 Objetivos fáciles en: 165, 166, 167, 168
 Población retenida como rehén en: 46, 98, 101
 Pobreza en: 19
 Reforma social en: 54, 98, 152, 172
 Somoza: 151-152
 y el caso Irán-Contra: 166
 y el programa de entrenamiento de la OLP: 164
 y la imposición de «normas regionales»: 170
 véanse también *Contra; Irán-Contra, Caso; ejércitos apoderados*

Nidal, Abú: 80, 138, 165
 Niebuhr, Reinhold: 38
 Nimrodi, Ya'akov: 152-153
 Nixon, Richard: 96, 131, 176, 218
 Nueva Zelanda: 96
 Nuevo Orden en Oriente Próximo: 62, 71, 84, 85, 119
 Nuevo Orden Mundial: 227
 Nye, Joseph: 133

Observer: 91
 Odeh, Alex: 137
 Okun, Herbert: 121
 Olmert, Ehud: 84
 Olmert, Yossi: 71
 OLP
 Acciones transfronterizas de la: 79
 Amenaza militar de la: 84-85
 Amenaza política de la: 84, 85
 como terrorista: 28, 109, 182
 contra asentamientos israelíes, Ataques de la: 77
 en el Líbano: 78, 87-88

excluida de las reuniones de la ONU: 186, 187
 Frente de Rechazo de la: 40
 Negociaciones de Estados Unidos con la: 28-29
 Oficinas en Túnez de la: 61, 64
 Propuestas de paz de la: 28, 40, 44, 60, 85, 225
 provocada por Israel: 79-83
 y alto el fuego: 80, 82-83, 84
 y atención mediática: 178
 y el intento de asesinato de Argov: 138
 y el proceso de paz: 38-42, 186-187
 y la Unión Soviética: 78, 164
 y moderación: 84, 86
 y secuestro: 95
 véase también *palestinos*

OMEGA 7: 177
 11-S
 Espionaje sobre el: 34
 Repercusión del: 15-16, 194-195, 197
 y el aumento del presupuesto militar: 209-210
 y uso del derecho internacional: 201-202

Organización Mundial de la Salud (OMS): 66
 Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO): 19, 200
 organizaciones pro derechos humanos, Informes de: 20, 23

Oriente Próximo
 Fuentes del terrorismo en: 56
 Papel de Estados Unidos en: 17, 24, 38-39, 150-159
 Proceso de paz en: 39-45, 79, 186-188, 224-238
 Exclusión de palestinos del: 41, 59, 60, 61, 102, 224-225, 226
 Propuestas de paz árabes para el: 39-40, 43-45, 222
 Rechacismo al: 40-44, 45, 55-56, 85

Oslo, Proceso de paz de: 29, 30, 31, 228, 231, 238
 OTAN: 133
 Oxfam: 54

Pail, Meir: 49
 Pakistán: 219
 palestino, Estado: 41, 43, 60
 Actitudes de Estados Unidos respecto al: 30-31, 38-39
 Modelo del Tratado de Libre Comercio en el: 236-237
 Obstaculización de Israel al: 84, 85, 226
 Resoluciones de la ONU y: 186, 222, 223, 224
 palestinos
 amonestados por Estados Unidos: 217
 Asesinato de colaboradores: 184
 atacados, Campamentos de refugiados: 26-27, 92-93, 102-104, 106, 108, 178, 190
 Autodeterminación de los: 40, 49, 59, 60-61, 89
 véase también *palestino, Estado*
 Condiciones de vida de los: 29-30, 88, 233-234
 Derechos de los: 214-215, 224, 227
 Desplazamiento de: 51
 en Jordania: 220
 Humillación de los: 24-25, 26-27, 227, 234
 Líderes: 27, 31
 Rebeliones de los: 28, 29, 30
 véase también *Intifada*
 y antisemitismo: 51
 y elecciones libres: 226
 y organización política: 27
 y terrorismo: 47, 56-57, 71
 véanse también *Gaza, Franja de; Israel, Territorios ocupados por; OLP; Cisjordania*

Panamá
 Atentado en las oficinas de las líneas aéreas Cubana de Aviación en: 176
 Invasión estadounidense de: 206
 paquetes-bomba: 179
 Partido Comunista Indonesio: 155
 patrulla de fronteras israelí: 28
 Paz Ahora (Shalom Ashjav): 28, 225, 226
 Paz en Galilea, Operación: 77, 78, 79, 80, 82
 Pazner, Avi: 153
 Peled, Mattityahu: 90
 Pelletreau, Robert: 226
 Peres, Shimón:
 como hombre de paz: 59, 62, 65, 67, 73
 como terrorista: 58
 Proyecto de Har Homa: 230-231
 Relaciones con Estados Unidos de: 59, 65-66, 72, 102
 sobre el bombardeo estadounidense de Libia: 132-133, 139
 sobre el derribo de un avión de pasajeros libio: 107-108
 y el Líbano: 62, 67, 72, 73, 77, 87
 y el proceso de paz: 61, 224-225, 229, 238
 y el secuestro de barcos: 90
 y la búsqueda de soldados secuestrados: 76
 Peretz, Martin: 85
 Peri, Yoram: 25
 Peshawar: 202
 Pinochet, Augusto: 155
 Podhoretz, Norman: 101, 159
 Porath, Yehoshua: 82
 Portugal, Atentado en la embajada cubana en: 176
 Posada Carriles, Luis: 176
 Pravda: 41, 66
 precios del petróleo: 158

prensa
 al bombardeo de Libia, Reacciones de la: 131-132
 Supresión de hechos en la: 69, 75, 85-86, 105-106, 178
 y propaganda: 53, 54, 56-57, 80-82
 véase también «*New York Times*»
 prevención: 45-46, 47, 58, 83, 84-85, 106, 180
 Primera Guerra Mundial: 31-32
 proceso de paz; véase *Oriente Próximo, Proceso de paz en*
 Programa de las Naciones Unidas para la Alimentación Mundial: 31
 propaganda: 37-38
 Estados Unidos y la: 51-57, 146, 149, 203, 207
 Israel y la: 68-69, 71-73, 79, 85, 92-93, 103
 véanse también *Hasbará, Sistema de la; prensa*
 propaganda política: 85-86, 168
 Puño de Hierro, Operaciones (Líbano): 66-71, 73, 87, 103, 104-105, 181

Qibya: 103, 109, 190
 Qiryat Shemona: 77, 81, 87
 Quandt, William: 79

Rabin, Yitsjak
 Negación a negociar con la OLP de: 60
 sobre el extremismo: 42-43
 sobre el secuestro de barcos: 90
 sobre el tratado de paz con Egipto: 222
 sobre las conversaciones Estados Unidos-OLP: 28-29, 187, 226
 y el Líbano: 93, 103, 117
 y el proceso de paz: 31, 238

y el proyecto de Har Homa: 230-231
 y la Declaración de Principios: 227, 228
Rainbow Warrior: 96
 Ramala: 26, 233
 Ramle: 108
 Rand Corporation: 136, 210
 Reagan, Doctrina: 158, 165
 Reagan, Ronald
 Carta de una niña a: 134
 como terrorista: 16-19, 58, 100
 con Peres, Relaciones de: 59, 62, 72
 Declaraciones en *Pravda* de: 41
 Desdén por el Congreso de: 146, 147-148, 154
 desinformación por parte de: 128, 129-130, 142-143, 146-147, 167
 Hipocresía de: 65-66
 Propuestas de la OLP a: 60
 Relaciones públicas de: 39
 sobre la invasión del Líbano: 78
 y el apoyo a Israel: 89
 y el ataque a Túnez: 61-62
 y el bombardeo de Libia: 85, 122, 135-136
 y el conflicto de baja intensidad: 164
 y El Salvador: 114-115, 173-174
 y el secuestro del vuelo de la TWA: 102
 y el suministro de armas a Irán: 150-151, 152-154, 158, 165
 y el terrorismo de Estado: 32-34
 y Gaddafi: 123, 128
 y Granada: 120
 y Guatemala: 115-116
 y la estrategia del «loco»: 33-34, 131, 135, 146
 y la intimidación: 145-146
 y la libertad de pensamiento: 142-143
 y la Liga Anticomunista Mundial: 149

- rechacismo
de Estados Unidos: 41, 42, 55-56, 89, 121, 222-223, 227-228
de Israel: 23, 42-44, 56, 59-60, 85, 89
de los árabes: 40-41, 85, 110
y Consejo de Seguridad de la ONU: 221, 224
y proceso de paz de Oriente Próximo: 40-43, 44, 55-56, 85
red terrorista: 121
rehén, Concepto de: 45-46, 102
rehenes: 94-95, 97, 98-100, 104-105
Poblaciones civiles retenidas como: 97, 101, 102, 103, 177
retenidos por Israel: 90-93, 94, 98-101, 180
y prisioneros: 100
Reich, Walter: 56-57
represalias: 45-46, 47, 64-68, 73-82, 161, 187-189, 190
legítimas: 57, 58, 77, 163
y civiles inocentes: 58, 74-75, 80-81, 103-104, 105-107, 195
y objetivos fáciles: 64, 102-104
y propaganda: 86
véase también *defensa propia*
República Dominicana: 148
Reuters: 96
Río San Juan: 167
Ríos Montt, Efraín: 119
Rivera y Damas, Arturo: 114
Rogers, William: 157
Roma, Atentado terrorista en el aeropuerto de: 117-118
Romero, Óscar (arzobispo): 114, 173
Rostow, Eugene: 133
Rubin, Alfred: 125
Rubinstein, Amnon: 84-85, 106
Rubinstein, Danny: 48-49
Rumsfeld, Donald: 17
Rusia
y la guerra contra el terrorismo: 23, 195-196
véase también *Unión Soviética*
Sabra y Shatila, Matanzas de: 26, 62, 80, 190
Sadat, Anwar el-: 42, 44-45, 74, 102, 157, 222-224
Sadé, Yitsjak: 184
Said, Edward: 93
SALT II: 146
Samaria: 84, 226, 231
samidín: 26, 27, 29
San Francisco Examiner: 86
sandinistas: 53-54, 128, 159, 170, 171-172
Savimbi, Jonas: 97-98
Schiff, Ze'ev: 61, 72-73, 81
Schindler, Alexander: 133
Schocken, Gershom: 109
Seale, Patrick: 154
secuestro
de aviones: 91-92, 94-95, 99-101, 179-180
de barcos: 90-93, 95, 179
véase también «*Achille Lauro*», *Secuestro del*
Serbia: 22, 209
Shahak, Yisrael: 184
Shai, Najmán: 99
Shamir, Yitsjak: 63, 65, 83, 95, 179, 182, 183, 225
Sharett, Moshé: 94-95, 180
Sharón, Ariel
como terrorista: 65, 190-191
y atrocidades: 25, 31-32, 62, 103, 108-109
y destrucción de la OLP: 84
y política de colonización: 217, 223, 230-231
Shehadá, Raja: 25-26
Shin Bet (policía secreta): 178
Shipler, David: 59, 78-79
Shultz, George
como terrorista: 58, 100
Hipocresía de: 96-97
Preocupación por el terrorismo de: 71, 162, 188
y el bombardeo de Libia: 123
y el bombardeo de Túnez: 63
y las negociaciones Estados Unidos-OLP: 227-228
y Nicaragua: 53, 97
Sidón: 70, 105
Sidra, Golfo de: 113, 121, 122-123, 124-126, 139
Simpson, Natasha: 46, 117, 130
Sims, Robert: 125
Sinaí: 109, 190, 223
Singlaub, Jack: 149
sionismo: 49-50
Siria
Apoyo a los palestinos de: 156, 220
Apoyo al terrorismo libanés de: 71-72, 78, 104-105
Atentados en: 119
y el acuerdo entre dos Estados: 42
y el atentado en la discoteca La Belle: 129-130
y el atentado en Viena: 117
y la Liga Anticomunista Mundial: 149
y las matanzas en el Líbano: 178
Sociedad Palestina de la Media Luna Roja (PRCS): 215
Socorro Jurídico: 174-175
Sofaer, Abraham: 94, 179-180
Somoza Debayle, Anastasio: 151-152
South African Broadcasting Company: 132
South China Morning Post: 132
Speakes, Larry: 121, 127
Spectator: 115
Spiegel, Steven: 40
Sreifa: 75
Sterling, Claire: 162
Stevenson, Adlai: 52
Stohl, Michael: 161
STRATCOM (Mando Estratégico): 33
Sudán: 123, 139
Suez, Canal de: 102
Suharto: 151, 154-155
Sukarno: 155
Suráfrica: 98, 185
Taiwan: 115, 149, 165
talibán, Derrocamiento del régimen: 202, 203, 204-205
Tamari, Dubik: 103
tarbin, Beduinos de la tribu: 103
Tass: 93
Tegucigalpa: 172
Tel al-Zaater, Campamento de refugiados de: 178
teología de la liberación: 19, 20
territorios ocupados; véase *Israel, Territorios ocupados por*
Terror contra Terror: 67-68
terrorismo
apoyado por el Estado: 16-17, 133
Azote malévolo del: 16, 26, 59, 72, 159, 162, 179-182
y el discurso racista americano: 60, 76, 95, 110, 119
Castigo del: 57-58
Conceptos de: 45-47, 71-72, 86, 101, 117, 161, 163-164
Debate sobre: 55-57
dirigido contra Estados Unidos: 97-98, 101, 109-110
en pequeña escala: 179-181
Enfoque literal del: 161, 162-163, 189-190
Enfoque propagandístico del: 161
patrocinado por el Estado: 57, 164, 172
y agresión: 63, 162-163, 172, 181
y bandas sustitutas: 164
y cultura política: 86, 164-172
y resistencia: 182-189
véanse también *terrorismo internacional*; *violencia legítima*; *represalias*

terrorismo internacional: 71, 88, 150
 apoyado por Estados Unidos: 133, 173-174
 Criterios sobre: 108-109
 dirigido por el Estado: 162-163, 164, 188-189
 Justificación del: 20-21, 33-34, 45-46, 121-122
 véase también *terrorismo*
 terroristas
 Aniquilación de: 190
 Entrevistas con: 58
 homenajeados: 95, 108-110
 Vidas de los: 88
 y guerrilleros: 96-97, 98
 y habilidad técnica: 15
 Thatcher, Margaret: 97
The Economist: 62, 136
The National Interest: 117
 Thoreau, Henry David: 56
 Tierra de Israel, Frente de la (Hazit Eretz Yisrael): 231
 Tillman, Seth: 42
 Tilly, Charles: 193
Time: 93
Times (Londres): 63, 178
 Timor Oriental: 24
 Tocqueville, Alexis de: 198, 201
 Tokio, Cumbre de: 131
Toronto Globe & Mail: 137
 tortura: 55, 150
 Israel y la: 63, 73-74, 75, 76, 101, 110, 183-184
 Turquía y la: 23
 Tratado del Espacio Exterior (1967): 210
 Tribunal Internacional de Justicia: 17, 125, 144, 154, 167, 170
 Trípoli: 104-105, 106-107, 121, 126
 Bombardeo de una isla próxima a: 91, 92
 Tsisis, Dov: 184
 Tsongas, Paul: 167-168
 Tucídides: 197
 Túnez: 26, 61-66, 89, 181, 188-189, 190
 y los palestinos 61
 Turner, Stansfield: 172
 Turquía: 117, 156, 169, 170, 218-219
 Papel de Estados Unidos en: 22-23, 24
 y la guerra contra el terrorismo: 22-23
 Unión Soviética: 44, 55, 169
 Consenso estratégico contra la: 122
 Derribo del vuelo 007 de KAL: 107, 108
 Invasión de Afganistán por parte de la: 52
 y bandas sustitutas: 164
 y Cuba: 176
 y la causa palestina: 221
 y Nicaragua: 169, 170
 y terrorismo: 162
 UNITA: 97-98, 108
 United Jewish Appeal en Estados Unidos: 48
 United Press International (UPI): 62, 86
 Urquhart, Brian: 80
 URSS; véase *Unión Soviética*
 Vaky, Viron: 171
 Varsovia, Rebelión en el gueto de: 184
 Vaticano: 150
 Venezuela, Atentado en la embajada cubana en: 176
 Verdad, Operación: 147
 Viena, Atentado terrorista en el aeropuerto de: 117-118
 Vietnam, Guerra de: 51-53, 144, 148-149, 185

violencia legítima
 Estados Unidos y la: 148-150, 168-170, 195-196
 Israel y la: 64, 76-78, 92-94, 102-104, 106-107
 Terrorismo y: 28, 95-96, 196
 y represalias: 57, 58, 76-77, 164
 Walsh, Edward: 81
 Walters, Vernon: 121
 Walzer, Michael: 85, 134
Washington Post
 sobre el ataque a Túnez: 62
 sobre el intento de asesinato de Argov: 138
 sobre Israel como un país humanitario: 93-106
 sobre Nicaragua: 54, 114, 170
 y el Líbano: 119
 y el proceso de paz de Oriente Próximo: 86
 y las atrocidades israelíes: 214
 y Libia: 117, 135
 y los extremistas judíos: 137
 y vidas de terroristas: 88
 Watergate: 96
 Watt, David: 143-144
 Weizmann, Jaím: 183
 Wicker, Tom: 170
 Wieseltier, Leon: 71
 Wilkie, Curtis: 66, 81
 Wilson, Administración: 39
 Will, George: 45
 Woodward, Bob: 181
 World Peace Council: 57
 Yaari, Ehud: 81
 Yabal Abú Gneim: 230
 yahalín, Beduinos de la tribu: 233
 Yamit: 223
 Yaniv, Avner: 223
 Yenín, Campamento de refugiados de: 26
 Zrariya: 66-67
 Zuckerman, Yitsjak: 184

Índice

Prefacio a la primera edición	7
Introducción (2002)	15
1. Control de pensamiento: el caso de Oriente Próximo (1986)	37
2. El terrorismo de Oriente Próximo y el sistema ideológico americano (1986)	59
3. Libia en la demonología estadounidense (1986)	113
4. El papel de Estados Unidos en Oriente Próximo (15 de noviembre de 1986)	141
5. Terrorismo internacional: imagen y realidad (1989)	161
6. El mundo después del 11 de Septiembre (2001)	193
7. Estados Unidos/Israel-Palestina (mayo de 2001)	213
Notas	239
Índice temático	281

Titulos publicados en esta colección

Mentiras fundamentales de la Iglesia católica

Pepe Rodriguez

Israel, entre la guerra y la paz

Shlomo Ben-Ami

El laberinto de los Balcanes

Janez Drnovsek

El Vaticano contra Dios

Los Milenarios

Mentiras y crímenes en el Vaticano

Discípulos de la Verdad

Mirada de mujer

Paca Sauquillo

Mujeres en el altar

Lavinia Byrne

La irracionalidad nacionalista

Eduardo Álvarez Puga

El desconcierto de la educación

Salvador Cardús

Pecado papal

Garry Wills

A la sombra del Papa enfermo

Discípulos de la Verdad

Las torturas mentales de la CIA

Gordon Thomas

La guerra sucia

Habib Souaïdia

Telebasura y democracia

Gustavo Bueno

Íbamos a ser reinas

Nuria Varela

Guerra bacteriológica

J. Miller / S. Engelberg / W. Broad

¿Cuál es el futuro de Israel?

Shlomo Ben-Ami

El enigma argentino

Horacio Vázquez-Rial

Semillas de odio

Gordon Thomas

Guerra contra Irak

William Rivers Pitt con Scott Ritter

Libertad vigilada

Nacho García Mostazo

Libro negro de América

Peter Scowen

El mito de la Izquierda

Gustavo Bueno

La izquierda reaccionaria

Horacio Vázquez-Rial

El asalto a la cultura democrática

Santiago Belloch

¡Sálvese quien pueda!



NOAM CHOMSKY

PIRATAS y EMPERADORES



PIRATAS y EMPERADORES

NOAM CHOMSKY

«El impacto de las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001 fue tan abrumador que la identificación que acaba de darse es redundante: basta con decir "11-S". Está generalmente admitido que el mundo ha entrado en una nueva era en la que todo será distinto: "la era del terror". Sin lugar a dudas, el 11-S ocupará un lugar preeminente en los anales del terrorismo, aunque deberíamos pensar detenidamente por qué es así. Cualquier persona familiarizada con la historia y la actualidad sabe que la razón no reside, lamentablemente, en la dimensión de los crímenes, sino más bien en la elección de víctimas inocentes. Cuáles serán las consecuencias es algo que depende sustancialmente de cómo interpreten los ricos y poderosos esta demostración dramática de que ya no son inmunes a las atrocidades como las que ellos infligen a los demás, y de cómo decidan reaccionar.

»En este sentido, merece la pena considerar varios factores: 1) la "era del terror" no era inesperada; 2) la "guerra contra el terror" declarada el 11 de septiembre no es ninguna novedad, y el modo en que se llevó a cabo en un pasado muy reciente no deja de ser instructivo en nuestros días.»

Noam Chomsky

ISBN 84-666-1002-2



9 788466 610025

81280063



EDICIONES B
GRUPO ZETA

PIRATAS y EMPERADORES

NOAM CHOMSKY

«El impacto de las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001 fue tan abrumador que la identificación que acaba de darse es redundante: basta con decir "11-S". Está generalmente admitido que el mundo ha entrado en una nueva era en la que todo será distinto: "la era del terror". Sin lugar a dudas, el 11-S ocupará un lugar preeminente en los anales del terrorismo, aunque deberíamos pensar detenidamente por qué es así. Cualquier persona familiarizada con la historia y la actualidad sabe que la razón no reside, lamentablemente, en la dimensión de los crímenes, sino más bien en la elección de víctimas inocentes. Cuáles serán las consecuencias es algo que depende sustancialmente de cómo interpreten los ricos y poderosos esta demostración dramática de que ya no son inmunes a las atrocidades como las que ellos infligen a los demás, y de cómo decidan reaccionar.

»En este sentido, merece la pena considerar varios factores: 1) la "era del terror" no era inesperada; 2) la "guerra contra el terror" declarada el 11 de septiembre no es ninguna novedad, y el modo en que se llevó a cabo en un pasado muy reciente no deja de ser instructivo en nuestros días.»

Noam Chomsky



PIRATAS y EMPERADORES

NOAM CHOMSKY

«El impacto de las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001 fue tan abrumador que la identificación que acaba de darse es redundante: basta con decir "11-S". Está generalmente admitido que el mundo ha entrado en una nueva era en la que todo será distinto: "la era del terror". Sin lugar a dudas, el 11-S ocupará un lugar preeminente en los anales del terrorismo, aunque deberíamos pensar detenidamente por qué es así. Cualquier persona familiarizada con la historia y la actualidad sabe que la razón no reside, lamentablemente, en la dimensión de los crímenes, sino más bien en la elección de víctimas inocentes. Cuáles serán las consecuencias es algo que depende sustancialmente de cómo interpreten los ricos y poderosos esta demostración dramática de que ya no son inmunes a las atrocidades como las que ellos infligen a los demás, y de cómo decidan reaccionar.

»En este sentido, merece la pena considerar varios factores: 1) la "era del terror" no era inesperada; 2) la "guerra contra el terror" declarada el 11 de septiembre no es ninguna novedad, y el modo en que se llevó a cabo en un pasado muy reciente no deja de ser instructivo en nuestros días.»

Noam Chomsky



PIRATAS y EMPERADORES

NOAM CHOMSKY

«El impacto de las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001 fue tan abrumador que la identificación que acaba de darse es redundante: basta con decir "11-S". Está generalmente admitido que el mundo ha entrado en una nueva era en la que todo será distinto: "la era del terror". Sin lugar a dudas, el 11-S ocupará un lugar preeminente en los anales del terrorismo, aunque deberíamos pensar detenidamente por qué es así. Cualquier persona familiarizada con la historia y la actualidad sabe que la razón no reside, lamentablemente, en la dimensión de los crímenes, sino más bien en la elección de víctimas inocentes. Cuáles serán las consecuencias es algo que depende sustancialmente de cómo interpreten los ricos y poderosos esta demostración dramática de que ya no son inmunes a las atrocidades como las que ellos infligen a los demás, y de cómo decidan reaccionar.

»En este sentido, merece la pena considerar varios factores: 1) la "era del terror" no era inesperada; 2) la "guerra contra el terror" declarada el 11 de septiembre no es ninguna novedad, y el modo en que se llevó a cabo en un pasado muy reciente no deja de ser instructivo en nuestros días.»

Noam Chomsky



PIRATAS y EMPERADORES

NOAM CHOMSKY

«El impacto de las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001 fue tan abrumador que la identificación que acaba de darse es redundante: basta con decir "11-S". Está generalmente admitido que el mundo ha entrado en una nueva era en la que todo será distinto: "la era del terror". Sin lugar a dudas, el 11-S ocupará un lugar preeminente en los anales del terrorismo, aunque deberíamos pensar detenidamente por qué es así. Cualquier persona familiarizada con la historia y la actualidad sabe que la razón no reside, lamentablemente, en la dimensión de los crímenes, sino más bien en la elección de víctimas inocentes. Cuáles serán las consecuencias es algo que depende sustancialmente de cómo interpreten los ricos y poderosos esta demostración dramática de que ya no son inmunes a las atrocidades como las que ellos infligen a los demás, y de cómo decidan reaccionar.

»En este sentido, merece la pena considerar varios factores: 1) la "era del terror" no era inesperada; 2) la "guerra contra el terror" declarada el 11 de septiembre no es ninguna novedad, y el modo en que se llevó a cabo en un pasado muy reciente no deja de ser instructivo en nuestros días.»

Noam Chomsky

